

Estudio sobre el libro del Éxodo

Autor: C. H. Mackintosh

En el libro del Éxodo el tema central es la redención. Moisés aparece como el libertador de Israel, y la relación de este con Dios es ordenada divinamente por la sangre del cordero pascual. Por medio de distintas imágenes se nos muestra el significado que tiene la cruz de Cristo para Dios y para el hombre. Vemos a Israel, completamente seguro ante la espada del juicio, detrás de las puertas cuyos postes fueron rociados con sangre. También aparece a salvo en la orilla del Mar Rojo, felizmente evadido del poder de su opresor. Simbólicamente vemos aquí la posición de cada verdadero creyente. Librado del juicio eterno y del poder de Satanás por la muerte de Cristo, está preparado para el camino a través del desierto.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	10
Los caminos de Dios para con Israel	12
Cómo Dios cumple sus designios	13
Un rey que no conocía a Dios	14
La seguridad que da la fe	15
Las parteras hebreas	17
Nacimiento de Moisés	18
Fracaso de Satanás	18
Los padres de Moisés	19
La arquilla de juncos	19
La hija de Faraón	21
Moisés	23
Su educación	23
Primer contacto con sus hermanos	23
La muerte del egipcio, un hecho irreflexivo y prematuro	25
La gracia de Dios solo ve los hechos de la fe (Hebreos 11)	26
Lo que la fe comprende	28
José y Moisés, tipos de Cristo	30
Dios llama a Moisés	33
La escuela de Dios	33
En el desierto	34
Ahí donde solo Dios es enaltecido	35
Lo que vemos y oímos	36
La zarza	37
El monte Horeb: santidad y gracia	39
Horeb: la revelación de lo que debe caracterizar a todo siervo de Dios	40
Horeb: el examen después de cuarenta años de estudio en el desierto	41
“Yo soy el que soy”	43
“Este es mi nombre para siempre”	45
La preparación del siervo	47
Las objeciones de Moisés y los medios de Dios	47
La vara	48
La mano leprosa	48
Las aguas cambiadas en sangre	49
La falta de elocuencia	49
La falsa humildad	50

Aarón hablará por ti	52
El orden en la casa del siervo, en el camino, en la posada	53
Séfora, tipo de la Iglesia	54
Aarón va al encuentro de Moisés.....	56
Israel oprimido y los recursos divinos	59
La esclavitud	59
La vieja naturaleza.....	60
La nueva naturaleza	61
El fundamento de la justificación	61
El creyente es hijo de Dios.....	63
La fiesta para Jehová.....	63
Faraón y los grandes de este mundo.....	64
Moisés desanimado	66
La respuesta de Jehová.....	67
El nombre de Jehová	67
Los nombres de los que pertenecen a Jehová.....	69
“Deja ir a mi pueblo”	70
Los diez juicios	70
Aspecto profético de la rebelión contra Jehová	71
Janes y Jambres.....	72
En los postreros días	72
La apariencia de piedad	75
Las cuatro objeciones de Faraón	76
Primera objeción	76
La religión	77
El camino de tres días.....	79
La paz, fuera del mundo.....	81
Lo que es el mundo	83
Segunda objeción.....	84
Tercera objeción.....	85
Cuarta objeción	86
Respuesta de Moisés.....	86
La última plaga.....	88
El corazón endurecido de Faraón	88
El juicio de los primogénitos de Egipto	90
La pascua.....	92

El principio de los meses	92
El cordero guardado	93
El cordero inmolado	95
La sangre sobre los postes y el dintel de las casas.....	96
“Veré la sangre...”	97
La sangre de Cristo, fundamento de la paz del creyente.....	99
La muerte de Cristo en la cruz	101
La Pascua, centro de comunión	103
Cómo debía comerse la Pascua	104
Los panes sin levadura	105
Las hierbas amargas	107
Comunión y paz	108
El vestido de Israel.....	109
¿Quién podía comer la Pascua?	110
El rescate de los primogénitos	112
Conságrame todo primogénito	112
Lo contarás a tu hijo	112
El verdadero cristianismo	113
Rescatados por la sangre de Cristo	114
El camino del desierto del Mar Rojo.....	115
Jehová iba delante de ellos	116
El Mar Rojo.....	118
Situación sin salida	118
El propósito de Dios	119
La incredulidad de los israelitas y la nuestra	120
La salvación de Jehová	122
Permanecer tranquilo y ver la salvación de Jehová	122
Jehová es quien pelea	123
La orden de Dios de marchar	124
Dios abre el camino a la fe.....	125
El Ángel de Dios y la columna de nube	127
Israel victorioso y el ejército de Faraón destruido	128
Un cántico de victoria	130
La alabanza que sigue a la liberación.....	130
La redención y el culto	130
Dios, único propósito de la alabanza	132

La salida al desierto.....	134
Mara, las aguas amargas	135
Elim, doce fuentes y setenta palmeras.....	136
El maná, pan del cielo	138
Las murmuraciones del pueblo	138
El maná.....	140
Cristo, el pan vivo que bajó del cielo	141
La gloria de Jehová en la nube	142
Cristo, el alimento del cristiano.....	142
El vaso de maná en el arca.....	144
No hacer provisión de maná para el día de mañana	145
El día de reposo o sábado	146
Refidim	149
Altercado del pueblo.....	149
La peña golpeada.....	150
El agua de la peña	151
Amalec	152
El combate contra Amalec.....	153
La lucha del cristiano contra la carne.....	154
Cristo, nuestro gran Intercesor	156
El judío, el gentil y la Iglesia de Dios.....	158
Jefes para la administración	160
Enseñanza para el siervo de Cristo	161
Israel al pie del monte Sinaí.....	163
El pacto de la gracia.....	163
Un compromiso presuntuoso.....	164
La ley.....	167
La ley y la gracia	167
El propósito de la ley.....	168
La ley condena al pecador	169
No somos justificados por la ley	170
Un yugo imposible de llevar	171
El mensaje de la gracia	172
La ley y el Evangelio	173
La ley es perfecta	174
Los dos grandes mandamientos	175

La adoración	176
Las ordenanzas o juicios.....	178
La condescendencia infinita de Dios para con el hombre	178
El siervo hebreo	180
El verdadero Siervo	180
El amor de Cristo... excede a todo conocimiento	181
El poder de la sangre.....	183
“Desde lejos”	183
La manifestación de Dios	183
El tabernáculo	185
El orden divino	185
El arca y su contenido.....	187
El arca en el templo.....	188
El propiciatorio.....	189
El único lugar de encuentro	190
La mesa del pan de la proposición	191
El candelero.....	191
Estructura del tabernáculo.....	194
Los materiales.....	194
El lino torcido	194
El azul	196
La púrpura.....	197
El carmesí.....	198
La primera cubierta.....	198
La cubierta de pelo de cabra	199
La cubierta de pieles de carneros teñidas de rojo	200
La cubierta de pieles de tejones.....	200
Las tablas y sus basas de plata	201
Los velos que cerraban las entradas	201
El altar de bronce y el atrio.....	203
El altar de oro del perfume no mencionado.....	203
El altar de bronce.....	204
El oro y el bronce	204
Las vestiduras de los sacerdotes.....	207
El sacerdocio de Aarón	207
El efod y las piedras preciosas	207

El cinto	209
El pectoral del juicio, Urim y Tumim	209
El manto del efod.....	210
La lámina de oro.....	211
Las vestiduras de los hijos de Aarón.....	211
Hilos de oro entretejidos	212
Consagración de los sacerdotes	214
El lavamiento con agua	214
La unción	214
La preeminencia de Cristo.....	215
El culto, la comunión y la adoración	217
El altar de bronce y el altar de oro.....	217
El medio ciclo del rescate.....	219
La fuente de bronce.....	220
Un gran sumo Sacerdote	221
La santa unción	222
El perfume bien mezclado, puro y santo.....	223
Resumen.....	224
El servicio	226
Bezaleel y Aholiab	226
El sábado y el día del Señor.....	227
Apostasía.....	230
Haznos dioses	230
Las realidades de la fe.....	231
El becerro de fundición	232
La cólera de Jehová y la intercesión de Moisés	233
Las tablas de la ley rotas	233
Cristo, nuestro Mediador.....	234
Dios y el gobierno moral	235
Mediación y restauración	236
El tabernáculo de reunión.....	236
Jehová dijo: Mi presencia irá... ..	237
El monte horeb y el evangelio	238
La construcción del tabernáculo	240
El desprendimiento voluntario	240
La obediencia implícita	241

Conclusión..... 243

Introducción

En el libro del Éxodo el tema central es la redención. Moisés aparece como el libertador de Israel, y la relación de este con Dios es ordenada divinamente por la sangre del cordero pascual. Por medio de distintas imágenes se nos muestra el significado que tiene la cruz de Cristo para Dios y para el hombre. Vemos a Israel, completamente seguro ante la espada del juicio, detrás de las puertas cuyos postes fueron rociados con sangre. También aparece a salvo en la orilla del Mar Rojo, felizmente evadido del poder de su opresor. Simbólicamente vemos aquí la posición de cada verdadero creyente. Librado del juicio eterno y del poder de Satanás por la muerte de Cristo, está preparado para el camino a través del desierto.

Oímos el cántico de alabanza de los liberados en agradecimiento a Dios por haber vuelto las aguas del mar sobre sus enemigos; acompañamos al pueblo hasta las palmeras y las fuentes de agua de Elim; atravesamos con él las llanuras rocosas y arenosas del desierto solitario, sin sendero; oímos sus quejas y vemos con admiración la mano protectora de Aquel que deja fluir agua de la roca, que manda pan y carne en cantidad, quien con inmutable fidelidad escolta a su pueblo gruñón; oímos los truenos del monte Sinaí y la irreflexiva promesa de un pueblo que no se conoce a sí mismo. En medio del humo y las llamas Moisés oye las palabras de Aquel que es fuego abrasador, mientras al pie del monte el pueblo baila con gritos de júbilo alrededor de un becerro de fundición. Luego, vemos en la edificación del tabernáculo y en el llamamiento del sacerdocio la inquebrantable fidelidad y el amparo de Dios, con los que mantiene relación con su pueblo terrenal y lo guía a través del desierto.

Todo esto pasa como luz y sombra ante nuestros ojos al meditar el segundo libro de Moisés. Y, mientras que el Nuevo Testamento nos expone el alcance de la obra consumada y la belleza de la persona de Jesucristo, el Antiguo Testamento, en el aspecto que ahora está ante nosotros, nos muestra los rasgos particulares de obra y de esta persona por medio de figuras claras y evidentes. Cada uno de los rasgos es apropiado para llenar al lector de admiración y adoración. Los caminos y las enseñanzas del Señor para con su pueblo, los postes de las puertas rociados con sangre, las aguas del Mar Rojo, el agua de la roca, el pan del cielo, la construcción del tabernáculo y sus instrumentos, el altar, el propiciatorio, los sacerdotes y sus vestiduras, los sacrificios ordenados y el incienso aromático, todo nos muestra a Cristo.

Él es

“

El Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último
(Apocalipsis 22:13).

Los caminos de Dios para con Israel

Por la gracia de Dios, vamos a pasar ahora al estudio del libro del Éxodo, cuyo tema principal es la *redención*. Los cinco primeros versículos nos recuerdan las últimas escenas del libro precedente. En primer lugar aparecen ante nosotros aquellas personas objeto del amor electivo de Dios, después de lo cual el autor inspirado nos conduce inmediatamente al centro de los hechos que forman el tema de la enseñanza del libro.

En nuestro estudio del Génesis vimos que la conducta de los hermanos de José fue la causa que determinó el viaje de la familia de Jacob a Egipto. Este hecho puede considerarse bajo dos aspectos distintos: primero, para aprender una solemne lección en la conducta de Israel respecto a Dios y luego, ver el desarrollo de una estimulante lección en los tratos de Dios para con ese pueblo.

En primer lugar, por lo que se refiere a la conducta de los hijos de Israel respecto a Dios, ¿puede hallarse algo más solemne que seguir paso a paso, hasta el fin, el resultado de la maldad cometida contra José, en quien la mirada espiritual discierne un tipo admirable de Cristo? Sin tener en cuenta para nada la angustia que embarga su alma, los hijos de Jacob entregan a José, su hermano, en manos de extranjeros. ¿Y cuáles fueron las consecuencias que les acarreó esta conducta? Ser conducidos a Egipto, para pasar por aquellas profundas y dolorosas experiencias de corazón, las cuales están narradas en los últimos capítulos del Génesis de una manera sencilla y conmovedora. Pero eso no es todo; todavía está reservado un largo tiempo de prueba a su posteridad en ese mismo país donde José halló una cárcel.

Con todo, al mismo tiempo que el hombre, Dios intervenía en esto. Se disponía a usar una de sus prerrogativas: sacar bien del mal. Los hermanos de José podían venderlo a los ismaelitas. Estos, a su vez, podían venderlo a Potifar, y Potifar podía encarcelarlo; pero Jehová estaba por encima de todo, cumpliendo sus grandes y maravillosos designios. “Ciertamente la ira del hombre te alabará” (Salmo 76:10). Aún no había llegado el momento en el que los herederos estarían preparados para la herencia y la herencia para los herederos. La posteridad de Abraham tenía que pasar por la dura escuela de la servidumbre en Egipto, esperando que la iniquidad de los amorreos llegase a su colmo, en medio de los “montes” y las “vegas” de la tierra prometida (véase Génesis 15:16; Deuteronomio 11:11).

Cómo Dios cumple sus designios

Todo esto es interesante e instructivo en sumo grado. El gobierno que Dios ejerce es “como rueda en medio de rueda” (Ezequiel 1:16). Dios se sirve de medios infinitamente variados para cumplir sus insondables designios. La mujer de Potifar, el copero del rey, el sueño de Faraón, la cárcel, el trono, la cautividad, el sello real, el hambre, todo está a su soberana disposición y lo hace concurrir al cumplimiento de sus planes maravillosos. El hombre espiritual halla su deleite meditando en estas cosas. Le gusta recorrer en espíritu el vasto dominio de la creación y de la providencia. Así descubre en todas partes esa sabia disposición de la cual se sirve el Todopoderoso para realizar los propósitos de su gracia redentora. Es cierto que de vez en cuando se descubre algún rastro de la serpiente, alguna huella, profunda y bien marcada del enemigo de Dios y del hombre. Hallamos algunas cosas que no acertamos a explicar, ni siquiera a comprender: la inocencia que sufre y la maldad que prospera pueden dar cierta apariencia de verdad a los razonamientos de los incrédulos y escépticos. Pero, a pesar de todo, el verdadero creyente reposa confiado en la seguridad de que

El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?

“

(Génesis 18:25).

El creyente sabe que la ciega incredulidad no puede hacer más que errar y que, en vano, pretende escudriñar los caminos de Aquel que es el propio intérprete de sí mismo.

Bendigamos a Dios por la consolación y estímulo que nuestras almas reciben por medio de esas reflexiones. Y las necesitamos constantemente, mientras atravesamos este mundo perdido en el que el enemigo ha introducido tan terribles males y desórdenes; un mundo donde las tentaciones y las pasiones de los hombres producen frutos muy amargos; un mundo en el cual la senda del discípulo fiel suele ser tan áspera que la naturaleza, dejada a sí misma, jamás podría caminar por ella. Sin embargo, la fe sabe que detrás de la escena hay Uno a quien el mundo no ve ni del cual se preocupa en lo más mínimo; así, con esta seguridad, puede decir con fiadamente: «Todo va bien, y todo irá bien».

Las primeras líneas del libro del Éxodo nos han sugerido estos pensamientos. “Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Isaías 46:10). El enemigo puede resistir, pero Dios se mostrará siempre más fuerte que él. En cuanto a nosotros, todo lo que necesitamos es tener la sencillez y el espíritu de un niño que se apoya con fiadamente en Dios y en sus designios. La incredulidad considerará solamente los esfuerzos que hace el enemigo para contrarrestar los planes

de Dios, sin tener en cuenta el poder de Dios para cumplirlos. La fe, al contrario, dirige sus miradas hacia la omnipotencia de Dios. Así obtiene la victoria y goza de una paz constante. Tiene que ver solamente con Dios y su fidelidad que nunca fracasa. No se apoya sobre la arena movediza de las cosas humanas y de las influencias terrenales, sino sobre la roca inmutable de la eterna Palabra de Dios. Esta Palabra es el santo y seguro asilo de la fe. Venga lo que venga, el creyente permanece en este santuario de la fuerza. “Y murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación” (v. 6). ¿Y qué, entonces? ¿Podrá jamás la muerte menoscabar en lo más mínimo los designios de Dios? Desde luego que no. Dios esperaba el momento fijado, el tiempo oportuno, y luego empleó las influencias más hostiles como instrumentos para el desarrollo de sus planes.

Un rey que no conocía a Dios

“Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José; y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros, y se vaya de la tierra” (v. 8-10). De esta manera razona un corazón que no ha aprendido a tener en cuenta a Dios en sus cálculos. El corazón no regenerado no puede contar con Dios; así, en el momento en que Dios se revela, todos sus razonamientos caen en la nada. Aparte de Dios o independientemente de él, los planes y cálculos del hombre pueden parecer muy prudentes; pero en el momento en que Dios aparece en escena, se manifiesta de lleno la total insensatez de tales pensamientos.

¿Por qué, pues, vamos a dejarnos influir por los argumentos y cálculos cuya apariencia de verdad descansa sobre la exclusión completa de Dios? Actuar así es, en principio, y en la extensión en que se haga, ateísmo práctico. Faraón podía juzgar exactamente las diversas contingencias de los asuntos humanos, el acrecentamiento del pueblo, la probabilidad de una guerra, la posibilidad de que los israelitas se uniesen al enemigo, su huida del país. Podía, con una perspicacia poco común, ponderar todas esas circunstancias en la balanza de la razón; pero jamás se le ocurrió que Dios pudiese tener algo que ver en todo ello. Si tan solo hubiese pensado en ello, habría trastornado todos sus razonamientos, y hubiese puesto en evidencia la insensatez de todos sus planes.

Es bueno estar persuadido de que siempre sucede lo mismo con el razonamiento de la mente escéptica del hombre. Dios queda totalmente excluido; más aún, su pretendida verdad y su coherencia dependen de que se le mantenga excluido. La introducción de Dios en escena da un golpe

de muerte a todo escepticismo e incredulidad. Si hasta que Dios aparezca, los hombres pueden gloriarse, haciendo alarde de su habilidad, en cuanto la mirada percibe el más pequeño reflejo del Dios bendito, se ven despojados de su cobertura, y son puestos en evidencia en toda su desnudez y disformidad.

En lo que se refiere al rey de Egipto, se puede decir con toda seguridad que estaba en un gran error, no conociendo a Dios ni sus inmutables consejos (comp. Marcos 12:24-27). Faraón ignoraba que muchos siglos antes, aun antes de que él respirara por primera vez el soplo de vida, la palabra y el juramento de Dios, esas “dos cosas inmutables” (Hebreos 6:18), habían asegurado el rescate completo y glorioso de ese mismo pueblo que él, Faraón, se proponía aplastar. Faraón no conocía nada de todo esto; todos sus pensamientos y todos sus planes descansaban sobre la ignorancia de esta gran verdad, fundamento de todas las verdades, a saber: que *Dios es*. Él se imaginaba vanamente que podría, con su sabiduría y poder, impedir el crecimiento de ese pueblo respecto al cual Dios había dicho: “Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar” (Génesis 22:17). Por esta razón todos sus planes y su sabiduría no eran más que locura.

El mayor error en que un hombre puede caer es el de obrar sin tener a Dios en cuenta. Tarde o temprano se impondrá sobre su espíritu el pensamiento de Dios; entonces todos sus planes y cálculos se derrumbarán. Todo lo que el hombre emprende con independencia de Dios puede a lo sumo durar este tiempo presente. Todo lo que no es más que humano, por sólido, brillante y atrayente que pueda ser, está destinado a ser presa de la muerte y a caer deshecho en polvo, en las tinieblas y el silencio de la tumba. Todas las glorias y excelencias del hombre quedarán sepultadas bajo “los terrones del valle” (Job 21:33). El hombre lleva sobre su frente el sello de la muerte, y todos sus proyectos son efímeros. Al contrario, todo lo que se relaciona con Dios y se apoya sobre él, permanece para siempre. “Será su nombre para siempre, se perpetuará su nombre mientras dure el sol” (Salmo 72:17).

La seguridad que da la fe

Cuán triste es, pues, el error del débil mortal que se levanta contra el Dios eterno, que corre “contra él con cuello erguido, con la espesa barrera de sus escudos” (Job 15:26). Si el monarca de Egipto hubiese intentado detener el movimiento de las olas del mar con su débil mano, habría obtenido el mismo resultado que en su pretensión de impedir el acrecentamiento de ese pueblo, objeto de los designios eternos de Dios. Así, aun cuando él estableció sobre el pueblo “comisa-

rios de tributos que los molestasen con sus cargas” (v. 11), “cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían” (v. 12). Siempre acontecerá así. “El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (Salmo 2:4). Una confusión eterna reposará sobre toda oposición de los hombres y de los demonios. Esta seguridad da reposo al corazón, en un mundo donde todo aparece tan contrario a Dios y a la fe. Si nouviésemos la firme confianza de que “la ira del hombre te alabará” (Salmo 76:10), con frecuencia nos hallaríamos abatidos en presencia de las circunstancias e influencias en medio de las cuales nos encontramos en este mundo. Pero, gracias a Dios, nuestras miradas no están puestas en “las cosas que se ven”, sino en “las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Corintios 4:18). Con esta seguridad, bien podemos decir como el salmista: “Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades” (Salmo 37:7). ¡Cuán claramente se manifiesta la verdad de estas palabras en el asunto que meditamos, tanto en lo que se refiere a los oprimidos como al opresor! Si Israel miraba las cosas “que se ven”, ¿qué veía? La ira de Faraón, los comisarios de tributos, un servicio riguroso, una dura servidumbre, argamasa y ladrillos. Pero “las cosas que no se ven”, ¿qué eran? El designio eterno de Dios, su promesa infalible, la aurora cercana de un día de salvación, la “antorcha de fuego” (Génesis 15:17) de la redención de Jehová. ¡Maravilloso contraste! Solo la fe podía comprenderlo, como también solo por fe el pobre israelita oprimido podía apartar su mirada del horno humeante de Egipto, para fijarla en las verdes campiñas y los ricos viñedos de la tierra de Canaán. Únicamente la fe era capaz de reconocer, en esos esclavos oprimidos y sometidos al rudo trabajo de los hornos de ladrillos de Egipto, a los objetos del interés y del especial favor del cielo.

Como era entonces, así es también ahora:

Por fe andamos, no por vista



(2 Corintios 5:7).

“Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser” (1 Juan 3:2). “Entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor” (2 Corintios 5:6). Aunque nos hallamos en esta tierra, de la que Egipto es figura, en espíritu estamos en la Canaán celestial. La fe pone al corazón en el poder de las cosas celestes e invisibles y, de este modo, lo capacita para elevarse por encima de todo lo que pertenece a este mundo, donde reinan la muerte y las tinieblas.

¡Ojalá tuviésemos nosotros esta fe sencilla que se sienta cerca del manantial puro y eterno de la verdad, bebiendo a grandes sorbos esas aguas refrescantes que reavivan el espíritu abatido y que comunican al “nuevo hombre” las fuerzas necesarias para avanzar en su carrera adelante y hacia el cielo!

Las parteras hebreas

Los últimos versículos de este capítulo nos ofrecen una lección edificante en la conducta de Sifra y de Fúa, mujeres temerosas de Dios. Afrontando la ira del rey, ellas no obedecieron lo que este les había ordenado. Luego vemos que Dios “prosperó sus familias” (v. 21). “Yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco” (1 Samuel 2:30). ¡Recordemos siempre esta lección y obremos de acuerdo con Dios en todas las circunstancias!

Nacimiento de Moisés

Fracaso de Satanás

Esta porción del libro del Éxodo abunda en principios de verdad divina de la mayor importancia, y la podemos clasificar en tres grupos principales, a saber: el poder de Satanás, el poder de Dios y el poder de la fe.

En el último versículo del capítulo precedente, leemos: “Entonces Faraón mandó a todo su pueblo, diciendo: Echad al río a todo hijo que nazca, y a toda hija preservad la vida” (cap. 1:22). He aquí el poder de Satanás. El río era el lugar de la muerte, y el enemigo procuraba, mediante la muerte, desvanecer el designio de Dios. En todos los tiempos, la serpiente antigua ha acechado con ojo maligno contra los instrumentos que Dios quería usar para cumplir sus consejos de misericordia. ¿No vemos a la serpiente en el capítulo 4 del Génesis, acechando a Abel, el vaso escogido por Dios, y esforzándose para hacerlo desaparecer por la muerte? En la historia de José, en Génesis 37, se ve al mismo enemigo proseguir su obra, procurando causar la muerte del hombre que Dios había escogido para el cumplimiento de sus planes. Lo mismo sucede con el exterminio de la “descendencia real” (2 Crónicas 22), con los niños de Belén (Mateo 2) y con la muerte de Cristo (Mateo 27). En cada uno de estos casos encontramos al adversario que intenta interrumpir, por medio de la muerte, la corriente de la acción divina. Pero, gracias a Dios, existe algo más allá de la muerte. Toda esta esfera de la acción divina, en cuanto a su relación con la redención, está más allá de los límites del reino de la muerte. Y cuando Satanás ha agotado todo su poder, Dios empieza a manifestarse. La tumba es el final de la actividad del diablo, pero allí comienza a manifestarse la actividad de Dios. ¡Gloriosa verdad! Satanás tiene el poder de la muerte, pero Dios es el Dios de los vivos. Él comunica una vida que está más allá del alcance y del poder de la muerte, una vida contra la cual Satanás no puede atentar. El corazón creyente halla así un dulce alivio en medio de un mundo donde reina la muerte y contempla sin temor a Satanás desplegando toda la plenitud de su poder. El creyente puede apoyarse confiadamente sobre la poderosa intervención de Dios en la resurrección. Puede detenerse delante de la tumba que acaba de cerrarse sobre algún ser amado y recoger, de boca de Aquel que es

La resurrección y la vida

“

(Juan 11:25),

la bienaventurada certidumbre de una gloriosa inmortalidad. Sabiendo que Dios es más fuerte que Satanás, el creyente puede esperar en paz la plena manifestación del poder superior de Dios y, esperando así, apropiarse la victoria de este poder y la paz establecida que ella trae consigo. Los primeros versículos de este capítulo nos ofrecen un hermoso ejemplo de este poder de la fe.

Los padres de Moisés

“Un varón de la familia de Leví fue y tomó por mujer una hija de Leví, la que concibió, y dio a luz un hijo; y viéndole que era hermoso, le tuvo escondido tres meses. Pero no pudiendo ocultarle más tiempo, tomó una arquilla de juncos, y la calafateó con asfalto y brea, y colocó en ella al niño y lo puso en un carrizal a la orilla del río. Y una hermana suya se puso a lo lejos, para ver lo que le acontecería” (v. 1-4). De cualquier manera que contemplemos esta escena, la vemos llena de un vivo interés. Vemos a la fe triunfando sobre las influencias de la naturaleza y de la muerte, permitiendo al Dios de la resurrección que obre en la esfera y según el carácter que le son propios. Sin duda alguna, el poder del enemigo se muestra también de una manera evidente, por cuanto fue necesario que el niño se hallase en tal posición, una posición de muerte. Además, una espada traspasa el corazón de la madre, cuando ve a su hijo amado acostado en su pequeña tumba. Pero si Satanás podía obrar, si la naturaleza, encarnada en la madre, lloraba, Aquel que vivifica a los muertos estaba detrás de la nube sombría. La fe le contemplaba allí, dorando con sus brillantes y vivificadores destellos el lado celeste de la nube. “Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey” (Hebreos 11:23).

La arquilla de juncos

Por este hecho, la noble hija de Leví nos da una santa lección. Su “*arquilla* de juncos, calafateada con *asfalto y brea*”, proclama la confianza que ella tenía en la verdad de que había alguna otra cosa que, como en otros tiempos para Noé, el “pregonero de justicia” (2 Pedro 2:5), podía defender a ese “niño hermoso” de las aguas de la muerte. En efecto, la arquilla de juncos, ¿era acaso solamente una invención humana, creada por la previsión y destreza natural del hombre, la inspiración del corazón de una madre que alimenta la dulce aunque quimérica esperanza de arrebatarse su tesoro a las manos despiadadas de la muerte por el agua? ¿No es más bien la fe la que la formó para ser un bajel de misericordia, para llevar con toda seguridad a un “niño hermoso” por encima de las sombrías aguas de la muerte, al lugar que le había sido destinado por decreto inmutable del Dios vivo? Cuando contemplamos a la hija de Leví, inclinada sobre esa “arquilla

de juncos” que su fe ha construido, dejando allí a su hijo, la madre de Moisés se nos representa como una imagen de la fe que, elevándose intrépidamente por encima de este mundo de desolación y muerte, atraviesa, con su mirada de águila, las sombrías nubes que se ciernen sobre una tumba. La fe ve al Dios de la resurrección cumplir los designios de sus consejos eternos en una esfera donde las flechas de la muerte no pueden llegar jamás. Apoyada sobre “la fortaleza... de los siglos” (Apocalipsis 7:12), espera en actitud de triunfo, mientras que las olas de la muerte braman y se estrellan a sus pies.

¿Qué valor podía tener el “decreto del rey” para un alma que poseía ese principio celeste? ¿Cuál podía ser la importancia de tal mandato para aquella que podía permanecer tranquila al lado de su arquilla de juncos, mirando a la muerte cara a cara? El Espíritu Santo nos lo dice: “Por la fe... sus padres... no temieron el decreto del rey” (Hebreos 11:23). El alma que conoce un poco lo que es tener comunión con el Dios que resucita a los muertos, no teme nada. Puede imitar el lenguaje triunfante del apóstol, y decir: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:55-57). Por la fe, el alma puede pronunciar esas palabras de triunfo sobre el mártir Abel, sobre José en la cisterna, sobre la simiente real exterminada por la mano de Atalía; sobre los inocentes niños de Belén pasados a cuchillo por orden del cruel Herodes. Y sobre todo, puede pronunciarlas sobre el sepulcro del Autor de nuestra salvación.

Pero es posible que algunos no sepan ver y distinguir la obra de la fe en la construcción de la arquilla de juncos. Algunos, tal vez, son incapaces de ir más allá de lo que hizo la hermana de Moisés, la cual se paró “a lo lejos, para ver lo que le acontecería” (v. 4). Es evidente que la hermana no estaba a la altura de la madre en cuanto a la medida de la fe. Indudablemente, había en ella ese interés profundo, ese verdadero afecto, que vemos en “María Magdalena, y la otra María, sentadas delante del sepulcro” (Mateo 27:61). Pero en la constructora de la “arquilla” había algo muy superior al afecto o al interés. Es cierto que la madre no estaba a lo lejos, para ver lo que acontecería a su hijo, y, como sucede con frecuencia, la grandeza moral de la fe podría parecer en su caso como indiferencia. Pero no era indiferencia, sino la verdadera grandeza, la grandeza de la fe. Si el afecto natural no la retenía cerca de la escena de la muerte, el poder de la fe le había encomendado una obra más noble para llevarla a cabo en la presencia del Dios de la resurrección: su fe había dado lugar a Dios en la escena. Él se manifiesta de una manera infinitamente gloriosa.

La hija de Faraón

“Y la hija de Faraón descendió a lavarse al río, y paseándose sus doncellas por la ribera del río, vio ella la arquilla en el carrizal, y envió una criada suya a que la tomase. Y cuando la abrió, vio al niño; y he aquí que el niño lloraba. Y teniendo compasión de él, dijo: De los niños de los hebreos es este” (v. 5-6). La respuesta divina empieza a hacerse oír en los oídos de la fe, y con los más dulces acentos. Dios intervenía en todo esto. Qué importa que el racionalista, el incrédulo, el ateo, se rían de ello; la fe también se ríe, pero de muy distinta manera. La risa de los primeros es la risa fría, desdeñosa, que no acepta la idea de la intervención divina en un acontecimiento tan trivial como es el paseo de una princesa. La risa de la fe es la risa de la felicidad, del gozo, al pensar que Dios interviene en todo lo que acontece. Y si alguna vez la intervención de Dios se ha mostrado de una manera palpable, fue, sin duda alguna, en este paseo de la hija de Faraón, aunque ni ella misma lo sabía.

Una de las más dichosas ocupaciones del alma regenerada es seguir las huellas de la intervención divina en las circunstancias y acontecimientos en los cuales un espíritu ligero no ve más que el ciego azar, o el destino cruel. Sucede con frecuencia que la cosa más insignificante viene a ser un importante eslabón de la cadena de acontecimientos que Dios hace concurrir para desarrollar sus grandes designios. Así, por ejemplo, en el capítulo 6 del libro de Ester, versículo 1, vemos a un monarca pagano pasando una noche de insomnio; cosa sin duda bastante frecuente para él, así como para muchos otros. A pesar de ello, esta insignificante circunstancia fue un eslabón importante en esta larga cadena de acontecimientos providenciales que vemos terminar con la maravillosa liberación de la posteridad oprimida de Israel. Lo mismo acontece con el paseo de la hija de Faraón por la ribera del río. ¡Cuán lejos estaba ella de pensar que iba a contribuir al desarrollo de los planes de “Jehová, el Dios de los hebreos”! Desde luego, ni soñaba que ese niño, llorando en la arquilla de juncos, era el instrumento escogido por Jehová para quebrantar a Egipto hasta sus cimientos. Y, sin embargo, así fue. Jehová puede hacer que “la ira del hombre” lo alabe y puede reprimir “el resto de las iras” (Salmo 76:10). ¡Con cuánta claridad se evidencia esto en el siguiente pasaje!

“Entonces su hermana dijo a la hija de Faraón: ¿Iré a llamarte una nodriza de las hebreas, para que te críe este niño? Y la hija de Faraón respondió: Vé. Entonces fue la doncella, y llamó a la madre del niño, a la cual dijo la hija de Faraón: Lleva a este niño, y críamelo, y yo te lo pagaré. Y la mujer tomó al niño y lo crió. Y cuando el niño creció, ella lo trajo a la hija de Faraón, la cual lo prohió, y le puso por nombre Moisés, diciendo: Porque de las aguas lo saqué” (cap. 2:7-10). La

fe de la madre de Moisés halla aquí su plena recompensa; Satanás queda confundido, y se manifiesta la maravillosa sabiduría de Dios. ¿Quién pudo haberse imaginado que aquel mismo que había dicho: “Si es hijo, matadlo” (cap. 1:16), y que añadió luego: “Echad al río a todo hijo que nazca”, tendría en su corte a uno de tales hijos? El diablo fue vencido con sus propias armas, porque Faraón, de quien quería servirse para destruir el propósito de Dios, fue usado por Dios mismo para alimentar y educar a ese Moisés que iba a ser Su instrumento para confundir el poder de Satanás. Ciertamente,

“ También esto salió de Jehová de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría (Isaías 28:29).

Confiemos en él con mayor sencillez, y entonces nuestro sendero será más gozoso y nuestro testimonio más eficaz.

Moisés

Su educación

Al meditar la historia de Moisés, es necesario considerar a este gran siervo de Dios desde el doble punto de vista de su carácter personal y de su carácter típico.

En cuanto al carácter personal de Moisés, hay muchas cosas que tenemos para aprender. Dios tuvo que formar su carácter, valiéndose de diversos medios, durante el largo período de ochenta años: primero en el palacio de la hija de Faraón, luego “a través del desierto” (cap. 3:1). Para nuestros espíritus tan limitados, ochenta años nos parece un tiempo excesivamente largo para la preparación de un siervo de Dios. Pero los pensamientos de Dios no son como nuestros pensamientos. Dios sabía que esas dos veces “cuarenta años” eran indispensables para la preparación de ese vaso escogido por él. Cuando Dios educa a alguien, lo hace de una manera digna de él y de su santo servicio. Dios no quiere un neófito para hacer su obra. El siervo de Cristo debe aprender más de una lección; debe pasar por varios ejercicios y sostener muchas luchas en secreto, antes que sea verdaderamente apto para entrar en su ministerio público. A nuestra naturaleza no le gusta este método; prefiere más bien empezar desempeñando un papel importante que aprender en secreto; desea más fácilmente ser el objeto de la admiración de los hombres que ser disciplinada por la mano de Dios. Es preciso que sigamos el camino de Dios, y no el nuestro. La naturaleza puede precipitarse en el campo de la acción, pero Dios no tiene nada que ver con ello; es necesario que lo humano sea quebrantado, consumido, y puesto a un lado. El lugar de la muerte es el sitio que le corresponde. Si la naturaleza humana quiere obrar, Dios, en su fidelidad y sabiduría perfectas, conducirá las cosas de tal manera que el resultado de esa actividad será una completa confusión. Dios sabe lo que se debe hacer con nuestra naturaleza, donde debe ser colocada y donde debe ser mantenida. ¡Dios nos ayude para que podamos entrar más profundamente en Sus pensamientos respecto a nuestro «yo» y en todo cuanto con él se relaciona! Así caeremos menos fácilmente en el error; nuestra vida será más fiel y moralmente más elevada, nuestro espíritu más tranquilo y nuestro servicio, eficaz.

Primer contacto con sus hermanos

“En aquellos días sucedió que crecido ya Moisés, salió a sus hermanos, y los vio en sus duras tareas, y observó a un egipcio que golpeaba a uno de los hebreos, sus hermanos. Entonces miró a todas partes, y viendo que no parecía nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena” (v. 11-12). Moisés muestra aquí su celo por sus hermanos, “pero no conforme a ciencia” (Romanos 10:2).

No había llegado todavía el tiempo fijado por Dios para el juicio de Egipto y la liberación de Israel; el siervo inteligente tendría que esperar siempre el tiempo de Dios. Moisés, “crecido ya... fue enseñado en toda la sabiduría de los egipcios”; además, “él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya” (Hechos 7:22-28). Todo eso era verdad; sin embargo, es evidente que Moisés corrió antes de tiempo. Cuando esto ocurre, la caída está cerca; pero no solo la caída al fin de tal carrera, sino también la incertidumbre y la falta de tranquilidad y de santa independencia en la marcha de una obra empezada antes del tiempo de Dios. Moisés “miró a todas partes” (v. 12). Cuando se obra con Dios y para Dios, en la plena inteligencia de sus pensamientos en cuanto a los detalles de la obra, no hay necesidad de mirar aquí y allá. Si el tiempo de Dios hubiese sido realmente entonces, si Moisés hubiese tenido la convicción de haber recibido de Dios la misión para ejecutar juicio sobre Egipto, si hubiese estado cierto que la presencia de Dios estaba con él, no habría “mirado a todas partes”.

En el discurso de Esteban ante el Concilio hay una alusión a este acto de Moisés, sobre lo cual será conveniente decir algunas palabras. “Cuando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel. Y al ver a uno que era maltratado, lo defendió, e hiriendo al egipcio, vengó al oprimido. Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así” (Hechos 7:23-25). Es evidente que el objeto de Esteban, en todo este discurso, no era otro que el de recordar diversos hechos de la historia de la nación que pudiesen influir sobre las conciencias de los que estaban delante de él; de otra manera, habría sido del todo contrario a este objeto, y contrario también a la regla del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento, el levantar aquí la cuestión sobre si Moisés había obrado antes del tiempo ordenado por Dios o no.

Además, Esteban se limita a mencionar que “le vino al corazón el visitar a sus hermanos” sin decir que Dios le envió en esa época. Esto tampoco afecta, en ninguna manera, la cuestión del estado moral de aquellos que lo rechazaron. “Mas ellos no lo habían entendido así”. Tal es el hecho en cuanto a ellos, aparte de las lecciones que Moisés pudiera aprender personalmente sobre este asunto. El hombre espiritual comprenderá todo esto sin dificultad.

Considerando a Moisés como un tipo del Señor Jesús, podemos ver en estos rasgos de su vida la misión de Cristo a Israel, y su rechazamiento por los judíos, los cuales dicen: “No queremos que este reine sobre nosotros” (Lucas 19:14). Por otro lado, comprobamos que Moisés, como otros,

cometió errores y manifestó flaquezas; en algunas ocasiones quería ir demasiado aprisa y con vehemencia, en otras, era demasiado lento y flojo. Todo esto es muy útil para magnificar la gracia infinita y la paciencia inagotable de Dios.

La muerte del egipcio, un hecho irreflexivo y prematuro

La acción de Moisés respecto al egipcio encierra una lección muy práctica para todo siervo de Dios. Concurren en ella dos circunstancias, a saber: el temor de la ira del hombre y la esperanza de obtener su aprobación. No obstante, al siervo de Dios no debe preocuparle ni uno ni otro. ¿Qué le importa la ira o la aprobación de un pobre mortal a quien se halla investido de una misión divina y goza de la presencia de Dios? Para tal siervo, estas cosas tienen menos importancia que la ligera capa de polvo que se posa sobre una balanza. “*Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas*” (Josué 1:9). “Tú, pues, ciñe tus lomos, levántate, y háblales todo cuanto te mande; no temas delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos. Porque he aquí que yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra. Y pelearán contra ti, pero no te vencerán; *porque yo estoy contigo*, dice Jehová, para librarte” (Jeremías 1:17-19).

Colocado sobre este terreno elevado, el siervo de Cristo no mira “a todas partes”, sino que obra según el consejo de la sabiduría divina: “Tus ojos miren lo recto, y diríjanse tus párpados hacia lo que tienes delante” (Proverbios 4:25). La sabiduría divina nos conduce siempre a mirar hacia arriba y adelante. Podremos estar seguros de que hay algo malo, y de que no estamos en el verdadero terreno del servicio de Dios, cuando miremos a nuestro alrededor, ya sea para evitar la mirada airada de un mortal o para buscar la sonrisa de su aprobación. En este caso, no tenemos la seguridad de que nuestra misión tenga la autoridad divina y de que gozamos de la presencia de Dios. Y estas dos cosas son absolutamente necesarias para todo siervo de Dios. Es cierto que un gran número de personas, bien por una profunda ignorancia, bien por excesiva confianza en sí mismas, entran en una esfera de actividad a la cual Dios no las destinaba, y para la que, en consecuencia, no las había dotado. Además, esas personas muestran tal sangre fría y aplomo que maravillan a quienes están en condiciones de juzgar con imparcialidad de sus obras y méritos. Pero toda esa hermosa apariencia pronto deja paso a la realidad. No puede modificar en lo más mínimo el principio de que nada puede librar realmente al hombre de mirar aquí y allá, si no es la convicción íntima de haber recibido una misión de Dios y de gozar de su presencia. El

que posee estas dos cosas está enteramente libre de las influencias humanas y es independiente de los hombres. Y nadie está en disposición de servir a los demás si no es completamente independiente de ellos; pero aquel que conoce su verdadero lugar puede descender a lavar los pies de sus hermanos.

Si apartamos nuestra mirada de los hombres y la fijamos en aquel Único Siervo fiel y perfecto, no le vemos nunca *mirar aquí y allá*, por la sencilla razón de que sus ojos jamás se fijaron en los hombres, sino siempre en Dios. Jesús nunca temió la ira del hombre, ni procuró obtener su aprobación. Su boca nunca se abrió para alcanzar los aplausos de los hombres, ni jamás cerró sus labios para evitar las críticas. Por esto todas sus palabras y acciones estaban impregnadas de santidad y de firmeza. Jesús es el único de quien se ha podido decir con verdad: “da su fruto en su tiempo y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará” (Salmo 1:3). Todo lo que él hacía era prosperado, porque hacía todas las cosas para Dios. Todos sus hechos, palabras, miradas y pensamientos se parecían a un hermoso racimo de frutos dispuesto para regocijar el corazón de Dios, el perfume del cual ascendía hasta su trono. Jamás tuvo temor alguno en cuanto al resultado de su obra, porque obraba siempre con Dios y para Dios en completo acuerdo con sus planes. Su propia voluntad no se mezcló nunca en lo que él hizo como hombre sobre la tierra, y por eso mismo él podía decir:

“ He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió
(Juan 6:38).

Por eso él dio siempre “su fruto en su tiempo” e hizo “siempre” lo que agradaba al Padre (Juan 8:29). En consecuencia, no tuvo que temer a nada ni a nadie, ni necesidad de arrepentirse de algo, ni de mirar “a todas partes”.

La gracia de Dios solo ve los hechos de la fe (Hebreos 11)

En este punto, como en todos los demás, nuestro bendito Maestro forma un notable contraste con los más distinguidos y eminentes siervos de Dios. Moisés “tuvo miedo”, y Pablo se lamentó (v. 14; 2 Corintios 7:8). En cambio, el Señor Jesús nunca hizo ni uno ni otro; no tuvo que volver atrás en su camino ni retirar una sola de sus palabras, ni rectificar su pensamiento. Todo en él fue absolutamente perfecto; todo fue “fruto en su tiempo”. El curso de su vida santa y celeste se deslizaba hacia adelante sin obstáculos ni desviaciones. Su voluntad estaba perfectamente sumisa al Padre. Los hombres más consagrados cometen errores, y nosotros estamos expuestos a

cometerlos; pero es cierto que cuanto más podamos mortificar nuestra propia voluntad, por la gracia de Dios, menos equivocaciones cometeremos. Es un verdadero gozo para nosotros cuando nuestra senda es realmente una senda de fe y de sincera consagración a Dios.

Así caminó Moisés. Fue un hombre de fe que supo identificarse con el espíritu de su Maestro; siguió sus pisadas con una firmeza y constancia maravillosas. Es cierto que se anticipó en cuarenta años al tiempo fijado por Dios para el juicio de Egipto y la liberación de Israel; sin embargo, no vemos que se haga ninguna mención de este hecho en el comentario inspirado que hallamos en el capítulo 11 de Hebreos, donde se trata del principio divino sobre el cual estaba basada su senda: “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales de pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible” (Hebreos 11:24-27).

Este pasaje nos presenta la conducta de Moisés de una manera llena de gracia. Es siempre de esta manera que el Espíritu Santo cuenta la historia de los santos del Antiguo Testamento. Cuando el Espíritu Santo escribe la historia de un hombre, nos lo muestra tal como es, con todas sus faltas e imperfecciones; pero cuando en el Nuevo Testamento comenta esta misma historia, se limita a hacernos conocer el verdadero principio fundamental y el resultado general de la vida de ese hombre. Así, aunque en Éxodo leemos que Moisés “miró a todas partes”, que “tuvo miedo” y dijo: “Ciertamente esto ha sido descubierto” y finalmente que “Moisés huyó de delante de Faraón”, en la epístola a los Hebreos leemos que lo que hizo Moisés, lo hizo “por la fe... no temiendo la ira del rey... porque se sostuvo como viendo al Invisible” (cap. 11:27).

Y pronto sucederá lo mismo, cuando

“ Venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios
(1 Corintios 4:5).

He aquí una verdad bien consoladora y preciosa para toda alma recta y para todo corazón fiel. El corazón puede concebir más de un proyecto que, por diversas razones, *la mano* es incapaz de realizar. Todas esas intenciones serán manifestadas cuando “venga el Señor”. ¡Bendita sea la gracia divina que nos ha dado esta seguridad! Los anhelos amantes de un corazón sincero que está uni-

do a él son mucho más preciosos a los ojos de Cristo que las más perfectas obras externas. Estas podrán brillar ante los ojos de los hombres y ser objeto de sus alabanzas; pero los anhelos del alma solo son conocidos y ofrecidos al Señor Jesús. Él los manifestará delante de Dios y de sus ángeles. ¡Que los corazones de todos los siervos de Cristo estén ocupados exclusivamente en Su persona, y que su mirada esté fija en Su glorioso regreso!

Lo que la fe comprende

Estudiando la vida de Moisés, vemos que la fe le hizo seguir un camino completamente opuesto al curso ordinario de la naturaleza humana, llevándole no solo a despreciar todos los placeres y seducciones, así como todos los honores de la corte de Faraón, sino haciéndole abandonar una esfera de actividad en apariencia muy útil y extensa. Los razonamientos de los hombres le habrían conducido por una senda completamente opuesta: le habrían llevado a usar su gran influencia a favor del pueblo de Dios, más bien que a sufrir con él. Para los cálculos humanos, parecía que la Providencia había abierto un campo de trabajo muy extenso e importante para Moisés. Si alguna vez la mano de Dios se manifestó claramente para poner a alguien en una posición especial, fue seguramente en el caso de Moisés. Debido a una intervención maravillosa y a una serie incomprensible de circunstancias —en cada una de las cuales se manifestaba la mano del Todopoderoso, y que ninguna previsión humana podría haber combinado— la hija de Faraón vino a ser el instrumento por el cual Moisés fue sacado de las aguas, criado y educado hasta que “hubo cumplido la edad de cuarenta años” (Hechos 7:23). En tales circunstancias, el abandono de su alta posición y de la influencia que la misma le permitía ejercer no podía considerarse, en el caso de Moisés, más que como resultado de un celo mal entendido.

Así razona nuestra pobre y ciega naturaleza. Pero la fe piensa de forma distinta, porque la naturaleza y la fe están siempre opuestas entre sí. Y aunque la una y la otra no pueden ponerse de acuerdo en un solo punto, es probable que no hay nada acerca de lo cual se hallen tan alejadas como en aquello que generalmente se designa como «conducción providencial». La naturaleza considerará siempre esas indicaciones providenciales como autorizaciones para dejarse llevar por sus propias inclinaciones. En cambio, la fe las considerará como otras tantas ocasiones de renuncia al yo. Jonás hubiese podido ver una conducción bien palpable de la Providencia en el encuentro «providencial» de una nave que partía para Tarsis, cuando no se trataba más que de una salida por la cual procuraba evitar el camino de la obediencia.

Sin duda alguna, es un privilegio del creyente ver la mano y oír la voz de su Padre en todo; pero no debe dejarse conducir por las circunstancias. El cristiano que se deja conducir por ellas es semejante a un navío en alta mar, sin brújula ni timón; está expuesto a la furia de las olas y los vientos. La promesa de Dios a sus hijos es:

“ Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos
(Salmo 32:8).

Y añada luego su palabra de amonestación: “No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, que han de ser sujetados con cabestro y con freno, porque si no, no se acercan a ti” (Salmo 32:9). Por tanto, es mucho mejor ser guiados por el ojo de nuestro Padre que por *el cabestro y el freno* de las circunstancias; y sabemos que la acepción ordinaria y corriente de la palabra «Providencia» suele no ser más que otra manera de expresar la acción de las circunstancias.

El poder de la fe se manifiesta rechazando constantemente esas pretendidas direcciones providenciales. Así fue en el caso de Moisés. “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón”. “Por la fe dejó a Egipto”. Si él hubiese juzgado las cosas por lo que sus ojos podían ver, habría aceptado la dignidad que se le ofrecía como un don manifiesto de la Providencia y habría permanecido en la corte de Faraón, donde en apariencia la mano de Dios le había preparado tan extenso campo de trabajo. Pero como él caminaba por fe, “y no por vista”, abandonó todas aquellas cosas ¡Qué noble ejemplo, tan digno de imitación!

Y notemos que lo que Moisés estimó como “mayores riquezas... que los tesoros de los egipcios” no fue solo el vituperio *por* Cristo, sino “el oprobio de Cristo”. “Los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí” (Salmo 69:9). El Señor Jesús se identificó en perfecta gracia con su pueblo. Dejando el seno del Padre y desprendiéndose de toda la gloria de que estaba revestido, descendió del cielo, tomó el lugar de su pueblo, confesó el pecado de los suyos y sufrió el castigo sobre el madero. Tal fue su abnegación voluntaria; no se limitó a obrar *por* nosotros, sino que se hizo uno con nosotros, librándonos así de todo lo que podía estar contra nosotros.

Vemos de esta manera hasta qué punto Moisés se identificó, en sus simpatías respecto al pueblo de Dios, con los mismos pensamientos y sentimientos de Cristo. Viviendo en medio del bienestar, de la pompa y de la grandeza del palacio de Faraón, donde abundaban los “deleites temporales del pecado” y “los tesoros de los egipcios”, si lo hubiese querido, podría haber disfrutado de todas esas cosas. Le habría sido fácil vivir y morir en la opulencia, recorrer un camino ilumi-

nado, desde el principio hasta el fin, por el sol del favoritismo real; pero esto no habría sido según “la fe”, ni tampoco conforme a Cristo. Moisés, desde la alta posición que ocupaba, vio a sus hermanos doblegados bajo el peso de las cargas que se les había impuesto, y por la fe comprendió que su lugar estaba con ellos. Sí; con ellos en su oprobio, en su servidumbre, en su aflicción y en su humillación. Si él no hubiese estado motivado más que por un sentimiento de afecto, de filantropía o de patriotismo, habría hecho valer su poderosa influencia en favor de sus hermanos. Tal vez su intercesión hubiera logrado que Faraón disminuyese las cargas que los oprimían, haciéndoles la vida más fácil por medio de concesiones reales. Pero esa no sería nunca la manera de proceder de un corazón en comunión con el corazón de Cristo, ni le satisfaría jamás. Y, por la gracia de Dios, así era el corazón de Moisés. Por esto, con toda la energía y con todos los afectos de ese corazón, Moisés se lanzó, cuerpo, alma y espíritu, en medio de sus hermanos oprimidos “escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios”. Y de ese modo, él obró “por la fe”.

Considérese bien este asunto. No debemos contentarnos con desear el bien del pueblo de Dios, ocuparnos de él o hablar benévolamente en su favor. Nuestro deber es identificarnos plenamente *con* él, por despreciado y perseguido que sea. Un corazón generoso y benévolo puede hallar cierto placer en favorecer el cristianismo; pero es cosa totalmente distinta identificarse con los cristianos y sufrir con Cristo. Una cosa es ser *protector*, otra ser *mártir*. Las dos cosas se distinguen bien en las Escrituras desde el principio hasta el fin. Abdías tuvo cuidado de los testigos de Dios, pero Elías fue testigo para Dios (1 Reyes 18:3-4). Darío sentía tal afecto por Daniel que, a causa de él, pasó una noche sin conciliar el sueño; pero Daniel pasó la misma noche en el foso de los leones, como testigo de la Verdad (Daniel 6:18). Nicodemo se aventuró a pronunciar una palabra *por* Cristo; sin embargo, un conocimiento más profundo del Maestro le habría llevado a identificarse con él.

José y Moisés, tipos de Cristo

Estas consideraciones son eminentemente prácticas. El Señor Jesús no tiene necesidad de protectores; él quiere verdaderos compañeros. La verdad que le concierne no nos ha sido revelada para que tomemos la defensa de su causa en la tierra, sino para que tengamos comunión con su Persona en los cielos. Él se ha identificado con nosotros al precio inmenso de todo el amor que podía darnos. Nada le obligaba a ello. El Señor Jesús pudo haber guardado su lugar “en el seno del Padre” (Juan 1:18) por toda la eternidad; pero entonces, ¿cómo el inmenso río de amor que estaba retenido en su corazón podría haber descendido hasta nosotros, pecadores culpables y

dignos del infierno? Entre él y nosotros no podía existir ninguna unidad sino bajo ciertas condiciones que exigían de su parte el abandono completo de todas las cosas. ¡Bendito sea para siempre su Nombre adorable! Voluntariamente se sometió a tales condiciones y

“ Se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras (Tito 2:14).

Jesús no quiso gozar a solas de su gloria, y dio satisfacción a su corazón amante apropiándose de “muchos hijos” en esta gloria. “Padre, (dice) aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24). Tales eran los pensamientos de Cristo con respecto a su pueblo. Nosotros podemos juzgar hasta qué punto Moisés simpatizó con estos benditos pensamientos. Sin duda alguna, él participó en alto grado del mismo espíritu que su Maestro, y mostró ese espíritu sacrificando, por su propia voluntad, toda consideración personal y asociándose al pueblo de Dios sin reservas de ningún tipo.

En el capítulo siguiente consideraremos de nuevo los hechos y el carácter personal de este gran siervo de Dios. Por el momento, nos limitaremos a considerarlo como tipo del Señor Jesús. Por lo que leemos en Deuteronomio 18:15: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis” (comp. Hechos 7:37), es evidente que Moisés era un tipo de Cristo. No nos entregamos pues a humanas fantasías, sino que seguimos la enseñanza clara y expresa de las Escrituras, que en los últimos versículos del capítulo 2 del Éxodo nos presenta este mismo tipo bajo dos aspectos: primero (v. 14; Hechos 7:27-28), como rechazado por Israel; y a continuación en su unión con una mujer extranjera del país de Madián (v. 21-22). En cierta medida, ya hemos desarrollado estos dos puntos al tratar la historia de José, el cual, rechazado por sus hermanos según la carne, se unió a una mujer egipcia. Tanto el rechazo de Cristo por Israel como su unión con la Iglesia están representados en figura en la historia de José y en la de Moisés, pero bajo aspectos distintos. En la historia de José vemos la manifestación de la enemistad positiva contra *su persona*; en la de Moisés se trata más bien del rechazo de *su misión*. De José está escrito que “sus hermanos le aborrecían y no podían hablarle pacíficamente” (Génesis 37:4). A Moisés, le dijeron: “¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros?” (Éxodo 2:14). En otras palabras, el primero fue personalmente aborrecido; el segundo, públicamente rechazado.

Lo mismo acontece en cuanto a la manera en que se representa el gran misterio de la Iglesia en la historia de estos dos santos del Antiguo Testamento. Asenat representa una fase de la Iglesia del todo diferente de la que representa Séfora. Asenat fue unida a José durante el tiempo de su exaltación; Séfora fue la compañera de Moisés durante el tiempo de su vida obscura en el desierto (comp. Génesis 41:41-45 con Éxodo 2:15; 3:1). José y Moisés fueron rechazados ambos por sus hermanos en la época de su unión con mujeres extranjeras, pero el primero era gobernador sobre toda la tierra de Egipto y el último apacentaba un rebaño “en el desierto”.

Ya sea que contemplemos a Cristo manifestado en gloria, o escondido a la vista del mundo, la Iglesia le está íntimamente unida. Y así como el mundo no puede verle ahora, tampoco puede conocer a ese cuerpo que se llama la Iglesia, y que es *uno* con él. “El mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Juan 3:1). Muy pronto aparecerá Cristo en su gloria y la Iglesia aparecerá con él. “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:4); y también: “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Juan 17:22-23) .

Tal es la gloriosa y santa posición de la Iglesia. Ella es *una* con Aquel que es desechado del mundo, pero que ocupa el trono de la Majestad en los cielos. En la cruz, el Señor Jesús se ha hecho responsable por ella, a fin de que ella participe de su vilipendio presente y de su gloria venidera. ¡Quiera Dios que todos los que forman parte de ese cuerpo, tan gloriosamente privilegiado, lleguen a una profunda e inteligente comprensión del camino que les conviene seguir, y del carácter de que deben estar revestidos aquí abajo! Entonces sería cosa cierta que todos los hijos de Dios responderían más plena y claramente a este amor inmenso con que han sido amados, a la salvación que les ha sido dada y a la dignidad a que han sido elevados. El andar del cristiano siempre debería ser el resultado natural de un privilegio comprendido y plasmado en la vida y no el resultado forzado de promesas y resoluciones legales; el fruto natural de una posición conocida y de la cual se goza por la fe, no el fruto de los propios esfuerzos del hombre para llegar a una posición “por las obras de la ley” (Gálatas 2:16). Cada verdadero creyente forma parte de la Esposa de Cristo; por lo tanto le debe a Cristo los afectos que corresponden a esta relación. ¡Que así sea, Señor, con todo tu pueblo muy amado, que has rescatado al precio de tu preciosa sangre!

Dios llama a Moisés

La escuela de Dios

Prosigamos con la historia personal de Moisés y consideremos a este gran siervo de Dios durante el período tan interesante de su vida en el desierto, período que comprende los cuarenta mejores años de su existencia, si se puede decir así. El Señor, en su bondad, sabiduría y fidelidad, condujo a su siervo a un lugar aparte, lejos de la mirada y de los pensamientos de los hombres, para educarle bajo su dirección inmediata. Moisés tenía necesidad de ello. Es cierto que Moisés había pasado sus primeros cuarenta años en el palacio de Faraón; y si bien su estancia en la corte del rey no fue sin provecho, todo lo que había aprendido allí no era nada en comparación con lo que aprendió en el desierto. El tiempo pasado en la corte podía serle útil, pero la estancia en el desierto le era indispensable. Nada puede reemplazar la comunión secreta con Dios, ni la educación que se recibe en su escuela y bajo su disciplina. “Toda la sabiduría de los egipcios” (Hechos 7:22) no le habría hecho apto para el servicio al cual debía ser llamado. Podría haber seguido una brillante carrera en las escuelas de Egipto, y salido de ellas cubierto de honores literarios, con la inteligencia enriquecida de vastos conocimientos y el corazón lleno de orgullo y vanidad. Podría haber recibido títulos en las escuelas de los hombres sin haber aprendido siquiera el abecedario en la escuela de Dios. Porque, por mucho valor que tengan, la sabiduría y la ciencia humanas no pueden hacer de un hombre un siervo de Dios, ni dar la aptitud necesaria para cumplir un deber cualquiera en el servicio divino. Los conocimientos humanos pueden capacitar al hombre no regenerado para llenar un papel importante delante del mundo; pero es necesario que aquel que Dios quiere emplear en su servicio esté dotado de cualidades muy diferentes, cualidades que solo se adquieren en el santo retiro de la presencia de Dios.

Todos los siervos de Dios han tenido que aprender, por experiencia, la verdad de lo que acabamos de decir: Moisés en Horeb, Elías en el arroyo de Querit, Ezequiel junto al río de Quebar, Pablo en Arabia y Juan en la isla de Patmos. Y si consideramos a Jesús, el Siervo divino, vemos que el tiempo que pasó en el retiro fue diez veces mayor que el de su ministerio público. Aunque Jesús fue perfecto en inteligencia y voluntad, pasó treinta años en el humilde hogar de un pobre carpintero de Nazaret antes de manifestarse al pueblo. Y luego, una vez emprendida su obra, ¡cuántas veces le vemos alejarse de las miradas de los hombres para gozar en un lugar aparte de la dulce y santa presencia de su Padre!

Tal vez se pregunte uno: ¿Cómo, pues, se podrá responder a la necesidad apremiante de obreros, si es necesario que todos pasen por una educación secreta tan prolongada? A esto respondemos que se trata de un asunto del Maestro y no nuestro. Es él quien sabe llamar a los obreros y quien sabe también prepararlos. No es esta la obra del hombre. Si Dios toma mucho tiempo para la educación de tal hombre, es porque así lo juzga bueno, pues si otra fuese su voluntad, sabemos que un instante le bastaría para llevar a cabo esta obra. Es evidente que Dios ha tenido a todos sus siervos mucho tiempo a solas con Él, bien antes, bien después de su entrada en el ministerio público. Sin esta disciplina, sin esta experiencia en secreto, nunca seremos más que unos teóricos estériles y superficiales. Aquel que se aventura en un ministerio público sin haberse pesado debidamente en la balanza del santuario, y sin medirse de antemano en la presencia de Dios, se parece a un navío dándose a la vela sin haberse equipado convenientemente, cuya suerte indudable es el naufragio al primer embate del viento. Por el contrario, aquel que ha pasado por las diferentes clases de la escuela de Dios posee una profundidad, una solidez y una constancia que forman la base esencial del carácter de un verdadero siervo.

Por esta razón, cuando vemos a Moisés, a la edad de cuarenta años, alejado de todos los honores y de la magnificencia de una corte para pasar otros cuarenta años en la soledad del desierto, podemos esperar verle emprender una notable carrera de servicio. La mano del hombre es incapaz de formar un “instrumento para honra, santificado, útil al Señor” (2 Timoteo 2:21). Solo Dios es capaz de ello.

En el desierto

“Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios” (v. 1). ¡Qué cambio en la vida de Moisés! En Génesis, capítulo 46, versículo 34, vimos que los egipcios abominaban a “todo pastor de ovejas”; sin embargo, Moisés, que estaba instruido “en toda la sabiduría de los egipcios”, es trasladado de la corte de Egipto a una montaña en “el desierto” para apacentar un rebaño de ovejas y prepararse para el servicio de Dios. Desde luego, ese no es el modo humano de obrar (2 Samuel 7:19), ni el curso natural de las cosas; es un camino incomprensible para la carne y la sangre. Nosotros hubiéramos creído que la educación de Moisés estaba terminada cuando se halló en posesión de toda la sabiduría de los egipcios y gozando al mismo tiempo de las ventajas que a este efecto le ofrecía la vida de la corte. Habríamos supuesto que en un hombre tan privilegiado hallaríamos no solo una instrucción sólida y extensa, sino también una distinción tal en sus modales, que sería apto para cumplir toda especie de servicio. Pero es una cosa incomprensible desde la pers-

pectiva humana ver que a un hombre así, tan bien dotado e instruido, se le llama a abandonar su alta posición para ir a apacentar ovejas en el desierto. Esto es humillante para el orgullo humano y abate su gloria hasta el polvo, manifestando a todos los ojos que las ventajas humanas tienen poco valor delante de Dios, y menos que esto, todas las ventajas son consideradas como “basura” (literalmente estiércol) ante los ojos del Señor y ante los de aquellos que han aprendido en su escuela (Filipenses 3:8).

Hay una inmensa diferencia entre la enseñanza humana y la divina. La primera tiene por fin el cultivo y el enaltecimiento de la naturaleza humana, mientras que la segunda empieza por secarla y ponerla a un lado (Isaías 40:6-8; 1 Pedro 1:24). “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Pueden ustedes esforzarse tanto como quieran en educar e instruir al hombre natural, pero jamás llegarán a hacer de él un hombre espiritual. “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6). Si alguna vez un hombre natural cultivado ha podido tener esperanzas de éxito en el servicio de Dios, ese fue Moisés: él era “grande”, “sabio” y “poderoso en sus palabras y obras” (Hechos 7:22). Sin embargo, necesitaba aprender alguna cosa más “en el desierto”, algo que las escuelas de Egipto no le habrían enseñado nunca. Pablo aprendió en Arabia lo que jamás habría aprendido a los pies de Gamaliel. Nadie puede enseñar como Dios. Es necesario que quienes quieran aprender de él estén a solas con él. Moisés recibió en el desierto las lecciones más preciosas, más profundas, más poderosas y más durables; y es también allí adonde deben acudir todos los que quieran ser formados para el ministerio.

Ahí donde solo Dios es enaltecido

Quiera Dios que cada uno de nosotros conozca por su propia experiencia lo que significa estar “en el desierto”, en ese lugar sagrado, donde la humana naturaleza es abatida hasta el polvo, y donde Dios es enaltecido. Allí, los hombres y las cosas, el mundo y el «yo», las circunstancias presentes y su influencia, todo es estimado en su justo valor. Solo allí hallará una balanza divinamente justa y apropiada para pesar todo lo que hay en su interior, así como lo que le rodea. Allí no hay falsos colores, ni galas ficticias, ni vanas pretensiones. El enemigo de las almas no tiene poder para dorar la arena de ese santo lugar. Todo es realidad, los pensamientos del corazón son justos en todas las cosas, y se elevan por encima de la febril influencia de los negocios del mundo. El tumulto aturdidor, la agitación, y la confusión de Egipto, no penetran en ese lugar retirado; no se oye el ruido del mundo comercial y financiero; el ambiente no está impregnado de

ambiciones; desaparece la tentación de la gloria mundana y no se deja sentir la sed de oro. Los ojos no son oscurecidos por la concupiscencia; el corazón no se hincha de orgullo; la adulación de los hombres no envanece, ni desaniman sus censuras. En una palabra, todo es echado a un lado, excepto la luz y el sosiego de la presencia divina; solo se deja oír la voz de Dios; su luz gloriosa ilumina; se reciben sus pensamientos en el corazón. Tal es el lugar adonde deben ir todos los que quieran ser aptos para el ministerio, y donde deben quedarse si desean trabajar con éxito en la obra. Quiera Dios que todos los que aparecen en escena para servir en público conozcan por experiencia lo que es respirar la atmósfera de este santo lugar. Entonces habría menos tentativas infructuosas en el ejercicio del ministerio y un servicio mucho más eficaz para la gloria de Cristo.

Lo que vemos y oímos

Examinemos ahora lo que vio y oyó Moisés “a través del desierto”. Como ya hemos dicho, él aprende allí lo que está muy por encima de la inteligencia de los más eminentes sabios de Egipto. A la razón humana puede parecerle una extraña pérdida de tiempo el que un hombre como Moisés deba pasar cuarenta años en el desierto guardando ovejas. Pero Moisés estaba en el desierto con Dios, y el tiempo pasado con él nunca es tiempo perdido. Es provechoso recordar que para un siervo de Cristo hay algo más que la *actividad*. El que siempre *actúa* corre el riesgo de *actuar* demasiado. Y el tal hombre debería meditar cuidadosamente las palabras profundamente prácticas del Siervo perfecto: “despertará mi oído para que oiga como los sabios” (Isaías 50:4). “Oír” es una parte indispensable de la obra del siervo; es preciso que se mantenga frecuentemente en la presencia del maestro, a fin de saber lo que debe hacer. El oído y la lengua están íntimamente unidos en diferentes aspectos; y si, bajo el punto de vista moral o espiritual, el oído está cerrado y la lengua desatada, no hay duda de que se dirán muchas necedades y locuras.

“ Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar (Santiago 1:19).

Esta oportuna exhortación se apoya sobre dos realidades: que todo lo que es bueno viene de arriba, y que el corazón está lleno de maldad, siempre presto a desbordarse. Por esta causa es necesario que el oído esté abierto y la lengua refrenada. Es esta una ciencia bien admirable y original, ciencia en la cual Moisés hizo grandes progresos “a través del desierto” y que todos pueden adquirir con tal que estén dispuestos a aprender en la misma escuela.

La zarza

“Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema” (v. 2-3). Efectivamente, era “una grande visión” que una zarza ardiendo no se consumiera. La corte de Faraón nada semejante podría haber ofrecido a los cortesanos. Pero, además de ser grande, esta visión era el símbolo de la gracia, que, en medio del horno de Egipto, guardaba a los elegidos sin que fuesen consumidos. “Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob” (Salmo 46:7). En estas palabras se hallan fuerza y seguridad, victoria y paz. Dios *con* nosotros, Dios *en* nosotros, y Dios *por* nosotros; nada más necesitamos.

Nada más interesante e instructivo que meditar la manera en la cual Jehová se dignó revelarse a Moisés, en este pasaje que nos ocupa. Dios iba a darle el encargo de sacar a su pueblo de Egipto, a fin de que ese pueblo fuese su asamblea, para habitar en medio de él tanto en el desierto como en la tierra de Canaán; y es de en medio de una zarza ardiendo que él le da su mensaje. ¡Símbolo hermoso, justo y solemne de Jehová, habitando en medio del pueblo elegido y rescatado! “Nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29), no para consumirnos a nosotros, sino para consumir todo aquello que, en nosotros y a nuestro alrededor, sea contrario a su santidad, y por consiguiente, un peligro para nuestra verdadera felicidad eterna. “Tus testimonios son muy firmes; la santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre” (Salmo 93:5).

El Antiguo y el Nuevo Testamento encierran varios casos donde Dios se manifiesta como “fuego consumidor”; hallamos un ejemplo de ello en Levítico 10, donde vemos que el fuego devora a Nadab y Abiú. Jehová habitaba en medio de su pueblo y quería mantenerlo en una posición que fuese digna de él. Dios no podía hacer otra cosa. No sería provechoso para su gloria ni para los suyos que él tolerase cualquier cosa incompatible con la pureza de su presencia en los que le pertenecen. Es preciso que la morada de Dios sea santa.

Lo mismo vemos cuando se trata del pecado de Acán (Josué 7), donde se nos muestra que Jehová no puede revalidar el mal con su presencia, cualquiera que sea la forma que el mal revista, ni por oculto que pueda ser. Jehová es “fuego consumidor”. Como tal, él debía obrar con respecto a toda especie de mal que pudiese manchar la congregación de Israel, en medio de la cual habitaba. El intento de unir la presencia de Dios con un pecado no juzgado es el supremo distintivo de la impiedad.

Ananías y Safira (Hechos 5) nos enseñan la misma y solemne lección. Dios habitaba en la Iglesia por el Espíritu, no solamente como una influencia, sino como una Persona divina; y ello de tal manera que no se podía mentir al Espíritu Santo. La Iglesia era, y sigue siendo, la morada de Dios. Él es quien debe gobernar y juzgar en medio de ella. Los hombres pueden vivir en unión con la impostura, la concupiscencia y la hipocresía, pero Dios no. Si queremos que Dios habite con nosotros, debemos juzgar todos nuestros caminos; si no, él los juzgará por nosotros (véase 1 Corintios 11:29-32). En cada uno de los casos citados y en muchos más que podríamos aludir, hallamos la fuerza de estas solemnes palabras:

“ La santidad conviene a tu casa, oh Jehová
(Salmo 93:5).

Para aquel que la ha comprendido, esta verdad producirá siempre sobre él un afecto moral análogo al que ejerció sobre Moisés: “No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (v. 5). El lugar de la presencia de Dios es santo, y solo se puede caminar por él con los pies descalzos. Dios, al habitar en medio de su pueblo, comunica a toda la asamblea de ese pueblo un carácter de santidad que es el fundamento de todo afecto santo y de toda santa actividad. El carácter de la morada deriva del carácter de Aquel que la habita.

La aplicación de este principio al caso de la Iglesia, que es ahora la morada de Dios por su Espíritu, es de la mayor importancia práctica. Así como es una gloriosa verdad que Dios, por su Santo Espíritu, mora en cada uno de los miembros de la Iglesia, y que este Espíritu comunica un carácter de santidad al individuo, es también igualmente cierto que él mora en la congregación, y que, por consiguiente, la congregación debe ser santa. El centro alrededor del cual se reúnen los miembros es nada menos que la Persona de un Cristo vivo, victorioso y glorificado. El poder que los une es la potestad del Espíritu Santo; y el Señor, Dios Todopoderoso, mora *en* ellos y *entre* ellos (véase Mateo 18:20; 1 Corintios 6:19; 3:16-17; Efesios 2:21-22). Si tal es la santidad y dignidad que pertenecen a la morada de Dios, es evidente que no se debe tolerar nada impuro, ya sea en principio o en la práctica. Todos los que están en relación con esta morada deberían ser conscientes de la importancia y solemnidad de estas palabras: “El lugar en que tú estás, tierra santa es”. “Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él” (1 Corintios 3:17). Estas palabras son dignas de la más seria atención de parte de todos los miembros de la asamblea de Dios, y de aquellos que como “piedras vivas” forman parte de su santo templo. ¡Aprendamos, pues, a pisar con pies descalzos los atrios de Jehová!

El monte Horeb: santidad y gracia

Bajo todos los aspectos, las visiones del monte Horeb rinden testimonio al mismo tiempo a la gracia y a la santidad del Dios de Israel. Si la santidad de Dios es infinita, su gracia lo es también, y así como la manera en que se reveló a Moisés nos hace conocer su santidad, el mero hecho de revelarse da testimonio de su gracia. Dios descendió hasta nosotros porque él es misericordioso, pero después de haber descendido es necesario que se revele como Santo. “Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios” (v. 6). El efecto de la presencia de Dios siempre será que la naturaleza humana se cubra, ocultándose. Cuando comparecemos ante su presencia, con los pies descalzos y el rostro cubierto, es decir, con la disposición de alma que esos actos simbolizan de forma tan idónea y hermosa, estamos entonces dispuestos a dar oído a los dulces acentos de la gracia. Cuando el hombre ocupa el lugar que le corresponde, Dios puede hablarle con el lenguaje de una pura misericordia.

“Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exatores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel... El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen” (v. 7-9). Aquí resplandece con todo su fulgor la gracia absoluta, gratuita e incondicional del Dios de Abraham y su posteridad, sin oscurecimiento alguno de los «si» condicionales y los «pero», de los votos, las resoluciones y las condiciones del espíritu legalista del hombre. Dios había descendido para manifestarse a sí mismo en gracia soberana, para llevar a cabo toda la obra de salvación, y cumplir la promesa que había hecho a Abraham, y confirmado luego a Isaac y a Jacob. Dios no había descendido para ver si en realidad los que eran el objeto de esta promesa estaban en condiciones de ser merecedores de su salvación. No. Para él era suficiente con que tuviesen necesidad de esta salvación. Jehová había considerado la opresión bajo la cual gemían; había visto sus dolores, sus lágrimas, sus suspiros y su dura esclavitud, porque, bendito sea su Nombre, él cuenta las “huidas” de su pueblo, y pone sus “lágrimas” en su redoma (Salmo 56:8). Dios no fue atraído hacia Israel por sus méritos ni por sus virtudes; no se sentía atraído por sus excelencias o virtudes. La razón de que fuese a visitarlos no era por nada bueno en ellos, ni visible ni previsible, porque él sabía lo que había en ellos. En una palabra, el verdadero fundamento de la intervención misericordiosa de Jehová en favor de su pueblo nos es revelado en estas palabras: “Yo soy el Dios... de Abraham” y “he visto la aflicción de mi pueblo”.

Dichas palabras nos revelan un gran principio fundamental de las obras de Dios. Dios obra siempre en virtud de lo que él es. “Yo soy”, asegura todas las cosas para “*mi pueblo*”. Desde luego, Jehová no podía dejar a su pueblo en medio de los hornos de ladrillos de Egipto y bajo el látigo de los capataces de Faraón. Era su pueblo, y por lo tanto iba a obrar con respecto a ese pueblo de una manera digna de su grandeza y de su poder. El hecho de que Israel fuese el pueblo de Dios, el objeto favorecido de su amor y de su elección, el poseedor de su promesa incondicional, era suficiente para asegurarle todas las cosas. Nada podía impedir la manifestación pública de la relación que existía entre Dios y aquellos para quienes, en sus propósitos eternos, había asegurado la posesión de la tierra de Canaán. Había descendido para liberarles, y todos los poderes de la tierra y del infierno reunidos no podrían retenerlos cautivos ni una hora más del tiempo por él fijado. Dios podía servirse, y se sirvió en efecto de Egipto como de una escuela, y de Faraón como maestro. Una vez cumplida su misión, la escuela y el maestro son puestos a un lado; su pueblo es libertado con mano fuerte y brazo extendido.

Horeb: la revelación de lo que debe caracterizar a todo siervo de Dios

Tal es, pues, el doble carácter de la revelación hecha a Moisés en el monte Horeb. Lo que él vio y oyó combinaba los dos elementos de santidad y de gracia. Y esos dos elementos se hallan siempre, como sabemos, en todos los caminos y relaciones del bendito Dios. Deberían también caracterizar la vida de todos aquellos que, de una manera u otra, trabajan para el Señor o tienen comunión con él. Todo siervo fiel es enviado desde la misma presencia de Dios, con toda la gracia y la santidad que moran allí; él es llamado a reflejar la gracia y la santidad del carácter de Dios. Para esto, no solo es necesario que comience en la directa presencia de Dios, sino que en espíritu permanezca habitualmente en ella. Este es el verdadero secreto de un servicio eficaz. Para poder trabajar para Dios exteriormente, es preciso estar con él interiormente. Es necesario que yo me mantenga en el santuario secreto de su presencia; de lo contrario, fracasaré completamente en mi servicio.

Muchos fracasan en este particular y sucumben. Existe el gravísimo peligro de salirnos de la solemnidad y calma de la presencia divina, arrastrados por la excitación de las relaciones con los hombres y por el servicio activo. Debemos cuidarnos mucho contra esto. Si perdemos la santa disposición de espíritu representada aquí por los pies descalzos, nuestro servicio será bien pronto insípido y sin provecho. Nuestra obra no valdrá gran cosa si consentimos que algo se interponga entre nuestro corazón y el Maestro. No podemos servir a Cristo de una manera eficaz sino en la medida en que gozamos de él. Cuando el corazón se ocupa de las perfecciones que

nos atraen poderosamente hacia Él, nuestras manos le sirven de la manera más agradable y más digna de su nombre. De modo que nadie puede presentar a Cristo ante las almas a menos que él mismo no se nutra de Cristo en lo íntimo de su ser. Podrá, ciertamente, predicar un sermón, hacer un discurso, orar, escribir libros, y cumplir del principio al fin toda la rutina del servicio externo, y sin embargo, no ministrar de parte de Cristo. El que quiere presentar a Cristo a los demás debe ocuparse de Cristo él mismo.

¡Feliz el hombre que sirve así, cualquiera que sea el éxito de su trabajo o el acogimiento que se haga a su servicio! Porque aun cuando ese ministerio no llamase la atención ni ejerciese ninguna influencia visible, o no produjese resultados manifiestos, el que de tal manera sirve tiene en Cristo un dulce y feliz retiro, y halla en él una parte asegurada que nada ni nadie puede quitarle jamás. Lo contrario acontece a quien se alimenta con los frutos de su ministerio y toma placer en los goces que le procura, o con la atención que inspira y el interés que despierta. El tal se parece a una cañería que, conduciendo agua a los demás, no guarda para sí más que su oxidación. En verdad, es muy triste hallarse en semejante condición. Sin embargo, es en realidad la situación en que está todo siervo que se ocupa más de la obra y de sus resultados que del Maestro y de su gloria.

Esta es una cuestión que exige el más severo examen propio. El corazón es engañoso y el enemigo es hábil. Por eso tenemos una gran necesidad de prestar seria atención a esta palabra de exhortación:

Sed sobrios, y velad



(1 Pedro 5:8).

Cuando el alma ha sido llevada a la convicción de los numerosos y variados peligros que rodean al siervo de Cristo, entonces está en condiciones de comprender la necesidad de permanecer mucho tiempo a solas con Dios; allí está feliz y segura. Si empezamos nuestra obra, continuándola y terminándola a los pies del Maestro, nuestro servicio será el verdadero servicio rendido a Cristo.

Horeb: el examen después de cuarenta años de estudio en el desierto

Después de todo lo dicho anteriormente, debe ser evidente que el aire respirado “a través del desierto” es un aire muy saludable para todo siervo de Cristo. Horeb es el verdadero punto de partida de todos aquellos a quienes Dios envía para actuar en su Nombre. En Horeb fue donde

Moisés aprendió a descalzar sus pies y a cubrir su rostro. Cuarenta años antes, quiso empezar su obra, pero ese movimiento de impaciencia era prematuro. En la soledad de la montaña de Dios, del medio de la zarza ardiendo salió el mensaje divino resonando en sus oídos de servidor dispuesto: “Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel” (v. 10). Aquí había una verdadera autoridad. Existe una inmensa diferencia entre ser enviado por Dios y correr sin ser enviado; es evidente que Moisés no estaba preparado para el servicio cuando, al principio, quiso comenzar la obra matando al egipcio y procurando poner paz entre sus hermanos. Si necesitó nada menos que cuarenta años de instrucción secreta, ¿cómo pudo haber cumplido la obra de otra manera? ¡Hubiera sido imposible! Era preciso que fuese enseñado por Dios y enviado por él. Asimismo sucede para todos los que entran en una carrera de servicio y de testimonio para Cristo. Quiera Dios que estas santas lecciones sean profundamente grabadas en nuestros corazones, para que todas nuestras obras lleven el sello de la autoridad y de la aprobación del Maestro.

Pero tenemos aun algo más que aprender al pie del monte Horeb. El alma encuentra placer deteniéndose en este lugar. “Bueno es para nosotros que estemos aquí” (Mateo 17:4). El lugar de la presencia de Dios es siempre un lugar de ejercicio, donde de cierto el corazón queda puesto en descubierto. La luz que resplandece en ese santo lugar manifiesta todas las cosas; y esta es nuestra gran necesidad en medio de las vanas pretensiones que nos rodean, del orgullo y de la propia satisfacción personal.

Podríamos inclinarnos a creer que, en el mismo momento en que Moisés recibió su divina comisión, su respuesta habría sido: “Heme aquí” (v. 4), o: “¿Qué haré Señor?” (Hechos 22:10). Pero no; le faltaba para llegar a eso. Indudablemente le afectaba el recuerdo de su primer fracaso. Si alguien ha actuado en cualquier cosa sin Dios, es seguro que le sobrevendrá el desaliento incluso cuando sea Dios quien le envía. “Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?” (v. 11). Aquí, Moisés no se parece mucho al hombre que, cuarenta años antes, “pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya” (Hechos 7:25), ¡Así es el hombre! En ocasiones, demasiado precipitado, otras veces, demasiado lento para actuar. Moisés había aprendido muchas cosas después del día que mató al egipcio; había progresado en el conocimiento de sí mismo, y este conocimiento le hacía desconfiado y retraído. Pero, por otra parte, era evidente que Moisés carecía de confianza

en Dios. Si me miro a mí mismo, no haré nada; pero si miro a Cristo, “todo lo puedo” (Filipenses 4:13). Así, cuando Moisés, movido por la desconfianza y el temor, respondió: “¿Quién soy yo?”, la respuesta de Dios fue:

Yo estaré contigo (v. 12).



Esta respuesta debería haberle satisfecho. Si Dios está conmigo, ¡qué importa lo que soy yo o quién soy! Cuando Dios dice: “Te enviaré” y “Yo estaré contigo”, el siervo está abundantemente provisto de autoridad y de potestad divina, y por lo tanto debe estar perfectamente tranquilo y contento de ir allí donde Dios le envía.

Pero Moisés hace aún otra pregunta, porque el corazón del hombre está lleno de preguntas: “Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre? ¿qué les responderé?” (v. 13). Es sumamente extraño ver cómo razona el corazón humano y cómo pregunta cuando debe a Dios una obediencia implícita; pero lo que es más maravilloso todavía es la gracia que soporta tales razonamientos, y responde a cada una de nuestras preguntas, tomando ocasión de todas ellas para hacer resaltar algún nuevo rasgo de esta gracia soberana.

“Yo soy el que soy”

“Y respondió Dios a Moisés: Yo soy el que soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: Yo soy me envió a vosotros” (v. 14). El título que Dios toma aquí es maravillosamente significativo. Escudriñando en las Escrituras los diversos nombres con que Dios se revela, vemos que cada uno de ellos está en relación íntima con las distintas necesidades de aquellos con quienes Dios se pone en relación. Él se revela bajo los nombres de “Jehová-jireh” (Jehová proveerá), Génesis 22:14; “Jehová-nisi” (Jehová mi bandera), Éxodo 17:15; “Jehová-tsidkenu” (Jehová, justicia nuestra), Jeremías 33:16; “Jehová-salom” (Jehová es paz), Jueces 6:24, para satisfacer las necesidades de su pueblo. Cuando se llama a sí mismo “Yo soy”, este título encierra todos los demás nombres.

¡Qué maravillosa gracia la de ser llamados a caminar como compañeros de Aquel que lleva tal nombre! Estamos en el desierto, y allí nos habremos de encontrar con pruebas, aflicciones, y dificultades. Mientras gocemos del privilegio de recurrir en todo tiempo y en todas las circunstancias al que se revela a nosotros en su gracia infinitamente variada, según todas nuestras necesidades y flaquezas, no debemos temer. Cuando Dios se disponía a llevar a su pueblo a través del

arenoso desierto, reveló su nombre a Moisés; y aunque el creyente pueda decir ahora “Abba, Padre” (Romanos 8:15) por el Espíritu de adopción que mora en él, no por esto pierde el privilegio de gozar de la comunión con Dios en las diversas formas en que él se ha complacido manifestarse. El nombre de “Dios”, por ejemplo, es un título que nos lo revela como obrando en la unidad de su propia esencia, manifestando su poder y su divinidad eterna en las obras de la creación. Toma el nombre de “Jehová Dios” en relación con el hombre. Luego, se presenta ante su siervo Abraham como el “Dios Todopoderoso”, para afirmarle en la seguridad de que cumpliría la promesa hecha respecto a su “descendencia”. Como “Jehová” se da a conocer a Israel, lo libera de la tierra de Egipto, y lo conduce a Canaán.

Así Dios ha “hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas” (Hebreos 1:1); y durante la dispensación actual, el creyente que posee el Espíritu de adopción, puede decir: El que así se ha revelado, el que así ha hablado y el que así ha obrado, es mi Padre.

No hay nada más interesante, o que sea prácticamente más importante en su género, que el estudio de estos grandes nombres que Dios toma en las diferentes dispensaciones. Estos nombres son siempre empleados en una estricta concordancia moral con las circunstancias en que han sido revelados; pero hay en el nombre “Yo soy” una anchura, largura, profundidad y altura, que en verdad exceden a todo entendimiento humano.

Además, es importante observar que Dios toma ese título solamente en relación con su pueblo. No se dirigió a Faraón con ese nombre; para aquel, toma el título imponente y majestuoso de “Jehová el Dios de los hebreos”, o sea, Dios en relación con el pueblo que Faraón procuraba aplastar. Esto debía haber bastado para que Faraón conociese la terrible posición que ocupaba con respecto a Dios. El nombre “Yo soy” no habría producido en un oído incircunciso más que un sonido vago, no habría comunicado ninguna realidad divina al corazón incrédulo. Cuando Dios manifestado en carne hizo oír a los judíos infieles de su tiempo las palabras: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58), ellos tomaron piedras para apedrearle. Solo el verdadero creyente puede, en cierta medida, experimentar el poder y gozar del valor del nombre inefable “Yo soy”. El tal puede regocijarse de oír de los labios del bendito Señor Jesús declaraciones como: “Yo soy el pan de vida”; “Yo soy la luz del mundo”; “Yo soy el Buen Pastor”;

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida
“ (Juan 14:6);

“Yo soy la vid verdadera”; “Yo soy el Alfa y la Omega”; “Yo soy la estrella resplandeciente de la mañana”. En una palabra, puede tomar cada nombre de las excelencias y hermosuras divinas, y, poniéndolo después del “Yo soy”, encontrar ahí a *Jesús*, admirarlo, adorarlo y exaltarlo.

Por tanto, hay en el nombre “Yo soy” una dulzura, además de una totalidad, que está más allá de nuestra capacidad de expresarlo. Cada creyente puede encontrar en él aquello que es apropiado de una manera precisa a su necesidad espiritual, sea cual sea. No hay una sola curva en el camino de la peregrinación cristiana, no hay una sola fase de la experiencia de su alma, ni un solo punto en su condición que no encuentre recursos en este título, por la sencilla razón de que, sea cual sea su necesidad, solo tiene que ponerla, por la fe, frente a este “Yo soy”, y encontrarlo todo en Jesús. Así, para el creyente, por débil y vacilante que sea, hay en este nombre una gloriosa y pura bendición.

Sin embargo, aunque fue a los escogidos de Dios a quienes Moisés tenía la orden de decir: “Yo soy me envió a vosotros”, este nombre, considerado en relación con los incrédulos, encierra un sentido profundamente solemne y una gran realidad. Si alguien que vive en sus pecados considera un instante este título maravilloso, es imposible que pueda hacerlo sin preguntarse: ¿Cuáles es, pues, mi relación con ese Ser que se llama a sí mismo “Yo soy el que soy”? Si verdaderamente Él es, ¿qué es Él para mí? No deseo despojar a esta pregunta de su solemnidad y poder contestándola yo mismo; pero anhelo que Dios la haga penetrar en la conciencia de todo lector que realmente tenga necesidad de ser escudriñado por ella.

“Este es mi nombre para siempre”

No puedo terminar este capítulo sin llamar la atención de mi lector cristiano a la importante declaración contenida en el versículo 15: “Además dijo Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos”. Esta declaración entraña una verdad muy importante, que parece olvidada por gran número de cristianos, a saber: que la relación de Dios con Israel es una relación eterna. Además, que él es el Dios de Israel tanto ahora como cuando visitó a su pueblo en el país de Egipto. Y que Dios se ocupa de Israel lo mismo ahora que entonces, si bien lo hace de una manera distinta. Su palabra es clara y explícita: “Este es mi nombre para siempre”. Dios no dice: «Este es mi nombre por un tiempo, mientras Israel sea lo que debe ser», sino “Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos”. Que el lector medite bien estas palabras. “No ha desechado Dios

a su pueblo, al cual desde antes conoció” (Romanos 11:2). Obedientes o desobedientes, reunidos o dispersos, manifestos entre las naciones o escondidos a su vista, los hijos de Israel son aún su pueblo, y Dios es el Dios de ellos. La declaración del versículo 15 es irrefutable, y la Iglesia profesante no puede justificar o ignorar una relación que Dios declara duradera “por todos los siglos”. Tengamos cuidado de no transigir en dar otro sentido a esta declaración solemne: “Este es mi nombre para siempre”. Dios quiere decir lo que dice, y pronto manifestará a los ojos de todas las naciones de la tierra que su relación con Israel es eterna.

Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios
“ (Romanos 11:29).

“Yo soy” ha declarado que él es el Dios de Israel eternamente. Todas las naciones serán llamadas a comprender esta verdad y a inclinarse ante ella, como asimismo a reconocer que los designios providenciales de Dios para con ellos están unidos, de una manera u otra, con ese pueblo favorecido y honrado, aunque juzgado y disperso ahora. “Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel. Porque la porción de Jehová es su pueblo; Jacob la heredad que le tocó” (Deuteronomio 32:8-9).

¿Ha dejado de ser verdad lo que Dios ha dicho? ¿Ha desechado Dios a su pueblo? ¿No está fijada su mirada de amor sobre las tribus dispersas de Israel, durante tantos siglos perdidas a la vista de los hombres? ¿No están ya delante de él las murallas de Jerusalén, o ha dejado su polvo de ser precioso a sus ojos? Para responder a todas estas preguntas, sería necesario citar una gran parte del Antiguo Testamento y numerosos pasajes del Nuevo; pero no es el momento para examinar detalladamente este asunto. Recordaré solamente, para terminar este capítulo, que la cristianidad no debe ignorar “este misterio... que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo” (Romanos 11:25-26).

La preparación del siervo

Las objeciones de Moisés y los medios de Dios

De nuevo debemos detenernos al pie del monte Horeb, “a través del desierto”, para ver manifestarse de una manera extraordinaria la incredulidad del hombre y la gracia ilimitada de Dios.

“Entonces Moisés respondió diciendo: He aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz; porque dirán: No te ha aparecido Jehová” (v. 1). ¡Qué difícil es vencer la incredulidad del corazón del hombre, y cuánto le cuesta a este confiar en Dios! ¡Qué lento es el ser humano para aventurarse en alguna empresa confiando solo en la simple promesa de Jehová! Todo está de acuerdo con la naturaleza humana, excepto esto. La más débil caña, visible para el ojo del hombre, es considerada por nuestra naturaleza como infinitamente más sólida, para fundamentar nuestra confianza, que la invisible “Roca de la eternidad” (Isaías 26:4, V. M.) La naturaleza se precipitará sin vacilación hacia cualquier arroyo humano, o cisterna rota, antes que permanecer cerca de la fuente “de aguas vivas” (Jeremías 2:13; 17:13).

Podríamos pensar que Moisés había visto y oído lo suficiente para poner fin a todos sus temores. El fuego consumidor en la zarza que no se consumía; la gracia con toda su condescendencia; los grandes y preciosos títulos de Dios; la misión divina; la seguridad de la presencia de Dios, todas estas cosas deberían haber ahogado todo pensamiento de temor, y comunicado al corazón una firme seguridad. Sin embargo, Moisés continúa preguntando, y Dios respondiéndole. Cada pregunta evidencia una nueva gracia. “Y Jehová dijo: ¿Qué es eso que tienes en tu mano? Y él respondió: Una vara” (v. 2). Jehová quería tomar a Moisés tal como era y servirse de lo que él tenía en la mano. Aquella vara con la que Moisés había conducido las ovejas de su suegro iba a ser empleada para liberar al Israel de Dios, para castigar al país de Egipto, para trazar a través del mar un camino al pueblo redimido de Jehová y para hacer manar el agua de la roca, a fin de refrescar las huestes sedientas de Israel en el desierto. Dios se sirve de los más débiles instrumentos para cumplir sus más gloriosos planes “una vara”; “un cuerno de carnero” (Josué 6:5); “un pan de cebada” (Jueces 7:13); “una vasija de agua” (1 Reyes 19:6); una “honda” de pastor (1 Samuel 17:50); en una palabra, cualquier cosa puede servir, en las manos de Dios, para cumplir la obra que él se ha propuesto. Los hombres se imaginan que no se puede llegar a grandes resultados sino por grandes medios; pero no son así los caminos de Dios. Él se sirve lo mismo de “un gusano” que del “sol”; y de una “calabacera” como de “un recio viento solano” (véase Jonás 4).

La vara

Moisés debía aprender una importante lección, lo mismo respecto a la vara como a la mano que debía usarla durante cuarenta años. Moisés debía aprender y el pueblo había de ser convencido. “Él le dijo: Échala en tierra. Y él la echó en tierra, y se hizo una culebra; y Moisés huía de ella. Entonces dijo Jehová a Moisés: Extiende tu mano, y tómala por la cola. Y él extendió su mano, y la tomó, y se volvió vara en su mano. Por esto creerán que se te ha aparecido Jehová, el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob” (v. 3-5). La vara se volvió serpiente y ante ella, Moisés huía temeroso; pero obedeciendo el mandato de Jehová, la tomó por la cola, y se volvió vara en su mano. Nada más propio que esta figura para expresar la idea del poder de Satanás vuelto contra él mismo. De esto tenemos numerosos ejemplos en los caminos de Dios. Moisés mismo es un notable ejemplo de ello. La serpiente está enteramente bajo el poder de Cristo, y cuando llegue al último límite de su insensata carrera, será precipitada en el lago de fuego para recoger allí los frutos de su obra durante todas las eras sin fin de la eternidad. “La serpiente antigua”, “el acusador” y el adversario, será aplastada eternamente por la vara del Ungido de Dios (Apocalipsis 12:9-10).

La mano leprosa

“Le dijo además Jehová: Mete ahora tu mano en tu seno. Y él metió la mano en su seno; y cuando la sacó, he aquí que su mano estaba leprosa como la nieve. Y dijo: Vuelve a meter tu mano en tu seno. Y él volvió a meter su mano en su seno; y al sacarla de nuevo del seno, he aquí que se había vuelto como la otra carne” (v. 6-7). La mano cubierta de lepra y la purificación de esta lepra representan el efecto moral del pecado, y la manera como el pecado ha sido quitado por la obra perfecta de Cristo. Puesta en el seno, la mano limpia se torna leprosa; y la mano leprosa, puesta en el seno, se vuelve limpia. La lepra es el tipo bien conocido del pecado; y así como el pecado entró por el primer hombre, así también ha sido quitado por el segundo. “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos” (1 Corintios 15:21). La caída vino por un hombre, y por un Hombre (Cristo) la redención; por el hombre vino la ofensa y por el Hombre el perdón; por el hombre vino el pecado y por el Hombre la justicia; por el hombre, la muerte vino al mundo; por el Hombre, la muerte fue abolida, la vida, la justicia y la gloria fueron introducidas en la tierra. No solamente la misma serpiente será vencida y confundida, sino que toda huella de su obra odiosa y abominable será enteramente borrada y destruida por el sacrificio expiatorio de Aquel que “apareció... para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8).

Las aguas cambiadas en sangre

“Y si aún no creyeren a estas dos señales, ni oyeren tu voz, tomarás de las aguas del río y las derramarás en tierra; y se cambiarán aquellas aguas que tomarás del río y se harán sangre en la tierra” (v. 9). Esta es una figura enormemente solemne y expresiva de la consecuencia de rehusar someterse al testimonio divino. Esta señal no debía ser ejecutada sino en caso de que fuesen rechazadas las dos precedentes. Debía ser en primer lugar una señal para Israel, luego una plaga para Egipto (comp. Éxodo 7:17).

La falta de elocuencia

Sin embargo, el corazón de Moisés no está aún satisfecho. “Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua” (v. 10). ¡Qué vergonzosa cobardía! Solo la paciencia infinita de Jehová podía soportarla. ¿No es evidente que cuando Dios le dijo: “Yo estaré contigo”, daba a su siervo la garantía infalible de que nada le faltaría de cuanto le fuese necesario? Si tenía necesidad de una lengua elocuente, ¿qué más debía hacer sino ponerla ante el “Yo soy”? La elocuencia, la sabiduría, el poder, la fuerza, ¿no estaba todo contenido en ese tesoro inagotable? “Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová? Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar” (v. 11-12). ¡Gracia perfecta e incomparable! ¡Gracia digna de Dios! No hay nadie que sea como Jehová nuestro Dios, cuya gracia paciente supera todas nuestras dificultades y suple todas nuestras necesidades y flaquezas. “Yo, Jehová”, debería hacer cesar para siempre todos los razonamientos de nuestros corazones carnales. Pero esos razonamientos son difíciles de derribar, y se levantan una y otra vez turbando nuestra paz, y deshonorando a ese Ser bendito que se presenta a nuestras almas en la plenitud de su ser, para que recurramos a él según nuestras necesidades.

Será bueno recordar que cuando el Señor está con nosotros, nuestras mismas carencias y debilidades son la ocasión para que él despliegue su gracia todo suficiente y su paciencia perfecta. Si Moisés lo hubiese recordado, no le habría inquietado su falta de elocuencia. El apóstol Pablo aprendió a decir: “De buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:9-10). Este lenguaje es ciertamente el de un discípulo aventajado en la escuela de

Cristo. Es la experiencia de un hombre que no se habría afligido por no poseer una gran elocuencia, con tal que hubiese hallado, en la preciosa gracia del Señor Jesús, una respuesta a todas sus necesidades, cualesquiera que fuesen.

El conocimiento de esta verdad debiera haber liberado a Moisés de la excesiva desconfianza y timidez fuera de lugar que le dominaban. Las seguridades que, en su misericordia, le había dado el Señor de estar con su boca, debieran haberle tranquilizado en cuanto a la cuestión de la elocuencia. El que ha hecho la boca del hombre podía, si había necesidad de ello, llenarla de la más poderosa elocuencia. Para la fe esto es cosa muy sencilla; pero el pobre corazón incrédulo confía infinitamente mejor en una lengua elocuente que en Aquel que la ha creado. Este hecho nos parecería inexplicable, si no supiésemos de qué elementos se compone el corazón natural. El corazón no puede confiarse en Dios; y esta es la causa de ese defecto tan humillante de desconfianza, la cual se manifiesta incluso entre los hijos de Dios, cuando, en alguna medida, se dejan dominar por la naturaleza humana. Por esto, en el caso que nos ocupa, Moisés aún vacila: “Y él dijo: ¡Ay Señor! envía, te ruego, por medio del que debes enviar” (v. 13). Esta exclamación era, de hecho, rehusar el glorioso privilegio de ser el único mensajero de Jehová para Israel y para Egipto.

La falsa humildad

Huelga decir que la humildad operada por Dios es una gracia inapreciable. “Revestíos de humildad” (1 Pedro 5:5) es uno de los preceptos divinos. Sin duda, el adorno más conveniente para un miserable pecador es la humildad. Pero si rehusamos tomar el lugar que Dios nos señala o seguir la senda que nos traza, no somos humildes. En el caso de Moisés, es evidente que no era retenido por un exceso de humildad, porque “Jehová se enojó contra” él. Era algo más que humildad y debilidad. Así vemos que mientras ese sentimiento revestía la apariencia de timidez, por censurable que fuese, Dios, en su gracia infinita, lo soportaba y contestaba al mismo con reiteradas promesas. Pero cuando este sentimiento asumió el carácter de incredulidad y lentitud de corazón, el justo enojo de Jehová se encendió contra Moisés; en lugar de ser el único instrumento en la obra del testimonio y de la liberación de Israel, debió compartir con otro este honroso privilegio.

Nada hay que deshonre más a Dios y que sea al mismo tiempo más peligroso para nosotros, que una falsa humildad. Cuando, con el pretexto de que no reunimos ciertas condiciones y virtudes, rehusamos tomar el lugar que Dios nos señala, no es realmente humildad; porque si pudiéramos convencernos de que poseemos esas virtudes y condiciones, nos atribuiríamos el derecho

de pretender ese puesto. Por ejemplo, si Moisés hubiese poseído el grado de elocuencia que creía necesario para el cumplimiento de su ministerio, tenemos motivos para creer que no habría vacilado en obedecer al llamamiento de Dios. La cuestión para él era saber el grado de elocuencia que le era necesario; y la respuesta es que, sin Dios, ningún grado de elocuencia humana es suficiente, mientras que, con Dios, el hombre más tartamudo sería un eficaz ministro.

Esta es una gran verdad práctica. La incredulidad no es humildad, sino un orgullo absoluto. Se resiste a creer en Dios porque no halla, en el «yo», una razón para creer. Esto es la cumbre de la presunción. Si cuando Dios habla yo rehúso creerle, sobre la base de algo que está en mí mismo, le hago mentiroso (1 Juan 5:10). Cuando Dios declara su amor, si yo rehúso creerle porque no me considero un objeto suficientemente digno, le hago mentiroso y manifiesto el orgullo inherente a mi corazón. El solo pensamiento de que yo pueda merecer otra cosa que el infierno sería prueba de una completa ignorancia de mi condición y de las demandas de Dios. El rechazo del lugar que me es asignado por el amor redentor, en virtud de la expiación cumplida por Cristo, es hacer a Dios mentiroso, y deshonor el sacrificio de la cruz. El amor de Dios se derrama espontáneamente. No es atraído por mis méritos, sino por mi necesidad. Tampoco se trata del lugar que yo merezco, sino del que merece Cristo. Cristo tomó, en la cruz, el lugar del pecador, a fin de que el pecador tuviese lugar con él en la gloria. Cristo llevó lo que el pecador merece, para que este participase de lo que merece Cristo. El “yo” queda completamente desechado: esta es la verdadera humildad. Nadie puede ser verdaderamente humilde antes de haber llegado al lado celestial de la cruz; allí halla la vida, la justicia y la misericordia divina. Entonces se ha terminado para siempre con el “yo”, y se alimenta de las principescas riquezas de otro. Está moralmente preparado para unirse al clamor que por los siglos eternos retumbará en el cielo:

“ No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria
(Salmo 115:1).

Sin duda, poco nos conviene detenernos en los errores o debilidades de un siervo tan honrado por Dios como lo fue Moisés, de quien leemos que “fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir” (Hebreos 3:5). Sin embargo, aunque no vamos a detenernos en esas debilidades con un espíritu de propia satisfacción, —como si en parecidas circunstancias nosotros hubiésemos sido capaces de obrar distintamente— debemos procurar apropiarnos de las santas lecciones que la Escritura se propone enseñarnos al hablar de estas cosas.

Debiéramos aprender cómo juzgarnos a nosotros mismos, a confiarnos realmente en Dios, a desechar nuestro “yo”, a fin de que Dios pueda obrar en nosotros, por nosotros y para nosotros. He aquí el verdadero secreto del poder.

Aarón hablará por ti

Hemos visto que Moisés se privó, por su falta, del privilegio de ser el único instrumento de Jehová en la obra gloriosa que iba a ser realizada. Pero esto no es todo. “Entonces Jehová se enojó contra Moisés, y dijo: ¿No conozco yo a tu hermano Aarón, levita, y que él habla bien? Y he aquí que él saldrá a recibirte, y al verte se alegrará en su corazón. Tú hablarás a él, y pondrás en su boca las palabras, y yo estaré con tu boca y con la suya, y os enseñaré lo que hayáis de hacer. Y él hablará por ti al pueblo; él te será a ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios. Y tomarás en tu mano esta vara, con la cual harás las señales” (v. 14-17). Este pasaje es una mina de instrucciones prácticas muy preciosas. Hemos visto los temores y las dudas de Moisés, a pesar de todas las promesas y seguridades que recibía de la gracia divina. Ahora, Moisés nada ha ganado en cuanto a mayor poder real; no hay más virtud ni más poder en la boca de Aarón que en la suya; al contrario él mismo es quien le debe poner las palabras en la boca. No obstante, le vemos dispuesto a marchar porque puede contar con la presencia y cooperación de un mortal, pobre y débil como él, mientras que no supo obedecer cuando Jehová le reiteraba la promesa de estar con él siempre.

¿No es esto como un fiel espejo, en el cual se reflejan el corazón de cada uno? Nos enseña que estamos dispuestos a confiarnos en cualquier cosa antes que en el Dios vivo. Apoyados y protegidos por un mortal semejante a nosotros, avanzamos atrevidos y sin ningún temor. En cambio, temblamos, vacilamos y dudamos cuando solo tenemos la luz de la presencia del Maestro para animarnos, y la fuerza de su brazo para sostenernos. Esto debería humillarnos profundamente delante del Señor, para que supiésemos confiar perfectamente en él y marchar hacia adelante con paso firme, porque le tenemos como nuestro único socorro y fortaleza. Sin duda alguna, la compañía de un hermano es muy preciosa: “Mejores son dos que uno” (Eclesiastés 4:9), ya sea para el trabajo, para el reposo o para el combate. El Señor Jesús envió a sus discípulos “de dos en dos” (Marcos 6:7), porque la compañía es mejor que la soledad. Sin embargo, si nuestro conocimiento personal de Dios y nuestra experiencia de su presencia no son tales que nos permitan, en caso necesario, caminar solos, la presencia de un hermano nos será de poca utilidad. Es digno de mención que Aarón, cuya compañía parecía satisfacer a Moisés, fue quien más tarde hizo el

becerro de oro (Éxodo 32:21). Vemos con frecuencia que la misma persona cuya compañía nos parecía necesaria para nuestro éxito y progreso, viene a ser luego motivo del más profundo dolor para nuestro corazón. ¡Recordémoslo siempre!

El orden en la casa del siervo, en el camino, en la posada

En todo caso, Moisés consiente por fin a ir; pero antes de estar completamente preparado para la obra a que ha sido llamado, es menester que pase por otra dolorosa experiencia. Es necesario que Dios imprima con su mano la sentencia de muerte sobre su carne. Moisés había aprendido importantes lecciones “a través del desierto”; ahora debe aprender otra lección aún más importante “en el camino” hacia la “posada” (v. 24). Ser siervo de Dios es una cosa sumamente seria; para dicha vocación no es suficiente una educación ordinaria. Es indispensable que la naturaleza humana sea mortificada y mantenida en la posición de muerte. “Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos” (2 Corintios 1:9). Todo siervo, para que sea bendecido en su servicio, necesariamente debe saber algo de lo que significa tener en sí mismo esta sentencia de muerte. Moisés debió pasar personalmente por ese camino, antes de que estuviese moralmente calificado para comenzar su misión. Él se disponía a presentar a Faraón este solemne mensaje: “Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva, mas no has querido dejarlo ir; he aquí yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito” (v. 22-23). Mensaje de juicio y de muerte para Faraón; pero para Israel, mensaje de vida y de salvación. Recordemos que quien quiera hablar, en nombre de Dios, de muerte y de juicio, de vida y de salvación, debe sentir primero en su propia alma la realidad de tales cosas. Moisés, en el principio del libro, nos es presentado, en figura, como depositado en la tumba; pero vivir la experiencia de la muerte en su propia persona era cosa distinta. Por eso leemos: “Y aconteció en el camino, que en una posada Jehová le salió al encuentro, y quiso matarlo. Entonces Séfora tomó un pedernal afilado y cortó el prepucio de su hijo, y lo echó a sus pies, diciendo: A la verdad tú me eres un esposo de sangre. Así le dejó luego ir. Y ella dijo: Esposo de sangre, a causa de la circuncisión” (v. 24-26). Este pasaje nos introduce en un gran secreto de la vida personal de Moisés y de su hogar. Es evidente que, hasta ese momento, el corazón de Séfora había retrocedido ante la aplicación del “pedernal afilado” sobre el objeto de sus afectos maternos. Ella había evitado la marca que debía ser impresa sobre la carne de cada uno de los miembros del Israel de Dios. No era consciente de que su unión con Moisés implicaba, necesariamente, la muerte de la naturaleza. Retrocedía ante la cruz, cosa natural. Pero Moisés había cedido ante su esposa en ese asunto, y esto nos explica la

escena misteriosa en la “posada”. Si Séfora rehúsa circuncidar a su hijo, Jehová pondrá la mano sobre su esposo; y si Moisés se acomoda a los sentimientos de su esposa, Jehová le saldrá al encuentro para “matarlo”. La sentencia de muerte debe ser escrita sobre nuestra naturaleza; y si nosotros procuramos sustraernos a ella por un lado, la encontraremos por otro.

Séfora, tipo de la Iglesia

Ya se ha hecho notar que Séfora representa a la Iglesia de manera interesante e instructiva. Ella fue unida a Moisés durante la época en que este era rechazado por sus hermanos. El pasaje que acabamos de citar nos enseña que la Iglesia es llamada a conocer a Cristo como Aquel a quien está unida “por la sangre”, siendo su privilegio beber de su copa y ser bautizada de su bautismo. Estando crucificada con él, es necesario que sea hecha semejante a su muerte; que mortifique sus miembros terrenales; que tome su cruz cada día, y que le siga. La relación con Cristo está basada en la sangre; y la manifestación del poder de esta relación implica, necesariamente, la muerte de la naturaleza. “Vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos” (Colosenses 2:10-12).

Tal es la doctrina relativa a la posición de la Iglesia con Cristo, doctrina llena de los más gloriosos privilegios para la Iglesia y para cada uno de sus miembros: entera remisión de los pecados, justificación, aceptación completa, seguridad eterna, perfecta comunión con Cristo en toda su gloria; esta doctrina lo comprende todo. “Estáis completos en él”. ¿Qué se le podría añadir a Aquel que está completo? ¿La “filosofía”, “las tradiciones de los hombres... los rudimentos del mundo”? ¿La comida o la bebida? ¿Los “días de fiesta, luna nueva o días de reposo”? ¿“No manejes, ni gustes, ni aun toques” esto o aquello, “los mandamientos y doctrinas de los hombres”? (Colosenses 2:8-23). ¿Los días, los meses, los tiempos, y los años? ¿Podrá acaso alguna de estas cosas, o todas ellas juntas, añadir una tilde o una jota a quien Dios ha declarado “completo”? Igual sería preguntar si, después de los seis días de trabajo empleados por Dios en la obra de la creación, el hombre pudo haber dado un último retoque a lo que Dios había declarado ser “bueno en gran manera”.

Tampoco debemos, en manera alguna, considerar ese estado de perfección, como algo a que el cristiano aún debe llegar, o que no ha alcanzado todavía, sino hacia lo cual prosigue con perseverancia, sin que nunca pueda estar seguro de poseerlo hasta la hora de la muerte, o delante del trono del juicio. Este estado de perfección es la parte del más débil, del menos instruido, del menos experimentado de los hijos de Dios que viven en el mundo. El más pequeño de los santos está comprendido en el “estáis completos” del apóstol (Colosenses 2:10). Todos los hijos de Dios están completos en Cristo. Pablo no dice: «seréis completos», «puede que lo seáis», «esperad que seréis», «orad para que seáis»; sino que por el Espíritu Santo declara de la manera más absoluta: “Estáis completos en él”. Este es el verdadero punto de partida para el cristiano. Tomar como fin aquello que Dios ha señalado como punto de partida, es trastornar toda la enseñanza del Espíritu Santo.

Pero tal vez se dirá: si esto es así, ¿no tenemos, pues, ningún pecado, ni defectos, ni imperfecciones? Ciertamente que sí: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:8). Tenemos pecado en nosotros, pero no sobre nosotros. Además, ante Dios no estamos en nuestro «yo», sino en Cristo. “En él” estamos “completos”. Dios ve al creyente *en* Cristo, *con* Cristo, y *como* Cristo: esta es nuestra condición inmutable, nuestra eterna posición como cristianos. “El cuerpo pecaminoso carnal” ha sido echado a un lado por “la circuncisión de Cristo” (Colosenses 2:11); el creyente no está en la carne (Romanos 7:5; 8:9), aunque la carne está en él. Se halla unido a Cristo por la potestad de una vida nueva y eterna, y esta nueva vida está inseparablemente unida a la justicia divina con la cual el creyente está establecido ante Dios. El Señor Jesús ha quitado todo lo que estaba en contra del creyente, acercándolo a Dios e introduciéndole delante de él, con el mismo favor de que él goza en la presencia de Jehová. En una palabra, Cristo es nuestra justicia (1 Corintios 1:30; 2 Corintios 5:21). Esto pone fin a todas las cuestiones, responde a todas las objeciones, e impone silencio a todas las dudas:

“ Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos (Hebreos 2:11).

Esta serie de verdades ha brotado del interesantísimo tipo que se nos presenta en la relación entre Moisés y Séfora. Ahora debemos abandonar esta sección y despedirnos, por un momento, de “lo interior del desierto” (cap. 3:1, V. M.); pero no olvidemos las lecciones y las santas impresiones que hemos recibido allí. Son esenciales para todo siervo de Cristo y para todo mensajero del Dios vivo. Todos los que quieran servir y ser prósperos en su servicio, ya sea en la importante

obra de la evangelización, o en los diversos ministerios de la casa de Dios que es la Iglesia, tendrán necesidad de apropiarse de las preciosas instrucciones que Moisés recibió al pie del monte Horeb y “en una posada”.

Si se diera la atención merecida a las cosas que acabamos de meditar, no se vería a tantos que corren sin ser enviados, ni los veríamos lanzarse a un ministerio para el cual no han sido destinados. Es imperiosamente necesario que quienes pretenden predicar, enseñar, exhortar o ejercer un ministerio cualquiera, se examinen cuidadosamente para saber si verdaderamente han sido preparados, enseñados y enviados por Dios. Sin esto, su obra no será reconocida por Dios, ni de bendición para los hombres, y cuanto antes se retiren, tanto mejor para ellos mismos y para aquellos a quienes han querido imponer el pesado yugo de escucharlos. Jamás un ministerio humano tendrá un puesto dentro del recinto sagrado de la Iglesia de Dios. Es necesario que todo siervo sea dotado de Dios, enseñado de Dios y enviado por Dios.

Aarón va al encuentro de Moisés

“Y Jehová dijo a Aarón: Ve a recibir a Moisés al desierto. Y él fue, y lo encontró en el monte de Dios, y le besó. Entonces contó Moisés a Aarón todas las palabras de Jehová que le enviaba, y todas las señales que le había dado” (v. 27-28). Esta hermosa escena de unión y de tierno amor fraternal forma un marcado contraste con otras que, más tarde, tendrán lugar entre estos dos hombres durante su peregrinación a través del desierto. Cuarenta años de vida en el desierto deben producir forzosamente grandes cambios en los hombres y en las cosas. Sin embargo, vale la pena detenerse un momento para considerar los primeros tiempos de la carrera del creyente, cuando las rudas realidades de la vida del desierto no han detenido todavía, en ningún sentido, el impulso de unos vivos y generosos afectos; cuando el engaño, la corrupción y la hipocresía no han destruido aun enteramente la confianza del corazón, poniendo al ser moral bajo la fría influencia de una actitud recelosa.

Es verdad, por desgracia, que los años de experiencia han traído frecuentemente este triste resultado. Pero feliz aquel que, si bien sus ojos han sido abiertos para ver la naturaleza humana a través de una luz más clara que la que da el mundo, puede servir con fidelidad, animado por la energía de la gracia que emana de Dios. ¿Quién ha conocido alguna vez las profundidades y malicias del corazón humano como Jesús las conoció? “Porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre” (Juan 2:24-25). Jesús conocía tan bien a los hombres que no podía fiarse “de ellos”; no podía prestar fe

a lo que los hombres profesaban, ni ratificar sus pretensiones. Y a pesar de esto, ¿quién fue jamás tan lleno de gracia como él? ¿Quién como él fue tan amante, tan tierno, tan compasivo, y tan benéfico? Teniendo un corazón que comprendía a cada uno, podía sentir por cada uno y amarlos a todos. El conocimiento que tenía de la iniquidad de los hombres nunca le hizo apartarse de sus miserias. Él “anduvo haciendo bienes”. ¿Por qué? ¿Acaso se imaginaba que todos aquellos que se agrupaban en torno suyo eran sinceros? No, sino “porque Dios estaba con él” (Hechos 10:38). He aquí el ejemplo que Dios nos propone imitar. Sigámoslo, aunque debamos hollar nuestro “yo”, con todos sus intereses, a cada paso de la senda.

¿Quién de nosotros desearía poseer esta sabiduría, este conocimiento de la humana naturaleza y esta experiencia, que solo pueden llevar al hombre a encerrarse en un estrecho círculo de frío egoísmo, y a mirar a los demás con mirada huraña y desconfiada? Semejante resultado no puede ser producido por nada que pertenezca a una naturaleza celestial o excelente. Dios da la sabiduría pero no es una sabiduría que cierra el corazón a los llamados de la necesidad y de la miseria de los hombres. Él nos da cierto conocimiento de la naturaleza; pero no es un conocimiento que nos haga aferrarnos con avidez egoísta a lo que llamamos “nuestro”. Él nos da la experiencia, pero no una experiencia que nos lleve a desconfiar de todo el mundo excepto de nosotros mismos. Si seguimos las huellas del Señor Jesús, si nos revestimos de su buen espíritu, y por consecuencia lo manifestamos, si en verdad podemos decir: “Para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21), entonces, atravesando el mundo, conociendo lo que es, y relacionándonos con los hombres, aunque sabiendo lo que podemos esperar de ellos, podremos, con la ayuda de la gracia, manifestar a Cristo allí donde Dios nos haya puesto. Las causas que nos hacen obrar y los motivos que nos animan, están todos arriba, donde está Aquel que “es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). Es allí también donde el corazón de este gran siervo de Dios, en cuya historia hemos hallado tan profundas y verdaderas lecciones, halló la gracia y la fuerza que le sostuvieron a través de las penosas y variadas escenas de la vida en el desierto. Y, sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que a pesar de los cuarenta años de luchas y pruebas, Moisés pudo besar de nuevo a su hermano Aarón, en la cumbre del monte Hor, con el mismo afecto que cuando lo encontró al principio “en el monte de Dios” (Éxodo 4:27). Esos dos encuentros, por cierto, tuvieron lugar en circunstancias bien diferentes. “En el monte de Dios” los dos hermanos se encontraron, se besaron, y juntos emprendieron el camino para llevar a cabo su misión divina. En el monte Hor se encontraron, en obediencia al mandato de Jehová (Números 20:25), para que Moisés hiciese

desnudar a su hermano de las vestiduras sacerdotales y le viese morir, en virtud de una falta en la cual Moisés también había participado. Las circunstancias cambian; los hombres se separan unos de otros; solo en Dios

No hay mudanza, ni sombra de variación

“

(Santiago 1:17).

“Y fueron Moisés y Aarón, y reunieron a todos los ancianos de los hijos de Israel. Y habló Aarón acerca de todas las cosas que Jehová había dicho a Moisés, e hizo las señales delante de los ojos del pueblo. Y el pueblo creyó; y oyendo que Jehová había visitado a los hijos de Israel, y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron” (v. 29-31). Cuando Dios interviene, necesariamente se derriba todo obstáculo. Moisés había dicho: “Ellos no me creerán”; pero no era cuestión de saber si ellos le creerían o no, sino que se trataba de si creerían a Dios. El que puede considerarse sencillamente como enviado de Dios debe estar completamente tranquilo en cuanto a la recepción de su mensaje. Esta perfecta tranquilidad no le desvía en manera alguna de la tierna y afectuosa solicitud hacia aquellos a quienes se dirige. Muy al contrario, esta seguridad que posee le preserva de la inquietud desordenada del espíritu, que no puede contribuir más que a incapacitar al hombre para dar un testimonio firme, elevado y perseverante. Un enviado de Dios nunca debería olvidar que su mensaje es el mensaje de Dios. Cuando Zacarías dijo al ángel: “¿En qué conoceré esto?”, ¿se turbó el ángel por esa pregunta? Ciertamente que no, sino que le respondió tranquilamente: “Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y he sido enviado a hablarte, y darte estas buenas nuevas” (Lucas 1:18-19). Las dudas del mortal no turban el sentimiento de dignidad que el ángel tiene de su mensaje. «¿Cómo puedes tú dudar, parece decirle, cuando ha sido enviado a ti un mensajero de delante del trono de la Majestad en los cielos?» Y de esta misma manera debería salir todo mensajero de Dios, en su propia medida, y con este mismo espíritu debería proclamar su mensaje.

Israel oprimido y los recursos divinos

La esclavitud

El resultado de la primera visita a Faraón pareció ser poco alentador. El temor de perder a los israelitas llevó al rey a tratarlos con mayor crueldad, y a sujetarlos con redoblada vigilancia. Siempre que se reprime en algún punto el poder de Satanás, el furor de este aumenta en la misma proporción. Y así sucede aquí. El horno está a punto de ser apagado por el amor redentor; pero antes que se consiga, arde con mayor intensidad y aumenta el calor del fuego. Al diablo no le gusta soltar a ninguno de aquellos a quienes ha tenido bajo su terrible poder. Es el “hombre fuerte armado” del cual nos habla Lucas (cap. 11:21-22), quien mientras “guarda su palacio, en paz está lo que posee”. Pero, bendito sea Dios, hay otro “más fuerte que él”; le ha arrebatado “todas sus armas en que confiaba”, y ha repartido sus despojos entre los felices participantes de su amor eterno.

“Después Moisés y Aarón entraron a la presencia de Faraón y le dijeron: Jehová el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto” (cap. 5:1). Este era el mensaje de Dios a Faraón. Dios pedía una entera libertad para el pueblo, porque Israel era su pueblo, y él quería que le celebrase fiesta en el desierto. Dios, para estar satisfecho, quiere para sus elegidos un completo rescate del yugo de servidumbre. “Desatadle, y dejadle ir” (Juan 11:44) es siempre el gran lema de todos los designios misericordiosos de Dios para con aquellos que, siendo guardados bajo esclavitud por Satanás, son sin embargo los herederos de la vida eterna.

Cuando contemplamos al pueblo de Israel en medio de los hornos de ladrillos de Egipto, tenemos delante de nosotros una exacta representación de la condición de todo hijo de Adán según la carne. Los israelitas estaban allí oprimidos bajo el pesado yugo del enemigo, sin fuerzas para poderse liberar. La sola palabra libertad no hizo más que aumentar el rigor del opresor para reforzar las cadenas de sus cautivos y cargarlos con un yugo más pesado. Era, pues, preciso que la salvación viniese de afuera. Pero, ¿de dónde iba a venir? ¿Dónde estaba el dinero para pagar el rescate? ¿Dónde la fuerza para romper las cadenas? Y suponiendo que se tuviese lo uno y lo otro, ¿dónde estaba la voluntad? ¿Quién iba a emprender el esfuerzo de liberarlos? ¡Pobre Israel! No había esperanza alguna para ellos, ni de dentro ni alrededor. No tenían otro recurso que mirar hacia arriba. Su refugio era Dios: él tenía el poder y el querer; él podía obrar la redención tanto en precio como con poder. En Jehová, y en él solo, había salvación para el desvalido y oprimido pueblo de Israel.

Así sucede en todos los casos.

“ Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hechos 4:12).

El pecador está bajo el yugo de un amo que le gobierna con un poder despótico. Está “vendido al pecado” (Romanos 7:14), es cautivo de Satanás para hacer su voluntad, aprisionado con las cadenas de la tentación, de la pasión y de su carácter, débil (Romanos 5:6), “sin esperanza y sin Dios” (Efesios 2:12). Esta es la condición del pecador. ¿Cómo, pues, podría librarse a sí mismo? Siendo esclavo de otro, todo lo que hace, lo hace en calidad de esclavo. Sus pensamientos, sus palabras y sus acciones, son los pensamientos, las palabras y las acciones de un esclavo. Y aun cuando suspire y llore por la libertad, sus lloros y sus gemidos no son más que la triste prueba de su esclavitud. Puede luchar por su libertad; pero sus mismos esfuerzos, que solo prueban su deseo de ser libre, son la declaración positiva de su servidumbre.

La vieja naturaleza

El problema no reside meramente en la condición del pecador, sino en que su misma naturaleza está radicalmente corrompida y está totalmente sometida al poder del diablo. Por eso, no necesita tan solo ser introducido en una nueva posición, sino que debe ser dotado de una nueva naturaleza. La naturaleza y la posición van siempre unidas. Si el pecador tuviese la facultad de mejorar la posición en que se halla, ¿de qué le serviría esto mientras su naturaleza continuase siendo irremisiblemente mala? Un noble puede recoger y adoptar a un mendigo, otorgarle la fortuna y la posición de un noble, pero nunca podrá hacerle participar de su sangre noble. La naturaleza del mendigo no se hallará nunca cómoda ocupando la posición de un noble. Es necesario poseer una naturaleza que corresponda a la posición, y una posición que corresponda a la capacidad, a los deseos, a los afectos y a las tendencias de aquel que se halla colocado en ella. Por esta razón el Evangelio de la gracia de Dios nos enseña que el creyente es introducido en una posición enteramente nueva. Ya no es considerado en su anterior estado de culpabilidad y de condenación, sino en un estado de perfecta y eterna justificación. La condición en que Dios le ve ahora no es solo un estado de perdón completo, sino un estado tal de perfección que la santidad infinita no puede descubrir en él la más ligera mancha de pecado. El creyente ha sido retirado de su primera condición de culpabilidad y colocado, de un modo absoluto y para siempre, en una nueva condición de justicia perfecta y pura. No se trata de que su primera condición haya sido mejorada; porque “lo torcido no se puede enderezar” (Eclesiastés 1:15). “¿Mudará el etíope su piel, y

el leopardo sus manchas?” (Jeremías 13:23). Nada hay más opuesto a la verdad fundamental del evangelio que la teoría del mejoramiento gradual en la condición del pecador. Ha nacido en una condición determinada, y si no “nace de nuevo”, no puede estar en ninguna otra. Puede que intente mejorarse. Puede que resuelva tomar la resolución de ser mejor en el futuro: empezar una nueva página de su existencia, cambiar su modo de vivir. Pero, con todo esto, no habrá logrado salirse en el menor grado de su condición real como pecador. Podrá intentar hacerse lo que se llama «religioso», podrá ensayar la oración; seguir asiduamente las ordenanzas del culto y revestir todas las apariencias de una reforma moral, pero ninguna de estas cosas cambiará, en lo más mínimo, su verdadero estado delante de Dios.

La nueva naturaleza

Lo mismo acontece en lo que a la naturaleza se refiere. ¿Cómo podrá cambiarla el hombre? La hará pasar por una serie de operaciones; intentará dominarla y someterla a una disciplina, pero siempre será la misma naturaleza. “Lo que es nacido de la carne, carne es” (Juan 3:6). El hombre necesita una nueva naturaleza igual que una nueva condición. ¿Y cómo se puede obtener? Creyendo “el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo” (1 Juan 5:10). “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:12-13). Aquí aprendemos que todos los que creen en el nombre del unigénito Hijo de Dios, tienen el privilegio de ser hechos hijos de Dios; son hechos partícipes de una nueva naturaleza, y tienen la vida eterna. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36). “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

“**Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado**
(Juan 17:3).

“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:11-12).

El fundamento de la justificación

Tal es la doctrina de las Escrituras en lo referente a las importantes cuestiones relativas a la condición y la naturaleza. Pero, ¿cómo y sobre qué fundamento es introducido el creyente en una condición de justicia divina, y hecho participante de la naturaleza divina? Ese gran cambio de-

pende enteramente de la gloriosa verdad “que Jesús murió y resucitó” (1 Tesalonicenses 4:14). Nuestro bendito Señor dejó el trono de la gloria en las mansiones de luz. Descendió a este mundo de pecado y miseria, en semejanza de carne de pecado. Y, luego de haber manifestado y glorificado a Dios perfectamente en todos los actos de su vida aquí abajo, murió en la cruz bajo el peso de todas las transgresiones de su pueblo. Así, todo lo que había o podía haber contra nosotros, quedó divinamente satisfecho por él. “Jehová se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla” (Isaías 42:21). Después, fue hecho maldición, siendo colgado en un madero. Todas las demandas fueron satisfechas por él, todos los enemigos reducidos al silencio, y derribados todos los obstáculos.

“ La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron
(Salmo 85:10).

Habiendo quedado satisfecha la justicia infinita, el amor infinito pudo derramarse en el corazón quebrantado del pecador, para calmarle y regocijarle por su virtud. De igual manera la sangre y el agua que salieron del costado abierto de Jesús satisfacen perfectamente todas las necesidades de una conciencia culpable y convencida de pecado. El Señor Jesús tomó nuestro lugar en la cruz; él fue nuestro representante. “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos” (1 Pedro 3:18). “Por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21). Él murió la muerte del pecador, fue sepultado, y resucitó, habiéndolo cumplido todo. Por lo tanto, nada hay de aquí en adelante que esté contra el creyente: está unido a Cristo y en la misma condición de justicia que Cristo. “Pues como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17).

He aquí lo que da a la conciencia una paz sólida y bien establecida. Si ya no estoy en una condición de culpabilidad, sino de justificación, si Dios me contempla solo *en* Cristo y *como* a Cristo, de manera evidente mi porción es una perfecta paz. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1). La sangre del Cordero ha quitado toda la culpa del creyente, ha borrado su larga cuenta y le ha dado una página perfectamente blanca, en presencia de aquella santidad que no puede “ver el mal, ni... el agravio” (Habacuc 1:13).

El creyente es hijo de Dios

El creyente no solo ha hallado la paz con Dios, sino que es hecho *hijo de Dios*. Puede como tal gozar de la dulce comunión con el Padre y el Hijo por el poder del Espíritu Santo. Es necesario considerar la cruz bajo dos puntos de vista: en primer lugar, ella satisface los derechos de Dios y todo lo que exige su gloria; luego, ella es la demostración del amor de Dios. Si consideramos nuestros pecados teniendo en cuenta los derechos de Dios como Juez, hallaremos que la cruz ha satisfecho todos esos derechos. Como Juez, Dios ha sido divinamente satisfecho y glorificado en la cruz. Pero hay más que esto: Dios tiene afectos así como tiene derechos. La cruz del Señor Jesús revela al pecador todos esos tiernos afectos de una manera persuasiva y conmovedora. Al mismo tiempo, el pecador es hecho partícipe de una nueva naturaleza, capaz de gozar de esos afectos y de tener comunión con el corazón de quien provienen.

“ Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios (1 Pedro 3:18).

No somos introducidos solamente en un nuevo estado, sino también llevados a *una persona*, a saber, Dios. Somos hechos partícipes de *una naturaleza* capaz de hallar sus delicias en él. “Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Romanos 5:11).

La fiesta para Jehová

Qué hermosura y qué fuerza descubrimos en este mensaje de libertad: “Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto” (cap. 5:1). “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor” (Lucas 4:18-19). La buena nueva del Evangelio anuncia la libertad de todo yugo y servidumbre. La paz y la libertad, como Dios las ha proclamado, son dones que el Evangelio aporta a los que lo reciben por la fe.

Observemos que se dice: “Deja ir a mi pueblo a *celebrarme* fiesta”. Los hijos de Israel debían cesar en el servicio de Faraón para entrar al servicio de Dios. El cambio era grande. En lugar de fatigarse bajo el yugo de los gobernadores y cuadrilleros de Faraón, debían celebrar fiesta a Jehová. Si bien para esto era necesario abandonar Egipto y salir al desierto, la presencia divina los acom-

pañaría. Y si el desierto era triste y árido, era también el único camino que conducía a la tierra de Canaán. Entraba en los planes de Dios que Israel le celebrase una fiesta en el desierto, y para esto se le debía «dejar salir» de Egipto.

Faraón y los grandes de este mundo

Sin embargo, Faraón no parece nada dispuesto a obedecer esta orden divina. “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?” (v. 2): con estas palabras, Faraón nos revela de un modo admirable su verdadera condición moral, su ignorancia y su desobediencia. Estas dos cosas van juntas. Si no se conoce a Dios, no se le puede obedecer, porque la obediencia está siempre basada sobre el conocimiento. Cuando el alma tiene la dicha de conocer a Dios, se da cuenta de que este conocimiento es la vida (Juan 17:3); la vida es el poder, y teniendo poder se puede obedecer. Es evidente que quien no tiene la vida no puede hacer nada. Por lo tanto, sería absurdo exigir que alguien adquiriese alguna capacidad, cuando esta misma capacidad es la condición requerida para cumplir cualquier obra.

Además, Faraón no se conocía mejor a sí mismo de lo que él conocía a Dios. Ignoraba que era un pobre gusano de la tierra, suscitado con el único objeto de dar a conocer la gloria de Aquel a quien él decía no conocer (Éxodo 9:16; Romanos 9:17). “Y ellos dijeron: El Dios de los hebreos nos ha encontrado; iremos, pues, ahora, camino de tres días por el desierto, y ofreceremos sacrificios a Jehová nuestro Dios, para que no venga sobre nosotros con peste o con espada. Entonces el rey de Egipto les dijo: Moisés y Aarón, ¿por qué hacéis cesar al pueblo de su trabajo? Volved a vuestras tareas... Agrávese la servidumbre sobre ellos, para que se ocupen en ella, y no atiendan a palabras mentirosas” (v. 3-9).

¡Qué revelación hallamos aquí de los móviles secretos del corazón humano! ¡Qué incapacidad para entrar en las cosas de Dios! Todos los derechos divinos y todas las revelaciones de Dios eran, a juicio de Faraón, “palabras mentirosas”. ¿Qué le importaba el “camino de tres días por el desierto” o la “fiesta” a Jehová? ¿Cómo podía comprender la necesidad de este viaje, el carácter o el fin de tal fiesta? Faraón sabía lo que significaba agravar la servidumbre y hacer ladrillos. Estas cosas tenían para él cierto sentido de realidad. Pero en cuanto a Dios, a su servicio o a su culto, no veía en ello más que una verdadera quimera, inventada por aquellos que buscaban una excusa para evitar las rudas realidades de la vida.

Con mucha frecuencia ha acontecido lo mismo con los sabios y poderosos de este mundo, quienes han sido los primeros en tachar de vanidad y locura los divinos testimonios de Dios. Escúchese, por ejemplo, la información que dio el “excelentísimo Festo” sobre la gran cuestión debatida entre Pablo y los judíos. Solamente “tenían contra él ciertas cuestiones acerca de su superstición, y de un cierto Jesús, difunto, el cual Pablo afirmaba que estaba vivo” (Hechos 25:19, RV 1909). ¡Pobre Festo! ¡Cuán poco sabía lo que decía! ¡Cuán poco comprendía la importancia de saber si “Jesús” estaba muerto o vivo! Estaba muy lejos de pensar en el solemne alcance que esta cuestión tenía sobre sí mismo y sobre sus amigos Agripa y Berenice. Esta ignorancia no cambiaba en nada la realidad del hecho; ahora él y ellos saben mucho más sobre este asunto, a pesar de que en los días pasajeros de su gloria terrestre lo consideraron como una cuestión supersticiosa, indigna de la atención de los hombres sensatos, únicamente propia para ocupar el cerebro desequilibrado de visionarios fanáticos. Sí; la importante cuestión que decide el destino de todo hijo de Adán, la cuestión sobre la cual descansa la condición presente y eterna de la Iglesia y del mundo, y en la que se reúnen todos los consejos de Dios, era, según el juicio de Festo, una vana superstición.

Lo mismo fue con Faraón. Él no sabía nada de Jehová, el Dios de los Hebreos, el poderoso “Yo soy”; por esto consideraba como “palabras mentirosas” (v. 9) todo lo que Moisés y Aarón le habían dicho acerca de sacrificar a Dios. Para el espíritu profano del hombre, las cosas de Dios siempre parecerán vanas, inútiles y desprovistas de sentido. El nombre de Dios puede formar parte de la fraseología de una fría religión formalista, pero Dios, en su persona, no es conocido. Su precioso nombre, en el cual se encierra todo aquello que el corazón del creyente puede desear o necesitar, no tiene para el incrédulo ninguna significación, ni poder, ni virtud. Así, todo lo que trata de Dios o se relaciona con él, con sus palabras, sus consejos, sus pensamientos o sus planes, es considerado como “palabras mentirosas”.

Sin embargo, rápidamente se está acercando el tiempo en que todo cambiará. El tribunal de Cristo, los terrores del mundo venidero y las olas del lago de fuego no serán “palabras mentirosas”. Por cierto que no; y todos aquellos que por la gracia creen que estas cosas son realidades deberían esforzarse en despertar, respecto a ellas, la conciencia de quienes, como Faraón, consideran que la fabricación “de ladrillos” es la única cosa digna de ocupar el pensamiento, lo único verdadero y seguro.

¡Ay, cuán frecuentemente los mismos cristianos viven en la esfera de las cosas visibles, alrededor del mundo y de la naturaleza! Pierden el sentido profundo, inmutable y potente de la realidad de las cosas divinas y celestiales. Necesitamos vivir más continuamente en el ámbito de la fe, del cielo y de la nueva creación. Así veríamos las cosas como Dios las ve; pensaríamos respecto a ellas como Dios piensa. Nuestra vida entera sería más elevada, más desinteresada, más completamente separada del mundo y de las cosas terrenales.

Moisés desanimado

No obstante, la prueba más dolorosa para Moisés no fue motivada por el juicio que Faraón emitió sobre su misión. El siervo fiel, cuyo corazón esté del todo entregado a Cristo, puede ser considerado por los hombres como un mero fanático visionario. Los hombres miran al creyente desde un punto de vista que no nos permite esperar de ellos otra cosa. Cuanto más fiel sea el siervo a su Maestro divino, cuanto más siga sus huellas, cuanto más conforme sea a su imagen, tanto más debe esperar ser considerado por los hijos del mundo como estando “loco” (Hechos 26:24-25). Este juicio del mundo no debe sorprenderle, ni desanimarle. Una cosa infinitamente más penosa para el siervo es ver su testimonio y su ministerio mal interpretados, despreciados y rechazados por quienes son el objeto particular de su trabajo. En tal caso, el siervo necesita estar mucho con Dios, en el secreto de sus pensamientos. Necesita vivir en el poder de la comunión con él, para ser mantenido en la constante realidad de su senda y de su servicio. En estas circunstancias tan difíciles, si no se está persuadido de haber recibido una misión del cielo y de tener consigo la presencia divina, es casi segura la caída.

Si Moisés no hubiese estado sostenido así, ¿cómo podría haber perseverado cuando la creciente opresión del poder de Faraón arrancó a los capataces de los hijos de Israel palabras de desaliento como estas: “Mire Jehová sobre vosotros, y juzgue; pues nos habéis hecho abominables delante de Faraón y de sus siervos, poniéndoles la espada en la mano para que nos maten” (v. 21). Motivo había para que Moisés se sintiese abatido, porque volviéndose a Jehová, dijo: “Señor, ¿por qué afliges a este pueblo? ¿Para qué me enviaste? Porque desde que yo vine a Faraón para hablarle en tu nombre, ha afligido a este pueblo; y tú no has librado a tu pueblo” (v. 22-23). Cuando la libertad parecía más cercana, las cosas habían tomado un aspecto más desolador. Lo mismo acontece en la naturaleza, la hora más oscura de la noche es con frecuencia la que precede inmediatamente a la aurora del día. Así sucederá en los últimos días de la historia de Israel. La hora de más

profunda oscuridad y de la más espantosa angustia precederá a la aparición repentina del “Sol de justicia” (Malaquías 4:1-2), trayendo salvación para sanar con sanidad eterna, “la herida de la hija de mi pueblo” (Jeremías 6:14; 8:11).

La respuesta de Jehová

Podríamos preguntarnos hasta qué punto el “por qué” de Moisés, citado en el pasaje que meditamos, fue dictado por una fe real a la par que por una voluntad mortificada y disgustada. Pero, sea como sea, lo cierto es que el Señor no reprende a Moisés por este “por qué” ocasionado por la magnitud de la aflicción del momento. Mas le responde con bondad: “Ahora verás lo que yo haré a Faraón; porque con mano fuerte los dejaré ir, y con mano fuerte los echaré de su tierra” (cap. 6:1). Respuesta llena de una gracia particular. En lugar de censurar la insolencia de aquel que se permite poner en entredicho los caminos insondables de “Yo soy”, ese Dios siempre misericordioso procura levantar el espíritu anonadado de su siervo, descubriéndole lo que va a hacer. Esta manera de obrar es digna de Dios, de quien desciende toda buena dádiva y todo don perfecto, “el cual da a todos abundantemente y sin reproche” (Santiago 1:5, 17). “Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (Salmo 103:14).

Dios querría que el corazón encontrase consolación y gozo no solamente en sus actos, sino en Él mismo, en su propio nombre, en su carácter. Ahí esta la dicha perfecta, divina y eterna. Cuando el corazón halla en Dios mismo el consuelo necesario, cuando puede refugiarse en el seguro asilo que le ofrece su nombre y cuando halla en el carácter de Dios la satisfacción perfecta a todas sus necesidades, entonces está verdaderamente elevado por encima de las cosas creadas. Puede abandonar las hermosas promesas del mundo y estimar en su justo valor las soberbias pretensiones del hombre. El corazón que conoce a Dios por experiencia puede mirar al mundo y decir: “Todo es vanidad” (Eclesiastés 1:2). Pero luego, puestos sus ojos en Dios, puede añadir:

Todas mis fuentes están en ti



(Salmo 87:7).

El nombre de Jehová

“Habló todavía Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy Jehová, y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, mas en mi nombre Jehová no me di a conocer a ellos. También establecí mi pacto con ellos, de darles la tierra de Canaán, la tierra en que fueron forasteros, y en la cual habitaron. Asimismo yo he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes hacen servir los egip-

cios, y me he acordado de mi pacto” (v. 2-5). “Jehová” es el nombre que Dios toma como Liberador de su pueblo, en virtud de su pacto de pura y soberana gracia. Él se revela a sí mismo como siendo la Fuente eterna del amor redentor; estableciendo sus consejos, cumpliendo sus promesas y liberando a su pueblo de todo enemigo y de todo mal. Era un privilegio para Israel permanecer siempre bajo la salvaguardia del nombre significativo de Jehová, de ese nombre que nos manifiesta a Dios obrando por su propia gloria, y tomando a su pueblo oprimido para manifestar en él su propia gloria (comp. Isaías 43:11-12, 15, 21).

“Por tanto, dirás a los hijos de Israel: Yo soy Jehová; y yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes; y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios; y vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os sacó de debajo de las tareas pesadas de Egipto. Y os meteré en la tierra por la cual alcé mi mano jurando que la daría a Abraham, a Isaac y a Jacob; y yo os la daré por heredad. Yo *Jehová*” (v. 6-8). Todo esto proclama la gracia más pura, la más gratuita y la más rica. Jehová se presenta al corazón de los suyos como Aquel que obrará *en* ellos, *por* ellos y *con* ellos para manifestar su gloria. Por débiles y miserables que fuesen, él había descendido para hacer ver su gloria, manifestar su gracia y dar una muestra de su poder en la completa liberación de su pueblo. La gloria de Dios y la salvación de Israel eran dos cosas inseparablemente unidas. Más tarde, todas estas cosas debían serles recordadas: “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto” (Deuteronomio 7:7-8).

Nada hay más apropiado para establecer y afirmar al corazón temeroso y débil sobre un fundamento sólido que la seguridad de saber que Dios se ha encargado de nosotros *tal como somos*. Además, al conocer perfectamente lo que somos, nunca podrá descubrir en nosotros ningún nuevo defecto que pueda alterar el carácter o la medida de su amor para con nosotros.

“ Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin
(Juan 13:1).

Aquel a quien él ama es amado con amor invariable. Esta verdad es motivo de un gozo inexpressable. Dios sabía lo que nosotros éramos; conocía lo peor que había en nosotros. A pesar de ello, quiso manifestarnos su amor en el don de su Hijo. Sabía lo que necesitábamos, y ha dado una

abundante provisión para todas nuestras necesidades. Conocía el importe de la deuda, y la ha pagado. Sabía cuánto había por hacer, y lo ha cumplido todo. Las demandas de su propia gloria debían ser satisfechas, y las ha satisfecho. Toda la obra es enteramente suya. Por esto dijo a Israel: “Yo os sacaré” –“Yo os meteré”; –“Yo os tomaré por mi pueblo”; –“Yo os la daré (la tierra) por heredad. Yo *Jehová*”. Esto era lo que él quería hacer, en virtud de lo que él era. Mientras esta gran verdad no haya sido plenamente comprendida y recibida en el alma por el poder del Espíritu Santo, no puede haber una sólida paz. No se puede tener el corazón feliz ni la conciencia tranquila, a menos que se sepa y crea que todos los derechos divinos han quedado divinamente satisfechos.

Los nombres de los que pertenecen a Jehová

El resto del capítulo contiene un registro de “los jefes de las familias” de los padres de Israel. Este registro es interesante en cuanto nos muestra a Jehová haciendo el censo de los que le pertenecen, aunque ellos habitan todavía en el país del enemigo. Israel era el pueblo de Dios, y Dios hacía el recuento de aquellos sobre los cuales tenía los derechos de soberano. ¡Qué gracia más maravillosa! ¡Hallar un objeto de interés en los que estaban en medio de la degradación de la servidumbre de Egipto era una gracia digna de Dios! El que hizo los mundos y habita rodeado de los ángeles poderosos en fortaleza, siempre dispuestos para hacer “su voluntad” (Salmo 103:21), descendió con el fin de rescatar a algunos esclavos, con cuyo nombre quiso unir el suyo para siempre. Descendió en medio de los hornos de ladrillos de Egipto y allí vio a un pueblo que gemía bajo el látigo del opresor. Entonces pronunció esas memorables palabras: “Deja ir a *mi* pueblo”. Y habiendo hablado así, se dispuso a contar el número de ellos, como diciendo: Estos son míos; veamos cuántos son para que ninguno sea dejado atrás. “Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor. Porque de Jehová son las columnas de la tierra y él afirmó sobre ellas el mundo” (1 Samuel 2:8).

“Deja ir a mi pueblo”

Los capítulos 7 a 11 forman una parte singular del libro del Éxodo. Su contenido puede agruparse bajo los tres títulos siguientes:

- los diez juicios de Jehová,
- la resistencia de “Janes y Jambres”,
- las cuatro objeciones de Faraón.

Los diez juicios

El país de Egipto fue quebrantado bajo los golpes sucesivos de la vara de Jehová. Todos, desde el monarca sentado en su trono hasta la última criada que estaba tras el molino, tuvieron que sentir el peso de esta terrible vara. “Envío a su siervo Moisés, y a Aarón, al cual escogió. Puso en ellos las palabras de sus señales, y sus prodigios en la tierra de Cam. Envío tinieblas que lo oscurecieron todo; no fueron rebeldes a su palabra. Volvió sus aguas en sangre, y mató sus peces. Su tierra produjo ranas hasta en las cámaras de sus reyes. Habló, y vinieron enjambres de moscas, y piojos en todos sus términos. Les dio granizo por lluvia, y llamas de fuego en su tierra. Destrozó sus viñas y sus higueras, y quebró los árboles de su territorio. Habló, y vinieron langostas, y pulgón sin número; y comieron toda la hierba de su país, y devoraron el fruto de su tierra. Hirió de muerte a todos los primogénitos en su tierra, las primicias de toda su fuerza” (Salmo 105:26-36).

Aquí, el salmista nos describe en términos concisos los terribles castigos que, por la dureza de su corazón, Faraón atrajo sobre su tierra y su pueblo. Este monarca soberbio había emprendido la tarea de resistirse a la voluntad soberana y a los caminos del Dios altísimo. Como justa consecuencia de esto fue cegado y endurecido judicialmente. “Jehová endureció el corazón de Faraón, y no los oyó, como Jehová lo había dicho a Moisés. Entonces Jehová dijo a Moisés: Levántate de mañana, y ponte delante de Faraón, y dile: Jehová, el Dios de los hebreos, dice así: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva. Porque yo enviaré esta vez todas mis plagas a tu corazón, sobre tus siervos y sobre tu pueblo, para que entiendas que no hay otro como yo en toda la tierra. Porque ahora yo extenderé mi mano para herirte a ti y a tu pueblo de plaga, y serás quitado de la tierra. Y a la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra” (cap. 9:12-16).

Aspecto profético de la rebelión contra Jehová

Al considerar a Faraón y sus hechos, la mente es llevada hacia adelante a las escenas emocionantes del Apocalipsis. Nos muestran al último soberbio opresor del pueblo de Dios, quien atrae sobre sí mismo y sobre su reino las siete copas de la ira del Todopoderoso (cap. 15:1 a 16:21). Dios, en sus designios, ha querido dar a Israel la preeminencia sobre la tierra. Es pues necesario que quien tenga la pretensión de oponerse a esta preeminencia sea completamente destruido. La gracia divina debe encontrarse con los que son el objeto de ella, y cualquiera que intente poner una barrera a esta gracia debe ser “quitado”; poco importa que este sea Egipto, Babilonia, o “la bestia que era y no es, y será” (Apocalipsis 17:8). El poder divino abrirá el camino, a fin de que la gracia divina pueda derramarse. La maldición eterna caerá sobre quienes se opongan a ella. Los obstinados saborearán durante la eternidad el fruto amargo de su rebelión contra “Jehová, el Dios de los hebreos”. Él dijo a su pueblo: “Ninguna arma forjada contra ti prosperará” (Isaías 54:17). Su fidelidad inmutable cumplirá lo que su gracia infinita ha prometido. Por eso, cuando Faraón persistió en retener con su mano de hierro al pueblo de Dios, las copas de la ira divina fueron derramadas sobre él, y todo el país de Egipto fue cubierto de tinieblas, enfermedades y desolación. Pronto sucederá lo mismo con el gran y último opresor, cuando salga del abismo sin fondo, armado del poder satánico, para aplastar bajo el “pie de soberbia” (Salmo 36:11) a los que Jehová ha escogido como objetos de su amor. Su trono será derribado, su reino devastado por las siete últimas plagas. Finalmente, él mismo será hundido, no en el Mar Rojo, sino “en el lago de fuego y azufre” (Apocalipsis 17:8; 20:10).

No pasarán ni una jota ni una tilde de lo que Dios prometió a Abraham, a Isaac y a Jacob, sin que se realice. Dios lo cumplirá todo. A pesar de lo que se ha dicho o hecho en sentido contrario, Dios es fiel a sus promesas y las cumplirá. “Porque todas las promesas de Dios son en él (en Jesucristo) Sí, y en él Amén” (2 Corintios 1:20). Dinastías se han elevado y han jugado su papel en el teatro de este mundo; tronos han sido erigidos sobre las ruinas de la antigua gloria de Jerusalén; imperios han florecido por un tiempo, y luego se han derrumbado; potentados ambiciosos han combatido por la posesión de la “tierra prometida”; todo esto ha tenido lugar. No obstante, Jehová ha dicho de Palestina: “La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es” (Levítico 25:23). Nadie más que Jehová poseerá en definitiva ese país, y él lo poseerá para la simiente de Abraham. Un solo pasaje de las Escrituras es suficiente para fijar nuestra mente en este asunto. La tierra de Canaán es para la posteridad de Abraham y la posteridad de Abraham para la tie-

rra de Canaán. Nunca ningún poder humano o infernal podría invertir este orden divino. El Dios eterno ha empeñado su palabra y la sangre del pacto eterno ha sido derramada para ratificarla. ¿Quién, pues, podrá anularla?

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán

“

(Mateo 24:35).

“No hay como el Dios de Jesurún, quien cabalga sobre los cielos para tu ayuda, y sobre las nubes con su grandeza. El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos; él echó de delante de ti al enemigo, y dijo: Destruye. E Israel habitará confiado, la fuente de Jacob habitará sola en tierra de grano y de vino; también sus cielos destilarán rocío. Bienaventurado tú, oh Israel. ¿Quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo? Así que tus enemigos serán humillados, y tú hollarás sobre sus alturas” (Deuteronomio 33:26-29).

Janes y Jambres

Debemos considerar ahora, en segundo lugar, la oposición de “Janes y Jambres”, los hechiceros de Egipto. Nunca hubiésemos conocido los nombres de estos dos antagonistas de la verdad de Dios si el Espíritu Santo no los hubiese nombrado en relación con los “tiempos peligrosos”, sobre los cuales el apóstol Pablo advierte a su hijo Timoteo. Es de suma importancia tener una comprensión clara del verdadero carácter de la resistencia que esos hechiceros opusieron a Moisés.

En los postreros días

Con el fin de poner en claro la gravedad del asunto, es útil citar todo el pasaje de la segunda epístola de Pablo a Timoteo:

“También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita. Porque de estos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias. Estas siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad. Y de la manera que Janes y Jambres resistieron a

Moisés, así también estos resisten a la verdad; hombres corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe. Mas no irán más adelante; porque su insensatez será manifiesta a todos, como también lo fue la de aquellos” (2 Timoteo 3:1-9).

El carácter especial de esta resistencia a la verdad es de particular importancia. La oposición que “Janes y Jambres” hicieron a Moisés consistía simplemente en imitar, hasta donde les fue posible, las señales que este hacía. No vemos que atribuyesen a un poder engañador o maligno las señales de Moisés; más bien procuraron neutralizar sus efectos sobre la conciencia haciendo lo mismo. Lo que Moisés hacía, también ellos podían hacerlo, de modo que, después de todo, no había gran diferencia entre ellos. Lo mismo valía el uno que los otros. Un milagro es un milagro. Si Moisés obraba milagros para sacar al pueblo de Egipto, ellos podían obrar milagros para hacerlo quedar en el país. ¿Dónde estaba pues la diferencia?

De todo esto aprendemos que la resistencia más diabólica al testimonio de Dios en el mundo viene de aquellos que, si bien imitan los efectos de la verdad, no tienen más que la “apariencia de piedad”, negando “la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:5). Esa gente puede hacer las mismas cosas, adoptar las mismas costumbres y formas, emplear el mismo lenguaje y profesar las mismas opiniones que los creyentes. Si el cristiano verdadero, constreñido por el amor de Cristo, da de comer al hambriento, da vestido al desnudo, visita a los enfermos, esparce las Escrituras, distribuye tratados, ora, canta, defiende y predica el Evangelio, el formalista puede hacer otro tanto. Estemos alerta, porque este es el carácter especial de la resistencia opuesta a la verdad en “los últimos tiempos”; este es el espíritu de Janes y Jambres. ¡Cuán necesario es comprender esta verdad! ¡Cuánto importa recordar que “*de la manera* que Janes y Jambres resistieron a Moisés”, *así* hipócritas amadores de sí mismos, del mundo y de los placeres “resisten a la verdad”! Ellos no querrían vivir sin tener una “apariencia de piedad”; pero aunque adoptan esta apariencia, pues ha venido a formar parte de las costumbres, aborrecen “la eficacia” de ella, porque esto significa el renunciamiento de sí mismo. “La eficacia” de la piedad implica el reconocimiento de los derechos de Dios, el establecimiento de su reino en el corazón y, como consecuencia, la manifestación de estas cosas en el carácter y la vida entera. El formalista ignora todo esto. “La eficacia” de la piedad nunca podrá estar de acuerdo con ninguno de los caracteres horribles señalados anteriormente; pero “la apariencia”, encubriéndoles, les permite vivir sin someterse, y esto causa placer al formalista hipócrita. Él no se cuida de subyugar sus tentaciones, de interrumpir sus placeres, de dominar sus pasiones, de poner en regla sus afectos, de que su corazón sea purifica-

do. Solo necesita la indispensable cantidad de religión para poder sacar el mejor partido posible de la vida presente y futura. No sabe lo que significa abandonar el mundo presente por haber encontrado la vida venidera.

Considerando las diversas formas de la oposición de Satanás a la verdad de Dios, vemos que su sistema siempre ha sido resistir a esta verdad; en primer lugar por la violencia, atacándola abiertamente, y luego, cuando este medio le ha fallado, procurando desacreditarla por medio de una falsificación. Procura, pues, en primer lugar hacer morir a Moisés (cap. 2:15) y, como no ha podido llevar a cabo su propósito, intenta imitar sus obras.

Lo mismo ha sucedido acerca de la verdad confiada a la Iglesia. Los primeros esfuerzos de Satanás se manifestaron con la ira de los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, con los tribunales, la cárcel y la espada. Pero en el pasaje de la segunda epístola a Timoteo no se hace mención de tales procedimientos. El ataque frente a frente ha sido reemplazado por el medio mucho más sutil y peligroso de una profesión vana, de una apariencia sin poder y falsificación humana. En lugar de presentarse con la espada de la persecución en la mano, el enemigo se pasea cubierto con el manto de la religión, profesando e imitando aquello mismo que en otro tiempo combatió y persiguió. Por este medio obtiene, por ahora, ventajas asombrosas. Las horribles formas que ha revestido el mal moral, y que de siglo en siglo han manchado las páginas de la historia de la humanidad, en lugar de hallarse solo en aquellos sitios donde naturalmente podrían buscarse, en los antros de las tinieblas humanas, están cuidadosamente ocultas bajo los pliegues del manto de una religiosidad fría e impotente. Esto constituye una de las obras maestras del diablo.

Es natural que el hombre, como ser caído y corrompido, sea egoísta, avaro, vanidoso, altivo, amigo de los deleites más que de Dios. Pero que todo esto tenga lugar bajo la hermosa forma de “apariencia de piedad” denota la energía especial de Satanás empleada en su resistencia a la verdad “en los postreros días”. No es extraño que el hombre mundano manifieste abiertamente esos vicios, concupiscencias y pasiones repugnantes, que son el resultado de su alejamiento de la fuente de santidad y de pureza. Es natural que así sea, porque hasta el fin de su historia el hombre siempre será lo que ha sido. Pero, por otro lado, cuando se ve asociado el santo nombre del Señor Jesús con la perversidad y maldad implacable del hombre, cuando los principios santos se ven unidos con prácticas impías; cuando se ven cubiertas con la “apariencia de piedad” todas aquellas cosas que caracterizan la corrupción de los gentiles, descritas en el primer capítulo de Romanos, entonces en verdad puede decirse: he aquí el horrible carácter de “los postreros días”, la resistencia de “Janes y Jambres”.

La apariencia de piedad

Los hechiceros de Egipto solo pudieron imitar en tres cosas a los siervos del Dios vivo y verdadero; cambiaron sus varas en serpientes (cap. 7:12), transformaron el agua en sangre (cap. 7:22) e hicieron subir las ranas sobre el país (cap. 8:7). Pero en la cuarta señal, la que requería la potestad creadora y significaba la manifestación de la vida, unida a una prueba evidente del estado humillante de la naturaleza, se vieron confundidos y obligados a exclamar: “Dedo de Dios es este” (cap. 8:16-19). Lo mismo sucede con los que resisten a la verdad en los postreros días. Todo lo que hacen, lo hacen según el poder directo de Satanás y, por lo tanto, circunscritos a los límites de este. Su fin esencial no es otro que el de resistir “a la verdad”.

Las tres cosas que “Janes y Jambres” fueron capaz de ejecutar se caracterizan por la energía satánica, la muerte y la impureza, a saber: las serpientes, la sangre y las ranas. Por estos medios “resistieron a Moisés”, y “así también estos resisten a la verdad”, e impiden su acción moral sobre la conciencia. Nada contribuye más a debilitar el poder de la verdad que ver que ciertas personas, opuestas a la verdad, hacen exactamente las mismas cosas que los que son guiados por ella. Así obra el diablo en la actualidad. Procura que todos los hombres sean considerados como cristianos. Quiere hacernos creer que estamos en un mundo cristiano; pero este no es más que una cristiandad falsificada que, lejos de rendir testimonio a la verdad, está aquí, según los designios del enemigo, para oponerse a la influencia de la verdad que santifica y purifica los corazones.

El siervo de Cristo, el testigo de la verdad de Dios, se halla rodeado por todas partes del espíritu de “Janes y Jambres”; es conveniente que lo recuerde, conociendo a fondo el mal contra el cual debe luchar. No debe olvidar que el mundo que le rodea es una imitación diabólica de la obra de Dios, no producida por la varita mágica de un hechicero abiertamente hostil y malo, sino por la acción de falsos religiosos que tienen “apariencia de piedad”, pero que niegan la “eficacia de ella”; gentes que hacen obras al parecer buenas y justas, pero que no tienen la vida de Cristo en sus almas, ni el amor de Dios en sus corazones, ni tampoco la potestad de la palabra de Dios en sus conciencias.

“Mas no irán más adelante”, añade el apóstol, “porque su insensatez será manifiesta a todos, como también lo fue la de aquellos”. En efecto, la insensatez de “Janes y Jambres” fue manifiesta a todos, no solamente cuando se vieron impotentes para continuar imitando los milagros de Moisés y Aarón, sino también cuando fueron envueltos en los juicios de Dios, lo mismo que los demás egipcios. Este hecho es muy grave. La insensatez de todos los que no poseen más que la apa-

riencia será igualmente manifestada. No solamente serán incapaces de imitar los efectos de la vida y de la potestad divina, sino que vendrán a ser el objeto de los juicios resultantes de la resistencia a esta verdad, rechazada por ellos mismos.

¿Dirá alguien que todo esto no nos dice nada en una época de profesión de fe carente de poder? Sí que nos dice, y mucho. Esto debería hablar con un poder vital a cada conciencia. Debería, con acentos solemnes, hacer oír su voz en todos los corazones, y llevarnos a cada uno a examinarnos seriamente acerca de si realmente damos testimonio de la verdad, viviendo según la eficacia de la piedad, o si somos un obstáculo a la verdad, neutralizando sus efectos y no teniendo más que su apariencia. Mostraremos los efectos de la potestad de la verdad persistiendo en las cosas que hemos aprendido (2 Timoteo 3:14). Solo los que han sido enseñados por Dios podrán persistir; los que por la virtud del Espíritu de Dios han bebido del agua de la vida, en la fuente pura de la inspiración divina.

Pero podemos dar gracias a Dios porque tales personas se hallan en gran número en las distintas fracciones de la Iglesia profesante. Muchos, aquí y allá, cuyas conciencias han sido lavadas en la sangre expiatoria del “Cordero de Dios” (Juan 1:29), y cuyos corazones palpitan con un verdadero afecto por la persona del Señor Jesús, se regocijan en la gloriosa esperanza de verle “tal como es” y de ser hechos semejantes a su imagen para siempre. Pensando en estos, el corazón cobra ánimo. Es un gozo indecible tener comunión con aquellos que pueden dar razón de su esperanza y de la posición que ocupan como hijos de Dios. ¡Aumente el Señor de día en día el número de los verdaderos creyentes, y sea la eficacia de la piedad esparcida en estos últimos tiempos, para que se rinda un brillante testimonio al nombre de Quien es digno de ser ensalzado!

Las cuatro objeciones de Faraón

Debemos examinar todavía el tercer punto señalado en esta parte del libro, es decir, las cuatro objeciones maliciosas de Faraón, con las cuales se oponía a la plena libertad del pueblo de Dios y a su entera separación de Egipto.

Primera objeción

La hallamos en el capítulo 8, versículo 25. “Entonces Faraón llamó a Moisés y a Aarón, y les dijo: Andad, *ofreced sacrificio a vuestro Dios en la tierra*”. Aquí huelga hacer notar que, ya sean los hechiceros con su resistente oposición, ya las objeciones hechas por Faraón, Satanás está detrás de esta escena. Es evidente que al sugerir esto a Faraón, el objeto del diablo no era otro que impedir el testimonio que debía ser rendido al nombre de Jehová, el que estaba íntimamente relacionado

con la separación completa entre el pueblo de Dios y Egipto. Es asimismo cierto que no se podría haber dado un testimonio de esta clase si Israel hubiese permanecido en Egipto, aunque hubiese sacrificado a Jehová. Los israelitas se habrían colocado entonces en el mismo terreno que los egipcios y habrían puesto a Jehová al mismo nivel de los dioses de Egipto. Los egipcios habrían dicho a los israelitas: «No vemos ninguna diferencia entre nosotros; vosotros tenéis vuestro culto y nosotros tenemos el nuestro; ¿dónde, pues, está la diferencia?»

Los hombres consideran perfectamente justo y muy natural que cada cual tenga una religión, sea la que sea. Con tal que seamos sinceros y no nos entrometemos en las ideas religiosas de nuestro vecino, poco importa la forma de nuestra religión. Así son los pensamientos de los hombres respecto a lo que ellos llaman religión; pero es manifiesto que en todo esto la gloria del nombre de Jesús no se tiene en cuenta para nada. El enemigo se opondrá siempre a toda idea de separación, y el corazón humano nunca la comprenderá. Este puede aspirar a la piedad, porque la conciencia le atestigua que no todo está en regla, pero al mismo tiempo anhela poder seguir al mundo. El corazón querría sacrificar a Dios en la tierra. Por eso, cuando se acepta una piedad mundana y se rehúsa salir y separarse, Satanás ha logrado su propósito. Desde el principio, su plan invariable consiste en impedir el testimonio rendido al nombre de Dios. Aquí también su plan oculto es el mismo, cuando hace decir a Faraón: “Andad, ofreced sacrificio a vuestro Dios en la tierra”. ¡Qué destrucción del valor del testimonio, si se hubiese aceptado esta proposición! ¡El pueblo de Dios en Egipto, y Dios mismo asociado con los ídolos de Egipto! ¡Qué terrible blasfemia!

La religión

Deberíamos meditar seriamente sobre estas cosas. El esfuerzo del enemigo para inducir al pueblo de Israel a sacrificar a su Dios en Egipto revela un principio diabólico mucho más serio de lo que podríamos suponer a primera vista. El enemigo triunfaría si pudiese obtener la más pequeña apariencia de conformidad divina en favor de la religión del mundo, sin importarle en cuánto tiempo, por cuáles medios, ni en qué circunstancias pudiese lograrlo. Él no tiene ninguna objeción que hacer contra una religión de esta especie. Su intento se logra tan eficazmente a través de lo que se llama «el mundo religioso» como por cualquier otro medio que emplee. Por eso obtiene un gran triunfo cuando consigue que un verdadero cristiano acredite la religión del mundo. Es conocido que nada excita más la indignación del mundo que este principio divino de total

separación del presente siglo malo. Se le dejará creer las mismas cosas, predicar las mismas doctrinas y hacer las mismas obras; pero en el momento en que intente, aunque sea en una pequeña medida, conformarse a las órdenes divinas: “a estos evita” (2 Timoteo 3:5);

Salid de en medio de ellos, y apartaos



(2 Corintios 6:17),

él tendrá que contar con la más violenta oposición. ¿Cómo se explica esto? Únicamente por el hecho de que los cristianos separados de la vana religión del mundo rinden un testimonio a Cristo, el cual nunca podrían rendirle mientras estuviesen asociados con ella. Entre la religión humana y Cristo hay una inmensa diferencia. Un pobre hindú hundido en las tinieblas os hablará de su religión, pero nada sabe de Cristo. En Filipenses 2:1 el apóstol no dice: «Si hay alguna consolación en la religión», aunque sin duda los sectarios de una religión cualquiera hallan en ella lo que creen ser una consolación. Pablo había hallado su consolación en Cristo, después de haber hecho plenamente la experiencia de la vanidad de la religión, aun en su forma más bella e imponente (comp. Gálatas 1:13-14; Filipenses 3:4-11).

Es verdad que el Espíritu de Dios habla de una “religión pura y sin mácula” (Santiago 1:27); mas el hombre irregenerado no puede participar de ella en ninguna manera, porque, ¿cómo podrá el tal tener parte en lo que es “puro y sin mácula”? Esta religión es la del cielo, la fuente de todo lo que es puro y excelente; está exclusivamente “delante de nuestro Dios y Padre” para producir los frutos de la nueva naturaleza de la cual son hechos partícipes todos los que creen en el nombre del Hijo de Dios (Juan 1:12-13; Santiago 1:18; 1 Pedro 1:23; 1 Juan 5:1). Por último, se define por los dos principales aspectos de la benevolencia activa y de la santidad personal: “Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27).

Si se examina el catálogo de los verdaderos frutos del cristianismo, se los hallará todos clasificados bajo estos dos puntos principales. Es muy interesante observar que, tanto en Éxodo 8 como en Santiago 1, la separación del mundo es presentada como una cualidad indispensable en el servicio de Dios. Nada que sea manchado por el contacto con el presente siglo malo puede ser aceptable delante de Dios, ni recibir de su mano el sello “puro y sin mácula”. “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundado; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:17-18).

No había en Egipto ningún lugar de reunión para Jehová y su pueblo redimido; la libertad y la separación de Egipto eran para Israel una sola y la misma cosa. Dios había dicho: “He descendido para librarlos” (Éxodo 3:8), y nada menos que esto podía satisfacerle o glorificarle. Una salvación que hubiese dejado al pueblo en Egipto no habría sido de Dios. Además, debemos recordar que el designio de Jehová, tanto en la salvación de Israel como en la destrucción de Faraón, era que su nombre fuese “anunciado en toda la tierra” (Éxodo 9:16). ¿Qué manifestación habría hecho de su nombre o de su carácter, si su pueblo hubiera intentado rendirle culto en Egipto? No habría existido ningún testimonio, o habría sido completamente falso. Así, para que el carácter de Dios fuese plena y fielmente manifestado, era necesario que su pueblo estuviera enteramente liberado y completamente separado de Egipto. Asimismo ahora, para rendir un testimonio claro y sin equívocos al Hijo de Dios, es necesario que todos los que le pertenecen estén separados del presente siglo malo. Tal es la voluntad de Dios, por lo que Cristo se dio a sí mismo, según leemos en la Palabra de Dios: “Gracia y paz sean a vosotros, de Dios el Padre y de nuestro Señor Jesucristo, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (Gálatas 1:3-5).

Los gálatas comenzaban a darse a una religión carnal y mundana de ordenanzas, una religión de “los días, los meses, los tiempos y los años” (cap. 4:10). El apóstol, desde el principio de su epístola, les recuerda que el Señor Jesús se entregó a sí mismo con el fin de librar a su pueblo de todo este sistema. Es necesario que el pueblo de Dios sea separado, por cuanto es su pueblo, y para dar respuesta inteligente al fin misericordioso que Dios se ha propuesto al ponerlo en relación con él mismo y asociándolo a su nombre. Un pueblo que hubiese vivido todavía en medio del pecado y de las abominaciones de Egipto no podría haber sido testigo del Dios Santo. Igualmente ahora, el que se mezcla con las suciedades de una religión mundana y corrompida no puede ser un poderoso y fiel testigo de un Cristo crucificado y resucitado.

El camino de tres días

La respuesta de Moisés a la primera objeción de Faraón es muy notable. “Y Moisés respondió: No conviene que hagamos así, porque ofreceríamos a Jehová nuestro Dios la abominación de los egipcios. He aquí, si sacrificáramos la abominación de los egipcios delante de ellos, ¿no nos apedrearían? Camino de tres días iremos por el desierto, y ofreceremos sacrificios a Jehová nuestro Dios, como él nos dirá” (cap. 8:26-27). El “camino de tres días” es una separación real de Egipto. Nada menos que esto podría dar satisfacción a la fe. El Israel de Dios debe estar separado por

el poder de la resurrección del país de la muerte y de las tinieblas. Es necesario que las aguas del Mar Rojo separen a los redimidos de Dios del país de Egipto, antes de que puedan ofrecer un sacrificio agradable a Jehová. Si se hubiesen quedado en Egipto, habrían tenido que sacrificar a Jehová los mismos objetos abominables del culto de los Egipcios. Esto era imposible. En Egipto no podía haber tabernáculo, ni templo, ni altar. En toda la extensión del país no había lugar para ninguna de estas cosas. De hecho, como lo veremos luego, no se entonó ningún cántico de alabanza hasta que toda la asamblea fue reunida, por la potestad de la redención efectuada, en la otra orilla del Mar Rojo, la que está hacia el país de Canaán. Hoy en día sucede exactamente lo mismo. Es preciso que el creyente sepa dónde ha sido colocado para siempre, en virtud de la muerte y resurrección del Señor Jesús, antes que pueda ser un adorador inteligente, un siervo aprobado, un verdadero y fiel testigo.

No se trata aquí de saber si somos hijos de Dios y, por lo tanto, salvos. Muchos hijos de Dios están lejos de conocer el completo resultado de la muerte y resurrección de Cristo en lo que concierne a cada uno de ellos. No se apropian de esta preciosa verdad, que la muerte de Cristo ha abolido para siempre sus pecados (Hebreos 9:26) y que son los bienaventurados participantes de su vida y de su resurrección, con la cual el pecado no tiene nada que ver. Cristo fue hecho maldición por nosotros, no como algunos quisieran enseñárnoslo, es decir, naciendo bajo la maldición de una ley quebrantada, sino siendo colgado en el madero (comp. atentamente Deuteronomio 21:23 con Gálatas 3:13). Nosotros estábamos bajo la maldición, porque vivíamos en nuestros pecados; no habíamos guardado la ley; pero Cristo, el hombre perfecto, habiéndola magnificado y engrandecido (Isaías 42:21) a través de su perfecta obediencia, vino a ser hecho maldición por nosotros siendo colgado en el madero. Así, en su vida Jesús magnificó la ley de Dios, y en su muerte llevó nuestra maldición. Ahora, pues, no hay para el creyente ni pecado, ni maldición, ni ira, ni condenación. Aunque deba comparecer ante el tribunal de Cristo, este le será tan favorable como ahora lo es el trono de la gracia. El tribunal manifestará su verdadera condición, esto es, que nada existe en su contra. Lo que el creyente es, Dios lo produjo. Él es la obra de Dios. Dios vino a él cuando se encontraba en un estado de muerte y de condenación, y ha sido hecho exactamente tal como Dios quería que fuese. El juez mismo ha borrado sus pecados y es su propia justicia, de manera que el tribunal ha de serle favorable. Hay más aún: allí hallará la declaración pública y solemne, hecha ante el cielo, la tierra y el infierno, que aquel que es lavado de sus pecados por la sangre del Cordero queda absolutamente limpio, porque ha sido lavado por Dios (véase Juan 5:24; Romanos 8:1; 2 Corintios 5:5, 10-11; Efesios 2:10). Todo lo que debía hacerse lo ha hecho Dios, y de cierto que él no condenará su propia obra. Dios ha proveído la justicia exigida; por

lo tanto, no hallará en ella ningún defecto. La luz de la sede judicial será tan radiante como para disipar todas las nieblas y nubes que pudieran oscurecer las glorias incomparables y las virtudes eternas que pertenecen a la cruz, y para mostrar que el creyente está “todo limpio” (Juan 13:10; 15:3; Efesios 5:27).

La paz, fuera del mundo

Por no haberse apropiado de estas verdades fundamentales con la sencillez de la fe, un gran número de hijos de Dios se lamentan de no poseer una paz segura, de que experimentan constantes variaciones en su estado espiritual y continuos altibajos en su experiencia. Cada duda en el corazón de un cristiano es un deshonor hecho a la palabra de Dios y al sacrificio de Cristo. El cristiano no se baña, ya desde este mismo momento, en aquella luz que resplandecerá desde el tribunal de Cristo; por eso se siente atormentado por las dudas y los temores. Esas fluctuaciones e incertidumbres que tantas personas sufren tienen menor importancia, comparativamente, porque solo afectan la experiencia de estas personas. Los efectos que producen sobre su culto, su servicio y su testimonio son infinitamente más graves, por cuanto la gloria del Señor queda afectada por ello. Pero, hablando generalmente, se piensa poco en la gloria del Señor, porque para la mayoría de los cristianos el objeto principal, el fin supremo, es la salvación personal. Nos sentimos inclinados a considerar como *esencial* todo aquello que se relaciona directamente con nosotros, mientras que lo que afecta a la gloria de Cristo en nosotros y por nosotros es considerado como *no esencial*, secundario.

Sin embargo, es bueno comprender claramente que la misma verdad que da la paz segura al alma la pone en estado de ofrecer un culto inteligente, un servicio agradable y un testimonio eficaz. En el capítulo 15 de la primera epístola a los Corintios, el apóstol presenta la muerte y la resurrección de Cristo como el gran fundamento de todas las cosas. “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (v. 1-4). ¡Así es el Evangelio! El fundamento de la salvación es un Cristo muerto y resucitado;

“ El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación
(Romanos 4:25).

Ver, con los ojos de la fe, a Jesús clavado en la cruz y sentado sobre el trono, es una visión que debe dar una paz sólida a la conciencia, una perfecta libertad al corazón. Podemos mirar en el sepulcro y verlo vacío, podemos mirar arriba al trono de gloria y verlo ocupado, y proseguir gozosos nuestro camino. En la cruz, el Señor Jesús ha satisfecho todas las deudas en favor de su pueblo; la prueba de ello es que ahora está sentado a la diestra de Dios. El Cristo resucitado es la prueba eterna de una redención cumplida. Si la redención es un hecho cumplido, la paz del creyente es una realidad verdadera y estable. No somos nosotros los que hemos hecho la paz; nunca la pudimos haber hecho; todos nuestros esfuerzos, en ese sentido, solo habrían servido para manifestar con mayor evidencia que éramos *infractores de la paz*. Pero Cristo, habiendo hecho la paz por la sangre de su cruz, se ha sentado en lugares celestiales, triunfando sobre todos los enemigos. Por él, Dios anuncia la buena nueva de la paz. La palabra del Evangelio trae esta paz; y el alma que cree el Evangelio tiene la paz, una paz estable ante Dios porque Cristo es su paz (véase Hechos 10:36; Romanos 5:1; Efesios 2:14; Colosenses 1:20). De esta manera Dios ha satisfecho no solamente las demandas de su gloria, sino que, haciéndolo, ha abierto un camino por el cual su amor infinito puede descender hasta el más culpable de la culpable raza de Adán.

Luego, en cuanto al resultado práctico de todo eso, la cruz de Cristo no solo ha quitado los pecados del creyente, sino que ha quebrantado para siempre los lazos que le retenían al mundo, por lo cual tiene el privilegio de considerar al mundo como crucificado y de ser considerado como crucificado por él (Gálatas 6:14). Esa es la posición respectiva del creyente y del mundo. El mundo está crucificado para él, y él para el mundo. El juicio que este mundo ha pronunciado sobre Cristo ha quedado expresado por la posición en que puso deliberadamente a Cristo. El mundo fue invitado a escoger entre Cristo y un asesino. Mas dio libertad al asesino y clavó a Cristo en la cruz entre dos malhechores. Por lo tanto, si el creyente sigue los pasos de Cristo, si se compenetrar con su espíritu y lo manifiesta, ocupará el mismo lugar que Cristo en la estima del mundo. De esta manera sabrá que, en cuanto a su posición ante Dios, está crucificado con Cristo; pero será también conducido a aplicar este hecho en su vida y en su experiencia cotidiana.

En tanto que la cruz ha roto las cadenas que unían al cristiano con el mundo, la resurrección ha introducido al creyente bajo el poder de nuevos vínculos y nuevas relaciones. Si en la cruz vemos el juicio del mundo respecto a Cristo, en la resurrección vemos el juicio de Dios. El mundo ha crucificado a Cristo, pero “Dios también le exaltó hasta lo sumo” (Filipenses 2:9). El hombre le ha dado el lugar más bajo; Dios le ha dado el lugar más elevado. Puesto que el creyente es llamado a gozar de una plena comunión con Dios en sus pensamientos respecto a Cristo, participará

del lugar que el mundo ha dado a Cristo, y podrá considerar al mundo como una cosa crucificada. Así pues, si el creyente está en una cruz y el mundo en otra, la distancia moral que los separa es considerable. Y si la distancia es considerable en principio, también debería serlo en la práctica. El mundo y el cristiano de ninguna manera deberían tener algo en común; y nada tendrán en común a no ser que el cristiano niegue a su Señor y Maestro. El creyente se muestra infiel a Cristo en la misma proporción de la comunión que mantiene con el mundo.

Lo que es el mundo

Todo esto es bastante claro; pero, ¿adónde nos conduce en lo que concierne a este mundo? Desde luego que fuera de él, y esto de un modo completo. Estamos muertos al mundo y vivos con Cristo. Somos participantes a la vez del desprecio del cual el mundo le hizo objeto y de su aceptación en el cielo. El gozo de esta aceptación nos hace considerar como nada la prueba del desprecio del mundo. Para mí, ser desechado por el mundo sería insoportable, si no supiera que tengo un lugar y una parte en el cielo; pero cuando las glorias del cielo absorben las miradas del alma, muy poco de la tierra es necesario.

Puede ser que uno se pregunte: «¿Y qué es el mundo?» Sería difícil hallar una expresión tan vaga y mal determinada como la de “mundo” o «mundanidad», porque en general estamos inclinados a hacer comenzar lo “mundano” uno o dos grados más arriba del punto donde nos encontramos situados espiritualmente. Sin embargo, la Palabra de Dios define con perfecta precisión lo que es el “mundo”: abarca todo lo que “no proviene del Padre” (1 Juan 2:15-16). Por lo tanto, cuanto más profunda sea mi comunión con el Padre, más se ejercitará mi discernimiento respecto a lo que pertenece al mundo. Así es cómo Dios nos enseña. Cuanto más disfrutemos con el amor del Padre, tanto más rechazaremos al mundo. Pero, ¿quién nos revela al Padre? El Hijo. ¿Cómo? Por el poder de su Santo Espíritu. Por esta razón, cuanto más aprendo por el poder del Espíritu no contristado a deleitarme en la revelación que el Hijo nos ha dado del Padre, más exacto es mi discernimiento de lo que es el mundo. A medida que el reino de Dios gana terreno en el corazón, nuestro juicio respecto a la mundanidad viene a ser más recto y justo. Definir lo que es el mundo es bastante difícil; alguien ha dicho que se compone de varios matices que varían gradualmente desde el color blanco hasta el negro más oscuro. No se puede poner un límite y decir: Aquí comienza lo “mundano”; pero la viva y exquisita sensibilidad de la naturaleza divina retrocede ante ello. Todo lo que debemos hacer es marchar adelante por la potencia de esta naturaleza, a fin de mantenernos alejados de toda especie de mundanidad.

Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne
(Gálatas 5:16).



Andemos con Dios y no andaremos con el mundo. Las frías distinciones y las reglas severas no tienen eficacia alguna. Nos es necesaria la potencia divina. Necesitamos comprender el sentido y la aplicación espiritual del “camino de tres días por el desierto”, el cual no solo nos separa para siempre de los hornos de ladrillos y de los cuadrilleros de Egipto, sino también de sus templos y altares.

Segunda objeción

La segunda objeción de Faraón participa en mucho del mismo carácter y tendencia de la primera. “Dijo Faraón: Yo os dejaré ir para que ofrezcáis sacrificios a Jehová vuestro Dios en el desierto, *con tal que no vayáis más lejos*” (cap. 8:28). Si no podía retener a los israelitas *en* Egipto, procuraba a lo menos tenerlos *cerca* de las fronteras, para actuar sobre ellos por las diversas influencias del país. Así, el pueblo podría ser conquistado nuevamente y su testimonio mejor aniquilado que si Israel no hubiese salido nunca de Egipto. Quienes vuelven al mundo después de haber aparentado abandonarlo, hacen mucho más daño a la causa de Cristo que si nunca se hubiesen movido de él; porque virtualmente confiesan que habiendo probado las cosas divinas, han descubierto que las cosas terrenales son mejores y dan mayores satisfacciones.

Pero esto no es todo. El efecto moral de la verdad sobre la conciencia de los inconversos recibe un golpe fatal a causa de aquellos que, habiendo profesado abandonar el mundo, vuelven a las mismas cosas que parecía habían dejado para siempre. No se trata de que esos casos concedan a alguien la autorización para rechazar la verdad de Dios; cada uno es responsable de sí mismo y tendrá que dar cuenta a Dios de sus propios actos. No obstante, el efecto producido en este sentido es siempre malo. “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado” (2 Pedro 2:20-21).

Por este motivo, si no se está dispuesto a abandonar el mundo enteramente, es mucho mejor no moverse de él en absoluto. El enemigo no ignoraba esto, de ahí la segunda objeción. El adoptar una posición de vecindad responde admirablemente bien a sus designios. Los que no saben tomar una posición decidida siempre son débiles e inconsecuentes, y de hecho, su influencia, cualquiera que sea, conduce hacia un lado enteramente falso.

Es muy importante comprender que el fin de Satanás en cada una de sus objeciones solo era poner obstáculos al testimonio, el cual no podía ser rendido al nombre del Dios de Israel sino después de un peregrinaje de tres días a través del desierto. Esto era verdaderamente “alejarse”. Mucho más allá de lo que Faraón podía imaginarse, donde no le era posible seguir a Israel. ¡Qué gran bendición sería si todos los que profesan salir de Egipto se alejasen verdaderamente de él, si reconociesen la cruz y el sepulcro de Cristo cual límite entre ellos y el mundo! Nadie puede colocarse en ese terreno por la sola energía de su naturaleza. Por eso el salmista pudo decir: “No entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano” (Salmo 143:2). Lo mismo acontece respecto a la verdadera y efectiva separación del mundo. *Ningún viviente* puede realizarla. Solo considerándose *muerto* con Cristo y resucitado con él, “mediante la fe en el poder de Dios” (Colosenses 2:12) es cómo el hombre puede ser “justificado” ante Dios y separado del mundo. He aquí lo que se puede llamar “alejarse”. ¡Permita Dios que todos los que hacen profesión de cristianos y así se llaman, puedan alejarse! Entonces su lámpara dará una luz constante; su testimonio dejará oír un sonido inteligible; su marcha será elevada, sus experiencias ricas y profundas; su paz correrá como un río; sus afectos serán celestiales y sus vestiduras puras. Y sobre todo, el nombre del Señor Jesús será glorificado en ellos por la potencia del Espíritu Santo, según la voluntad de Dios el Padre.

Tercera objeción

La tercera objeción de Faraón reclama una atención especial por nuestra parte. “Y Moisés y Aarón volvieron a ser llamados ante Faraón, el cual les dijo: Andad, servid a Jehová vuestro Dios. ¿Quiénes son los que han de ir? Moisés respondió: Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas hemos de ir; porque es nuestra fiesta solemne para Jehová. Y él les dijo: ¡Así sea Jehová con vosotros! ¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños? ¡Mirad cómo el mal está delante de vuestro rostro! No será así; id ahora vosotros los varones, y servid a Jehová, pues esto es lo que vosotros pedisteis. Y los echaron de la presencia de Faraón” (cap. 10:8-11). De nuevo, vemos cómo el enemigo procura asentar un golpe de muerte al testimonio rendido al nombre del Dios de Israel.

¡Los padres en el desierto y los hijos en Egipto! ¡Qué terrible anomalía! Solo hubiera sido una liberación a medias, tanto inútil para Israel como deshonrosa para su Dios. Esto no era posible. Si los hijos hubiesen quedado en Egipto, no se podría haber dicho que los padres habían abandonado el país, puesto que los hijos eran una parte integrante de ellos mismos. En tal caso, lo más que se podría decir es que una parte de Israel servía a Jehová y otra parte a Faraón. Pero Jehová no podía compartir el servicio de su pueblo con Faraón; era necesario que Él lo poseyese todo o nada. He aquí un principio importante para los padres cristianos. ¡Tengámoslo muy presente en nuestros corazones! Tenemos el inmenso privilegio de contar con la ayuda de Dios para procurar el bien de nuestros hijos y para criarlos “en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). Para nuestros hijos, ninguna otra porción debería satisfacernos sino aquella misma que nosotros disfrutamos.

Cuarta objeción

La cuarta y última objeción de Faraón se relacionaba con el ganado mayor y el menor. “Entonces Faraón hizo llamar a Moisés, y dijo: Id, servid a Jehová; solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas; vayan también vuestros niños con vosotros” (cap. 10:24). ¡Con qué perseverancia disputaba Satanás a Israel cada pulgada de terreno en su camino fuera de Egipto! En primer lugar procura hacerles quedar *en* el país; luego tenerlos *cerca* del país; después retener una *parte* del pueblo. Por fin, cuando ha fracasado en esas tres tentativas, se esfuerza en hacerlos marchar sin ningún medio para servir a Jehová. Como no pudo retener a los servidores, se empeña en retener el ganado que les es necesario para su servicio, pensando obtener así el mismo resultado. Puesto que no puede inducirles a sacrificar en el país, quisiera enviarlos fuera del país sin víctimas para sus sacrificios.

Respuesta de Moisés

La respuesta de Moisés a esta última objeción de Faraón nos presenta una magnífica exposición de los derechos soberanos de Jehová sobre su pueblo, y sobre todo lo que le pertenece. “Y Moisés respondió: Tú también nos darás sacrificios y holocaustos que sacrifiquemos para Jehová nuestro Dios. Nuestros ganados irán también con nosotros; no quedará ni una pezuña; porque de ellos hemos de tomar para servir a Jehová nuestro Dios, y no sabemos con qué hemos de servir a Jehová hasta que lleguemos allá” (cap. 10:25-26). Cuando los hijos de Dios toman, con una fe sencilla como la de un niño, el alto lugar que les corresponde por la muerte y la resurrección, entonces pueden tener un juicio algo exacto de los derechos de Dios sobre ellos. “No sabemos

con qué hemos de servir a Jehová hasta que lleguemos allá”. Israel no conocía cuál era su responsabilidad ni las demandas de Dios hasta que hubo hecho el “camino de tres días”. El pueblo no podía conocer esas cosas en medio de la atmósfera corrompida de Egipto. Es indispensable que la redención sea conocida como un hecho realizado antes que se pueda tener una idea justa o completa de la responsabilidad. Todo esto es perfecto y de una extraordinaria hermosura. “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17). Es necesario que por el poder de la muerte y de la resurrección vayamos completamente fuera de Egipto; entonces, y solo entonces, conoceremos realmente lo que es el servicio del Señor. Cuando, por la fe, tomamos nuestro lugar en esos celestes y gloriosos atrios donde nos ha introducido la preciosa sangre de Cristo; cuando miramos a nuestro alrededor y contemplamos los resultados excelentes y maravillosos del amor que nos ha rescatado; cuando consideramos atentamente la figura de Aquel que nos ha introducido en ese lugar y que nos ha hecho merced de todas esas riquezas, entonces nos vemos constreñidos a exclamar:

¿Qué pondré a los pies de un tal amor?

¿Qué daré al Señor por su gracia infinita?

¡Ah, mi vida y mi corazón sin condición suyos son!

“No quedará ni una pezuña”, responde Moisés. ¡Qué nobles palabras! Egipto no es el lugar propio para guardar nada que pertenezca a los redimidos de Jehová; Dios es digno de todo; “espíritu, alma y cuerpo” (1 Tesalonicenses 5:23). Todo lo que somos y todo lo que tenemos, le pertenece a él.

No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio
“ (1 Corintios 6:19-20).

Es nuestro gran privilegio consagrarnos, con todo lo que poseemos, a Aquel a quien pertenecemos y a cuyo servicio hemos sido llamados. Nada se descubre aquí del espíritu legalista del hombre. Las palabras “hasta que lleguemos allá” son nuestra salvaguardia contra ese mal terrible. Hemos hecho el “camino de tres días” antes que se haya hecho oír o hayamos comprendido una sola palabra referente al sacrificio. Estamos en plena e indiscutible posesión de la vida de resurrección y de la justicia eterna. Hemos abandonado ese país de muerte y de tinieblas; hemos sido conducidos a Dios mismo de tal manera que podemos gozar de él, por el poder de la vida que nos es dada, y en la esfera de justicia en la cual hemos sido colocados. Entonces, nuestro mayor gozo es *servir*. No hay, pues, en el corazón ni un solo pensamiento del cual Dios no sea digno; no

hay en todo el rebaño ni una sola víctima que sea demasiado preciosa para ser sacrificada sobre su altar. Cuanto más cerca de él caminemos y más íntima sea nuestra comunión con él, mejor comprenderemos que nuestra comida y nuestra bebida es hacer su santa voluntad. El creyente considera como su mayor privilegio servir al Señor. Toma placer en todo ejercicio, en toda manifestación de la naturaleza divina. No camina cargado con un yugo pesado y duro. Su yugo ha sido roto “a causa de la unción” (Isaías 10:27); su carga ha sido quitada para siempre por la sangre de la cruz, en tanto que avanza “rescatado”, regenerado y “libertado” en virtud de estas consoladoras palabras: “Deja ir a mi pueblo”.

La última plaga

“Jehová dijo a Moisés: Una plaga traeré aún sobre Faraón y sobre Egipto, después de la cual él os dejará ir de aquí; y seguramente os echará de aquí del todo” (cap. 11:1). Todavía debe caer otro golpe aún más duro sobre este monarca endurecido y sobre su pueblo, para obligarle a dejar ir a los bienaventurados objetos de la gracia soberana de Jehová.

El corazón endurecido de Faraón

En vano se endurece el hombre y se levanta contra Dios; porque Dios puede ciertamente quebrantar y reducir a polvo al corazón más duro, y abatir hasta la humillación al espíritu más altivo. “Él puede humillar a los que andan con soberbia” (Daniel 4:37). El hombre puede imaginarse que es algo; puede levantar en alto la cabeza en su loco orgullo, como si fuese su propio dueño. ¡Hombre vano! ¡Cuán poco conoce su mísera condición y su verdadero carácter! No es más que un medio, un instrumento de Satanás, quien lo emplea para poner obstáculos a los designios de Dios. La inteligencia más brillante, el genio más elevado, la más indomable energía, no son más que otros tantos instrumentos en las manos de Satanás para ejecutar sus negros planes, a menos que todas estas dotes sean puestas bajo el gobierno inmediato del Espíritu de Dios.

Ningún hombre es su propio dueño: o bien es gobernado por Cristo, o por Satanás. El rey de Egipto podía creerse un agente libre; sin embargo, no era más que un instrumento en las manos de otro. Satanás estaba detrás del trono. En consecuencia de haberse entregado a él para resistir a los planes de Dios, Faraón fue entregado judicialmente a la influencia endurecedora y ciega del dueño que había escogido.

Esto nos explica una expresión que leemos frecuentemente en estos capítulos: “Jehová endureció el corazón de Faraón” (cap. 9:12; 10:20, 27; 11:10; 14:8; véase también 4:21; 7:3; 14:4). No sería provechoso para nadie procurar evitar el sentido claro y completo de esta solemne declaración.

Si el hombre rechaza la luz del testimonio divino, es judicialmente entregado al endurecimiento y a la ceguera del corazón. Dios lo abandona a sí mismo. Entonces Satanás, apoderándose de él, lo arrastra precipitadamente hacia la perdición. Había luz abundante para hacer ver a Faraón la extravagancia y la locura del camino que seguía, procurando retener bajo su mano a aquellos a quienes Dios le había ordenado que dejase marchar. Pero la verdadera inclinación de su corazón era la de oponerse a Dios con todas sus fuerzas. Por este motivo Dios lo abandonó a sí mismo e hizo de él un monumento para la manifestación de su gloria “en toda la tierra” (cap. 9:16). Esto no encierra ninguna dificultad más que para aquellos que desean disputar con Dios y esforzarse “contra el Todopoderoso” (Job 15:25), arruinando así sus almas inmortales.

Dios da algunas veces a los hombres aquello que está de acuerdo con la verdadera inclinación de sus corazones: “Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que *se complacieron en la injusticia*” (2 Tesalonicenses 2:11-12). Si los hombres rechazan la verdad cuando les es presentada, tendrán ciertamente la mentira. Si no quieren a Cristo, tendrán a Satanás. Si menosprecian el cielo, tendrán el infierno. ¿Hallará el espíritu incrédulo algo que responder a esto? Comience él por demostrar que todos los que son tratados judicialmente de esta manera han respondido plenamente a sus responsabilidades. Por ejemplo, que demuestre, en el caso de Faraón, que actuó en alguna medida en conformidad a la luz que poseía. Y así se debe demostrar en cada caso. Indiscutiblemente, la carga de la prueba recae sobre aquellos que están listos a disputar con Dios acerca de sus juicios contra los que rechazan su verdad. El hijo de Dios, sencillo de corazón, justificará a Dios en sus más insondables dispensaciones y, aunque no pueda responder de una manera satisfactoria a todas las preguntas difíciles de la incredulidad, halla un reposo perfecto en estas palabras: “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Génesis 18:25). Hay mucho más sabiduría en esta manera de resolver una dificultad aparente que en los razonamientos más complicados; porque lo cierto es que un corazón que esté dispuesto a altercar con Dios (Romanos 9:20) no quedará convencido por los razonamientos humanos.

Sin embargo, una de las prerrogativas de Dios es responder a todos los orgullosos razonamientos del hombre y abatir las soberbias imaginaciones del espíritu humano. Dios puede imprimir la sentencia de muerte sobre toda la naturaleza, aun cuando esta adquiera sus formas más bellas. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez” (Hebreos 9:27). Nadie puede escapar de esta sentencia. El hombre puede procurar cubrir su humillación por diversos medios; escondiendo su paso a través del valle de sombra de muerte de la manera más heroica; dando

los nombres más honrosos que pueda imaginarse a sus últimos días, los más humillantes de su carrera; dorando con falsos resplandores el lecho de muerte; decorando el convoy fúnebre y la tumba con cierta apariencia de pompa y de gloria; levantando sobre los restos corrompidos un monumento espléndido sobre el cual se inscribe la historia de la vergüenza humana. El hombre puede hacer todo esto, pero al fin y al cabo, la muerte es muerte, y no puede retardarla ni un solo momento, ni transformarla en otra cosa de lo que realmente es, a saber, “la paga del pecado” (Romanos 6:23).

El juicio de los primogénitos de Egipto

Estos pensamientos nos han sido sugeridos por el versículo 1 del capítulo 11: “Una plaga traeré aún”. ¡Palabra solemne! Ella pone el sello a la sentencia de muerte pronunciada sobre los primogénitos de Egipto, “las primicias de toda su fuerza” (Salmo 105:36). “Dijo, pues, Moisés: Jehová ha dicho así: A la medianoche yo saldré por en medio de Egipto, y morirá todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino, y todo primogénito de las bestias. Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo, ni jamás habrá” (cap. 11:4-6). Tal debía ser la plaga final, la muerte en cada casa. “Pero contra todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua, para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas” (cap. 11:7). No hay, sino el Señor, quien pueda hacer “diferencia” entre aquellos que son suyos y los que no lo son. No debemos, por lo tanto, decir a nadie: “Estate en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú” (Isaías 65:5); este es el lenguaje propio de un fariseo. Pero cuando Dios “hace diferencia”, es nuestro deber indagar en qué consiste esta diferencia. En el caso presente, vemos que se trataba de una simple cuestión de vida o de muerte. He aquí la gran diferencia que hace Dios. Él tira una línea de demarcación: a un lado está la “vida”, al otro, la “muerte”. Algunos de los primogénitos de Egipto podían ser tan hermosos como los de Israel y tener los mismos atractivos que ellos, y tal vez más, pero Israel tenía la vida y la luz, fundamentadas sobre los consejos del amor de un Dios Redentor, y establecidas firmemente, como vamos a verlo, por la sangre del Cordero. Esta era la bienaventurada posición de Israel, mientras que, del otro lado, en toda la extensión del país de Egipto, desde el monarca sentado en el trono hasta la sierva ocupada en moler, no se veía más que muerte; solo se oía el grito amargo de la angustia, arrancado por el golpe terrible de la vara de Jehová. Dios puede abatir el espíritu altivo del hombre, él puede hacer que “la ira del hombre” lo alabe, y reprimir “el resto de las iras” (Salmo 76:10). “Y descenderán a mí todos estos tus siervos, e inclinados delante de mí dirán: Vete,

tú y todo el pueblo que está debajo de ti; y después de esto yo saldré” (cap. 11:8). Dios cumplirá sus propósitos. Es menester que sus designios de misericordia sean realizados a toda costa; y la confusión de rostro será para quienes se le oponen. “Alabad a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia... Al que hirió a Egipto en sus primogénitos, porque para siempre es su misericordia. Al que sacó a Israel de en medio de ellos, porque para siempre es su misericordia. Con mano fuerte, y brazo extendido, porque para siempre es su misericordia” (Salmo 136:1; 10-12).

La pascua

El principio de los meses

Habló Jehová a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto, diciendo: “Este mes os será principio de los meses; para vosotros será este el primero en los meses del año” (v. 1-2). Hay aquí un cambio muy interesante en el orden de contar el tiempo. El año común o civil seguía su curso ordinario cuando Jehová lo interrumpió a causa de su pueblo, enseñándole así que debía comenzar una nueva era con Él. La historia anterior de Israel no debía ser tomada en cuenta. En adelante, la redención debía constituir el primer paso en la *vida real*.

Esto nos enseña una verdad muy sencilla. El conocimiento de una salvación perfecta, de una paz estable y asegurada por la preciosa sangre del Cordero coloca al hombre en medio de un nuevo orden de cosas e inicia para él en realidad su vida con Dios. Hasta entonces, según el juicio de Dios y la expresión de las Escrituras, el hombre está muerto en “delitos y pecados” y es “ajeno de la vida de Dios” (Efesios 2:1; 4:18). Su historia entera no es más que un espacio vacío, aunque en la opinión del hombre pueda haber sido una larga escena de ruidosa actividad. Todo lo que cautiva la atención del hombre mundano, los honores, las riquezas, los placeres, los atractivos de la vida, todas estas cosas, consideradas a la luz del juicio de Dios y pesadas en la balanza del santuario, no son en el fondo más que un horrible vacío, la nada, indigno todo ello de ocupar un lugar en los relatos del Espíritu Santo. “El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida” (Juan 3:36). Los hombres hablan de gozar de la vida cuando se lanzan a la sociedad, cuando viajan a un lado y a otro para ver todo aquello que es digno de verse; pero olvidan que el solo medio real y verdadero de “ver la vida”, es “creer en el Hijo” de Dios.

¡Cuán poco los hombres piensan en ello! Se imaginan que la «vida verdadera» se termina cuando alguien se hace cristiano, no solo de nombre y de profesión exterior, sino real, verdadero. Pero la Palabra de Dios nos enseña que es precisamente entonces cuando podemos ver la vida y disfrutar de la verdadera felicidad. “El que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Juan 5:12). Y otra vez: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado” (Salmo 32:1). *Solo* en Cristo podemos tener la vida y la felicidad. Según el juicio del cielo, y aunque las apariencias indiquen otra cosa, fuera de él todo es muerte y miseria. Cuando el espeso velo de la incredulidad ha sido quitado de encima del corazón, entonces podemos ver, con los ojos de la fe, al Cordero inmolado llevando sobre el madero maldito la pesada carga de nuestra culpabilidad, y entrar en el sendero de la vida, participando de la felicidad divina. Esta vida empieza en la cruz, para continuar en una eternidad de gloria. La felicidad es cada día más profunda, más pura, dependiendo

cada día más de Dios y reposando mejor sobre Cristo, hasta que alcancemos aquella estatura del varón perfecto, en la presencia de Dios y del Cordero. Buscar la vida y la dicha por otros medios es un trabajo mucho más vano que hacer ladrillos sin paja (cap. 5:7).

Es cierto que el enemigo de las almas sabe colorear la escena pasajera de la vida presente para hacer creer al hombre que es toda de oro. Sabe levantar más de un teatro de autómatas para excitar la risa de una multitud descuidada y frívola. Esta no quiere acordarse de que es Satanás quien mueve los hilos de los muñecos, y que su objeto es alejar a las almas de Cristo para arrastrarlas a la perdición eterna. No hay nada real ni sólido que satisfaga el alma, sino en Cristo. Sin él

Todo es vanidad y aflicción de espíritu

“

(Eclesiastés 2:17).

Solo en Cristo se hallan los goces verdaderos y eternos; por eso únicamente cuando empezamos a vivir *en él, de él con él y para él*, vivimos verdaderamente. “Este mes os será principio de los meses; para vosotros será este el primero en los meses del año” (v. 2). El tiempo pasado en los hornos de ladrillos, cerca de “las ollas de carne” (cap. 16:3), es como si no hubiese existido. Así debía considerarlo Israel, aunque el recuerdo de ese tiempo pasado debería servir siempre para reanimar de nuevo y hacer más profundo en el corazón del pueblo el sentimiento de lo que la gracia divina había realizado en su favor.

El cordero guardado

“Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de este mes tómese cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia... El animal será sin defecto, macho de un año; lo tomaréis de las ovejas o de las cabras. Y lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes” (v. 3-6). Aquí tenemos la redención del pueblo fundamentada sobre la sangre del Cordero, según el designio eterno de Dios. Esto es lo que comunica a esta redención su divina estabilidad. La redención no ha sido una improvisación de Dios. Antes que el mundo fuera, o Satanás, o el pecado; antes que la voz de Dios hubiese interrumpido el silencio de la eternidad y llamado los mundos a su existencia, Dios tenía sus grandes designios de amor, los cuales nunca podrían haber hallado un fundamento suficientemente sólido en la creación. Todos los privilegios, todas las bendiciones y las glorias de la creación reposaban en la obediencia de una criatura, y en el momento

en que esta cayó, todo se perdió. Pero la tentativa de Satanás de turbar y corromper la creación solo sirvió para abrir el camino a la manifestación de los proyectos más profundos de Dios en la redención.

Esta maravillosa verdad nos es presentada en figura por el hecho de que el cordero debía ser guardado desde el día diez hasta el catorce. Que este cordero es una figura de Cristo es algo irrefutable, como lo señala el pasaje siguiente:

“ Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros
(1 Corintios 5:7).

Tenemos, en la primera epístola de Pedro, una alusión a la guarda del cordero: “Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado *desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros*” (1 Pedro 1:18-20).

Todos los designios de Dios, desde la eternidad, tenían relación con Cristo y ningún esfuerzo del enemigo ha podido nunca alterarlos. Muy al contrario, todos sus esfuerzos no han hecho más que contribuir a la manifestación de la sabiduría insondable y a la firmeza inmutable de los consejos de Dios. Si el Cordero “sin mancha y sin contaminación” fue ya ordenado “desde antes de la fundación del mundo”, la redención ciertamente debía estar en la mente de Dios antes de la fundación del mundo. El Dios Todopoderoso no tuvo necesidad de improvisar un plan con el cual poder remediar el terrible mal que el enemigo había introducido en la creación. No, él no hizo más que sacar, del tesoro inexplorado de sus maravillosos designios, la verdad concerniente al Cordero sin mácula, ordenado ya desde la eternidad, el que debía ser “manifestado en los postreros tiempos por amor de nosotros”.

Cuando la creación salió nueva y perfecta de las manos del Creador, ninguna necesidad tenía de la sangre del Cordero, puesto que en cada una de sus fases y de sus partes se manifestaba la huella admirable de la mano divina que la había formado y las pruebas infalibles de “su eterno poder y deidad” (Romanos 1:20). Pero cuando “el pecado entró en el mundo por un hombre” (Romanos 5:12), entonces fue revelado el plan más profundo, más perfecto y más glorioso de la redención por la sangre del Cordero. Esta verdad maravillosa apareció primero a través de la espesa nube que rodeaba a nuestros primeros padres, cuando salieron del huerto de Edén; luego, sus rayos comenzaron a brillar en las figuras y sombras de la dispensación mosaica. Por fin, res-

plandeció sobre el mundo con todo su esplendor, cuando apareció “desde lo alto la aurora” (Lucas 1:78) en la persona de “Dios... manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). Sus ricos y gloriosos resultados se realizarán cuando aquella gran multitud, vestida de blanco y sosteniendo palmas en sus manos, se reúna en torno al trono de Dios y del Cordero, cuando la creación entera descanse segura bajo el cetro de paz del Hijo de David.

Así, el cordero tomado el día diez y guardado hasta el catorce nos presenta a Cristo, ordenado desde la eternidad, pero manifestado en el tiempo por amor a nosotros. El designio eterno de Dios en Cristo viene a ser el fundamento de la paz del creyente. Nada menos que esto sería suficiente. Nosotros somos trasladados más allá de la creación, más allá de los límites del tiempo, más allá de la entrada del pecado en el mundo, más allá de todo lo que pudiese afectar o alterar el fundamento de nuestra paz. La expresión “ya destinado desde antes de la fundación del mundo” nos hace retroceder hacia las profundidades insondables de la eternidad y nos muestra a Dios formando sus planes de amor y de redención, haciéndolos descansar por entero sobre la sangre expiatoria de su precioso Cordero inmaculado. Cristo fue siempre el pensamiento primario de Dios; por esto, desde que Dios comienza a hablar o a obrar, aprovecha para presentar en figura a Aquel que ocupaba el lugar más alto en sus consejos y en sus afectos. Siguiendo el hilo de la inspiración divina, vemos que cada ceremonia, cada rito, cada ordenanza y cada sacrificio anunciaba de antemano al “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29, 36), pero ninguno de una manera tan evidente como “la pascua”. El cordero pascual, con todas las circunstancias que lo rodearon, constituye uno de los tipos más instructivos de la Escritura.

El cordero inmolado

En la interpretación de este capítulo tenemos que ver con *una* asamblea y con *un* sacrificio. “Y lo inmolará *toda la congregación* del pueblo de Israel entre las dos tardes” (v. 6). Aquí, no se trata tanto de cierto número de familias con varios corderos (lo que por cierto es verdad en sí), sino más bien de una sola congregación y un solo cordero. Cada familia era la expresión local de toda la congregación reunida alrededor del cordero. El antitipo de ello lo es toda la Iglesia de Dios reunida por el Espíritu Santo, en el nombre de Jesús, de la cual cada asamblea particular, en dondequiera que se reúna, debería ser la expresión local.

La sangre sobre los postes y el dintel de las casas

“Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer. Y aquella noche comerán la carne asada al fuego, y panes sin levadura; con hierbas amargas lo comerán. Ninguna cosa comeréis de él cruda, ni cocida en agua, sino asada al fuego; su cabeza con sus pies y sus entrañas” (v. 7-9). El cordero pascual se nos presenta bajo dos aspectos distintos: como *fundamento de la paz* y como *centro de unidad*. La sangre en el dintel aseguraba la paz a Israel: “Y veré la sangre y pasaré de vosotros” (v. 13). No se precisaba de nada más que de la aspersión de la sangre para gozar de una paz cierta en relación con la obra del ángel destructor. La muerte debía hacer su obra en todas las casas del país de Egipto. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez” (Hebreos 9:27). Pero Dios, en su gran misericordia, halló para Israel un sustituto sin mácula, sobre el cual fue ejecutada la sentencia de muerte. Las demandas de la gloria de Dios y la necesidad de Israel hallaron así en una sola y misma cosa, a saber, en la sangre del cordero, aquello que las satisfacía por entero. La sangre, vista desde afuera, era la prueba de que *todo* estaba arreglado perfectamente, puesto que Dios había intervenido en ello. Dentro, por consiguiente, reinaba una paz perfecta. La sombra de una duda en el corazón de un israelita habría sido una grave ofensa inferida al divino fundamento de la paz, a saber, la sangre de la propiciación.

Sin duda, cada uno de los que se hallaban dentro de la puerta rociada con sangre sentía que si él tuviera que recibir la justa retribución de sus pecados, la espada del destructor caería irremisiblemente sobre él. Pero ahora el cordero había sufrido en lugar suyo, había recibido el trato que él merecía. Este era el fundamento sólido de su paz. El juicio que le correspondía había caído sobre una víctima preordinada por Dios. Creyendo esto, podía comer en paz en el interior de su casa. Una sola duda habría hecho a Jehová mentiroso, porque él había dicho:

Veré la sangre y pasaré de vosotros (v. 13).

“

Con esto bastaba. No se trataba aquí de méritos personales: el «yo» estaba absolutamente fuera del asunto. Todos los que se hallaban protegidos por la sangre estaban en completa seguridad. No estaban meramente de camino para ser salvos: ya lo eran. No debían esperar ser salvos, o pedir que lo fuesen. Sabían como un hecho probado que desde luego lo eran, en virtud de la autoridad de esta palabra que permanecerá de generación en generación. Además, no se hallaban en parte salvos y en parte expuestos al juicio, sino que eran *plenamente salvos*. La sangre del cordero y la palabra de Jehová constituían el fundamento de la paz de Israel en esta noche terrible en que

el ángel de la muerte hirió a todos los primogénitos de Egipto. Si un solo cabello de una cabeza israelita hubiese sido tocado, este hecho habría desmentido la palabra de Jehová y declarado inútil la sangre del cordero.

Es muy importante tener un conocimiento claro de lo que constituye el fundamento de la paz del pecador en la presencia de Dios. Se asocian tantas cosas a la obra cumplida por Cristo que las almas se ven hundidas en la incertidumbre y en la oscuridad en cuanto a su aceptación. No discernen el carácter absoluto de la redención por la sangre de Cristo en su aplicación a sí mismos. Parecen no ser conscientes de que el pleno perdón de sus pecados descansa en el simple hecho de haberse cumplido una expiación perfecta, un hecho atestiguado y probado a la vista de toda inteligencia creada mediante la resurrección de entre los muertos de Aquel que es el Garante (o fiador, Hebreos 7:22) del pecador. Ellos saben que no hay otro medio de salvarse sino la sangre de la cruz; pero los demonios también saben esto y no les aprovecha para nada. Es necesario saber que *somos salvos*. El israelita no solo sabía que la sangre era una salvaguardia, sino también que él *estaba a salvo*. ¿Y por qué estaba a salvo? ¿Acaso por alguna cosa que él hubiese hecho, o sentido, o pensado? En absoluto; lo sabía porque Dios había dicho: “Veré la sangre y pasaré de vosotros”. El israelita descansaba en el testimonio de Dios; creía lo que Dios había dicho, porque Dios lo había dicho. “Este atestigua que Dios es veraz” (Juan 3:33).

“Veré la sangre...”

El israelita no descansaba en sus propios pensamientos, ni en sus sentimientos, ni tampoco en sus experiencias relativas a la sangre. Esto habría sido descansar sobre un miserable fundamento de arena. Sus pensamientos y sus sentimientos podían ser profundos o superficiales; pero fuesen profundos o superficiales, nada tenían que ver con el fundamento de su paz. Dios no había dicho: «Cuando veáis la sangre y la estiméis como debe ser estimada, yo pasaré de vosotros». Esto habría bastado para hundir al israelita en una profunda desesperación en cuanto a sí mismo, puesto que es imposible para el espíritu humano apreciar en su justo valor la preciosa sangre del Cordero. Lo que le daba la paz era la certidumbre de que la mirada de Jehová reposaba sobre la sangre y de que Él la apreciaba en todo su valor. ¡“Veré la sangre”! He aquí lo que tranquilizaba su corazón. La sangre estaba afuera, en el dintel de la puerta; el israelita que estaba dentro no podía verla. Pero Dios sí la veía, y esto era plenamente suficiente.

La aplicación de lo que precede a la paz del pecador es muy sencilla. El Señor Jesús, después de haber derramado su preciosa sangre en expiación perfecta por el pecado, llevó esta sangre a la presencia de Dios, y allí hizo la aspersión. El testimonio de Dios asegura al pecador que cree, que todas las cosas han sido arregladas a su favor, no por el aprecio que él tiene de la sangre, sino por la sangre misma, la que tiene tan grande valor a los ojos de Dios. Atestigua que, a causa de esa sangre, y de ella solamente, puede perdonar con justicia todo pecado y recibir al pecador como perfectamente justo en Cristo. ¿Cómo podría gozar el hombre de una paz sólida, si su paz dependiera de la estima que él hiciese de la sangre? La mayor apreciación que el espíritu humano puede hacer del valor de la sangre siempre estará infinitamente por debajo de su valor divino. Por lo tanto, si nuestra paz dependiese de nuestra justa apreciación, jamás podríamos gozar de una paz firme y segura. Sería lo mismo que si la buscásemos “por las obras de la ley” (Romanos 9:32; Gálatas 2:16; 3:10). Es necesario un suficiente fundamento de paz en la *sola* sangre, porque de otra manera jamás tendríamos paz. Mezclar con esa sangre el valor que nosotros le concedemos es derribar todo el edificio del cristianismo de una manera tan efectiva como si condujéramos al pecador al pie del monte Sinaí y lo pusiéramos bajo el pacto de las obras. O bien el sacrificio de Cristo es suficiente, o bien no lo es. Y si lo es, ¿por qué esas dudas y temores? Con las palabras de nuestros labios declaramos que la obra está cumplida, pero las dudas y los temores del corazón dicen que no lo está. Todos aquellos que dudan de su perdón perfecto y eterno niegan, por lo que a ellos se refiere, el cumplimiento y la perfección del sacrificio de Cristo.

Gran número de personas retrocederían ante la idea de poner en duda, abierta y deliberadamente, la eficacia del sacrificio de Cristo; no obstante, no gozan de una paz segura. Estas personas dicen estar plenamente convencidas de que la sangre de Cristo es suficiente, *con tal que* pudiesen estar ciertas de tener parte en esa sangre, *con tal que* tuviesen la fe genuina. Hay muchas preciosas almas en esta triste condición. Se ocupan más de su fe y de sus sentimientos que de la sangre de Cristo y de la Palabra de Dios. En otras palabras, miran dentro de ellas mismas en lugar de mirar afuera, a Cristo. Esto no es fe; por consiguiente, carecen de paz. El israelita dentro del dintel rociado con la sangre podría enseñar a esas almas una lección muy oportuna. A él no le salvaba el valor que concediese a la sangre, sino simplemente la sangre misma. Sin duda, él apreciaba la sangre a su manera, como es seguro también que pensaría en ella. Pero Dios no había dicho: «Cuando vea el aprecio que hacéis de la sangre, pasaré de vosotros», sino: “Veré la sangre y pasaré de vosotros”. *La sangre*, con todo su valor y su divina eficacia, había sido puesta delante de

Israel. Si el pueblo hubiese querido poner algo más al lado de ella, aunque solo hubiese sido un pedazo de pan sin levadura, para fortalecer el fundamento de su seguridad, habría hecho a Dios mentiroso y negado la suficiencia perfecta de su remedio.

La sangre de Cristo, fundamento de la paz del creyente

Nuestra natural inclinación es la de buscar en nosotros, o en lo que nos concierne, algo que pueda constituir, junto con la sangre de Cristo, el fundamento de nuestra paz. Sobre este punto vital se advierte en muchos cristianos una lamentable falta de claridad y de comprensión, como lo demuestran las dudas y los temores en que se ven atormentados buen número de ellos. Estamos inclinados a mirar los frutos del Espíritu *en* nosotros, como si fuesen el fundamento de nuestra paz, en vez de la obra de Cristo *por* nosotros. Pronto tendremos la oportunidad de considerar cuál es el lugar que ocupa la obra del Espíritu Santo en el cristianismo; pero esta obra nunca nos es presentada en las Escrituras como siendo el fundamento donde se afirma nuestra paz. El Espíritu Santo no ha hecho la paz, sino Cristo; no se nos dice que el Espíritu Santo es nuestra paz, sino que Cristo es nuestra paz. Dios no envió a predicar «la paz por el Espíritu Santo», sino “la paz por medio de Jesucristo” (comp. Hechos 10:36, Efesios 2:14, 17; Colosenses 1:20). Jamás podremos percibir con suficiente sencillez esta diferencia tan importante. Solo por Cristo y su sangre obtenemos la paz, la justificación perfecta y la justicia divina. Ella es la que purifica nuestras conciencias, nos introduce en el Lugar Santísimo, hace que Dios sea justo recibiendo al pecador que cree, y la que nos da derecho a todos los goces, a todos los honores, y a todas las glorias del cielo (véase Romanos 3:24-26; 5:9; Efesios 2:13-18; Colosenses 1:20-22; Hebreos 9:14; 10:19; 1 Pedro 1:19; 2:24; 1 Juan 1:7; Apocalipsis 7:14-17).

De verdad espero que nadie piense –debido a esta exposición en la que procuré dar a “la preciosa sangre de Cristo” el puesto que Dios le ha designado– que quisiera escribir ni una sola palabra que empequeñezca la importancia de la obra del Espíritu. ¡No lo quiera Dios! El Espíritu Santo nos revela a Cristo, nos hace conocerle, gozar de él, y alimenta nuestras almas de él. Él da testimonio a Cristo; toma de las cosas de Cristo para comunicárnoslas (Juan 16:14). Él es el poder de la comunión, el sello, el testigo, las arras, la unción. En una palabra, todas las benditas operaciones del Espíritu son absolutamente esenciales. Sin él, no podemos ver, ni oír, ni sentir, ni experimentar, ni manifestar nada de Cristo, ni gozar de él. La doctrina de estas diversas operaciones del Espíritu Santo está claramente expuesta en las Escrituras. Es recibida y comprendida por todo cristiano fiel bien enseñado.

Con todo, y a pesar de todo esto, la obra del Espíritu no es el fundamento de la paz; si lo fuese, no podríamos disfrutar de una paz sólida y segura hasta la venida de Cristo, porque la obra del Espíritu en la Iglesia no se terminará, propiamente hablando, hasta entonces. El Espíritu prosigue su obra en el creyente. “El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26); trabaja para hacernos llegar a aquella estatura a la cual hemos sido llamados, es decir, a una perfecta semejanza, en todas las cosas, a la imagen del “Hijo” (Romanos 8:29). Él es el único autor de todo buen deseo, de toda aspiración santa, de todo afecto puro, de toda experiencia divina y de toda sana convicción. Pero es evidente que su obra *en* nosotros no será completa hasta que abandonemos la escena presente de este mundo para tomar nuestro lugar con Cristo en la gloria, así como el siervo de Abraham no terminó su misión respecto a Rebeca hasta que la hubo presentado a Isaac.

No es así con la obra de Cristo *por* nosotros. Es absoluta y eternamente completa. Cristo dijo: “He acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4), y luego:

Consumado es
“ (Juan 19:30).

El Espíritu Santo todavía no puede decir que ha terminado su obra. Como el verdadero Vicario de Cristo en la tierra, continúa obrando en medio de las diversas influencias contrarias que rodean la esfera de su actividad. Trabaja en el corazón de los hijos de Dios para hacerlos llegar, de una manera práctica y experimental, a la altura del modelo al cual deben ser hechos semejantes. Pero jamás enseña al alma que deba apoyarse en la obra que él hace en ella, para gozar de la paz en la presencia de Dios. La misión del Espíritu Santo es hablar de Jesús, y no de sí mismo. “Tomará de lo mío”, dice Jesús, “y os lo hará saber” (Juan 16:14). Puesto que solamente por la enseñanza del Espíritu se comprende el verdadero fundamento de la paz, es evidente que el Espíritu no puede presentar la obra de Cristo más que como el fundamento sobre el cual el alma debe apoyarse para siempre. Más aún, en virtud de esta obra el Espíritu hace su morada y cumple sus maravillosas operaciones en el corazón del creyente.

Así, el cordero pascual, como fundamento de la paz de Israel, es un tipo admirable y magnífico de Cristo cual fundamento de la paz del creyente. Nada debía ser añadido a la sangre puesta sobre el dintel, y tampoco nada más hay que añadir a la sangre puesta sobre el propiciatorio. El pan “sin levadura” y las “hierbas amargas” (v. 8) eran cosas necesarias; pero en ninguna manera debían constituir el fundamento de la paz, ni en todo, ni en parte. Debían ser usadas en el

interior del hogar, constituyendo los signos característicos de la comunión en la familia. *El verdadero fundamento de todo era la sangre del cordero*. La sangre salvó a los israelitas de la muerte, y los introdujo en una nueva escena de vida, de luz y de paz, formando así el vínculo de unión entre Dios y su pueblo redimido. Como pueblo puesto en relación con Dios sobre el fundamento de una redención consumada, fue un gran privilegio para los israelitas ser colocados bajo ciertas responsabilidades. Pero esas responsabilidades no constituían el vínculo de unión, sino que eran las naturales consecuencias del mismo.

La muerte de Cristo en la cruz

Deseo recordar también que la vida de obediencia a Cristo no nos es presentada en las Escrituras como la causa que nos procura el perdón. Fue la muerte de Cristo en la cruz la que abrió el libre curso al torrente de amor. Si Cristo hubiese continuado hasta ahora recorriendo las ciudades de Israel “haciendo bienes” (Hechos 10:38), el velo del templo estaría todavía entero, cerrando al adorador la libre entrada a la presencia de Dios. La muerte de Cristo rasgó “en dos, de arriba abajo” (Marcos 15:38) ese velo misterioso. Por “su llaga”, y no por su vida de obediencia, “fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5; 1 Pedro 2:24). Sobre la cruz, y en ninguna otra parte, él fue herido, molido y “sufrió nuestros dolores” (Isaías 53:4). Sus propias palabras, pronunciadas durante el curso de su vida bendita, son suficientes para hacernos comprender el significado del pasaje donde dice: “De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!” (Lucas 12:50). ¿A qué se refiere esta declaración sino a su muerte en la cruz, como cumplimiento de ese bautismo, la que abría un camino por el cual su amor podría correr libremente, con justicia, hacia los culpables hijos de Adán? Y luego dice de nuevo: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo” (Juan 12:24). Él era, en efecto, ese precioso “grano de trigo”. Pese a su encarnación, habría quedado “solo” para siempre si no hubiese quitado, por su muerte sobre el madero, todo aquello que impidiese la unión de su pueblo con él en la resurrección. “Pero si muriere, lleva mucho fruto”. Nunca se meditará con demasiada atención este asunto tan serio e importante.

Hay dos puntos relativos a esta cuestión, de los cuales conviene acordarse siempre, a saber: que no había unión posible con Cristo sino por medio de la resurrección, y que Cristo sufrió por los pecados *solamente* en la cruz. No debemos imaginarnos que Cristo nos ha unido a sí por su encarnación; esto era imposible. ¿Cómo pudo haberse unido con él de esa manera nuestra carne de pecado? El cuerpo del pecado debía ser destruido por la muerte; era necesario que el pecado fue-

se quitado –la gloria de Dios lo exigía–, y también que todo el poder del enemigo fuese abolido. ¿Cómo podían ser satisfechas estas demandas sino por la sumisión del Cordero de Dios, precioso y sin mácula, a la muerte de cruz?

“ Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos
(Hebreos 2:10).

“He aquí que echo fuera demonios, y hago curaciones hoy y mañana, y *el tercer día soy hecho perfecto*” (Lucas 13:32, V. M.) La expresión “perfecto” que hallamos en los dos pasajes citados más arriba, no se relaciona con la persona de Cristo de una manera abstracta, por cuanto como Hijo de Dios él era perfecto desde la eternidad; era igualmente perfecto en su humanidad. Pero como “autor de la salvación”, como “habiendo de llevar muchos hijos a la gloria” y para *asociarse* un pueblo redimido, fue necesario que llegase al “tercer día” para ser “hecho perfecto”, es decir, acabada su obra, “consumado”. Él descendió solo al “pozo de la desesperación”, al “lodo cenagoso”, pero después, puso sus “pies sobre la peña” de la resurrección y se asoció “muchos hijos” (Salmo 40:1-3). Él combatió solo en la batalla; pero, como vencedor poderoso, distribuye entre los que le rodean el rico botín de su victoria, a fin de que nosotros lo recojamos y disfrutemos con él eternamente.

Tampoco debemos considerar la cruz de Cristo como un simple incidente en una vida de expiación por el pecado. La cruz fue *el gran y único* acto de expiación por el pecado. Él llevó “nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). No los llevó en ninguna otra ocasión. No los llevó en el pesebre, ni en el desierto, ni en el huerto, sino *únicamente “sobre el madero”*. Jamás tuvo algo que ver con el pecado, respecto a su expiación, sino en la cruz. Una vez puesto en ella, inclinó la cabeza y dio su vida, bajo el peso de los pecados acumulados de su pueblo. Nunca tampoco sufrió de la mano de Dios sino en la cruz; allí Dios le escondió su rostro, porque “por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21).

Puede que esta sucesión de pensamientos, y los diversos pasajes de donde son sacados, ayuden a comprender más claramente el poder divino de estas palabras: “*Veré la sangre* y pasaré de vosotros”. Sin duda alguna, era absolutamente necesario que el cordero fuese sin defecto para que pudiese soportar la mirada santa de Jehová. Pero si la sangre no hubiese sido derramada, Jehová no podría haber pasado por alto a su pueblo sin herirlo, porque “sin derramamiento de san-

gre no se hace remisión” (Hebreos 9:22). Volveremos a meditar sobre este asunto de una manera más completa, Dios mediante, en los tipos del libro del Levítico, porque merece una profunda atención de parte de todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con sinceridad.

La Pascua, centro de comunión

Consideremos ahora la Pascua bajo su segundo punto de vista, es decir, como el centro alrededor del cual la asamblea estaba reunida, en tranquila, santa y feliz comunión. Israel, salvado por la sangre, era una cosa, e Israel comiendo el cordero era otra muy diferente. Los israelitas habían sido salvos *solo* por la sangre, pero el objeto alrededor del cual estaban reunidos era, evidentemente, el cordero asado. Esto no es en ninguna manera una distinción absurda. La sangre del cordero constituye a la vez el fundamento de nuestra relación con Dios y de nuestra relación unos con otros. A causa de nuestra condición de lavados en la sangre del Cordero somos llevados a Dios y tenemos comunión unos con otros. Fuera de la expiación perfecta de Cristo, no puede haber ninguna comunión, ni con Dios, ni con la Asamblea de Dios. No obstante, los creyentes están reunidos por el Espíritu Santo en torno a un Cristo vivo en los cielos. Estamos unidos a un Jefe vivo, nos hemos llegado a una “piedra viva” (1 Pedro 2:4). Él es nuestro centro. Habiendo hallado la paz por su sangre, nosotros le reconocemos como nuestro gran centro de reunión y como el vínculo que nos une.

“ Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos
(Mateo 18:20).

El Espíritu Santo es el único que nos reúne; Cristo es el único objeto alrededor del cual nos reunimos; y la asamblea, así reunida, debe ser caracterizada por la santidad, a fin de que el Señor nuestro Dios pueda habitar entre nosotros. El Espíritu Santo no puede reunir más que en torno a Cristo; le es imposible reunir las almas alrededor de un sistema, de un nombre, de una doctrina o de una ordenanza. Él reúne alrededor de una Persona, y esta Persona es el Cristo glorificado en el cielo. Este hecho debe comunicar un carácter particular a una asamblea reunida según Dios. Los hombres pueden asociarse sobre una base, alrededor de un centro, o en torno a un objeto cualquiera que hayan escogido. Cuando el que asocia es el Espíritu Santo, lo hace sobre el fundamento de una redención cumplida, en derredor de la persona de Cristo, con el fin de edificar un templo santo para Dios (1 Corintios 3:16-17; 6:19; Efesios 2:21-22; 1 Pedro 2:4-5).

Cómo debía comerse la Pascua

Debemos considerar ahora, en detalle, los principios que nos presenta la fiesta de la Pascua. La congregación de Israel, cobijada bajo la sangre, debía ser organizada por Jehová de una manera que fuese digna de él. Para ponerles al abrigo del castigo, nada más que la sangre era necesario, como acabamos de verlo; pero en la comunión que procedía de esta seguridad, eran necesarias otras cosas, las que no podían ser descuidadas impunemente.

En primer lugar, leemos: “Y aquella noche comerán la carne asada al fuego, y panes sin levadura; con hierbas amargas lo comerán. Ninguna cosa comeréis de él cruda, ni cocida en agua, sino asada al fuego; su cabeza con sus pies y sus entrañas” (v. 8-9). El cordero, alrededor del cual la congregación estaba reunida, y que comían celebrando la fiesta, era un cordero asado, un cordero que había estado bajo la acción del fuego. En este detalle vemos a Cristo, “nuestra pascua”, exponiéndose a la acción del fuego de la justicia y de la santidad de Dios. Una justicia y santidad que hallaron en él un objeto perfecto y justo. Por lo que Cristo dijo: “Tú has probado mi corazón, me has visitado de noche; me has puesto a prueba, y nada inicuo hallaste; he resuelto que mi boca no haga transgresión” (Salmo 17:3). Todo en él era perfecto; el fuego lo probó, y no halló en él escorias. La “cabeza con sus pies y sus entrañas”, es decir, el asiento de su inteligencia y su vida exterior, con todos sus afectos más íntimos, todo fue sometido a la acción del fuego, y todo fue hallado perfecto. Es muy significativa la manera en que el cordero debía ser asado, como lo son en su menor detalle todas las ordenanzas del Señor.

“Ninguna cosa comeréis de él cruda, ni cocida en agua”. Si el cordero se hubiese comido así, no podría haber sido la expresión de la preciosa y gran verdad que prefiguraba según la intención de Dios, a saber, que nuestro Cordero pascual debía sufrir en la cruz la justa ira de Dios. Nosotros no estamos solamente bajo la protección eterna de la sangre, sino que, por la fe, nuestras almas se nutren de la persona del Cordero. Muchos de entre nosotros nos equivocamos en esto. Estamos inclinados a contentarnos con ser salvos por la obra de Cristo cumplida a favor nuestro, sin mantenernos en una santa comunión con él. Su corazón amante no podía contentarse con esto. Él nos ha atraído hacia sí para que podamos gozar de él, alimentarnos de él y regocijarnos en él. Cristo se nos presenta como aquel que ha sufrido el fuego intenso de la ira de Dios con todo su rigor, a fin de ser, según su carácter maravilloso de Cordero, el alimento espiritual para nuestras almas.

Los panes sin levadura

Pero ¿cómo debía comerse ese cordero? Con “panes sin levadura; con hierbas amargas”. Según las Escrituras, la levadura es el emblema del mal. En ninguna parte del Antiguo ni del Nuevo Testamento se menciona la levadura como tipo de algo puro, santo o bueno. En este capítulo, “la fiesta de los panes sin levadura” (v. 17) es el tipo de una separación práctica del mal, resultado de haber sido lavados con la sangre del cordero, y consecuencia necesaria de la comunión en sus padecimientos. Solo el pan completamente exento de levadura podía comerse con el cordero asado; la más pequeña cantidad de lo que representa el mal habría destruido el carácter espiritual de toda la ordenanza. ¿Cómo podríamos nosotros mezclar cualquier mal a nuestra comunión con los padecimientos de Cristo? Es imposible. Todos aquellos que por el poder del Espíritu hayan comprendido el significado de la cruz echarán de sí, por este mismo poder, toda levadura de entre ellos. “Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:7-8). La fiesta de que se trata aquí es aquella que, en la vida y en la conducta de la Iglesia, corresponde a la fiesta de los panes sin levadura. Esta fiesta duraba “siete días”; la Iglesia, colectivamente, y el cristiano, individualmente, son llamados a andar en santidad práctica durante los “siete días”, o sea, todo el tiempo de su carrera en la tierra. Esta necesidad resulta directamente del hecho de que somos lavados en la sangre del Cordero y tenemos comunión con los padecimientos de Cristo.

El israelita no quitaba la levadura de su morada para ser salvo, sino porque lo era ya. Si se descuidaba de quitarla, por grave que fuese esta falta, no comprometía la seguridad que tenía por la sangre, sino su comunión con el altar y con la congregación. “Por siete días no se hallará levadura en vuestras casas; porque cualquiera que comiere leudado, así extranjero como natural del país, será cortado de la congregación de Israel” (v. 19). El ser cortado de la congregación corresponde precisamente para el cristiano a la suspensión de la comunión, cuando se permite hacer alguna cosa contraria a la santidad de la presencia de Dios. Dios no puede tolerar el mal. Un solo pensamiento impuro interrumpe la comunión del alma, y mientras la mancha producida por este pensamiento no ha sido quitada por la confesión, fundada en la intercesión de Cristo, es imposible que la comunión sea restablecida (véase 1 Juan 1:5-10; comp. Salmo 32:3-5). El cristiano de corazón recto se regocija de que esto es así; puede celebrar siempre la memoria de la santidad de Dios (Salmos 30:4; 97:12). Aunque pudiese, no querría en ninguna manera disminuir la me-

dida de la santidad ni siquiera en el grueso de un cabello. Es un gran gozo para el creyente saber que camina en la compañía de Aquel que no puede soportar ni por un solo momento el contacto con el más pequeño átomo de “levadura”.

Bendito sea Dios, nosotros sabemos que nada puede romper el vínculo que une al verdadero creyente con él. Somos salvos, no con una salvación condicional, sino con “salvación eterna” (Isaías 45:17). Pero la salvación y la comunión son dos cosas distintas. Hay muchas personas que son salvas y no lo saben, y también muchas que son salvas y no gozan de esta realidad. Es imposible que yo me sienta feliz, aun estando protegido por el dintel rociado con sangre, si hay levadura en mi morada. Este es un verdadero axioma en la vida espiritual. ¡Ojalá fuese escrito en todos nuestros corazones! Aunque la santidad práctica no es el fundamento de nuestra *salvación*, está íntimamente unida al *gozo* de nuestra salvación. El israelita no era salvo por el pan sin levadura, sino por la sangre; sin embargo, el pan leudado le habría privado de la comunión. Y, en lo concerniente al cristiano, no es salvo por la santidad, sino por la sangre. No obstante, si se permite hacer lo malo, ya sea en pensamiento, en palabras o en hechos, no tendrá el verdadero gozo de la salvación ni la comunión verdadera con la persona del Cordero.

En este hecho está el secreto de una buena parte de la esterilidad espiritual y de la falta de paz verdadera y constante que se observa entre los hijos de Dios. No practican la santidad, no guardan “la fiesta de los panes sin levadura” (Éxodo 23:15). La sangre está puesta en el dintel; pero la levadura que se halla en sus moradas les impide gozar de la seguridad que les ofrece la sangre. La sanción que damos al mal, si bien no rompe el vínculo que nos une eternamente a Dios, sí destruye nuestra comunión. Los que pertenecen a la congregación de Dios deben ser santos; no solo han sido liberados de la culpa y de las consecuencias del pecado, sino también de la práctica, del poder y del amor al pecado. El mero hecho de ser Israel liberado por la sangre del cordero le obligaba a arrojar de sí toda levadura. Los israelitas no podían decir, según el horrible lenguaje del antinómiano: «Ahora que ya somos salvos, bien podemos hacer aquello que mejor nos parezca». ¡De ninguna manera! Si habían sido salvos *por gracia*, lo eran para andar *en santidad*. Un alma que aprovecha la libre gracia de Dios y la divina perfección de la redención obrada por Cristo Jesús para perseverar “en el pecado” (Romanos 6:1), muestra claramente que no ha comprendido la gracia, ni la redención.

La gracia no solamente salva el alma con salvación eterna, sino que le comunica una nueva naturaleza, la que se deleita en todo lo que es de Dios, porque es divina. Somos hechos partícipes de la naturaleza divina que no puede pecar porque es nacida de Dios (Juan 1:13; 3:3, 5; 2 Pedro 1:4;

1 Juan 3:9; 5:18). Andar según el poder de esta naturaleza divina significa “guardar” realmente la fiesta de los panes sin levadura. En la nueva naturaleza no hay “vieja levadura”, ni “levadura de malicia y de maldad” (1 Corintios 5:8), porque proviene de Dios, y Dios es santo, y “Dios es amor” (1 Juan 4:8). Es evidente, pues, que no desechamos la vieja levadura con objeto de mejorar nuestra vieja naturaleza, irremisiblemente mala y corrompida, ni tampoco lo hacemos para obtener la nueva, sino porque ya poseemos esta. Nosotros tenemos la vida, y por el poder de esta vida rechazamos el mal. Solo cuando hemos sido liberados de la culpa del pecado podemos comprender y manifestar la verdadera potestad de la santidad; querer hacerlo antes es un trabajo inútil. No se puede guardar la fiesta de los panes sin levadura sin estar bajo el perfecto refugio de la sangre.

Las hierbas amargas

En las “hierbas amargas” que debían acompañar al pan sin levadura se halla, en figura, la misma conducta moral. No podemos disfrutar de la participación en los padecimientos de Cristo sin recordar lo que ha motivado esos sufrimientos. Este recuerdo debe producir en nosotros necesariamente un espíritu de mortificación y sumisión, disposición justamente representada por las “hierbas amargas” en la fiesta de la Pascua. Si el cordero asado representa a Cristo clavado en la cruz, sufriendo en su propia persona la justicia de Dios, las hierbas amargas significan que el creyente reconoce la verdad que Cristo sufrió *por nosotros*.

“ El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados (Isaías 53:5).

A causa de la excesiva ligereza de nuestros corazones, es conveniente que entendamos el profundo significado de las hierbas amargas. ¿Quién puede leer tales porciones de las Escrituras como los Salmos 6, 22, 38, 69, 88 y 109, sin comprender, en alguna medida, lo que representa el pan sin levadura comido con las hierbas amargas? El fruto natural de la comunión verdadera con los padecimientos de Cristo debe ser una vida prácticamente santa, unida a una profunda sumisión del alma; porque es imposible que el mal moral y la ligereza de espíritu subsistan en presencia de tales sufrimientos.

Al considerar estas verdades, es posible que alguno se pregunte: «¿No experimenta el alma un gozo inefable al sentir que Cristo ha llevado nuestros pecados, y que ha apurado hasta las heces la copa de la justa ira de Dios?» Sí, por cierto, y esto constituye el fundamento de nuestro gozo.

Pero, ¿podremos jamás olvidar que Cristo sufrió “por nuestros pecados”? ¿Podemos perder de vista esta verdad, potente entre todas para subyugar las almas, que el Cordero de Dios inclinó su cabeza bajo el peso de nuestras transgresiones? No, ciertamente. Es necesario que comamos nuestro cordero con las hierbas amargas, las que, lo repito, no representan las lágrimas de un vano y superficial sentimentalismo, sino las experiencias profundas de un alma que comprende el significado y el efecto práctico de la cruz, con la inteligencia y el poder del Espíritu.

Al contemplar la cruz, descubrimos en ella lo que borra toda nuestra iniquidad. El alma queda así llena de gozo y paz. Pero la cruz pone también completamente a un lado la naturaleza humana. Ella representa la crucifixión de “la carne” y la muerte del “viejo hombre” (véase Romanos 6:6; Gálatas 2:20; 6:14; Colosenses 2:11). Estas verdades, en sus resultados prácticos, contienen muchas cosas “amargas” para nuestra vieja naturaleza. Nos conducirán a la propia renuncia y a la mortificación de lo terrenal en nosotros (Colosenses 3:5), a tener el yo como muerto al pecado (Romanos 6:11). Todas estas cosas pueden parecer terribles cuando se contemplan de lejos; pero una vez que se ha penetrado en el interior de la casa cuya puerta ha sido rociada con sangre, se ven de una manera muy distinta. Las mismas hierbas, que sin duda habrían parecido tan amargas a un egipcio, formaban una parte integrante de *la fiesta* de la libertad de Israel. Los que son redimidos por la sangre del Cordero y conocen el gozo de la comunión con él consideran como una verdadera “fiesta” rechazar el mal y tener al “viejo hombre” crucificado.

Comunión y paz

“Ninguna cosa dejaréis de él hasta la mañana; y lo que quedare hasta la mañana, lo quemaréis en el fuego” (v. 10). Este mandamiento nos enseña que la comunión de la congregación de Israel no debía ser separada en modo alguno del sacrificio sobre el cual se fundaba esta comunión. Es necesario que el corazón guarde siempre el vivo recuerdo de que toda verdadera comunión está inseparablemente unida a una redención cumplida. Creer que se pueda tener una comunión *con Dios* basada en cualquier otra cosa es imaginarse que Dios puede tener comunión con el pecado que mora en nosotros; creer que se pueda establecer una verdadera comunión *con el hombre* apoyándola sobre otro fundamento es simplemente organizar una reunión impura y profana de la cual no puede resultar otra cosa sino confusión e iniquidad. En otras palabras: es necesario que todo esté fundamentado sobre la sangre e inseparablemente unido a ella. Tal es la clara significación de este versículo, el que ordenaba comer el cordero pascual la misma noche en que la sangre había sido derramada. La comunión no debe estar separada de aquello que es su verdadero fundamento.

¡Qué hermoso cuadro nos ofrece la congregación de Israel, protegida por la sangre, y comiendo en paz el cordero asado con pan sin levadura e hierbas amargas! Ningún temor de juicio; ningún temor de la ira de Jehová; ningún temor de la justa venganza que, como furiosa tormenta, barría a medianoche todo el país de Egipto. En aquella misma hora, todo era paz profunda detrás de las puertas rociadas con sangre. Los israelitas nada debían temer de fuera. Nada podía turbarles en el interior tampoco, a no ser la levadura que habría quebrantado toda su paz y su gozo. ¡Qué ejemplo para la Iglesia! ¡Qué enseñanza para el cristiano! ¡Quiera Dios ayudarnos a comprender su profundo significado y a someternos a él con espíritu dócil y obediente!

El vestido de Israel

Esto no es lo único que nos enseña la institución de la Pascua. Hemos considerado la *posición* de Israel y la *comida* que lo nutría; ahora, pongamos la mirada en su *vestido*.

“Y lo comeréis así: ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua de Jehová” (v. 11). Los israelitas debían comer la Pascua como un pueblo que se halla presto a dejar tras sí el país de la muerte y de las tinieblas, de la ira y del juicio, para marchar adelante hacia el país de la promesa, hacia la herencia que les estaba destinada. La sangre que los había preservado de la destrucción de los primogénitos de Egipto era también el fundamento de la redención de su esclavitud en Egipto. Ahora solo les restaba ponerse en marcha y caminar con Dios hacia la tierra que fluye leche y miel. Es cierto que no habían atravesado aún el Mar Rojo; que tampoco habían andado aún el “camino de tres días”. Sin embargo, eran en principio un pueblo ya redimido, un pueblo separado, un pueblo que dependía de Dios. Era preciso que también sus vestidos estuviesen en armonía con su posición actual y su destino futuro. Los lomos ceñidos de los hijos de Israel manifestaban una separación rigurosa y sostenida de todo aquello que los rodeaba, y mostraban que eran un pueblo preparado para el servicio. El “calzado” en los pies denotaba que Israel estaba dispuesto a abandonar su estado presente, mientras que el “bordón” en la mano era el expresivo emblema de un pueblo que peregrinaba apoyándose en algo que estaba fuera de él. ¡Quiera Dios que estos preciosos rasgos aparezcan más frecuentemente en cada uno de los miembros de su gran familia redimida!

Ocupémonos “en estas cosas”, permaneciendo “en ellas” (1 Timoteo 4:15). Por la gracia de Dios hemos experimentado la eficacia purificadora de la sangre de Jesús; en consecuencia tenemos el privilegio de alimentarnos de su persona adorable y de regocijarnos en sus insondables rique-

zas (Efesios 3:8), participando en sus padecimientos, “semejantes a él en su muerte” (Filipenses 3:10). Mostrémonos, pues, con el pan sin levadura y las hierbas amargas, los lomos ceñidos, los pies calzados y el bordón en la mano. Ojalá se nos vea llevando el sello de un pueblo santo, de un pueblo crucificado, de un pueblo vigilante y activo, de un pueblo marchando manifestamente al encuentro de Dios, hacia la gloria, siendo destinados al reino. Dios nos conceda penetrar en la profundidad y en la potestad de estas cosas. De tal manera, no serán solamente teorías o un asunto de inteligencia y de interpretación de las Escrituras, sino realidades vivas, divinas, conocidas por experiencia, manifestadas en nuestras vidas para gloria de Dios.

¿Quién podía comer la Pascua?

Terminaremos este capítulo dando una ojeada a los últimos versículos 43 a 49. Estos versículos nos enseñan que todo verdadero israelita tenía el privilegio de comer la pascua, mientras que ningún extranjero incircunciso debía participar de ella: “Ningún extraño comerá de ella... Toda la congregación de Israel lo hará”. La circuncisión era necesaria antes que se pudiese comer la pascua. En otras palabras, es menester que nuestra naturaleza haya estado bajo la sentencia de muerte antes que podamos nutrirnos de Cristo de una manera inteligente, ya sea como fundamento de paz, o como centro de unidad. La cruz es el antitipo de la circuncisión, esa señal divina del pacto de Dios con los judíos, y del despojamiento de la carne (comp. Colosenses 2:11-12). Para formar parte del pueblo de Dios, era necesario ser circuncidado, y la circuncisión tiene su realidad en Cristo. Los cristianos, hechos participantes de la eficacia de su muerte por la potestad de la vida que está en él —que viene a ser la de ellos— se consideran como muertos. Por la fe se han despojado de ese cuerpo de pecado; están crucificados con Cristo. Sin embargo, el mismo poder de Dios, tal como obró en Cristo, opera en ellos para darles una nueva vida en Cristo. “Mas si algún extranjero morare contigo, y quisiere celebrar la pascua para Jehová, séale circuncidado todo varón, y entonces la celebrará, y será como uno de vuestra nación; pero ningún incircunciso comerá de ella” (v. 48). “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8).

La ordenanza de la circuncisión formaba la gran línea de demarcación entre el Israel de Dios y todas las demás naciones que estaban sobre la faz de la tierra; la cruz del Señor Jesús forma la línea de separación entre la Iglesia y el mundo. ¡Qué importan las ventajas personales o la posición de un hombre! Hasta que no se hubiese sometido a la operación de la circuncisión de su carne, no podía tener ninguna parte con Israel. Un mendigo circuncidado estaba mucho más cerca de Dios que un rey incircunciso. Y así es ahora, tampoco se puede tener ninguna parte en los goces de los redimidos de Dios si no por la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Esta cruz abate todas

las pretensiones, derriba todas las distinciones, une a todos los redimidos en una santa congregación de adoradores lavados por la sangre. La cruz constituye una barrera tan elevada, una muralla tan impenetrable, que ningún átomo del mundo o de la vieja naturaleza puede atravesarla para venir a mezclarse con la “nueva creación”. Si alguien está en Cristo, es nueva creación... he aquí que (las cosas) han sido hechas nuevas. Y todas las cosas provienen de Dios, el cual nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo” (2 Corintios 5:17-18; N. T. Interlineal de F. Lacueva).

En la pascua, no solo se mantenía estrictamente la *separación* entre Israel y los extranjeros, sino que también la unidad de Israel estaba claramente simbolizada en ella. “Se comerá en una casa, y no llevarás de aquella carne fuera de ella, ni quebraréis hueso suyo” (v. 46). No se podía hallar una figura más hermosa de lo que constituye “un cuerpo y un Espíritu”, que la que se nos presenta aquí (Efesios 4:4). La Iglesia de Dios es una. Dios la ve así, la sostiene así, y la manifestará como tal, delante de los ángeles, de los hombres y de los demonios, a pesar de todo cuanto se ha hecho para poner obstáculos a esta unidad santa. Bendito sea Dios, la unidad de su Iglesia está puesta bajo su guarda como lo fue el cuerpo de su muy Amado sobre la cruz. Sí, la unidad de la Iglesia es tan bien guardada por Dios como su justificación, su aceptación y su seguridad eterna. A pesar de la violencia y dureza de corazón de los soldados romanos, él supo hacer cumplir la escritura que decía refiriéndose a Cristo: “Ni quebrarán hueso de él”, y luego en otra parte: “Él guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado” (Números 9:12; Salmo 34:20; Juan 19:36). A despecho de todas las influencias hostiles puestas en juego de siglo en siglo, Dios guarda a su Iglesia; el cuerpo de Cristo es *uno* y será siempre uno (comp. Mateo 16:18; Juan 11:52; 1 Corintios 1:13; 12:4-27; Efesios 1:22-23; 2:14-22; 4:3-16). *Un cuerpo y un Espíritu*; y esto aquí, *en la tierra*. Felices aquellos que han recibido la fe para reconocer esta preciosa verdad, y la fidelidad para practicarla en estos últimos tiempos, a pesar de las dificultades casi insuperables que encontrarán en esta senda. Dios reconocerá y honrará a quienes le sean fieles.

¡Quiera el Señor librarnos del espíritu de incredulidad que nos conduciría a juzgar esta cuestión por la vista de nuestros ojos y no por la luz de su inmutable Palabra!

El rescate de los primogénitos

Conságrame todo primogénito

Los primeros versículos de este capítulo nos enseñan, de una manera clara y evidente, que la consagración y santidad personal son los frutos del amor divino producidos en aquellos que son los objetos de su afecto. La consagración de los primogénitos y la fiesta de los panes sin levadura se presentan aquí en relación inmediata con la salida de Israel fuera del país de Egipto. “Conságrame todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales, mío es. Y Moisés dijo al pueblo: Tened memoria de este día, en el cual habéis salido de Egipto, de la casa de servidumbre, pues Jehová os ha sacado de aquí con mano fuerte; por tanto, no comeréis leudado” (v. 2-3). Y luego: “Siete días comerás pan sin leudar, y el séptimo día será fiesta para Jehová. Por los siete días se comerán los panes sin levadura; y no se verá contigo nada leudado, ni levadura, en todo tu territorio” (v. 6-7).

Lo contarás a tu hijo

En los versículos siguientes se expone la razón por la cual esas dos ceremonias debían ser practicadas. “Y lo contarás en aquel día a tu hijo, diciendo: Se hace esto *con motivo de lo que Jehová hizo* conmigo cuando me sacó de Egipto”. Y más adelante: “Y cuando mañana te pregunte tu hijo, diciendo: ¿Qué es esto?, le dirás: Jehová nos sacó con mano fuerte de Egipto, de casa de servidumbre; y endureciéndose Faraón para no dejarnos ir, Jehová hizo morir en la tierra de Egipto a todo primogénito, desde el primogénito humano hasta el primogénito de la bestia; y *por esta causa* yo sacrifico para Jehová todo primogénito macho, y redimo al primogénito de mis hijos” (v. 8, 14-15).

Cuanto más crezcamos por el poder del Espíritu Santo en el conocimiento de la redención que es en Cristo Jesús, más marcada será nuestra vida de separación y más completa nuestra consagración. Todo esfuerzo para producir uno u otro, antes que la redención sea conocida, es el trabajo más vano que pueda imaginarse. Todo lo que hacemos, debemos hacerlo “con motivo de lo que Jehová hizo”, y no con el fin de obtener alguna cosa de él. Los esfuerzos que hacemos para poseer la vida y la paz prueban que somos aún extraños al poder de la sangre; mientras que los frutos puros de una redención conocida y experimentada son ofrecidos para alabanza de Aquel que nos ha redimido. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en

ellas” (Efesios 2:8-10). Dios ya nos ha preparado un camino de buenas obras; ahora, por su gracia nos prepara a nosotros, a fin de que andemos en él. Solo si hemos sido salvos podemos andar en ese camino. Si fuese de otra manera, podríamos gloriarnos; pero, considerándonos nosotros sencillamente como la obra de Dios, y siéndolo también el camino por el cual andamos, ningún motivo nos queda para gloriarnos (Romanos 3:27; 1 Corintios 1:27-31).

El verdadero cristianismo

El verdadero cristianismo no es sino la manifestación de la vida de Cristo, implantada en nosotros por la operación del Espíritu Santo, según los eternos consejos de la gracia soberana de Dios. Todas nuestras obras, que han precedido a la implantación de esta vida, no son más que “obras muertas” (Hebreos 6:1; 9:14) de las cuales nuestra conciencia debe ser purificada. La expresión “obras muertas” abarca todas las obras que los hombres hacen con el fin de obtener la vida. Si alguno busca la vida, es evidente que aún no la posee; es muy posible que sea sincero en su afán por hallarla, pero su misma sinceridad demuestra con toda claridad que no tiene la menor confianza de haberla encontrado. Así pues, toda obra hecha con la intención de obtener la vida es una obra muerta, porque está hecha sin la vida, la vida de Cristo, la sola vida verdadera, la única fuente de la cual pueden manar las buenas obras. Y, obsérvese bien, no se trata aquí de malas obras; ninguna persona soñaría en obtener la vida por tales medios. Al contrario, se verá como se recurre constantemente a las “obras muertas” como medio para aligerar la conciencia oprimida bajo el peso de las malas obras. En cambio, en la revelación divina se nos enseña que la conciencia necesita purificarse de las unas así como de las otras.

En cuanto a nuestra propia justicia, también leemos en otra parte que “todas nuestras justicias (son) como trapo de inmundicia” (Isaías 64:6). No se dice que solo «todas nuestras maldades» son “como trapo de inmundicia”. ¿Quién osaría decir lo contrario? Pero lo que se nos enseña y debemos aprender, es que los mejores frutos que podemos producir, bajo la forma de la piedad y de la justicia, son descritos en las páginas de la verdad eterna como “obras muertas” y “trapo de inmundicia”. Los mismos esfuerzos que hacemos para conseguir la vida muestran palpablemente que estamos muertos, y nuestros esfuerzos para alcanzar la justicia prueban que estamos envueltos en trapos de inmundicia. Únicamente podemos andar en el camino de las buenas obras que Dios nos ha preparado siendo verdaderos y actuales poseedores de la vida eterna y de la justicia divina. Las obras muertas y los trapos sucios no pueden aparecer por ese camino. Solo “los

redimidos de Jehová” pueden pasar por él (Isaías 51:11). Como pueblo redimido, Israel guardaba la fiesta de los panes sin levadura y santificaba sus primogénitos a Jehová. Hemos considerado ya la primera de estas ordenanzas, y la segunda no es menos preciosa y rica en enseñanzas.

Rescatados por la sangre de Cristo

El ángel destructor pasó por el país de Egipto para destruir a todos los primogénitos; pero los primogénitos de Israel escaparon mediante la muerte de un sustituto enviado por Dios. En consecuencia, estos aparecen ante nosotros como un pueblo vivo, consagrado a Dios. Salvados por la sangre del cordero, tienen el privilegio de consagrar sus vidas a Aquel que los ha redimido “por precio” (1 Corintios 6:20). Ellos poseían la vida solo en su calidad de redimidos. La gracia de Dios, solamente, había hecho una diferencia en su favor (Éxodo 11:5-7) y les había concedido un lugar de hombres vivos en su presencia. Ellos no tenían ninguna razón para gloriarse, desde luego, porque aquí se nos enseña que, en lo referente a sus méritos o valor personal, estaban colocados al mismo nivel de un animal impuro. “Mas todo primogénito de asno redimirás con un cordero; y si no lo redimieres, quebrarás su cerviz. También redimirás al primogénito de tus hijos” (v. 13). Había dos clases de animales: los puros y los impuros, y el hombre es colocado al mismo nivel de la última categoría. El cordero debía responder por el animal impuro, y si el asno no era redimido se le había de quebrar la cerviz; de manera que el hombre no redimido era puesto en el mismo lugar del animal impuro y sin ningún valor. ¡Qué cuadro tan humillante del hombre en su estado natural! ¡Oh, si nuestros pobres y orgullosos corazones pudiesen comprenderlo mejor! Entonces nos regocijaríamos con mayor sinceridad de nuestro glorioso privilegio de ser lavados de nuestra iniquidad en la sangre del Cordero, y de haber dejado para siempre nuestra abyección personal en el fondo de la tumba, donde fue puesto nuestro Sustituto.

Cristo era el Cordero, el cordero sin mancha y sin contaminación. Nosotros estábamos manchados. Él tomó nuestro lugar, bendito sea su nombre; fue hecho pecado y tratado como tal *en la cruz*. Cristo sufrió en la cruz lo que nosotros debimos haber sufrido durante los siglos de la eternidad. Él sufrió allí *todo* lo que nosotros merecíamos, a fin de que pudiésemos gozar eternamente de todo lo que él merecía. Recibió nuestra paga para que nosotros recibiésemos la suya. Aquel que era puro tomó, por un tiempo, el lugar de los impuros, “el justo por los injustos”, para que los impuros pudiesen tomar para siempre el lugar de Aquel que era puro. Así, mientras que, según la naturaleza, somos representados por la repugnante figura de un asno con el cuello quebrado, según la gracia somos representados por un Cristo resucitado y glorificado en el cielo. ¡Qué maravilloso contraste! Pone la gloria del hombre en el polvo y glorifica las riquezas del amor re-

dentor. Reduce al silencio los vanos y orgullosos discursos del hombre y coloca en sus labios un cántico de alabanzas a Dios y al Cordero, que resonará en el cielo por los infinitos siglos de la eternidad .

¡De qué modo más enérgico se nos recuerdan aquí las memorables palabras del Apóstol! “Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:8-14). No solo estamos redimidos del poder de la muerte y del sepulcro, sino también unidos a Aquel que nos ha redimido al precio inmenso de su propia vida. Por el poder del Espíritu Santo, consagremos, pues, a su servicio nuestras vidas con todas sus facultades, de tal manera que su nombre sea glorificado en nosotros según la voluntad de nuestro Dios y Padre.

El camino del desierto del Mar Rojo

En los últimos versículos de este capítulo 13 hallamos un ejemplo hermoso y conmovedor de las tiernas compasiones de Dios por las debilidades de su pueblo.

“ Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo
 (Salmo 103:14).

Cuando Jehová redimió a Israel para ponerle en relación con él, en su gracia infinita e insondable, se encargó de todas las necesidades y debilidades de los suyos. Poco importaba lo que ellos fuesen o cuál necesidad tuviesen, pues el que se llama “Yo soy” los acompañaba e iba a conducirlos de Egipto a la tierra de Canaán. Aquí le vemos ocupado en escoger el camino más conveniente para ellos. “Y luego que Faraón dejó ir al pueblo, Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca; porque dijo Dios: Para que no se arrepienta el pueblo cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto. Mas hizo Dios que el pueblo rodease por el camino del desierto del Mar Rojo” (v. 17-18).

El Señor, en su gracia y condescendencia, arregla las cosas de tal manera que los suyos no hallen, al principio de su carrera, pruebas demasiado difíciles que puedan tener por efecto inducirlos a desanimarse y a hacerlos retroceder. “El camino del desierto” era mucho más largo que el del país de los filisteos. Pero Dios tenía diversas lecciones importantes que enseñar a su pueblo, y estas solo podían ser aprendidas en el desierto. Este hecho les fue recordado más tarde en el pasaje siguiente: “Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos” (Deuteronomio 8:2). Tan preciosas lecciones jamás podían aprenderse “por el camino de la tierra de los filisteos”. En ese camino los israelitas habrían aprendido lo que era la *guerra* desde el principio de su carrera. En “el camino del desierto” aprendieron lo que era la *carne*, con toda su perversidad, su incredulidad y su rebelión. Sin embargo, aquel que se llama “Yo soy” estaba con ellos, con su paciente gracia, su perfecta sabiduría e infinito poder. Nadie sino él podía proveer a las necesidades de la situación. Solo él puede soportar el espectáculo de los abismos del corazón humano, puesto en descubierto ante su presencia. La revelación de lo que está en mi corazón, hecha en cualquier otra parte fuera de la presencia de la gracia infinita, me sumiría en el mayor desespero. El corazón humano es un infierno en miniatura. ¡Qué maravillosa gracia vernos libres de sus horribles abismos!

Jehová iba delante de ellos

“Y partieron de Sucot y acamparon en Etam, a la entrada del desierto. Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche. Nunca se apartó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego” (v. 20-22). Jehová no solamente escogió el camino, sino que él mismo descendió para acompañar a su pueblo y manifestarse a él según sus necesidades. No solo lo condujo sano y salvo fuera de Egipto, sino que lo acompañó a través de todas las vicisitudes de su viaje por el desierto. Era la gracia divina. Los israelitas no fueron simplemente librados del horno de Egipto y luego dejados a ellos mismos para que se arreglasen lo mejor que pudiesen en su viaje a Canaán. Dios sabía que tenían delante de sí un camino peligroso y difícil, con serpientes y escorpiones, lazos y dificultades de toda suerte en un desierto árido y estéril. Bendito sea su nombre para siempre, no quiso dejarlos ir solos. Quiso ser su compañero, compartir sus penas y peligros; más aún, él fue “delante de ellos”. Fue “su guía”, “su gloria” y “su defensa” para librarlos de todo temor. ¿Por qué le afligieron tanto por la dureza de su corazón? Si ellos hubiesen caminado humildemente con él, contentos y confiados,

su camino habría sido una marcha victoriosa del principio al fin. Con Jehová “delante de ellos”, ningún poder pudo haber interrumpido su marcha triunfal desde Egipto hasta Canaán. Dios los habría introducido y plantado en el monte de su heredad, según su promesa; por el poder de su diestra, no hubiera permitido que un solo cananeo quedase en el país para ser una espina a Israel. Y pronto será así, cuando Jehová intervenga por segunda vez para librar a su pueblo del poder de todos sus opresores. ¡Quiera el Señor apresurar ese tiempo!

El Mar Rojo

Situación sin salida

Los que “descienden al mar en naves, y hacen negocio en las muchas aguas, ellos han visto las obras de Jehová, y sus maravillas en las profundidades” (Salmo 107:23-24). ¡Cuán verdadero es esto! Y a pesar de ello ¡cómo retroceden nuestros cobardes corazones delante de las “muchas aguas”! Preferimos lo poco profundo, y en consecuencia nos quedamos privados de ver las obras y las maravillas de nuestro Dios. Estas no se ven ni son conocidas sino “en lo profundo” de las aguas.

En el día de prueba y de dificultad, el alma experimenta algo del inmenso e indecible gozo que hay en poder contar con Dios. Si siempre fuese todo fácil, nunca se haría esta experiencia. Cuando el barco se desliza suavemente sobre la superficie del plácido lago, apenas se siente la realidad de la presencia del Maestro; pero se experimenta realmente cuando la tempestad brama y las amenazadoras olas cubren la débil embarcación. El Señor no nos ofrece la perspectiva de un camino exento de pruebas y tribulaciones. Muy al contrario, nos dice claramente que hallaremos unas y otras; pero promete estar con nosotros siempre en medio de ellas, y esto vale infinitamente más que vernos libres de todo peligro. Es mucho mejor gozar de la presencia de Dios *en la prueba* que ser *liberado de ella* sin hacer esta preciosa experiencia. Sentir que el corazón de Dios simpatiza *con nosotros* es mucho más dulce que sentir el poder de su mano *por nosotros*. La presencia del Maestro entre sus siervos fieles, mientras estaban en el horno, fue mucho mejor que lo que hubiera sido la manifestación de su poder para preservarlos de él (Daniel 3). Con frecuencia querríamos que se nos concediese avanzar sin pruebas, pero perderíamos mucho por ello. La presencia del Señor nunca es tan dulce como en los momentos de mayor dificultad.

Esto mismo fue lo que experimentaron los israelitas en las circunstancias relatadas en este capítulo. Estaban ante una dificultad abrumadora, insuperable. Habían sido llamados a hacer “negocio en las muchas aguas”, “y toda su ciencia es inútil” (Salmo 107:27). Faraón, arrepentido de haberlos dejado salir de su país, se decide a emprender un esfuerzo desesperado para traerlos de nuevo. “Y unció su carro, y tomó consigo su pueblo; y tomó seiscientos carros escogidos, y todos los carros de Egipto, y los capitanes sobre ellos. Y endureció Jehová el corazón de Faraón rey de Egipto, y él siguió a los hijos de Israel; pero los hijos de Israel habían salido con mano poderosa. Siguiéndolos, pues, los egipcios, con toda la caballería y carros de Faraón, su gente de a caballo, y todo su ejército, los alcanzaron acampados junto al mar, al lado de Pi-hahiroth, delante de Baalzefón. Y cuando Faraón se hubo acercado, los hijos de Israel alzaron sus ojos, y he aquí que los

egipcios venían tras ellos; por lo que los hijos de Israel temieron en gran manera, y clamaron a Jehová” (v. 6-10). La vista de los egipcios era un espectáculo que los ponía seriamente a prueba; una escena en medio de la cual todo esfuerzo humano era inútil. Los israelitas no podrían haber hecho retroceder el poderoso flujo del océano con sus propios esfuerzos. El mar estaba delante de ellos; el ejército de Faraón detrás, y todo esto había sido permitido y ordenado por Dios. Dios había escogido el terreno donde Israel debía acampar “delante de Pi-hahiroth, entre Migdol y el mar hacia Baal-zefón” (v. 2). Además, él permite que Faraón los alcance. ¿Por qué? Precisamente para manifestarse en la salvación de su pueblo y en la derrota de los enemigos de este pueblo.

*“Al que dividió el Mar Rojo en partes,
Porque para siempre es su misericordia;
E hizo pasar a Israel por en medio de él,
Porque para siempre es su misericordia;
Y arrojó a Faraón y a su ejército en el mar Rojo,
Porque para siempre es su misericordia”.*

Salmo 136:13-15

El propósito de Dios

En todas las etapas de los redimidos de Dios en el desierto no hay ni una sola posición cuyos límites no hayan sido cuidadosamente trazados por la mano de la sabiduría y del amor infinito. El alcance y la influencia particular de cada una de esas posiciones son calculados con cuidado. Los “Pi-hahiroth” y los “Migdol” están dispuestos de manera que se hallan en relación inmediata con la condición moral de aquellos a quienes Dios conduce a través de los rodeos y laberintos del desierto, para que manifiesten también el verdadero carácter de Dios. Sí; la incredulidad sugiere con frecuencia esta pregunta: «¿Por qué es así?» Dios lo sabe. Sin duda alguna él revelará el por qué todas las veces que esta revelación contribuya a su gloria y al bien de su pueblo. ¿No nos preguntamos nosotros con frecuencia por qué y con qué fin nos hallamos en tal o cual circunstancia? ¿No nos atormentamos muchas veces para comprender la razón por la cual nos vemos expuestos a tal o cual prueba? ¡Cuánto mejor haríamos inclinando la cabeza con humilde sumisión, y diciendo «todo va bien» y «todo irá bien»! Cuando es Dios quien fija nuestra posición, podemos estar seguros de que ha sido escogida con sabiduría y nos es saludable. Aun cuando

la hayamos escogido nosotros locamente por nuestra propia voluntad, Dios, en su misericordia, domina nuestra locura y hace que la fuerza de las circunstancias en las que nos hemos colocado trabaje a favor de nuestro bien espiritual.

Cuando los hijos de Dios están en el mayor apuro y en las más grandes dificultades, tienen el privilegio de ver las más preciosas manifestaciones del carácter y de la actividad de Dios. Por esta razón, él los coloca frecuentemente en la prueba para manifestarse con tanta mayor potencia. Dios habría podido conducir a Israel por el Mar Rojo y hacerle ir más allá del alcance del ejército de Faraón mucho antes que este hubiese salido de Egipto. Pero este medio no habría glorificado tan plenamente su nombre, ni confundido de una manera tan completa al enemigo por el cual quería glorificarse (v. 17). Muchas veces perdemos de vista esta preciosa verdad, y la consecuencia es que en el tiempo de la prueba nos falta el valor. Si considerásemos las crisis graves de nuestras vidas solo como otras tantas ocasiones para que Dios hiciera aparecer a nuestro favor la plena suficiencia de la gracia divina, nuestras almas conservarían su equilibrio y podríamos glorificar a Dios, aun en medio de las aguas profundas.

La incredulidad de los israelitas y la nuestra

El lenguaje de los israelitas, en este acontecimiento, puede parecernos extraño y difícil de explicar. Pero a medida que conozcamos mejor nuestros corazones incrédulos veremos la gran semejanza que hay entre nosotros y ese pueblo. Parece que habían olvidado completamente la reciente manifestación del poder divino en su favor. Habían visto cómo fue abatido el poder de Faraón y cómo fueron juzgados los dioses de Egipto bajo el rudo golpe de la vara de Jehová. Habían visto la misma mano romper la cadena de hierro de la esclavitud egipcia y apagar el horno. Habían visto todas estas cosas y, sin embargo, en el momento en que una nube oscura aparece en el horizonte, su confianza se pierde y su corazón se desvanece. La murmuración halla libre curso en sus labios, y dicen: “¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, que nos has sacado de Egipto? ¿No es esto lo que te hablamos en Egipto, diciendo: Déjanos servir a los egipcios? Porque mejor nos fuera servir a los egipcios, que morir nosotros en el desierto” (v. 11-12). La ciega incredulidad no puede más que errar siempre y escudriñar en vano los designios de Dios. Esta incredulidad es la misma en todos los tiempos; es la que hizo decir a David, en un día de debilidad: “Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl; nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos” (1 Samuel 27:1). ¿Y cómo se desarrollaron los acontecimientos? Saúl murió en el monte de Gilboa y el trono de David quedó establecido para siempre. La misma incredulidad fue la que, en un mo-

mento de profundo abatimiento, hizo huir a Elías tisbita, para salvar su vida, ante las furiosas amenazas de Jezabel (1 Reyes 19). ¿Qué sucedió después? Elías fue arrebatado al cielo en un torbellino, Jezabel murió estrellada contra el suelo.

Así aconteció a los hijos de Israel en el principio de la prueba. Creyeron verdaderamente que Dios se había tomado tal trabajo para librarles de Egipto con el solo fin de hacerles morir en el desierto. Se imaginaban que si habían sido preservados de la muerte por la sangre del cordero pascual, era con el objeto de sepultarlos en el desierto. Así razona siempre la incredulidad. Nos induce a interpretar a Dios en presencia de la dificultad, en lugar de interpretar la dificultad en presencia de Dios. La fe se coloca más allá del alcance de la dificultad. Allí, halla a Dios con toda su fidelidad, su amor y su poder. El creyente tiene el privilegio de estar siempre en la presencia de Dios. Ha sido introducido allí por la sangre del Señor Jesús y no debiera tolerar nada de cuanto pudiera sacarle de allí. El sitio que le ha sido preparado en la presencia de Dios, no puede perderlo jamás, puesto que Cristo, su jefe y su representante, lo ocupa en lugar suyo. Pero si bien no puede perder aquel sitio, puede perder el gozo de poseerlo. Todas las veces que las dificultades se interponen entre su corazón y el Señor, en vez de gozar de la presencia de Dios, sufre en presencia de sus dificultades. Lo mismo sucede cuando una nube se interpone entre nosotros y el sol, privándonos momentáneamente de sus rayos de luz. La nube no impide que el sol brille; pero nos impide gozar de él. Así sucede exactamente cuando nosotros permitimos que las penas y dificultades de la vida oculten a nuestras almas los brillantes resplandores del rostro de nuestro Padre que brilla con fulgor invariable en la persona de Jesucristo. No hay dificultad demasiado grande para nuestro Dios; muy al contrario, cuanto mayor es la dificultad, mejor ocasión se le ofrece para intervenir, según su propio carácter, como Dios benigno y todopoderoso. Indudablemente, la posición de Israel, tal como está descrita en los primeros versículos de este capítulo, era una posición que ponía al pueblo en tan grande prueba que la carne y la sangre debían sentirse abrumadas bajo su peso. Mas no es menos cierto que el Dueño del cielo y de la tierra estaba allí, y los hijos de Israel no debían hacer más que descansar en él.

No obstante, ¡cuán pronto desfallecemos cuando llega la prueba! Los sentimientos de que hablamos tienen un sonido agradable para el oído, y parecen muy hermosos escritos sobre el papel. Además, y Dios sea bendito por ello, son divinamente verdaderos. Pero lo importante es ponerlos en práctica cuando llega la ocasión. Practicándolos es cómo se experimenta su poder y se goza de la felicidad que de ellos emana. “El que *quiera* hacer la voluntad de Dios, *conocerá* si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17).

La salvación de Jehová

“Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (v. 13-14). “*¡Estad firmes!*” He aquí el primer acto de la fe en presencia de la prueba. Para la carne y la sangre esto es imposible. Todos aquellos que conocen en alguna medida la agitación del corazón humano en las pruebas y dificultades que uno mismo anticipa, podrán formarse una idea de lo que significa “estad firmes”.

Nuestra naturaleza *querrá* hacer algo; correrá de aquí para allá; querrá tener una parte en la obra. Si bien procura justificar y santificar sus actos dándoles el pomposo y manoseado título de «empleo legítimo de medios», en realidad su obra no es más que el fruto directo y positivo de la incredulidad. Ella siempre excluye a Dios y no ve nada más que la nube sombría de su propia creación. La incredulidad crea o aumenta las dificultades. Luego, para vencerlas, llama a nuestros propios esfuerzos y a nuestra inquieta e infructuosa actividad. En realidad, solo sirven para levantar tan grande polvareda en nuestro derredor que nos impide ver la salvación de Dios. La fe, al contrario, eleva el alma por encima de esas dificultades, directamente hacia Dios, haciéndonos capaces de permanecer tranquilos. Nada adelantamos con nuestros esfuerzos y nuestra inquieta agitación. “No puedes hacer blanco o negro un solo cabello” “¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?” (Mateo 5:36; 6:27). ¿Qué podía hacer Israel delante del Mar Rojo? ¿Podía secarlo? ¿Podía destruir el ejército de Faraón? Nada de esto. Se encontraba encerrado dentro de un muro impenetrable de dificultades, ante cuya vista la naturaleza no podía hacer más que temblar y sentir su completa impotencia. Pero *para Dios* era precisamente ese el momento de obrar. Cuando la incredulidad es echada fuera, Dios puede intervenir. Para tener una vista justa de sus actos es necesario estar quietos o firmes. Cada movimiento de la naturaleza, en proporción a su alcance, impide que veamos la intervención divina en nuestro favor y nos gocemos en ella.

Permanecer tranquilo y ver la salvación de Jehová

Así sucede con nosotros en cada una de las etapas de nuestra historia. Empieza cuando, a causa del malestar que produce el pecado gravitando sobre la conciencia, nos sentimos tentados a recurrir a nuestras propias acciones para obtener algún alivio. Precisamente entonces deberíamos permanecer “tranquilos” a fin de ver “la salvación de Jehová”. Pues, ¿qué podríamos haber hecho nosotros en la obra de expiación por el pecado? ¿Podríamos haber estado con el Hijo de Dios en la cruz? ¿Podríamos haber descendido con él al “pozo de la desesperación”, al “lodo cenago-

so”? (Salmo 40:2). ¿Podríamos habernos abierto jamás camino hasta esa “peña” sobre la cual ha afirmado sus pies en la resurrección? Todo espíritu recto reconocerá que tal pensamiento sería una audaz blasfemia. Dios está solo en la redención; en cuanto a nosotros, no tenemos más que estarnos “tranquilos” y ver “la salvación de Jehová”. El mismo hecho de ser “la salvación *de Jehová*” demuestra que el hombre no debe hacer nada.

La regla sigue siendo la misma una vez que hemos entrado en la carrera cristiana. En cada nueva dificultad, ya sea grande o pequeña, nuestra sabiduría consiste en saber estar “firmes” y renunciar a nuestras propias obras, buscando el reposo en la salvación de Dios. Tampoco podemos establecer categorías entre las dificultades. No podemos decir que las haya tan ligeras que puedan ser afrontadas por nosotros mismos, mientras que en otras solo la mano de Dios es eficaz. No; todas ellas exceden igualmente a nuestras fuerzas. Somos tan incapaces de cambiar el color de un cabello como de trasladar una montaña; de crear una hierba como de crear un mundo. Todas estas cosas son igualmente imposibles para nosotros, y todas son igualmente posibles para Dios. Por lo tanto, debemos abandonarnos confiadamente, con fe sencilla, en las manos de Aquel “que se humilla (igualmente) a mirar en el cielo y en la tierra” (Salmo 113:6). Algunas veces nos sentimos transportados de una manera triunfante a través de las mayores pruebas, mientras que otras veces perdemos ánimo, temblando y desfalleciendo ante las circunstancias más ordinarias de la vida. ¿Y por qué? Porque en las grandes pruebas nos vemos obligados a echar nuestra carga sobre el Señor, mientras que en las dificultades más pequeñas, intentamos, locamente, llevarlas nosotros mismos.

Jehová es quien pelea

Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos (v. 14).

“

¡Preciosa seguridad! Y ¡cuán propia para tranquilizar el espíritu en presencia de las mayores dificultades y de los mayores peligros! El Señor no se pone solamente entre nosotros y nuestros pecados, sino también entre nosotros y las circunstancias en medio de las cuales nos encontramos. En el primer caso nos da *la paz de la conciencia*; en el segundo, *la paz del corazón*. Estas dos cosas, como lo sabe todo cristiano experimentado, son completamente distintas. Muchos cristianos tienen la paz de la conciencia sin tener la paz del corazón. Por la gracia y por la fe han visto a Cristo interpuesto entre ellos y sus pecados, con la divina eficacia de su sangre; pero no saben contemplar con la misma sencillez a Cristo quien, en su divina sabiduría, su amor y poder, está

entre ellos y las circunstancias que los rodean. De esto resulta una diferencia esencial en la condición práctica de sus almas, así como en el carácter de su testimonio. Nada contribuye mejor a glorificar el nombre de Jesús que este reposo tranquilo del alma, el que dimana de la seguridad que tenemos de que Cristo está entre nosotros y todo aquello que pudiese ser causa de inquietud para nuestros corazones.

“ Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado
(Isaías 26:3).

«Pero —se preguntará— ¿no debemos hacer nada nosotros?» Otra pregunta podrá servir de respuesta: «¿Qué podemos hacer nosotros?» Todos los que realmente se conocen, responderán: «¡Nada!» En efecto, si no podemos hacer nada, ¿no será mejor que permanezcamos “tranquilos”? Si el Señor obra por nosotros, ¿no hacemos bien permaneciendo detrás? ¿Correremos delante de él? ¿Invadiremos su esfera de acción y nos colocaremos en su camino? Es absolutamente inútil que dos trabajen cuando uno solo es perfectamente capaz de hacerlo todo. ¿Quién soñaría en traer una vela encendida para aumentar el resplandor del sol al mediodía? Y sin embargo, el que tal hiciese podría pasar por sabio en comparación con aquel que pretende ayudar a Dios con su mal entendida actividad.

La orden de Dios de marchar

Cuando, en su gran misericordia, Dios abre un camino, la fe puede andar por él; deja la senda del hombre para seguir la de Dios. “Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Dí a los hijos de Israel que marchen” (v. 15). Si hemos aprendido a quedarnos tranquilos, podemos efectivamente marchar adelante; de no ser así, todos nuestros esfuerzos no tendrán otro resultado sino poner de manifiesto nuestra necesidad y debilidad. La verdadera sabiduría consiste en permanecer tranquilos cualquiera que sea la dificultad o perplejidad en que nos hallemos, esperando únicamente en Dios, quien, con toda certidumbre, nos abrirá un camino; entonces podremos marchar tranquilos y en paz. La incertidumbre no existe cuando es Dios quien nos abre el camino; de lo contrario, todo camino de nuestra propia invención será un camino de vacilación y de duda. El hombre no regenerado puede marchar por su propia senda con cierta apariencia de firmeza y decisión; pero uno de los elementos que mejor distinguen al nuevo hombre es la desconfianza en sí mismo, y la confianza en Dios que siempre responde a ella. Cuando nuestros ojos han visto la salvación de Dios, entonces podemos seguir esta senda; pero no podremos verla claramente sin ser antes convencidos de la inutilidad de nuestros propios y miserables esfuerzos.

En la expresión “Ved la salvación” de Jehová (v. 13) se encierran un poder y una hermosura especiales. El mismo hecho de ser llamados a *ver* la salvación de Jehová prueba que esta es una salvación completa. Además, nos enseña que la salvación es una obra realizada y revelada por Dios para que podamos verla y gozarnos en ella. La salvación no es una obra en parte de Dios y en parte del hombre. En tal caso no podría ser llamada la salvación *de Dios* (comp. Lucas 3:6; Hechos 28:28). Para ser la salvación de Dios es preciso que esté desprovista de todo lo que es del hombre. El único resultado posible de los esfuerzos humanos es oscurecer ante nuestros ojos la salvación de Dios.

“Dí a los hijos de Israel que marchen”. Parece como si el mismo Moisés se hubiese quedado perplejo en cuanto a lo que debía hacer, porque Jehová le dice: “¿Por qué clamas a mí?” Moisés podía haber dicho al pueblo: Esperad

Y ved la salvación de Jehová



(2 Crónicas 20:17),

mientras que él presentaría a Dios las peticiones de su alma angustiada, clamando por misericordia. No obstante, es inútil clamar cuando deberíamos obrar, como lo es obrar cuando deberíamos esperar. Precisamente así hacemos siempre: intentamos avanzar cuando deberíamos pararnos, y nos paramos cuando deberíamos avanzar. Los israelitas podían preguntarse muy naturalmente: «¿Adónde vamos a ir?» Una barrera infranqueable parecía impedir todo avance. ¿Cómo atravesar el mar? He aquí la dificultad. Jamás la naturaleza hubiera resuelto esta cuestión; pero podemos estar seguros de que Dios no da nunca un mandamiento sin comunicar al mismo tiempo el poder para obedecerlo. El estado real del corazón puede ser puesto a prueba por el mandamiento, pero el alma que, por la gracia, está dispuesta a obedecer, recibe de arriba el poder para hacerlo. El hombre al que Cristo mandó extender su mano seca también pudo haber preguntado: «¿Cómo es posible extender una mano seca?» Pero ninguna pregunta hizo, porque junto con el mandato –y de la misma fuente– vino el poder para obedecer (comp. Lucas 5:23-24; Juan 5:8-9, etc.)

Dios abre el camino a la fe

Así también para Israel, junto con la orden de marcha vino el poder para abrir el camino. “Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio de la mar, en seco” (v. 16). Este era el camino de la fe. La mano de Dios abre la senda para que podamos dar el primer paso, y la fe se contenta con esto. Dios no da nunca la dirección para dar

dos pasos a la vez. Es necesario que primero demos un paso; luego recibiremos luz para dar otro, y así sucesivamente; entonces nuestro corazón será guardado en una continua dependencia de Dios. “Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca” (Hebreos 11:29). Sin duda, el mar no fue dividido en toda su extensión de una sola vez; Dios quería conducir a su pueblo “por la fe” y no por la vista. No es necesaria ninguna fe para emprender un viaje cuyo camino se ve en toda su extensión, pero es precisa para ponerse en camino cuando no se ve más que el primer paso. El mar se dividía a medida que Israel avanzaba, de tal suerte que, para cada nuevo paso, dependían enteramente de Dios. Así era el camino por el cual marchaban los redimidos de Jehová, conducidos por su diestra. Pasaron a través de las sombrías aguas de la muerte, y vieron que estas aguas eran “como muro a su derecha y a su izquierda”, mientras ellos pasaban por en medio “en seco” (v. 22).

Para los egipcios era imposible avanzar por ese camino. Entraron en él porque lo vieron abierto delante de ellos. Para los egipcios era una cuestión de vista y no de fe. “Intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados” (Hebreos 11:29). Al *probar* hacer aquello que solo la fe puede cumplir, no se obtiene más que ruina y confusión. El camino por el cual Dios hace marchar a su pueblo es una senda que no puede ser hollada por la naturaleza. “La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios” (1 Corintios 15:50), ni tampoco pueden caminar por la senda de Dios. La fe es la gran regla característica del reino de Dios, y por ella somos capacitados para caminar por la senda de Dios.

Sin fe es imposible agradar a Dios

“ (Hebreos 11:6).

Dios es grandemente glorificado cuando caminamos con él, por decirlo así, con los ojos vendados; porque esta es la prueba de que tenemos mayor confianza en Su vista que en la nuestra. Si yo sé que Dios mira por mí, bien puedo cerrar los ojos y caminar tranquilamente con seguridad. En los asuntos de la vida humana, sabemos que cuando un centinela o un guardián está en su puesto, los demás pueden dormir tranquilos. ¡Cuánto mejor podemos descansar con toda seguridad, al saber que Aquel que no dormita ni se duerme tiene su mirada fija en nosotros y nos defiende con su brazo! (Salmo 121:4).

El Ángel de Dios y la columna de nube

“Y el ángel de Dios que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba en pos de ellos; y asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas, e iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; y era nube y tinieblas para aquellos, y alumbraba a Israel de noche, y en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros” (v. 19-20). Jehová se puso directamente entre Israel y el enemigo, y fue la protección de Israel. Para que Faraón pudiese tocar un solo cabello de Israel, le habría sido necesario atravesar el pabellón del Todopoderoso y al mismo Todopoderoso. Dios siempre se coloca entre su pueblo y todo enemigo, de tal manera que “ninguna arma forjada contra ti prosperará” (Isaías 54:17). Él se ha puesto entre nosotros y nuestros pecados. Es nuestro privilegio verle ahora entre nosotros y toda persona o cosa que estuviera contra nosotros; solo así hallamos la paz del corazón y la de la conciencia. El creyente puede buscar sus pecados con ansiedad y diligencia, teniendo la seguridad que nunca más los hallará: ¿Por qué? Porque Dios está entre él y ellos.

Echaste tras tus espaldas todos mis pecados



(Isaías 38:17).

Al mismo tiempo hace lucir sobre nosotros, a quienes ha reconciliado consigo, la luz de su rostro divino.

De la misma manera, el creyente puede buscar sus dificultades y no hallarlas, porque Dios está entre él y ellas. Si, pues, en lugar de detenernos en nuestros pecados y en nuestras penas, nuestra mirada se detuviese en Cristo, más de una copa amarga sería endulzada, y muchas horas oscuras se verían iluminadas. Pero una y otra vez hacemos la experiencia de que la mayor parte de nuestras pruebas y pesares se componen principalmente de males anticipados y de pesares imaginarios, que solo existen en nuestro espíritu enfermo, porque es incrédulo. Deseo que cada uno conozca la paz sólida de la conciencia y del corazón, resultado de tener a Cristo, en toda su plenitud, entre sí y *todos* sus pecados y *todas* sus penas.

Es a la vez solemne e interesante notar el doble aspecto de la “columna” en este capítulo. Era “nube y tinieblas” para los egipcios, pero “alumbraba a Israel de noche”. ¡Qué semejanza con la cruz de nuestro Señor Jesucristo! Ella tiene también un doble aspecto. Constituye el fundamento de la paz del creyente, y sella al mismo tiempo la condenación de un mundo culpable. La misma sangre que purifica la conciencia del creyente y le da paz perfecta, mancha este mundo y colma su pecado. La misma misión del Hijo de Dios, que despoja al mundo de su manto y le deja sin

excusa alguna, reviste a la Iglesia de un glorioso manto de justicia y llena su boca de alabanzas eternas. El mismo Cordero que llenará de terror a todas las tribus y pueblos de la tierra por la grandeza de su ira, conducirá para siempre, con mano bondadosa, al rebaño que ha redimido con su preciosa sangre, a lugares de delicados pastos y junto a aguas de reposo (comp. Apocalipsis 6:15-17, con 7:13-17).

Israel victorioso y el ejército de Faraón destruido

El final de este capítulo nos muestra a Israel victorioso a orillas del Mar Rojo, y el ejército de Faraón sumergido en sus aguas. Este acontecimiento prueba que estaban igualmente desprovistos de fundamento tanto los temores de los israelitas como los orgullosos discursos de los egipcios. La gloriosa obra de Jehová había reducido a la nada a los unos y a los otros. Las mismas aguas que sirvieron de muro a los redimidos de Jehová sirvieron de tumba a Faraón. Los que andan por fe hallan un camino para marchar, mientras que los otros hallan allí mismo una tumba para ser sepultados. Esta solemne verdad no altera en nada el hecho de que Faraón obraba en abierta oposición a la voluntad de Dios cuando intentó pasar el mar Rojo. Y siempre se demostrará la misma verdad con los que quieran imitar las obras de la fe. Serán confundidos. ¡Felices son los que pueden andar por fe, por débil que esta sea! Siguen un sendero de bendiciones indecibles, un sendero que, si bien está marcado por sus faltas y enfermedades, ha sido comenzado en Dios, se prosigue en Dios y terminará en él. Que entremos más y más en la realidad divina, en la tranquila elevación y en la santa dependencia de este sendero.

No dejaremos esta hermosa porción del libro del Éxodo, sin recordar un pasaje en el cual el apóstol Pablo hace alusión a la nube y a la mar. “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar” (1 Corintios 10:1-2). Este pasaje encierra una preciosa enseñanza para el cristiano, porque el apóstol dice: “Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros” (v. 6), enseñándonos así, según la autoridad divina, a interpretar el bautismo de Israel “en la nube y en el mar” de una manera simbólica. Nada puede tener una significación más profunda y práctica. Como pueblo bautizado de esta manera, los israelitas emprendieron su peregrinación a través del desierto, para el cual Aquel que es amor había hecho abundante provisión de “alimento espiritual” y de “bebida espiritual”. En otras palabras, simbólicamente eran ellos un pueblo muerto para Egipto, así como a todo lo que pertenecía a Egipto. La nube y el mar fueron para ellos lo que son para nosotros la cruz y el sepulcro de Cristo. La nube los ponía al abrigo de sus enemigos, el mar los separaba de Egipto. Del mismo modo la cruz nos defiende de todo aquello

que podría estar contra nosotros, y somos puestos al otro lado del sepulcro de Jesús. A partir de ahí empezamos a gustar el “maná” celestial y a beber del agua que brota de la “roca espiritual”, mientras, caminamos como pueblo peregrino, hacia la tierra de reposo de la cual nos ha hablado Dios.

Añadiré aquí la importancia que hay de comprender la diferencia entre el Mar Rojo y el Jordán. Tanto uno como otro de los acontecimientos tienen su antitipo en la muerte de Cristo. Pero mientras que en el primero vemos la separación entre Israel y Egipto, en el segundo vemos su introducción en la tierra de Canaán. Los creyentes no solo están separados del presente siglo malo por la cruz de Cristo, sino que también Dios los ha hecho salir vivificados de la tumba de Cristo, resucitándolos juntamente con él, y haciéndoles

Sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús



(Efesios 2:6).

Así, aunque los creyentes están rodeados todavía por las cosas de Egipto, en cuanto a su experiencia actual se hallan en el desierto, y son llevados al mismo tiempo, por la energía de su fe, al lugar donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. El creyente no solo ha recibido el perdón de todos sus pecados, sino que está, de hecho, *asociado a* un Cristo resucitado en los cielos. No solo es salvo por Cristo, sino que está *unido a* él para siempre. Nada menos que esto podía satisfacer el amor de Dios, ni realizar sus designios respecto a la Iglesia.

Cada uno de nosotros, ¿comprende estas cosas? ¿Las cree? ¿Las vive? ¿Manifiesta su poder? Bendigamos la gracia de Dios que las ha hecho invariablemente ciertas para cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo ya sea solo un “ojo” o una “oreja”, una “mano” o un “pie” de este cuerpo glorioso. La verdad de estas cosas no depende de su manifestación por nosotros, ni de que las vivamos o comprendamos, sino de *la preciosa sangre de Cristo*. Ella ha borrado todos nuestros pecados y ha puesto el fundamento para el cumplimiento de todos los consejos de Dios a favor nuestro. Es aquí donde está el verdadero descanso para todo corazón quebrantado y para toda conciencia cargada.

Un cántico de victoria

La alabanza que sigue a la liberación

Este capítulo empieza con el magnífico cántico de victoria entonado por Israel en la orilla del Mar Rojo cuando “vio Israel aquel grande hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios” (cap. 14:31). Los israelitas habían visto la salvación de Jehová; por eso cantan sus alabanzas y cuentan sus grandes obras. “*Entonces* cantó Moisés y los hijos de Israel este cántico a Jehová” (v. 1). Hasta aquí no hemos oído ningún cántico de alabanza, ni siquiera una sola nota de regocijo. Hemos oído el grito angustiado del pueblo, aplastado bajo el duro trabajo de los hornos de ladrillos de Egipto; hemos oído también el grito de su incredulidad, cuando se hallaba rodeado de dificultades que creía insuperables; pero ningún cántico de alabanza. No fue hasta que como pueblo salvado se vieron rodeados de los frutos de la salvación de Dios que brotó de toda la asamblea redimida el himno triunfal. Al salir los israelitas de su notable bautismo “en la nube y en el mar”, y al contemplar los ricos despojos de la victoria que estaban esparcidos a todo su alrededor, fue cuando miles de voces prorrumpieron en el cántico triunfal. Las aguas del Mar Rojo se extendían entre ellos y Egipto. Ellos se hallaban salvos en las orillas, como un pueblo totalmente libertado. Por eso podían alabar a Jehová.

La redención y el culto

En esto, como en todas las demás cosas, fueron “como ejemplos para nosotros” (1 Corintios 10:6). Es necesario que también nosotros nos sepamos salvados, por el poder de la muerte y de la resurrección, antes que podamos ofrecer a Dios un “culto racional” y puro (Romanos 12:1). Sin esto, siempre habrá en el alma reservas y vacilaciones, que sin duda alguna provendrán de la incapacidad para comprender el valor de la redención cumplida que hay en Cristo Jesús. Es posible que se reconozca que la salvación está en Cristo y en ningún otro; pero es cosa distinta comprender, por la fe, el verdadero carácter y el fundamento de esta salvación, tomándola como *nuestra*. El Espíritu de Dios revela en las Escrituras, con perfecta claridad, que la Iglesia está unida a Cristo, en su muerte y en su resurrección. Además, revela que en Cristo resucitado y sentado a la diestra de Dios está la medida perfecta y la garantía de la aceptación de la Iglesia. Cuando se cree esto, el alma es transportada más allá de la duda y de la incredulidad. ¿Cómo puede dudar el cristiano cuando sabe que un Abogado, a saber “Jesucristo el justo”, le representa continuamente ante el trono de la gracia? (1 Juan 2:1). El miembro más débil de la Iglesia de Dios (el Cuerpo de Cristo) tiene el privilegio de saber que ha sido representado por Cristo en la cruz, y que *todos* sus pecados han sido confesados, llevados, juzgados y expiados sobre esta cruz. He aquí una

realidad divina, que, comprendida por la fe, da la paz. Fuera de ella nada puede darla. Se podrán observar piadosa y devotamente todas las ordenanzas, todos los deberes y todas las fórmulas de la religión; pero el único medio de liberar enteramente la conciencia del peso del pecado es ver el pecado juzgado en la persona de Cristo en el madero, como ofrenda por el pecado (comp. Hebreos 9:26; 10:1-18). Si el pecado ha sido juzgado allí “una sola vez” y “para siempre”, el creyente no puede menos que considerar la cuestión del pecado como una cosa ajustada divinamente y, por lo tanto, eternamente. Y la prueba de que el pecado ha sido juzgado así la tenemos en la resurrección de nuestro Sustituto. “He entendido que todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá; y lo hace Dios, para que delante de él teman los hombres” (Eclesiastés 3:14).

No obstante, aunque generalmente se admite todo esto como verdadero, en cuanto a la Iglesia colectivamente, a muchos les cuesta mucho aplicárselo personalmente. Estas personas están dispuestas a decir con el salmista: “Ciertamente es bueno Dios para con Israel, para con los limpios de corazón. En cuanto a mí...” etc. (Salmo 73:1-2). Se miran a sí mismas en lugar de mirar a Cristo en la muerte, y a Cristo en la resurrección. Se ocupan más de su manera de aplicarse a Cristo que de Cristo mismo. Piensan en su capacidad antes que en su privilegio; y así son retenidas en un estado de deplorable incredulidad. Por consiguiente, no pueden tomar nunca el lugar de los adoradores dichosos e inteligentes. Se esfuerzan en orar pidiendo la salvación, en vez de regocijarse en la posesión consciente de la misma. Miran sus obras imperfectas en lugar de mirar la expiación perfecta de Cristo.

Al examinar las diversas expresiones de este cántico del capítulo 15, no hallamos ni una sola que haga referencia al “yo”, ni a sus acciones, palabras, sentimientos o frutos; todo se refiere a Jehová, desde el principio al fin. Moisés comienza su cántico así: “Cantaré yo a Jehová, porque *se ha magnificado grandemente; ha echado* en el mar al caballo y al jinete” (v. 1). Estas palabras son una muestra de todo el cántico; del principio al fin no habla más que de los atributos y de las obras de Jehová. En el capítulo 14, el corazón del pueblo había sido puesto en estrecho, en alguna medida, bajo la presión excesiva de las circunstancias; pero en el 15, la carga ha sido quitada, y el corazón del pueblo se ensancha libremente dando expresión al dulce cántico de alabanza. El “yo” está olvidado; las circunstancias han desaparecido de la vista. No se ve más que un objeto, uno solo: el Señor Todopoderoso en su carácter y en sus obras. Israel podía decir: “Por cuanto me has alegrado, oh Jehová, con tus obras; en las obras de tus manos me gozo” (Salmo 92:4). Este es el culto verdadero. Cuando perdemos de vista nuestro miserable “yo” con todo lo que le pertenece,

y solo Cristo llena nuestros corazones, entonces podemos ofrecer a Dios un culto verdadero. Los esfuerzos de una piedad carnal no son necesarios para despertar en el alma los sentimientos de devoción; ninguna necesidad tenemos de recurrir a la pretendida ayuda de una religión para encender en el alma la llama de un culto agradable a Dios. Basta con que el corazón esté ocupado con la persona de Cristo y “los cantos de alabanza” (Nehemías 12:8) se elevarán de manera natural. Cuando la mirada está fija en él, es imposible que el espíritu no se incline en santa adoración. Si contemplamos el culto de los ejércitos celestiales que rodean el trono de Dios y del Cordero, veremos que es siempre promovido por algún rasgo especial de la perfección divina o por alguna de sus obras. Así debería ser en la Iglesia mientras permanezca en la tierra. Cuando es de otra manera, es porque nos hemos dejado invadir por ciertas cosas que no tienen ningún lugar en la esfera de la luz pura y de la dicha perfecta.

Dios, único propósito de la alabanza

En todo culto verdadero, Dios mismo es el objeto del culto, el asunto del culto, y el poder del culto. Por eso, el capítulo que meditamos es un hermoso ejemplo de un cántico de alabanza. Es el lenguaje de un pueblo redimido, celebrando las alabanzas de Aquel que los ha redimido. “Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación. Este es mi Dios, y lo alabaré; Dios de mi padre, y lo enalteceré. Jehová es varón de guerra; Jehová es su nombre... ¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?... Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada... Jehová reinará eternamente y para siempre” (v. 2-3, 11, 13, 15, 18). ¡Qué ancha esfera abarca este cántico! Comienza con la redención y termina con la gloria. Comienza por la cruz y se termina con el reino. Se parece a un hermoso arco iris, del cual una de las extremidades se apoya en “los sufrimientos” y otra en “las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pedro 1:11). Todo se refiere a Jehová. Es una efusión del alma producida por la contemplación del Dios de misericordia y de gloria, y de sus maravillosas obras. Además, el cántico hace mención del cumplimiento presente de los designios de Dios: “lo llevaste con tu poder a tu santa morada” (v. 13). Los hijos de Israel podían hablar así, aunque apenas habían pisado el borde del desierto. Su cántico no era la expresión de una vaga esperanza. Cuando el alma no se ocupa más que de Dios, puede sumergirse en la plenitud de su gracia, reanimarse a la luz de su rostro y regocijarse en las abundantes riquezas de su bondadosa misericordia. La perspectiva que se abre delante de ella está libre de toda nube. Se sitúa sobre la roca eterna adonde la ha conducido el amor de un

Dios Salvador. Unida a un Cristo resucitado, recorre la inmensa esfera de los planes y designios de Dios. Fija su mirada en el resplandor supremo de esta gloria que Dios ha preparado para todos aquellos que han lavado y blanqueado sus ropas en la sangre del Cordero.

Esto nos explica el carácter tan pleno, tan brillante y tan elevado de los cánticos que hallamos en las Santas Escrituras. La criatura es puesta a un lado, Dios es el único objeto que llena toda el alma. Nada hay allí que pertenezca al hombre, ni a sus pensamientos o a sus experiencias. Por eso la alabanza puede resonar sin cesar. ¡Cuán diferentes son estos cánticos de los himnos que son la expresión de nuestras faltas, de nuestras debilidades y de nuestra insuficiencia, los que oímos cantar con tanta frecuencia en las congregaciones cristianas! Lo cierto es que nunca podremos cantar con poder e inteligencia mientras nos miremos a nosotros mismos. Siempre descubriremos algo en nosotros que será un obstáculo para nuestro culto. En verdad, muchas personas parecen creer que el estar en un continuo estado de duda y de incertidumbre es una gracia cristiana. De ello resulta que sus himnos participan del mismo carácter de su estado. Estas personas, por sinceras y piadosas que sean, no han llegado todavía, en la experiencia de sus almas, a comprender el verdadero espíritu del culto. Todavía no han terminado con ellas mismas. Aún no han atravesado el mar ni, como un pueblo bautizado en un bautismo espiritual, han tomado su puesto en las orillas, en el poder de la resurrección. Siguen, en un sentido u otro, ocupándose de ellas mismas. No consideran el “yo” como una cosa crucificada, algo con lo cual Dios ha terminado para siempre.

Que el Espíritu Santo dé a todos los hijos de Dios una inteligencia más completa y más digna de su posición y de sus privilegios. Lavados de sus pecados en la sangre de Cristo, están delante de Dios en la misma gracia infinita y perfecta en que Cristo está allí, como el Jefe resucitado y glorificado de su Iglesia. Las dudas y los temores no sientan bien a los hijos de Dios, porque su divino Sustituto no ha dejado ni la sombra de un fundamento donde pueda apoyarse la más pequeña duda o el más ligero temor. Su lugar está dentro del velo. Ellos tienen la

**Libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo
(Hebreos 10:19).**



¿Puede haber dudas y temores en estos lugares santos? Es evidente que el que duda pone en tela de juicio la perfección de la obra de Cristo, esta obra de la cual Dios ha testificado ante toda inteligencia creada, por la resurrección de Cristo de entre los muertos. Cristo no pudo haber salido de la tumba sin que todo motivo de duda o temor para su pueblo quedase completamente des-

vanecido. Por lo tanto, el cristiano tiene el glorioso privilegio de regocijarse siempre en una salvación perfecta. Dios mismo ha venido a ser “su salvación”; nada más debe hacer excepto gozar de los frutos de la obra que Dios ha realizado en favor suyo, y vivir para su gloria esperando el tiempo en que “Jehová reinará eternamente y para siempre” (v. 18).

La salida al desierto

“E hizo Moisés que partiese Israel del Mar Rojo, y salieron al desierto de Shur; y anduvieron tres días por el desierto sin hallar agua” (v. 22). Cuando entramos en la vida de experiencias del desierto, somos puestos a prueba a fin de que se manifieste hasta qué punto conocemos a Dios y a nuestro propio corazón. El principio de nuestra vida cristiana se ve acompañado de un gozo fresco y exuberante que muy pronto es atemperado por el viento seco del desierto. Entonces, a menos que haya un profundo sentimiento de lo que Dios es por nosotros, somos inclinados a dejarnos abatir y a volver en nuestros “corazones... a Egipto” (Hechos 7:39). La disciplina del desierto nos es necesaria, no para darnos derecho a Canaán, sino para enseñarnos a conocer a Dios y a nuestro propio corazón, para permitirnos comprender el poder de nuestra relación con Dios, y a fin de capacitarnos para gozar de Canaán cuando realmente entremos en la tierra prometida (véase Deuteronomio 8:2-5).

El tierno y lozano verdor de la primavera, con ese encanto que le es propio, pronto desaparece ante los abrasadores calores del verano. Pero este mismo calor que destruye el espléndido y verde ropaje de la primavera produce, con su acción bienhechora, los dulces y maduros frutos del otoño. Lo mismo acontece en la vida cristiana. Sabida es la grande analogía que existe, muy notable e instructiva por cierto, entre los principios que rigen el reino de la naturaleza y los que caracterizan el reino de la gracia, siendo unos y otros la obra del mismo Dios.

Podemos considerar a los israelitas bajo tres posiciones distintas: en Egipto, en el desierto y en la tierra de Canaán. En cada una de estas posiciones son un “ejemplo para nosotros”, pero nosotros nos hallamos a la vez en las tres posiciones. Si bien esto parezca algo paradójico, es absolutamente cierto. En realidad, nos encontramos en Egipto, rodeados por las cosas naturales que se adaptan perfectamente al corazón natural. Pero, por cuanto Dios nos ha llamado por su gracia a tener comunión con su Hijo Jesucristo, y según los afectos y deseos de la nueva naturaleza que hemos recibido de él, estamos necesariamente fuera de todo aquello que pertenece a Egipto, es

decir, al mundo en su estado natural. Esto nos hace experimentar de una manera práctica la vida en el desierto. La naturaleza divina suspira ardientemente por otro orden de cosas, por una atmósfera más pura que la que nos rodea; nos hace sentir que Egipto es, moralmente, un desierto.

Sin embargo, ante Dios estamos eternamente unidos con Aquel que entró triunfante en el lugar santísimo y se sentó a la diestra de la Majestad. Es nuestro privilegio saber por la fe que estamos sentados

En los lugares celestiales con Cristo Jesús



(Efesios 2:6).

Por tanto, en cuanto a nuestros cuerpos estamos en Egipto, en cuanto a nuestra experiencia estamos en el desierto, mientras que, al mismo tiempo, la fe nos introduce en espíritu a Canaán, y nos capacita para alimentarnos “de los frutos de la tierra” (Josué 5:11-12), es decir, de Cristo; no solamente de un Cristo descendido al mundo, sino también de un Cristo subido al cielo y sentado allí en la gloria (comp. 1 Timoteo 3:16).

Mara, las aguas amargas

En los últimos versículos vemos a Israel en el desierto. Habían caído terribles juicios sobre Egipto, mientras que Israel había sido librado de todos ellos. Los egipcios del ejército de Faraón yacían muertos en las orillas del mar, Israel estaba seguro y triunfante. Hasta entonces todo había ido bien, pero, ¡ay! las cosas pronto iban a cambiar de aspecto. Los cánticos de alabanza dieron lugar a palabras de murmuración: “Y llegaron a Mara, y no pudieron beber las aguas de Mara, porque eran amargas; por eso le pusieron el nombre de Mara. Entonces el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Qué hemos de beber?” (v. 23-24). Y más adelante: “Y toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto; y les decían los hijos de Israel: Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud” (cap. 16:2-3).

He aquí las pruebas del desierto: ¿Qué comeremos y qué beberemos? Las aguas de Mara pusieron a prueba el corazón del pueblo de Israel y manifestaron su espíritu murmurador. Pero Jehová les hizo ver que no hay amargura que no pueda ser endulzada por medio de la gracia. “Y Moisés clamó a Jehová, y Jehová le mostró un árbol; y lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron. Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los probó” (v. 25). Qué hermoso ejemplo nos ofrece este

“árbol” de Aquel que, por la gracia infinita, fue metido en las aguas amargas de la muerte, a fin de que esas aguas nos fuesen endulzadas para siempre. Podemos decir verdaderamente que “ya pasó la amargura de la muerte” (1 Samuel 15:32) y que quedan para nosotros las dulzuras eternas de la resurrección.

El versículo 26 nos enseña lo importante en la primera etapa de la carrera de los redimidos de Jehová a través del desierto. Durante este período se corre el riesgo de entregarse a un espíritu de agitación, de impaciencia y de murmuración. El único medio para guardarse de ese espíritu es fijar firmemente la mirada en Jesús:

Puestos los ojos en Jesús

“ (Hebreos 12:2).

Bendito sea su nombre, él se manifiesta siempre de la manera más apropiada a las necesidades de su pueblo; los suyos, en lugar de quejarse por las circunstancias en que se hallan, deberían aprovecharlas para dirigirle continuamente nuevas peticiones. De esta manera, el desierto nos será útil para enseñarnos lo que es Dios. Es una escuela en la que aprendemos a conocer su gracia longánime y sus abundantes tesoros de bondad. “Y por un tiempo como de cuarenta años los soportó en el desierto” (Hechos 13:18). El hombre espiritual reconocerá siempre que vale la pena encontrar aguas amargas cuando Dios viene a endulzarlas. “Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:3-5).

Elim, doce fuentes y setenta palmeras

No obstante, el desierto tiene sus “Elim” lo mismo que sus “Mara”, sus fuentes y palmeras, así como sus aguas amargas. “Y llegaron a Elim, donde había doce fuentes de aguas, y setenta palmeras; y acamparon allí junto a las aguas” (v. 27). En su gracia y ternura, el Señor prepara verdes lugares de reposo en el camino de su pueblo peregrino por el desierto. Aunque solo sean oasis, sirven perfectamente para refrescar el espíritu y reanimar el corazón. La estancia en Elim era muy apropiada para calmar a los israelitas y hacer cesar las murmuraciones. La deliciosa sombra de sus palmeras y las aguas refrescantes de sus fuentes eran muy apropiadas después de la prueba de “Mara”. Nos presentan, en figura, las excelentes virtudes de ese ministerio espiritual del cual Dios se sirve para proveer a las necesidades de su pueblo. Los números “doce” y “setenta” están en íntima relación con el ministerio apostólico (Lucas 10:1, 17; 6:13).

A pesar de eso, “Elim” distaba de ser “Canaán”. Las fuentes y las palmeras de Elim anticipaban solo un pequeño goce del hermoso país, situado más allá de los límites de ese desierto estéril en que acababan de entrar los redimidos de Jehová. Israel podía, sin duda alguna, apagar allí su sed y hallar un agradable refugio contra los ardores del sol. Pero estas aguas y esta sombra eran solo las del desierto. Su objeto momentáneo era el de reanimar y fortalecer al pueblo en su marcha hacia Canaán. El mismo fin tiene el ministerio en la Iglesia: es un auxilio para nuestras necesidades al cual recurrimos para refrigerarnos, fortalecernos y reanimarnos. “Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

El maná, pan del cielo

Las murmuraciones del pueblo

Partió “luego de Elim toda la congregación de los hijos de Israel, y vino al desierto de Sin, que está entre Elim y Sinaí, a los quince días del segundo mes después que salieron de la tierra de Egipto” (v. 1). Aquí vemos a Israel en una interesante y notable posición. El pueblo está todavía en el desierto, pero se halla en una parte muy importante y significativa, a saber, “entre Elim y Sinaí”. El primero de estos lugares era donde Israel había gustado recientemente las refrescantes aguas del ministerio divino. El segundo era aquel donde ellos iban a abandonar el terreno de la gracia gratuita y soberana para ponerse bajo un pacto de obras. Los hijos de Israel aparecen aquí como los objetos de la misma gracia que los había hecho salir de la tierra de Egipto; por eso Dios responde a sus murmuraciones con el oportuno socorro. Cuando Dios obra en la manifestación de su gracia, no halla obstáculo alguno para bendecir. Las bendiciones que él derrama corren sin interrupción. Solo cuando el hombre se coloca bajo la ley pierde todos los privilegios de la gracia, porque entonces es necesario que Dios le deje experimentar hasta dónde puede llegar en virtud de sus propias obras.

Cuando Dios visitó y redimió a su pueblo, y lo hizo salir de la tierra de Egipto, no fue ciertamente con el fin de hacerle morir de hambre en el desierto. Los hijos de Israel deberían haberlo sabido. Deberían haber confiado en Dios y caminado en íntima comunión con este amor que los había librado de una manera tan gloriosa de los horrores de la esclavitud en Egipto. Deberían haberse acordado que era infinitamente mejor estar en el desierto con Dios que en medio de los hornos de ladrillos con Faraón. Pero no, al corazón humano le cuesta mucho trabajo creer en el amor puro y perfecto de Dios. Tiene mayor confianza en el diablo que en Dios (comp. Génesis 3:1-6). Consideremos por un momento todos los sufrimientos, la miseria y la degradación que el hombre ha sufrido por haber dado oídos a la voz de Satanás; no obstante, jamás le oiremos quejarse de servirle, ni expresar el menor deseo de sustraerse a su influencia. El hombre no está descontento de Satanás, ni cansado de servirle. Todos los días recoge los amargos frutos de ese campo que el diablo ha abierto delante de él, y todos los días se le ve sembrar de nuevo la misma semilla y someterse a los mismos trabajos.

El hombre obra de una manera muy distinta respecto a Dios. Cuando hemos empezado a caminar por su senda, estamos dispuestos a murmurar y a rebelarnos tan pronto como se nos presenta la primera apariencia de prueba o tribulación. Y esto es por falta de cultivar en nosotros

un espíritu de agradecimiento y confianza. Olvidamos fácilmente diez mil misericordias ante la más pequeña privación. Hemos recibido el perdón gratuito de todos nuestros pecados (Efesios 1:7; Colosenses 1:14); somos

Aceptos en el Amado

“ (Efesios 1:6);

herederos de Dios y coherederos con Cristo (Romanos 8:17; Efesios 1:11; Gálatas 4:7); esperamos la gloria eterna (Romanos 8:18-25; Filipenses 3:20-21; Gálatas 5:5; Tito 2:13; 1 Juan 3:2, etc.) Además, nuestro camino a través del desierto está sembrado de innumerables favores (Romanos 8:28). A pesar de esto, cuando una nube grande como la palma de la mano aparece en el horizonte —nube que, después de todo, tal vez no hará otra cosa que deshacerse en bendiciones sobre nuestras cabezas— olvidamos inmediatamente las múltiples gracias que nos han sido concedidas. Este pensamiento debería humillarnos profundamente en la presencia de Dios. ¡Cuán diferente en esto, así como en todo lo demás, ha sido nuestro divino modelo! Mirémosle a él, el verdadero Israel en el desierto, rodeado de fieras y ayunando durante cuarenta días. ¿Murmuró él? ¿Se quejó? ¿Deseaba estar en otras circunstancias? No; Jehová era la porción de su herencia y de su copa (Salmo 16:5). Por eso, cuando el tentador se le acercó, ofreciéndole las cosas necesarias para la vida, sus glorias, distinciones y honores, lo rechazó todo. Permaneció firme en la posición de dependencia absoluta de Dios y en la obediencia implícita a su Palabra. No quiso tomar el pan ni la gloria que le eran ofrecidos, por no ser de las manos de Dios.

¡Cosa muy distinta sucedió con Israel según la carne! Tan pronto como los hijos de Israel se sintieron apremiado por el hambre, murmuraron “contra Moisés y Aarón en el desierto” (v. 2). Parecían haber realmente olvidado que era Jehová quien los había liberado, porque dijeron: “Nos habéis sacado a este desierto” (v. 3). Y poco después añaden, murmurando contra Moisés: “¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?” (cap. 17:3). En cada ocasión manifestaron un espíritu irritado y descontentadizo, el que mostraba cuán poco eran conscientes de la presencia de su poderoso y benigno Libertador, cuán poco habían aprendido a apoyarse en su fuerte brazo.

Nada deshonra tanto a Dios como las murmuraciones de los suyos. El apóstol habla de este espíritu como de un signo especial de la corrupción de los gentiles, que “habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, *ni le dieron gracias*” (Romanos 1:21). Luego, señala la consecuencia práctica de esta conducta: “sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio cora-

zón fue entenebrecido”. El que no cultiva en su corazón un espíritu de gratitud hacia Dios por sus bondades pronto se verá “entenebrecido”. De esta manera Israel olvidó que se hallaba en las manos de Dios y ello, como sería de esperar, le condujo a tinieblas mucho más densas todavía, porque más adelante en su historia le oímos decir: “¿Por qué nos trae Jehová a esta tierra *para caer a espada*, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa?” (Números 14:3). Tal es la pendiente que sigue el alma cuando ha perdido su comunión con Dios. Comienza por no darse cuenta de que está en las manos de Dios para su bien, y termina por creerse en las manos de Dios para su mal. ¡Triste progreso!

El maná

Sin embargo, por hallarse Israel todavía bajo la gracia, Dios provee a todas sus necesidades de una manera maravillosa, como nos lo enseña este capítulo. “Y Jehová dijo a Moisés: He aquí yo os haré llover pan del cielo” (v. 4). Mientras estaban envueltos por la fría nube de la incredulidad, los israelitas habían dicho: “¡Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos!” (v. 3). Y Dios les responde hablándoles del “pan del cielo”. ¡Glorioso contraste! ¡Qué diferencia entre “las ollas de carne” y el pan de Egipto, con el maná del cielo, el pan de los ángeles! Las primeras cosas pertenecen a la tierra, mientras la segunda desciende del cielo.

Pero este alimento celestial era la piedra de toque para probar a Israel, así como está escrito: “Para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no” (v. 4). Era pues preciso tener el corazón completamente libre de las influencias de Egipto para sentirse satisfecho con el “pan del cielo” y gozar de él. En realidad, sabemos que los israelitas no se contentaron con ese pan. Lo despreciaron, confesándose fastidiados de “este pan tan liviano” (Números 21:5). Ellos codiciaban la carne de Egipto, con lo que mostraron cuán poco separado de Egipto se hallaba su corazón, y cuán mal dispuesto estaba para observar la ley de Jehová. Los israelitas “en sus corazones se volvieron a Egipto”. Pero en vez de volver allí, más tarde fueron exiliados “más allá de Babilonia” (Hechos 7:39, 43). He aquí una seria lección para los cristianos. Si los que han sido librados del presente siglo malo no caminan con Dios con corazones agradecidos, satisfechos con la provisión que Dios ha hecho para sus redimidos en el desierto, están en peligro de ser envueltos en los lazos de la influencia babilónica. Es menester tener afectos celestiales para nutrirse de pan del cielo. La naturaleza no puede saborear tal alimento; suspira siempre por Egipto. Por eso es necesario mantenerla continuamente sujeta y humillada.

Cristo, el pan vivo que bajó del cielo

Los cristianos que hemos sido bautizados en Cristo por su muerte, sepultados con él en el bautismo y resucitados juntamente con él por “la fe en el poder de Dios” (Romanos 6:3, Colosenses 2:12), tenemos el privilegio de alimentarnos de Cristo como

El pan vivo que descendió del cielo



(Juan 6:51).

Nuestro alimento en el desierto es Cristo, tal como nos lo presenta el Espíritu Santo por medio de la Palabra escrita, mientras que nuestra bebida espiritual es el mismo Espíritu Santo, quien, a semejanza del agua de la peña, proviene de un Cristo herido por nosotros. Esta es nuestra buena parte en el desierto de este mundo.

Ahora bien, es evidente que para disfrutar de esta parte, nuestro corazón debe estar del todo desligado de lo que pertenece al presente siglo malo, de todo aquello que podría atraernos como hombres naturales, como seres viviendo todavía en la carne. Un corazón mundano y carnal no hallará a Cristo en las Escrituras ni gozará de él si le encuentra. El maná era tan puro y tan delicado que no podía soportar el menor contacto con la tierra. Descendía sobre el rocío (v. 13-16; Números 11:9) y debía ser recogido antes del calor del día (v. 21). Cada uno debía madrugar para recoger su alimento cotidiano. Así también sucede ahora con el pueblo de Dios. El maná espiritual ha de ser recogido fresco cada mañana. El maná de ayer de nada sirve para hoy, ni el de hoy para mañana. Debemos alimentarnos de Cristo cada día con nueva energía del Espíritu o, de lo contrario, cesaremos de crecer. Además, debemos hacer de Cristo el primer objeto. Es conveniente que le busquemos *temprano*, antes de dar lugar a que otras cosas se apoderen de nuestros débiles corazones. Muchos de entre nosotros faltan, desgraciadamente, a este respecto. Damos a Cristo un lugar secundario y, en consecuencia, quedamos débiles y estériles. El enemigo, siempre vigilante, se aprovecha de nuestra indolencia espiritual para privarnos de las bendiciones y de las fuerzas que se reciben nutriéndose de Cristo. La vida nueva del creyente no puede ser alimentada y sostenida *más que por Cristo*. “Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí” (Juan 6:57).

La gracia del Señor Jesucristo, quien descendió del cielo para ser la comida de su pueblo, es de un valor inapreciable para el alma renovada. Pero para gozar así de Cristo, debemos darnos cuenta de que estamos en el desierto, puestos aparte por Dios en virtud de una redención cumplida. Si yo camino con Dios en el desierto, estaré satisfecho del alimento que él me da, es decir, de Cristo

descendido del cielo para ser mi pan. Las “espigas” y “los frutos de la tierra de Canaán” (Josué 5:11-12) hallan su antitipo en *Cristo cuando subió “a lo alto”* y se sentó en la gloria. Como tal, es el alimento indispensable para los que por la fe saben que están juntamente resucitados con Cristo y sentados en lugares celestiales con él. Pero el maná, es decir, *Cristo descendido del cielo*, es el sostén del pueblo de Dios en su vida y en su experiencia en el desierto. Como pueblo extranjero aquí abajo, tenemos necesidad de un Cristo que también ha sido extranjero en la tierra. Como pueblo sentado arriba en la gloria, tenemos un Cristo sentado en el cielo. Esto podría explicar la diferencia que existe entre “el maná” y “los frutos de la tierra”. No se trata de la redención; esta la tenemos ya por la sangre de la cruz, y solamente en ella. Se considera aquí únicamente la provisión que Dios ha hecho para su pueblo, en vista de las diferentes posiciones en que este se halla, ya sea luchando en el desierto, ya tomando posesión, por la fe, de su herencia celestial.

La gloria de Jehová en la nube

¡Qué imagen más admirable nos ofrece Israel en el desierto! Detrás de sí tenía a Egipto, delante la tierra de Canaán y en torno suyo la arena del desierto; mientras que, en cuanto a sí mismo, estaba llamado a mirar al cielo para su sustento de cada día. El desierto no tenía ni una brizna de hierba, ni una sola gota de agua para brindar al Israel de Dios; solo en Jehová estaba su porción. Los cristianos no tienen nada aquí abajo. Siendo su vida del cielo, esta no puede ser mantenida más que por cosas celestiales. Aunque están *en* el mundo, no son *del* mundo, porque Cristo los ha escogido del mundo. Como pueblo celestial se hallan de camino hacia su patria y son sostenidos por el alimento enviado desde allí. Avanzan hacia el cielo. La gloria *solo* los dirige hacia ese lado. Es completamente inútil volver la mirada atrás, a Egipto, porque en esta dirección no se vislumbra ningún rayo de gloria. “Y hablando Aarón a toda la congregación de los hijos de Israel, *miraron hacia el desierto*, y he aquí la gloria de Jehová apareció en la nube” (v. 10). El carro de fuego de Jehová estaba en el desierto, y todos aquellos que deseaban tener comunión con él también debían estar en el desierto con él. Y si estaban allí, el maná celestial había de ser su único alimento.

Cristo, el alimento del cristiano

Es cierto que este maná era un alimento extraño; un alimento tal que un egipcio no habría podido comprenderlo, ni apreciarlo, ni alimentarse de él jamás. Pero aquellos que habían sido “bautizados en la nube y en el mar” (1 Corintios 10:2) podían gozar de este maná y alimentarse de él, si se mantenían en la posición en que acababan de ser introducidos por este bautismo. El hombre del mundo no comprende como vive el cristiano. Tanto su vida como el alimento que la sos-

tiene son impenetrables para el ojo natural más experto. Cristo es la vida del cristiano, y él vive de Cristo. Se nutre por la fe de la gracia poderosa de Aquel, “el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5) y que

“ Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres
(Filipenses 2:7).

Le sigue desde el seno del Padre a la cruz, de la cruz hasta el trono, y halla en él, en cada período de su carrera y en todas las fases de su vida, un precioso alimento para el nuevo hombre. Todo lo que rodea al cristiano, aunque en realidad es el Egipto de este mundo, no es más que un desierto árido y desolado, sin tener nada que satisfaga un espíritu renovado. Si por desgracia el alma halla allí algún alimento, sus progresos en la vida espiritual son entorpecidos en la misma medida en que se nutre de tales alimentos. La única provisión que Dios ha hecho para nosotros es el maná (es decir Cristo) y el creyente debería alimentarse siempre y exclusivamente de él (comp. Levítico 7:11-36).

¡Cuán deplorable es ver tantos cristianos buscando las cosas de este mundo! Esto prueba claramente que están «fastidiados» del maná del cielo y que lo consideran como un “pan tan liviano” (Números 21:5). Están sirviendo a aquellas mismas cosas que deberían mortificar. La actividad del hombre nuevo está siempre vinculada con deshacerse “del viejo hombre con sus hechos” (Colosenses 3:9). Cuanto más completo sea este despojo, tanto más deseará nutrirse del “pan que sustenta la vida del hombre” (Salmo 104:15). Así como en el orden físico, cuanto mayor es el ejercicio, mejor es el apetito, así también en nuestra vida espiritual, cuanto más se ponen en juego nuestras renovadas facultades, tanto más sentimos la necesidad de alimentarnos de Cristo cada día. Una cosa es saber que tenemos vida en Cristo Jesús, unida a un completo perdón y a una aceptación perfecta ante Dios, y otra muy diferente tener habitualmente comunión con él, nutriéndonos de él por la fe, y haciéndole el único alimento de nuestras almas. Muchos son los que profesan haber hallado el perdón y la paz en Cristo; en realidad, se nutren con una variedad de cosas que no tienen ninguna relación con él. Alimentan sus mentes con la lectura de los periódicos y de la literatura frívola e insípida de nuestros días. ¿Hallarán allí a Cristo? ¿Es por esos medios cómo el Espíritu Santo nutre al alma con Cristo? ¿Es este el puro rocío sobre el cual descende el maná celestial para servir de alimento a los redimidos de Jehová en el desierto? ¡Ay! no; esos son los alimentos groseros en los cuales se deleita el espíritu carnal. La Palabra de Dios nos enseña que en cada cristiano hay dos naturalezas distintas. Que se pregunte, pues, cuál

de estas dos naturalezas se alimenta de las noticias y de la literatura del mundo. ¿La nueva o la vieja? La respuesta no es dudosa. ¿Cuál, pues, de las dos queremos alimentar? Nuestra conducta será, seguramente, la respuesta más eficaz a esta pregunta. Si yo deseo sinceramente crecer en la vida espiritual, si mi objeto principal es ser hecho semejante a Cristo y consagrarme del todo a él, si de veras aspiro a que el reino de Dios haga progreso *en mi corazón*, indudablemente buscaré siempre el alimento que Dios me ha preparado para mi desarrollo espiritual. Esto es muy natural y sencillo. Las acciones de un hombre siempre son el indicio más seguro de sus deseos e intenciones. Así, si yo hallo a un cristiano que descuida su Biblia y que, sin embargo, encuentra tiempo suficiente –al no ser algunas de sus mejores horas– para leer periódicos u otros tantos libros por lo menos fútiles y con frecuencia perniciosos, no me será difícil juzgar la verdadera condición de su alma. Estaré seguro de que el tal no puede ser un cristiano espiritual, porque no se alimenta de Cristo y, por lo tanto, no puede vivir para él ni rendirle un fiel testimonio.

Si un israelita hubiese descuidado recoger, temprano por la mañana, la porción de pan que la gracia de Dios había preparado para él, pronto habría carecido de las fuerzas necesarias para continuar su viaje. Asimismo es necesario que nosotros hagamos de Cristo el objeto soberano de nuestras almas. Si no, nuestra vida espiritual declinará inevitablemente. Los sentimientos y las experiencias relacionados con Cristo no pueden constituir nuestro alimento espiritual, porque son variables y sujetos a mil fluctuaciones. El pan de vida de ayer era Cristo, Cristo debe ser el de hoy, el de la eternidad. Tampoco es suficiente que nos alimentemos en parte de Cristo y en parte de otras cosas. Como *solo Cristo es la vida*, así también el “vivir” *solo* puede ser Cristo. Así como no podemos mezclar nada a lo que *comunica* la vida, tampoco podemos mezclar nada a lo que la *sostiene*.

El vaso de maná en el arca

Es perfectamente cierto que al igual que Israel comió de “los frutos de la tierra” (Josué 5), nosotros podemos, en espíritu y por la fe, alimentarnos ahora de un Cristo resucitado y glorificado, subido al cielo en virtud de una redención cumplida. Y no solamente esto, sino que sabemos que cuando los redimidos de Dios hayan entrado en las gloriosas esferas del reposo y de la inmortalidad que se hallan más allá del Jordán, habrán terminado, de hecho, con el alimento del desierto; pero no habrán terminado con Cristo ni con el recuerdo de lo que ha sido su alimento en el desierto. Dios quería que Israel no olvidase nunca, en medio de la leche y la miel de la tierra de Canaán, lo que le había sostenido durante los cuarenta años de su peregrinación por el desierto. “Esto es lo que Jehová ha mandado: Llenad un gomer de él, y guardadlo para vuestros descen-

dientes, a fin de que vean el pan que yo os di a comer en el desierto, cuando yo os saqué de la tierra de Egipto... Y Aarón lo puso delante del Testimonio para guardarlo, como Jehová lo mandó a Moisés” (v. 32, 34; Hebreos 9:4).

¡Precioso monumento de la fidelidad de Dios! Él no les dejó perecer de hambre como temían sus insensatos e incrédulos corazones. Hizo llover pan del cielo para ellos, los alimentó con pan de los ángeles, veló sobre ellos con toda la ternura de una madre, usó de paciencia en sus rebeliones y los llevó sobre alas de águila. Y si hubiesen perseverado en la gracia, los habría puesto en posesión perpetua de todas las promesas hechas a sus padres. El vaso de maná con la porción de un día –porque contenía un gomer– puesto delante de Jehová, es una figura llena de instrucción para nosotros. Ese maná no crió gusanos ni tampoco ningún otro germen de corrupción; era el memorial de la fidelidad de Dios proveyendo a las necesidades de aquellos a quienes había librado de las manos del enemigo.

No hacer provisión de maná para el día de mañana

Sin embargo, no acontecía así cuando el hombre recogía el maná para sí mismo; entonces los síntomas de descomposición se manifestaban muy pronto. Jamás pensaríamos en hacer acopio de provisiones si comprendiésemos la verdad y la realidad de nuestra posición. Nuestro privilegio es alimentarnos de Cristo día tras día, como siendo Aquel que descendió del cielo para dar vida al mundo. Pero si alguno, al olvidar su verdadera posición, quiere hacer provisión para mañana, es decir, quiere reservarse la verdad en vez de aprovecharla para renovar sus fuerzas, seguramente esta verdad se corromperá. Conocer la verdad es una cosa muy seria, porque no hay ni un principio que profesamos haber aprendido que no debemos manifestar de una manera práctica. Dios no quiere que seamos teóricos. Al escuchar a ciertas personas –sea en sus oraciones, sea en sus conversaciones– haciendo ardientes votos de consagración, con frecuencia uno tiembla, temiendo que cuando llegue la hora de la prueba, esas personas no tengan suficiente energía espiritual para ejecutar lo que sus labios pronunciaron.

Hay un grave peligro cuando la inteligencia se adelanta a la conciencia y a los afectos del corazón. De esto proviene que algunos parecen hacer muy rápidos progresos hasta que llegan a cierto punto; llegados allí, se detienen completamente y parecen retroceder. Son semejantes al israelita que recogía más maná del necesario para un día. A primera vista, podía parecer mucho más diligente que los demás respecto a esto, pero cada grano que recogía de más para cubrir sus necesidades diarias no solamente era inútil, sino que “crió gusanos”. El cristiano también debe

usar lo que recoge; debe alimentarse de Cristo porque su alma tiene necesidad de él. Esta necesidad nace del servicio activo y actual. El carácter y los planes de Dios, la excelencia y hermosura de Cristo, así como las vivas y profundas realidades de las Escrituras son revelados solo a la fe y a las necesidades presentes del alma. Nuestra porción será aumentada a medida que usemos la que ya hemos recibido. La vida del creyente debe ser práctica; y en esto un gran número de entre nosotros se halla culpable. Sucede con frecuencia que los que adelantan más rápidamente en la teoría son los más lentos en la práctica, porque se trata en ellos más bien de un trabajo de la inteligencia, no del corazón y de la conciencia. Nunca deberíamos olvidar que el cristianismo no es un conjunto de opiniones o de miras, ni un sistema de dogmas. Es ante todo y sobre todo una realidad divina, algo personal, práctico, potente, manifestándose en todos los acontecimientos y circunstancias de la vida diaria, esparciendo su influencia purificadora sobre el carácter y la vida del individuo, aportando sus disposiciones celestiales en todas las relaciones en que el hombre puede hallarse ante Dios. En otras palabras, el cristianismo es la consecuencia lógica y natural del hecho de estar unidos a Cristo y ocupados en él. ¡Así es el cristianismo! Se puede tener un claro entendimiento de todas estas cosas, ideas correctas, principios sanos, sin tener la menor comunión con Jesús; y cuando sea puesta a prueba, se verá que una profesión de fe ortodoxa sin Cristo no es más que una cosa fría, estéril y muerta.

Piense usted en esto seriamente. No solo es salvo por Cristo, sino que vive también de él. Búsquele “*cada mañana*”; búsquele a él *solo*. Cuando alguna otra cosa llame su atención, pregúntese: «¿Habla esto de Cristo a mi alma? ¿Me enseña algo nuevo acerca de él? ¿Me unirá más a su persona?» Si la respuesta es negativa, rechace lo que sea sin vacilar. Sí, rechácelo aunque se presente ante usted bajo el más agradable aspecto y se apoye en la autoridad más respetable. Si realmente tiene deseos de avanzar en la vida divina, de progresar espiritualmente, de conocer a Cristo personalmente, entonces medite seriamente en este asunto. Haga de Cristo su alimento habitual. Recoja el maná que desciende sobre el rocío, y nútrase con él con el apetito estimulado por una marcha vigilante con Dios a través del desierto. La rica gracia del Señor le fortifique abundantemente para todas estas cosas, por medio del Espíritu Santo .

El día de reposo o sábado

Hay también en este capítulo otro asunto que mencionaremos, a saber, la institución del día de reposo (o sábado) relacionado con el maná y con la posición de Israel, tal como nos es expuesta aquí. Desde el capítulo 2 del Génesis hasta el capítulo 16 del Éxodo no se hace mención de esta institución. Esto es digno de atención. El sacrificio de Abel, el caminar de Enoc con Dios, la

predicación de Noé, la vocación de Abraham, con las historias detalladas de Isaac, Jacob y José, están allí todos relatados. Pero, no se hace ninguna alusión al día de reposo hasta el momento en que hallamos a Israel reconocido como un pueblo en relación con Jehová y puesto bajo la responsabilidad derivada de esta relación. El día de reposo, interrumpido en Edén, lo vemos instituido de nuevo para Israel en el desierto. Pero, ¡ay!, el hombre no ama el reposo de Dios. “Y aconteció que algunos del pueblo salieron en el séptimo día a recoger, y no hallaron. Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo no querréis guardar mis mandamientos y mis leyes? Mirad que Jehová os dio el día de reposo, y por eso en el sexto día os da pan para dos días” (v. 27-29). Dios quería que su pueblo gozase de un dulce reposo con él. Quería darle descanso, alimento y bebida, aun en el desierto. Pero el corazón del hombre no está dispuesto a reposarse con Dios. Los israelitas podían recordar los tiempos en que se sentaban “a las ollas de carne” en la tierra de Egipto, pero no podían apreciar la bendición de sentarse, cada uno en su tienda, gozando con Dios del santo día de reposo, alimentándose con el pan del cielo.

Y nótese que aquí el sábado es presentado como un don. “Jehová os dio el día de reposo” (v. 29). Más adelante, en este mismo libro, lo hallamos mencionado de nuevo bajo la forma de ley, acompañado de una maldición y de juicio, en caso de desobediencia. Pero, para el hombre caído, lo mismo da que reciba un privilegio o una ley, una bendición o una maldición. Su *naturaleza* es siempre la misma, mala. No puede descansar con Dios ni trabajar para Dios. Si Dios trabaja y le prepara un reposo, él no quiere guardarlo. Si Dios le ordena trabajar, se resiste a hacer las obras que Dios le propone. Así es el hombre en sus pecados. No ama a Dios. Podrá servirse del nombre del sábado para exaltarse a sí mismo, o como una prueba de su propia piedad; pero el versículo 27 nos muestra que es incapaz de apreciar el día de reposo *de Jehová* como un *don*, mientras que en Números 15:32-36, vemos su incapacidad de guardarlo como *ley*.

Sabemos que el día de reposo, así como el maná, era un tipo. En sí mismo, el día de reposo era una bendición, un favor de parte de un Dios de amor y de gracia. El quería suavizar el trabajo y la pena en un mundo maldito a causa del pecado, dando un día de reposo en cada siete. Bajo cualquier aspecto que consideremos la institución del día de reposo, la veremos siempre fecunda en gracias excelentes, lo mismo para el hombre que para la creación animal. Y si los cristianos guardan “el primer día de la semana”, “el día del Señor”, según las reglas que le son propias, se puede discernir en ese día la misma providencia llena de gracia. “El día de reposo fue hecho por causa del hombre” (Marcos 2:27) y el hombre no lo ha observado nunca de una manera conforme al pensamiento de Dios. Sin embargo, esto no disminuye en nada la gracia que resplandece

en su institución ni despoja a ese día de su importancia como figura del reposo eterno que permanece para el pueblo de Dios, o como sombra de esta sustancia de la cual la fe se goza ahora en la persona y en la obra de un Cristo resucitado.

No se imagine alguien que el autor de estas páginas quiera menoscabar en lo más mínimo este día misericordiosamente puesto aparte, para reposo del hombre y de la creación animal, ni mucho menos atacar el lugar importante que el día del Señor ocupa en el Nuevo Testamento. Como hombre, aprecia demasiado el primero de estos días, y como cristiano goza demasiado del último, para decir o escribir una sola palabra que pudiese quitar alguna importancia al uno o al otro. Solamente ruega al lector que no prejuzgue la cuestión, sino que pese con imparcialidad, en la balanza de las Sagradas Escrituras, los pensamientos expuestos aquí, antes de formar su opinión. Si el Señor lo permite, volveremos al asunto más adelante. Entre tanto, procuremos apreciar mejor el santo reposo que nuestro Dios nos ha preparado en Cristo. Y mientras gozamos de él como nuestro reposo, nutrémonos de él como del “maná escondido” (Apocalipsis 2:17) y conservado en el lugar santísimo por el poder de la resurrección. Este es el memorial de lo que Dios ha cumplido en favor nuestro, descendiendo a la tierra en su gracia infinita, a fin de que pudiéramos estar siempre delante de él, en la perfección de Cristo, y nutrirnos eternamente con sus inagotables riquezas.

Refidim

Altercado del pueblo

Toda la “congregación de los hijos de Israel partió del desierto de Sin por sus jornadas, conforme al mandamiento de Jehová, y acamparon en Refidim; y no había agua para que el pueblo bebiese. Y altercó el pueblo con Moisés, y dijeron: Danos agua para que bebamos. Y Moisés les dijo: ¿Por qué altercáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Jehová?” (v. 1-2). Si no conociésemos un poco la malicia tan humillante de nuestros pobres corazones, no podríamos explicarnos la pasmosa insensibilidad de los israelitas en presencia de la bondad, de la fidelidad y de los poderosos hechos de Jehová. Acababan de ver descender el pan del cielo para alimentar a un pueblo numeroso en el desierto, y helos aquí dispuestos a apedrear a Moisés por haberlos llevado a ese desierto con el fin de hacerlos morir de sed. Nada hay que sobrepase la terrible incredulidad del corazón humano, excepto la sobreabundante gracia de Dios. Solo esta gracia da alivio al alma en presencia de la creciente conciencia de lo malo de su naturaleza que las circunstancias tienden a poner de manifiesto. Si los israelitas hubiesen sido transportados directamente de Egipto a Canaán, no habrían dado tan tristes y frecuentes pruebas de lo que es el corazón humano y, por consiguiente, no habrían sido ejemplos y tipos tan elocuentes para nosotros. Pero los cuarenta años que ellos vagaron por el desierto son para nosotros un abundante caudal de enseñanzas. De ahí aprendemos, entre otras muchas cosas, la tendencia invariable del corazón humano a desconfiar de Dios. Prefiere apoyarse en el frágil tejido de una araña que sobre el fuerte brazo del Dios Omnipotente, sabio y bueno. La más tenue niebla es suficiente para ocultar a su vista la luz esplendorosa del rostro de Dios. Es pues con razón que el corazón del hombre es llamado en las Escrituras “corazón malo de incredulidad”, siempre dispuesto a “apartarse del Dios vivo” (Hebreos 3:12).

Es interesante observar las dos grandes preguntas que hace la incredulidad en este capítulo y en el precedente. Son las mismas preguntas que cada día se hacen en nosotros mismos y en derredor nuestro: “¿Qué comeremos, o qué beberemos?” (Mateo 6:31). No vemos que el pueblo hiciese la que sigue: “¿Qué vestiremos?” He aquí las preguntas del desierto: «¿Qué?», «¿dónde?», «¿cómo?». Para cada una de ellas, la fe no tiene más que una sola respuesta, corta, decisiva, terminante: «¡DIOS!» ¡Preciosa y perfecta respuesta! ¡Haga Dios que conozcamos más perfectamente su poder y plenitud! Cuando somos probados, necesitamos recordar que no nos

“

Ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar
(1 Corintios 10:13).

Cada vez que somos puestos a prueba, tengamos la certeza de que con la prueba vendrá también la salida. Lo único que nos es indispensable en estos casos es poseer una voluntad rendida al Señor y una vista sencilla para ver la salida.

La peña golpeada

“Entonces clamó Moisés a Jehová, diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? De aquí a un poco me apedrearán. Y Jehová dijo a Moisés: Pasa delante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel; y toma también en tu mano tu vara con que golpeaste el río, y vé. He aquí que yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Horeb; y golpearás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo. Y Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel” (v. 4-6). Cada murmuración trae consigo una nueva manifestación de la más perfecta gracia. Aquí vemos brotar las aguas refrescantes de la peña herida, lo que constituye un hermoso tipo del Espíritu Santo dado como el fruto del sacrificio cumplido por Cristo. El capítulo 16 nos presenta una figura de Cristo descendiendo del cielo para dar vida al mundo. En este tenemos la figura del Espíritu Santo “derramado” en virtud de la obra cumplida por Cristo. Y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo (1 Corintios 10:4). Pero, ¿quién pudo haber bebido antes que la peña fuese herida? Israel podría haber contemplado la peña y haber muerto de sed entretanto, porque hasta que la peña no fue herida por la vara de Dios, no podía manar el agua para que Israel bebiese. Esto es muy sencillo. El Señor Jesús es el centro de todos los consejos del amor y de la misericordia de Dios. Por medio de él debían descender todas las bendiciones sobre los hombres. Todos los ríos de la gracia divina debían manar al pie del trono del Cordero de Dios. Pero para que esto fuera posible era necesario que el Cordero fuese inmolado, y que la obra de la cruz se consumara. En el mismo instante en que la Roca de los siglos fue herida por la mano de Jehová, las compuertas del amor eterno se abrieron de par en par, invitando a los pecadores sedientos y moribundos, por el testimonio del Espíritu Santo, a beber abundante y gratuitamente. “El don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38) es el resultado de la obra realizada por Cristo en la cruz. “La promesa (del) Padre” (Lucas 24:49) no podía ser cumplida antes que Cristo se sentase a la diestra de la majestad en los cielos, después de cumplir toda jus-

ticia, responder a todas las demandas de la santidad, magnificar la ley, soportar en todo su rigor la ira de Dios contra el pecado, destruir el poder de la muerte y despojar al sepulcro de su victoria. Hecho todo esto, “subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, tomaste dones para los hombres” (Salmo 68:18). “Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo” (Efesios 4:9-10). Este es el verdadero fundamento de la paz, la felicidad y la gloria de la Iglesia para siempre.

El agua de la peña

Hasta que la peña fue herida, el manantial permaneció cerrado y el hombre sin fuerzas. ¿Qué mano humana podía sacar agua de la dura peña? ¿Y qué justicia humana tendría poder para abrir las fuentes del amor divino? He aquí puesta a prueba la capacidad del hombre. El hombre, por sus actos, sus palabras o sus sentimientos, era incapaz de dar motivo a Dios para que envíe al Espíritu Santo. Pero, gracias a él, lo que el hombre no podía hacer, Dios lo ha hecho: Cristo ha terminado la obra. La verdadera Roca ha sido herida, y las refrescantes aguas han manado de tal suerte que las almas sedientas pueden saciar en ellas su sed. Jesús dice:

“ El agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna
(Juan 4:14).

Y otra vez: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7:37-39; compárese con Hechos 19:2).

Así, como en el maná hemos visto un tipo de Cristo, en el agua brotando de la peña Dios nos presenta una figura del Espíritu Santo. “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”, o sea, el Espíritu Santo (Juan 4:10).

Esa es la enseñanza que el hombre espiritual aprende de la peña herida; pero el nombre dado al lugar donde este tipo fue presentado es un monumento eterno a la incredulidad del hombre. “Y llamó el nombre de aquel lugar Masah (tentación) y Meriba (rencilla), por la rencilla de los hijos de Israel, y porque tentaron a Jehová, diciendo: ¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?” (v. 7). Plantear tal cuestión, después de tantas seguridades y evidencias de la presencia de Dios, prue-

ba claramente la incredulidad profundamente arraigada en el corazón humano. Fue, de hecho, tentar “a Jehová”, y es lo mismo que hicieron los judíos el día que Jesús se manifestó a ellos, tentándole y pidiéndole señal del cielo. La fe nunca obra así: cree y goza de la presencia divina no por medio de señales, sino por el conocimiento que posee de Dios mismo. La fe conoce que Dios está presente, y disfruta con él. ¡Señor, concédenos una confianza mayor y más sincera en Ti!

Amalec

Este capítulo nos presenta otra figura que tiene un interés especial para nosotros. “Entonces vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim. Y dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano” (v. 8-9). El don del Espíritu Santo conduce a la lucha. La luz repele a las tinieblas y las combate (comp. Efesios 5:7-14, 6:12). Allí donde todo es oscuridad no hay lucha; pero la más pequeña lucha manifiesta la presencia de la luz. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis (Gálatas 5:17). Lo mismo acontece en el pasaje que meditamos. En primer lugar vemos la peña herida y las aguas que manan en abundancia de ella, e inmediatamente después leemos: “Entonces vino Amalec y peleó contra Israel”.

Esta es la primera vez que Israel se halla en presencia de un enemigo exterior. Hasta aquí Jehová había combatido *por* ellos, como lo hemos visto en el capítulo 14: “Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (v. 14). En cambio, aquí se dice: “Escógenos *varones*”. Desde ahora Dios combatirá *en* Israel. Sabemos que hay una diferencia inmensa entre los combates de Cristo *por* nosotros y los combates del Espíritu Santo *en* nosotros. Los primeros, gracias a Dios, han terminado ya. La victoria ha sido adquirida, asegurándonos una paz gloriosa y eterna. Los últimos, al contrario, continúan todavía.

Faraón y Amalec representan dos poderes o influencias diferentes. Faraón es la figura de lo que se opone a la liberación de Israel de su esclavitud en Egipto, mientras que Amalec representa los obstáculos en su camino con Dios por el desierto. Faraón se servía de las cosas de Egipto para impedir que Israel sirviese a Jehová; por tanto, representa a Satanás que se sirve del “presente siglo *malo*” (Gálatas 1:4) en contra del pueblo de Dios. Amalec nos es presentado como el prototipo de “la carne”. Era el nieto de Esaú, quien prefirió un potaje de lentejas antes que su derecho de primogenitura (Génesis 36:12). Fue el primero que se opuso a los israelitas después de su bautismo “en la nube y en el mar” (1 Corintios 10:2). Estos hechos demuestran claramente

cuál es su carácter. Además, sabemos que Saúl fue desechado y despojado del reino de Israel por no haber destruido a los amalecitas (1 Samuel 15). Luego vemos que Amán es el último amalecita mencionado en las Escrituras (Ester 3:1). Ningún amalecita podía entrar en la congregación de Jehová. Finalmente, en el capítulo que meditamos, Jehová declara que siempre habrá guerra contra Amalec (comp. Deuteronomio 25:17-19).

Todas estas circunstancias muestran claramente que Amalec es un tipo de la carne en el cristiano. Es muy notable e instructiva la relación que existe entre la batalla que Amalec libró contra Israel y el agua manando de la peña. Está en perfecta armonía con la lucha que el creyente debe sostener con su propia naturaleza corrompida; lucha que, como sabemos, resulta de la nueva naturaleza que posee el creyente, y en la cual mora el Espíritu Santo. El combate no empezó para Israel hasta que se halló en plena posesión de la redención, y después de haber comido el “alimento espiritual” y bebido “de la roca espiritual” (1 Corintios 10:3-4). Hasta que Israel encontró a Amalec, nada tuvo que hacer. No fueron los israelitas los que lucharon contra Faraón, destruyeron el poder de Egipto y rompieron las cadenas de su esclavitud. No dividieron el Mar Rojo, ni hundieron en sus aguas a Faraón y a todo su ejército; tampoco hicieron descender el pan del cielo, ni manar el agua de la peña. Nada de esto hicieron, ni podían hacer. Pero ahora son llamados a pelear contra Amalec. Todos los combates precedentes habían tenido lugar entre Jehová y el enemigo. Los israelitas solo debían permanecer “tranquilos”, contemplando los gloriosos triunfos del brazo extendido de Jehová y gozar de los frutos de la victoria. Jehová había combatido *por* ellos. Pero ahora, él combate *en* ellos y *por* medio de ellos.

El combate contra Amalec

Así es también en la Iglesia de Dios. Las victorias sobre las cuales se fundan su paz y felicidad eternas han sido ganadas *para* ella combatiendo Cristo solo. Cristo estuvo solo en la cruz y solo en el sepulcro. El rebaño había sido dispersado, pues ¿cómo podía estar allí? ¿Cómo podía vencer a Satanás, sufrir la ira de Dios o quitar a la muerte su aguijón? Todo esto estaba muy por encima del poder de unos pobres pecadores, pero no por encima del poder de Aquel que vino para salvarlos. Él era el único capaz de llevar sobre sus hombros el peso de todos los pecados y, por medio de su sacrificio perfecto, de echar tras sí esta carga para siempre. De modo que el Espíritu Santo procedente del Padre —en virtud de la expiación perfecta cumplida por el Hijo— puede hacer su morada colectivamente en la Iglesia y en cada uno de sus miembros individualmente.

Cuando el Espíritu Santo hace así su morada en nosotros, a consecuencia de la muerte y de la resurrección de Cristo, entonces comienza la lucha para nosotros. Cristo ha combatido *por nosotros*. El Espíritu Santo combate *en nosotros*. El hecho mismo de gozar nosotros de este primer y precioso fruto de la victoria nos coloca ante la inmediata hostilidad del enemigo. Pero nuestro consuelo y fortaleza es saber que somos vencedores antes de llegar al campo de batalla. El creyente marcha al combate cantando: “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57). Nosotros, pues, no peleamos como “a la ventura... como quien golpea al aire”, en tanto que procuramos mortificar nuestro cuerpo y ponerlo en servidumbre (1 Corintios 9:26-27).

“ Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (Romanos 8:37).

La gracia de la cual somos partícipes quita a la carne todo poder sobre nosotros (véase Romanos 6). Si la ley es “el poder del pecado” (1 Corintios 15:56), la gracia es su impotencia. La ley da al pecado el poder sobre nosotros; la gracia nos da el poder sobre el pecado.

“Y dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano. E hizo Josué como le dijo Moisés, peleando contra Amalec; y Moisés y Aarón y Hur subieron a la cumbre del collado. Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec. Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aarón y Hur sostenían sus manos, el uno de un lado y el otro de otro; así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol. Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada” (v. 9-13). Aquí hallamos dos cosas distintas: el combate y la intercesión. Cristo está arriba *por nosotros*, mientras que el Espíritu Santo combate poderosamente *en nosotros*. Estas dos cosas van juntas: a medida que, por la fe, nos damos cuenta del poder de la intercesión de Cristo en favor nuestro, triunfamos sobre nuestra naturaleza corrompida.

La lucha del cristiano contra la carne

Ciertas personas niegan la lucha del cristiano contra la carne presentando la regeneración como un cambio completo de la vieja naturaleza. Resultaría de ese principio que el cristiano no tendría nada contra qué luchar. Si mi vieja naturaleza es renovada, ¿contra qué lucharé yo? Contra nada. Estas personas dicen: «No hay nada de la carne en mí, porque mi vieja naturaleza ha sido he-

cha nueva. Ningún poder de fuera puede ejercer influencia sobre mí, porque no halla presa en mi carne. El mundo no posee ningún encanto para aquel cuya carne ha sido enteramente cambiada, y Satanás no tiene nada por qué o sobre qué obrar». A todos los que sostienen esta falsa teoría se les puede decir que olvidan el lugar que ocupa Amalec en la historia del pueblo de Dios. Si los israelitas se hubiesen imaginado que, una vez destruido el ejército de Faraón, los combates habían terminado para ellos, habrían estado muy confundidos cuando Amalec se echó sobre ellos. Y así es en el caso del creyente, porque “estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Corintios 10:11). Para aquel cuya vieja naturaleza hubiese sido hecha nueva, no podría haber “ejemplo” ni “amonestación” en estas cosas. En efecto, tal hombre no tendría necesidad de las provisiones de gracia que Dios ha hecho en su reino para sus súbditos.

La Escritura nos enseña claramente que el cristiano tiene dentro de sí lo que corresponde a Amalec, o sea: “la carne”, el “viejo hombre”, “los designios de la carne” (Romanos 6:6; 8:7; Gálatas 5:17). Si el cristiano, sintiendo los movimientos del “viejo hombre”, comienza a dudar de si realmente es cristiano, no solo se hace extremadamente desgraciado, sino que se priva de las ventajas de su posición delante del enemigo. La carne existe en el creyente y existirá hasta el fin de su carrera en este mundo. El Espíritu Santo reconoce plenamente su existencia, como lo prueban varios pasajes del Nuevo Testamento. En Romanos 6:12, se dice: “No *reine*, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal”. Tal mandamiento no sería necesario si la carne no existiese en el creyente. Decirnos que el pecado no debe reinar en nosotros sería cosa fuera de lugar si, de hecho, no morase en nosotros. Existe una gran diferencia entre morar y reinar; el pecado habita en el cristiano y reina en el incrédulo.

Sin embargo, aunque el pecado habita en nosotros, poseemos, gracias a Dios, un principio de poder sobre él.

“ El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia (Romanos 6:14).

La gracia que por la sangre de Jesús ha quitado el pecado nos garantiza la victoria y nos da un poder presente sobre el principio de pecado que habita en nosotros. Somos muertos al pecado. Por tanto, este no tiene ningún poder sobre nosotros. “Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado” (Romanos 6:7). “Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado”

(Romanos 6:6). “Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada” (v. 13). Todo fue victoria. La bandera de Jehová ondeó sobre el ejército triunfante; llevaba esta hermosa y alentadora inscripción: “Jehová-nisi” (Jehová es mi estandarte; v. 15). La seguridad de la victoria debería ser tan completa como la del perdón, puesto que ambas cosas están fundadas en el gran hecho de que Jesús ha muerto y resucitado. Por el poder de estas verdades es cómo el creyente posee una conciencia purificada que subyuga al pecado en él. Puesto que la muerte de Cristo ha satisfecho todas las demandas de Dios respecto a nuestro pecado, la resurrección de Cristo viene a ser la fuente de nuestro poder en todos los detalles de la lucha. Cristo ha muerto *por nosotros*; ahora, vive *en nosotros*. La muerte de Cristo nos da la paz; su vida nos da el poder.

Cristo, nuestro gran Intercesor

Es edificante observar el contraste que existe entre Moisés sobre la cumbre del collado y Cristo sobre el trono. Las manos de nuestro gran Intercesor jamás pueden cansarse; su intercesión no se interrumpe jamás:

Viviendo siempre para interceder por ellos



(Hebreos 7:25).

Su intercesión es incesante y todopoderosa. Habiendo tomado asiento en los cielos, según el poder de la justicia divina, Cristo obra por nosotros conforme a lo que él es, y según la perfección infinita de lo que ha hecho. Sus manos nunca pueden cansarse, ni tiene necesidad de nadie para sostenerlas. Su intercesión perfecta está fundada sobre su sacrificio perfecto. Él nos presenta a Dios, revestidos de Sus propias perfecciones. Por lo tanto, si bien tenemos siempre motivos para cubrir nuestro rostro en el polvo con el sentimiento de lo que realmente somos, el Espíritu Santo no puede testificar de nosotros sino según lo que Cristo es para nosotros, y lo que nosotros somos en él. “Vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu” (Romanos 8:9). En cuanto a nuestra condición, nosotros estamos *en el cuerpo*. Pero no estamos *en la carne* en cuanto a nuestra posición. Ciertamente es que la carne está en nosotros; pero nosotros no estamos en la carne, porque somos vivificados con Cristo.

Observemos, por último, que Moisés en la cumbre del collado tenía con él “la vara de Dios”, con la cual había herido la peña. Esta vara era el símbolo o la expresión del poder de Dios, manifestado tanto en la expiación como en la intercesión. Cuando la obra de la expiación fue cumplida,

Cristo se sentó en los cielos y envió al Espíritu Santo para que hiciese su morada en la Iglesia. De modo que existe un vínculo indisoluble entre la obra de Cristo y la obra del Espíritu Santo. En cada una se halla la aplicación del poder de Dios.

El judío, el gentil y la Iglesia de Dios

Ahora llegamos al final de una porción muy relevante del libro del Éxodo. Valiéndose Dios de su gracia perfecta, visitó y redimió a su pueblo; lo hizo salir de la tierra de Egipto, lo liberó primero de la mano de Faraón, luego de la de Amalec. Además, hemos visto en el maná un tipo de Cristo descendido del cielo; en la peña, un tipo de Cristo herido por su pueblo; en el agua que brotó de la peña, un tipo del Espíritu Santo. Luego, por fin, según el orden maravilloso de las Escrituras, vamos a ver un hermoso cuadro de la gloria venidera que comprende tres grandes partes: los judíos, los gentiles y la Iglesia de Dios.

Durante la época en que Moisés era rechazado por sus hermanos, él fue puesto aparte y le fue dada una esposa: la compañera de su destierro. En el principio de este libro se nos ha enseñado cuál fue el carácter de la relación de Moisés con esta esposa. Él fue para ella “un esposo de sangre” (cap. 4:25). Esto es precisamente lo que Cristo es para la Iglesia. La unión de la Iglesia con él está fundada sobre la muerte y la resurrección. La Iglesia es llamada a la participación de sus sufrimientos. Sabemos que es durante el tiempo de la incredulidad de Israel, y mientras Cristo es rechazado, cuando la Iglesia es recogida. Y una vez esté completa según los consejos divinos, cuando “haya entrado la plenitud de los gentiles” (Romanos 11:25), entonces Israel aparecerá de nuevo en la escena.

Lo mismo aconteció con Séfora y el pueblo de Israel de entonces. Moisés había enviado a Séfora a su padre durante el tiempo de su misión para con Israel. Pero, en cuanto este se manifestó como un pueblo enteramente liberado, se dice que “tomó Jetro suegro de Moisés a Séfora la mujer de Moisés, después que él la envió, y a sus dos hijos; el uno se llamaba Gersón (peregrino), porque dijo: Forastero he sido en tierra ajena; y el otro se llamaba Eliezer (Dios me ayudó), porque dijo: El Dios de mi padre me ayudó, y me libró de la espada de Faraón. Y Jetro el suegro de Moisés, con los hijos y la mujer de este, vino a Moisés en el desierto, donde estaba acampado junto al monte de Dios; y dijo a Moisés: Yo tu suegro Jetro vengo a ti, con tu mujer, y sus dos hijos con ella. Y Moisés salió a recibir a su suegro, y se inclinó, y lo besó; y se preguntaron el uno al otro cómo estaban, y vinieron a la tienda. Y Moisés contó a su suegro todas las cosas que Jehová había hecho a Faraón y a los egipcios por amor de Israel, y todo el trabajo que habían pasado en el camino, y cómo los había librado Jehová. Y se alegró Jetro de todo el bien que Jehová había hecho a Israel, al haberlo librado de mano de los egipcios. Y Jetro dijo: Bendito sea Jehová, que os libró de mano de los egipcios, y de la mano de Faraón, y que libró al pueblo de la mano de los egipcios. Ahora conozco que Jehová es más grande que todos los dioses; porque en lo que se ensoberbecie-

ron prevaleció contra ellos. Y tomó Jetro, suegro de Moisés, holocaustos y sacrificios para Dios; y vino Aarón y todos los ancianos de Israel para comer con el suegro de Moisés delante de Dios” (v. 2-12).

¡Qué escena más interesante! Toda la congregación está reunida con triunfo delante de Jehová. El gentil ofrece un sacrificio, y para completar el cuadro, la esposa del libertador es introducida con los hijos que Dios le ha dado. En otras palabras, es una representación admirable del reino venidero: “Gracia y gloria dará Jehová” (Salmo 84:11). Las páginas anteriores nos mostraron abundantes operaciones de la “gracia”. Aquí, el Espíritu Santo pone ante nosotros un magnífico cuadro de la “gloria”, y nos presenta en figura las diversas esferas en las que se manifestará esta gloria. Las Escrituras hacen distinción entre el judío, el gentil y la Iglesia de Dios (comp. 1 Corintios 10:32). De no tenerlo en cuenta, se trastorna el orden perfecto de la verdad que Dios ha revelado en su Palabra. Esta distinción existe en las Escrituras desde que el misterio de la Iglesia fue plenamente revelado a Pablo, y existirá hasta el fin de la época milenial. Todo cristiano espiritual que estudie la Palabra les dará, pues, en su espíritu, el lugar que les corresponde.

El apóstol Pablo enseña claramente a los efesios que el misterio de la Iglesia no había sido dado a conocer a los hijos de los hombres en otras generaciones, como le había sido revelado a él (Efesios 3, comp. Colosenses 1:15-28). Pero, aunque no se había dado la revelación directa, ese misterio fue representado de varias maneras en figura; así, por ejemplo, en la relación de Adán y Eva, en el casamiento de José con una mujer egipcia o en el casamiento de Moisés con una mujer del país de Cus (Números 12:1). El tipo o sombra de una verdad difiere mucho de la revelación directa de aquella verdad misma. El gran misterio de la Iglesia no fue manifestado hasta que Cristo, desde su gloria, lo reveló a Saulo de Tarso. Así, todos los que busquen la revelación completa de este misterio en la ley, los salmos o los profetas, emprenden un camino equivocado. Pero los que han comprendido las enseñanzas de la epístola a los Efesios sobre este asunto, pueden estudiar con interés y provecho las sombras prefiguradoras en los relatos del Antiguo Testamento.

Hallamos, pues, en el principio de este capítulo una escena del milenio. Todos los campos de la gloria quedan abiertos ante nuestros ojos. «*El pueblo judío*» está allí como el gran testigo, de la unidad, fidelidad, misericordia y poder de Jehová (véase Isaías 43:10-12, 21). Ha sido testigo de ello en las generaciones pasadas, lo es actualmente, y lo será para siempre. «El gentil» lee en el libro de los designios de Dios a favor de los judíos; sigue el maravilloso relato de este pueblo escogido y puesto aparte, “pueblo temible desde su principio y después” (Isaías 18:2, comp. Éxodo 33:16; Deuteronomio 4:6-8). Ve tronos e imperios quebrantados, naciones destruidas hasta sus

cimientos; toda cosa y todo hombre obligados a ceder, para que la supremacía de ese pueblo, en el cual Dios ha puesto su afecto, sea establecida de un modo incontestable. “Ahora conozco”, dice el gentil, “que Jehová es más grande que todos los dioses; porque en lo que se ensoberbecieron prevaleció contra ellos” (v. 11). Sí, tal es la confesión de un gentil, cuando las páginas maravillosas de la historia de Israel quedan abiertas ante él.

Por fin «la Iglesia de Dios», representada colectivamente por Séfora e individualmente –en los miembros que la componen– por los hijos de Séfora, aparece como unida en la relación más íntima con el Libertador. Si se pide la prueba de todo esto, el apóstol responde: “Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que digo” (1 Corintios 10:15). No se puede fundamentar una doctrina sobre una figura; pero cuando la doctrina ha sido revelada, se puede discernir la figura con exactitud y estudiarla con provecho. En todo caso, el discernimiento espiritual es necesario, ya sea para comprender la doctrina, ya sea para discernir la figura. “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

Jefes para la administración

Desde el versículo 13 vemos el establecimiento de jefes que debían ayudar a Moisés en la administración de los asuntos de la congregación. Esto tuvo lugar a causa del consejo de Jetro, quien temía que Moisés desfalleciese bajo el peso de su cargo. Y puede sernos útil relacionar este hecho con los setenta varones mencionados en Números, donde se ve a Moisés doblegado por la responsabilidad que pesa sobre él, y expresar la angustia de su alma, diciendo a Jehová: “¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿y por qué no he hallado gracia en tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo, para que me digas: Llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, a la tierra de la cual juraste a sus padres? ¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo? Porque lloran a mí, diciendo: Danos carne que comamos. No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos; y que yo no vea mi mal” (Números 11:11-15).

Aquí, es evidente que Moisés se retira de un puesto de honor. Si Dios juzgó bueno hacer de él el único instrumento para gobernar la asamblea, ¿no era eso colmarlo de mayor honor y gloria? Es verdad que la responsabilidad era inmensa, pero *la fe* habría reconocido que Dios era suficiente para todas las cosas. Empero Moisés perdió el ánimo, a pesar de ser un siervo fiel: “No puedo

yo solo soportar a todo este pueblo, que *me* es pesado en demasía”. El pueblo no era demasiado pesado para *Dios*, y en realidad él era quien lo soportaba; Moisés no era más que el instrumento. Podría haber dicho igualmente que la vara que él llevaba en su mano era la que conducía al pueblo, porque él mismo, en las manos de Dios, no era más que la vara en las suyas. En este punto tropiezan los siervos de Dios, y de una manera tanto más funesta que esta falta reviste la apariencia de humildad. Retroceder ante una gran responsabilidad se parece a la desconfianza en sí mismo, a una profunda humildad de espíritu. Pero la única cosa que nos importa saber es esta: ¿Es Dios quien nos ha impuesto esta responsabilidad? Si es así, seguro es que Dios estará con nosotros para ayudarnos a llevarla. Con él podemos soportarlo todo. Con él, el peso de una montaña no es nada, mientras que sin él nos aplasta el peso de una pluma. Si un hombre, en la vanidad de sus pensamientos, se coloca en primera línea y toma sobre sí una carga que Dios no le ha mandado llevar, y en estas condiciones emprende una obra para la que, por consiguiente, Dios no le ha dotado, no podemos esperar otra cosa que verlo sucumbir bajo el peso de esta carga. Pero si Dios es quien pone la carga sobre un hombre, él lo fortalecerá haciéndolo capaz para llevarla.

Enseñanza para el siervo de Cristo

Dejar un lugar que Dios nos haya asignado nunca es el fruto de la humildad; al contrario, la humildad más profunda se manifestará permaneciendo en ese lugar, en la más completa y sencilla dependencia de Dios. Cuando retrocedemos ante algún servicio pretextando incapacidad, es una prueba evidente de que estamos ocupándonos de *nosotros mismos*. Dios no nos llama a su servicio fundando su llamamiento en nuestra capacidad, sino en la suya. Por consiguiente, a menos que esté ocupado exclusivamente de mí mismo, o lleno de desconfianza hacia Dios, no debo abandonar una posición de servicio o de testimonio a causa de la responsabilidad que entraña. Todo poder pertenece a Dios; poco importa que este poder obre por medio de un solo instrumento o por medio de setenta; siempre es el mismo. Pero si el instrumento rehúsa el servicio que le es impuesto, tanto peor para él. Dios no obliga a alguien a ocupar un puesto de honor si el tal no sabe confiar en él para ser sostenido. El camino siempre está abierto ante los que abandonan su alta posición. Pronto tomarán el lugar adonde su incredulidad los haya llevado.

Eso le aconteció a Moisés. Se quejó de la carga que debía llevar, y esta le fue quitada inmediatamente. Pero con la carga perdió también el insigne honor de llevarla. “Entonces Jehová dijo a Moisés: Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales; y tráelos a la puerta del tabernáculo de reunión, y esperen allí contigo.

Y yo descenderé y hablaré allí contigo, y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo” (Números 11:16-17). No se introdujo ningún nuevo poder; el mismo espíritu había en un solo hombre que en setenta, y por lo tanto, los setenta no tenían más valor o mérito que uno solo. “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha” (Juan 6:63). Este paso en falso de Moisés no le hizo ganar nada en cuanto a poder; en cambio, le hizo perder mucho en gloria.

En la última parte de este capítulo 11 de Números, Moisés profiere unas palabras de incredulidad que le valieron una severa reprimenda de parte de Jehová. “Entonces Jehová respondió a Moisés: ¿Acaso se ha acortado la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi palabra, o no” (v. 23). Si se comparan los versículos 11 al 15 y 21 al 23, se observa una relación evidente entre ellos. Aquel que retrocede ante la responsabilidad a causa de su debilidad corre el riesgo de poner en duda la plenitud y suficiencia de los medios de Dios.

Esta escena entraña una preciosa enseñanza para todo siervo de Cristo que se sienta solo o sobrecargado en su obra. Conviene que el tal recuerde que allí donde está obrando el Espíritu Santo, un solo instrumento es tan bueno y eficaz como setenta; y que allí donde no obra Dios, setenta son tan inútiles como uno solo, por cuanto todo depende de la energía del Espíritu Santo. Con él, un solo hombre puede hacerlo todo, sufrirlo todo y soportarlo todo. Sin él, setenta hombres no pueden hacer nada. Recuerde el siervo solitario de Cristo, para consuelo y ánimo de su corazón fatigado, que con tal que tenga consigo el poder del Espíritu Santo, no tiene motivo para quejarse de su carga o suspirar por una disminución de trabajo. Si Dios honra a un hombre dándole mucha labor, regocíjese él y no murmure, pues si murmura, se expone a perder muy pronto ese honor. Dios no tropieza con dificultades cuando se trata de hallar instrumentos. Aun de las piedras puede levantar hijos a Abraham, y de esas mismas piedras suscitar los instrumentos necesarios para el cumplimiento de su obra gloriosa.

¡Quién tuviera un corazón mejor dispuesto a servirle! ¡Un corazón paciente, humilde, consagrado, desnudo de sí mismo! ¡Un corazón dispuesto a servir con otros, dispuesto a servir solo, un corazón tan lleno de amor por Cristo que halle su gozo –su mayor gozo– en servirle en cualquier esfera, y cualquiera que sea el carácter de este servicio! Esta es, seguramente, nuestra mayor necesidad en los tiempos en que vivimos. ¡Ojalá el Espíritu Santo reavive en nuestros corazones un sentimiento más profundo de la excelencia y del precio del nombre de Jesús, y nos conceda responder de una manera más completa y poderosa al amor inmutable de su corazón!

Israel al pie del monte Sinaí

El pacto de la gracia

Hemos aquí ante un período muy importante de la historia de Israel. El pueblo ha sido conducido al pie del “monte que se podía palpar, y que ardía en fuego” (Hebreos 12:18). Ha desaparecido la escena de gloria milenaria que nos presenta el capítulo anterior. Esa viva imagen del reino, iluminada un momento por el sol, se ha desvanecido. Aparecen en su lugar las espesas nubes que se van amontonando alrededor de este “monte que se podía palpar” donde Israel, impulsado por un espíritu de legalismo, abandonó el pacto de gracia de Jehová por el pacto de las obras del hombre. ¡Impulso fatal, el cual fue seguido de los más funestos resultados! Hasta aquí, como hemos visto, ningún enemigo ha podido subsistir delante de Israel, ningún obstáculo ha logrado detener su marcha victoriosa. Los ejércitos de Faraón fueron destruidos, Amalec y los suyos pasaron a filo de espada. Todo era victoria, porque Dios intervenía a favor de su pueblo en virtud de las promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob.

Al principio de nuestro capítulo, Jehová resume, de un modo admirable, todo cuanto ha hecho por Israel: “Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si die-reis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pue-blos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (v. 3-6). Nótese que Jehová dice: “*mi voz*” y “*mi pacto*”. Ahora bien, ¿qué decía esta “voz”? ¿Y qué im-plicaba este “pacto”? ¿Acaso Jehová había hablado para imponer las leyes y ordenanzas de un le-gislador severo e inflexible? Muy al contrario; Jehová había intervenido para pedir la libertad de los cautivos; para proveer de un refugio ante la espada del destructor; para preparar un camino a sus redimidos; para hacer descender el pan del cielo y hacer manar el agua de la peña. Así fue cómo la “voz” de Jehová, inteligible y llena de gracia, habló al pueblo hasta el momento en que los hijos de Israel se “detuvieron al pie del monte” (v. 17).

El pacto de Jehová era un pacto de pura gracia. No ponía ninguna condición, no pedía nada, no imponía yugo ni carga. Cuando “el Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham” (He-chos 7:2), en Ur de los Caldeos, no le habló diciéndole: «Harás esto y esto» y «no harás esto ni aquello». No, un lenguaje parecido no hubiera sido según el corazón de Dios. Prefiere poner una “mitra limpia” sobre la cabeza del pecador que un “yugo de hierro” sobre su cuello (Zacarías 3:5, Deuteronomio 28:48). La palabra de Dios a Abraham fue: “Te daré”. La tierra de Canaán no po-día adquirirse por obras humanas; precisamente debía ser el don de la gracia de Dios. Y al prin-

cipio de este libro hemos visto a Dios visitando en gracia a su pueblo, para cumplir la promesa que había hecho en favor de la posteridad de Abraham. El estado en que Jehová halló a esta posteridad no fue ningún obstáculo para el cumplimiento de sus designios de gracia, puesto que la sangre del cordero le ofrecía un fundamento perfectamente justo, en virtud del cual él podía cumplir lo que había prometido. Evidentemente, Jehová no había prometido la tierra de Canaán a la posteridad de Abraham en virtud de cosa alguna que él esperase de ella; esto habría destruido completamente la verdadera naturaleza de una promesa. En este caso Dios habría hecho un contrato y no una promesa; “pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa” (Gálatas 3:18; véase todo el capítulo).

Por esto, al principio de este capítulo Jehová recuerda a su pueblo la gracia que les ha mostrado, y al mismo tiempo les asegura futuras bendiciones, con tal que perseveren en la obediencia a la “voz” de la gracia y permanezcan en el “pacto” *de gracia*. Les dice: “Vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos”. ¿Cómo podían ser los israelitas este especial tesoro de Jehová? ¿Era a condición de subir penosamente la cuesta de la justicia propia y del legalismo? ¿Podían conducirlos a tal posición las maldiciones de una ley violada, y violada aun antes de haberla recibido? Evidentemente, no. ¿Cómo, entonces, iban a ser ellos aquel “especial tesoro”? Sencillamente, permaneciendo en la posición en que Dios los veía desde el cielo cuando, al profeta que amó el salario de iniquidad, le obligó a decir: “¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, tus habitaciones, oh Israel! Como arroyos están extendidas, como huertos junto al río, como álces plantados por Jehová, como cedros junto a las aguas. De sus manos destilarán aguas, y su descendencia será en muchas aguas; enaltecerá su rey más que Agag, y su reino será engrandecido. Dios lo sacó de Egipto; tiene fuerzas como de búfalo” (Números 24:5-8).

Un compromiso presuntuoso

Sin embargo, Israel no estaba dispuesto a ocupar esta alta posición. En lugar de regocijarse en la santa promesa de Dios, se atrevió a pronunciar el voto más presuntuoso que jamás haya salido de labios humanos. “Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: *Todo lo que Jehová ha dicho, haremos*” (v. 8). Eso era hablar con audacia. Los israelitas no dijeron: «Esperamos hacerlo», o «procuraremos hacerlo», lo cual habría mostrado cierta desconfianza en ellos mismos. En cambio, su promesa fue hecha de la manera más absoluta: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos”. Los que hablaron así no fueron solamente algunos espíritus presuntuosos, llenos de confianza en ellos mismos, no: “*todo el pueblo respondió a una*”. Todos, sin ninguna excepción, estaban unánimes en abandonar la santa promesa, el pacto santo.

¿Cuál fue el resultado de esto? Desde el momento en que Israel pronunció su «voto», desde el instante en que se comprometió a «hacer», todas las cosas cambiaron de aspecto. “Entonces Jehová dijo a Moisés: He aquí, yo vengo a ti *en una nube espesa...* Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocara el monte, de seguro morirá” (v. 9-12). He aquí un cambio muy manifiesto. Aquel que había dicho: “Os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí”, se encubre ahora en la “nube espesa” y dice: “Señalarás término al pueblo en derredor”. Los dulces acentos de la gracia han sido reemplazados por los “truenos y relámpagos” del humeante Sinaí (v. 16). El hombre se había atrevido a hablar de sus miserables obras en presencia de la magnífica gracia de Dios. Israel había dicho: “Haremos”; por lo tanto, es preciso que sea colocado a distancia, a fin de que se vea aquello que está dispuesto a hacer. Dios toma una distancia moral, y el pueblo, lleno de temor y espanto, en ningún modo intenta reducirla. Esto no debe extrañarnos, porque “tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando” (Hebreos 12:21). ¿Quién podía soportar la vista de ese “fuego consumidor”, justa expresión de la santidad divina? “Jehová vino de Sinaí, y de Seir les esclareció; resplandeció desde el monte de Parán, y vino de entre diez millares de santos, con la ley de fuego a su mano derecha” (Deuteronomio 33:2). La palabra “fuego” aplicada a la ley expresa la santidad de ella. “Porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29), que no tolera el mal ni en pensamiento, ni en palabra, ni en acción.

Israel cometió un error fatal diciendo: “Haremos”. Esto era comprometerse en lo que no era capaz de cumplir, aunque lo hubiese deseado; sabemos quién dijo:

“**Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas**
(Eclesiastés 5:5).

El mismo carácter del voto implica la capacidad de cumplirlo, y ¿cuál es la capacidad del hombre? Lo mismo sería que un hombre arruinado extendiese un cheque para alguien o que un pecador sin fuerzas hiciera un voto. Estando arruinado, ¿qué puede hacer? Privado de toda fuerza no puede querer, ni hacer ninguna cosa buena. ¿Cumplió Israel su compromiso? El becerro de oro, las tablas en pedazos, el día de reposo profanado, las ordenanzas menospreciadas y abandonadas, los mensajeros apedreados, el Cristo rechazado y crucificado y el Espíritu Santo contristado están allí para atestiguarlo.

¿Nos regocimos de que nuestra salvación no descansa sobre nuestros miserables votos y quiméricas resoluciones, sino en la Ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre?(Hebreos 10:10). Sí, en esto está fundado nuestro gozo y nunca puede faltarnos. Cristo ha tomado sobre sí todos nuestros votos, y los ha cumplido eterna y gloriosamente. La vida de resurrección corre por los miembros de su cuerpo y produce en ellos resultados tan maravillosos que ni los votos ni las demandas de la ley podrían haber producido nunca. Él es nuestra vida y nuestra justicia. ¡Sea su nombre más dulce a nuestros corazones, y su causa domine nuestra vida entera! ¡Ojalá nuestra comida y nuestra bebida sea consagrarnos y ser consagrados a su glorioso servicio!

No terminaré este capítulo sin hacer mención de un pasaje en Deuteronomio, el cual podría ofrecer alguna dificultad para ciertos espíritus, y que se relaciona directamente con el asunto que acabamos de tratar. “Y oyó Jehová la voz de vuestras palabras cuando me hablabais, y me dijo Jehová: He oído la voz de las palabras de este pueblo, que ellos te han hablado; *bien está todo lo que han dicho*” (Deuteronomio 5:28). Podría parecer, según estas palabras de Jehová, que él aprobaba que los hijos de Israel hiciesen un voto. Pero si se lee atentamente el conjunto del pasaje, desde el versículo 24 hasta el 27, se ve al momento que no se trata aquí del voto, sino del temor del pueblo, a continuación y como consecuencia del voto. Ellos no podían soportar lo que se les había mandado, y dijeron: “Si oyéremos otra vez la voz de Jehová nuestro Dios, moriremos. Porque, ¿qué es el hombre, para que oiga la voz del Dios viviente que habla de en medio del fuego, como nosotros la oímos, y aún viva? Acércate tú, y oye todas las cosas que dijere Jehová nuestro Dios; y tú nos dirás todo lo que Jehová nuestro Dios te dijere, y nosotros oiremos y haremos” (Deuteronomio 5:25-27). Era la confesión de su incapacidad para encontrarse con Jehová bajo el aspecto terrible que él había tomado a causa del orgulloso legalismo de ellos. Era imposible que Jehová hubiese aprobado el abandono de una gracia gratuita e inmutable, para reemplazarla con el fundamento arenoso de “las obras de la ley”.

La ley

La ley y la gracia

Es de mayor importancia que se comprenda el verdadero carácter y objeto de la ley moral tal como nos es presentada en este capítulo. Hay en el hombre la tendencia a confundir los principios de la ley con los de la gracia, de manera que ni la ley ni la gracia sean bien comprendidas. La ley es despojada de su austera e inflexible majestad y la gracia de sus divinos atractivos. Las santas demandas de Dios permanecen sin respuesta, y el sistema anormal creado por los que así mezclan la ley y la gracia no llena ni satisface las profundas necesidades del pecador. La ley es la expresión de lo que el hombre debería ser, la gracia demuestra lo que Dios es. ¿Cómo, pues, pueden formar unidas un solo sistema? ¿Cómo podría salvarse el pecador en parte por la ley y en parte por la gracia? Imposible: es necesario que sea salvado por una o por otra.

La ley es llamada algunas veces «la expresión del pensamiento de Dios». Pero esta definición es del todo inexacta. Si dijésemos que la ley es la expresión del pensamiento de Dios respecto de lo que el hombre debería ser, estaríamos mucho más cerca de la verdad. A quien quisiera considerar los diez mandamientos como la expresión del pensamiento de Dios, yo le pregunto si en el pensamiento de Dios no hay otra cosa que “harás esto” y “no harás aquello”. ¿No hay en él gracia, ni misericordia, ni bondad? ¿No manifestará Dios lo que él es, ni revelará los profundos secretos de ese amor que rebosa de su corazón? ¿No hay nada más, en el carácter de Dios, que rígidas exigencias y severas prohibiciones? Si así fuera, deberíamos decir que «Dios es ley» en lugar de “Dios es amor”. Empero, bendito sea su nombre, hay mucho más en el corazón de Dios de lo que jamás podrán expresar “los diez mandamientos” pronunciados sobre el monte que ardía. Si yo quiero saber lo que es Dios, tengo que mirar a Cristo, “porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9).

“ La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo (Juan 1:17).

Necesariamente, en la ley se hallaba cierta medida de verdad; contenía la verdad en cuanto a lo que el hombre debía ser. Como todo lo que dimana de Dios, la ley era perfecta en su medida, perfecta para cumplir el fin al cual era destinada. Pero ese fin no era, en absoluto, el de revelar la naturaleza y el carácter de Dios ante pecadores perdidos y culpables. En la ley no había gracia ni misericordia. “El que viola la ley de Moisés... muere irremisiblemente” (Hebreos 10:28). “Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá en

ellos” (Levítico 18:5, Romanos 10:5). “Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas” (Deuteronomio 27:26; comp. Gálatas 3:10). Este lenguaje no es el de la gracia; no es en el monte de Sinaí donde debe ser buscada. Allí Jehová se manifiesta rodeado de una majestad terrible, en medio de la oscuridad, de tinieblas y tempestad, con truenos y relámpagos. Esas circunstancias no son aquellas que acompañan una dispensación de gracia y de misericordia. En cambio, encajaban perfectamente en una dispensación de verdad y de justicia y la ley no era otra cosa que esto.

En la ley, Dios declara lo que el hombre debería ser, y lo maldice si no lo es. Cuando el hombre se examina a la luz de la ley, ve que precisamente *él* es aquello que la ley condena. ¿Cómo podría, pues, obtener la vida por la ley? La ley propone la vida y la justicia como finalidad para quienes la habrán guardado. Pero ya desde el principio nos muestra que estamos en un estado de muerte y de iniquidad. Desde el primer instante necesitamos aquellas cosas que la ley nos propone alcanzar al final. ¿Qué hacer entonces? Para *cumplir* lo que la ley exige, me es preciso tener vida; para *ser* lo que la ley quiere que yo sea, me es indispensable poseer la justicia; si no tengo ambas, vida y justicia, soy “maldito”. De hecho, no tengo ni una ni otra. ¿Qué hacer, entonces? ¡He aquí el dilema! Respondan los que quieren “ser doctores de la ley” (1 Timoteo 1:7) de una manera que satisfaga a una conciencia recta, doblegada tanto al sentimiento de la espiritualidad e inflexibilidad de la ley como al de su propia naturaleza carnal imposible de corregir.

El propósito de la ley

Como nos lo enseña el apóstol, la verdad es que “la ley se introdujo para que el pecado abundase” (Romanos 5:20). Ese es el objeto mismo de la ley. La ley fue dada a fin de demostrar que el pecado es “sobremanera pecaminoso” (Romanos 7:13). La ley era, en cierto sentido, como un espejo perfecto enviado del cielo para revelar al hombre cuanto se había desfigurado moralmente. Si me pongo ante un espejo con mis vestidos desordenados, el espejo me enseña el desorden, pero no lo arregla. Si tiro una plomada perfectamente justa a lo largo de un tronco tortuoso, la plomada me mostrará las desviaciones del árbol, pero no lo enderezará. Si yo salgo con una luz durante una noche oscura, esta me deja ver todos los obstáculos y tropiezos que se hallan en mi camino, pero no los quita. Sin embargo, ni el espejo, ni la plomada, ni la luz crean los males que cada uno de ellos revela. Ni los crean, ni los quitan; no hacen más que manifestarlos. Lo mismo sucede con la ley: no crea el mal en el corazón del hombre, ni tampoco lo quita; solamente lo revela con una exactitud infalible.

“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás” (Romanos 7:7). El apóstol no dice que el hombre no tendría “codicia”, sino que no estaría consciente de la codicia. La codicia estaba en el hombre, pero este lo ignoraba hasta que la “lámpara” de Jehová (Job 29:3) iluminó los rincones tenebrosos de su corazón y manifestó el mal que había en él. Así, en una cámara oscura un hombre puede estar rodeado de polvo y confusión sin que se dé cuenta de ello, a causa de la oscuridad en que está sumido. Pero, que penetre allí un rayo del sol, e inmediatamente lo distinguirá todo. ¿Acaso los rayos del sol crean el polvo? Claro que no; el polvo está allí, y el sol no hace más que descubrirlo y manifestarlo. Este es pues el efecto que produce la ley: juzga el carácter y la condición del hombre; le prueba que es un pecador y le encierra bajo maldición. La ley viene para juzgar al hombre; le maldice si no le halla conforme a lo que debe ser.

La ley condena al pecador

Es, pues, una imposibilidad manifiesta que el hombre obtenga la vida y la justificación por medio de una cosa que no puede sino maldecirle. A menos que la condición del pecador y el carácter de la ley no sean completamente cambiados, la ley no puede hacer más que maldecir al pecador. La ley no es indulgente con las debilidades, ni se satisface con una obediencia imperfecta aunque sea sincera. Si tal fuese el caso, cesaría de ser lo que es: santa, justa y buena (Romanos 7:12). Precisamente porque la ley es lo que es, el pecador no puede obtener la vida por ese medio. Si pudiese tener la vida por ella, o la ley no sería perfecta, o el hombre no sería pecador. Es imposible que un pecador adquiriera la vida por medio de una ley perfecta, ya que por la misma razón de ser perfecta, debe condenarlo. Su perfección absoluta manifiesta y pone su sello sobre la ruina absoluta y la condenación del hombre. “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). El apóstol no dice que «por la ley sea el pecado», sino que “por medio de la ley es el conocimiento del pecado”. “Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado” (Romanos 5:13). El pecado existía, pero faltaba que la ley lo manifestara bajo la forma de “transgresión”. Si yo digo a mi hijo: «No toques este cuchillo», mi prohibición misma prueba la tendencia de su corazón a hacer su propia voluntad. Mi prohibición no crea la tendencia; no hace más que revelarla.

El apóstol Juan dice que “el pecado es iniquidad” (1 Juan 3:4, N. T. interlineal). La expresión «infracción o transgresión de la ley», que hallamos en varias versiones de este pasaje, no traduce exactamente el verdadero pensamiento del Espíritu Santo. Para que haya “infracción” es preciso que se haya quebrantado una regla, un pacto o una norma de conducta definida. He aquí las prohibiciones de la ley: “No matarás”, “no cometerás adulterio”, “no hurtarás”. Con esto tengo ante mí una ley o regla; pero descubro que tengo en mí los mismos principios contra los cuales han sido expresamente dirigidas estas prohibiciones. Más aun, el mismo hecho de que se me prohíba matar muestra que el homicidio está en mi naturaleza (comp. Romanos 7:5). Sería del todo inútil prohibirme hacer una cosa si yo no tuviera ninguna inclinación a hacerla; pero la revelación de la voluntad de Dios acerca de lo que yo debería ser pone de manifiesto la tendencia de mi voluntad a ser lo que no debiera. Esto es claro, y está en total conformidad con todas las enseñanzas del apóstol sobre este asunto.

No somos justificados por la ley

No obstante, muchas personas que admiten que no podemos obtener la vida por la ley, sostienen al mismo tiempo que la ley es la regla de nuestra vida. El apóstol declara que “todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición” (Gálatas 3:10). Poco importa su condición individual; si están sobre el terreno de la ley, necesariamente se hallan bajo maldición. Puede ser que alguno diga: «Yo soy regenerado y, por lo tanto, no estoy expuesto a la maldición»; pero si la regeneración no transporta al hombre fuera del terreno de la ley, no puede ponerlo más allá de los límites de la maldición. Si el cristiano se halla bajo la ley, está expuesto necesariamente a la maldición de la ley. Pero, ¿qué tiene que ver la ley con la regeneración? ¿Dónde hallamos que se trate de la regeneración en este capítulo 20 del Éxodo? La ley no hace más que dirigir una pregunta al hombre. Es una pregunta breve, seria y directa, a saber: «¿Eres tú lo que deberías ser?». Si la respuesta es negativa, la ley no puede menos que lanzar sus terribles anatemas y matar al hombre. El hombre verdaderamente regenerado pronto reconocerá que en sí mismo nada es de lo que debería ser. Así que si está bajo la ley, se halla inevitablemente bajo la maldición. Es imposible que la ley disminuya sus demandas o que se mezcle con la gracia. Los hombres, dándose cuenta de que no logran elevarse hasta la medida de la ley, siempre procuran rebajarla hacia ellos; pero es en vano. La ley permanece tal cual es, en toda su pureza, majestad y austera inflexibilidad, y nada menos acepta que una obediencia perfecta. ¿Y quién es el hombre, regenerado o irregenerado, que pueda intentar obedecer así? Se dirá tal vez: «Nosotros tenemos la perfección de Cristo». Es verdad; pero no es por la ley, sino por la gracia, y de ninguna manera podemos

confundir las dos dispensaciones. Las Escrituras nos enseñan claramente que no somos justificados por la ley. Por lo tanto, la ley no es la regla de nuestra vida. Lo que solo puede maldecir, no puede justificar nunca, y lo que solo mata, no puede ser lo que regula y gobierna la vida. Sería lo mismo que si un hombre intentara hacer fortuna valiéndose del balance que lo declara en quiebra.

Un yugo imposible de llevar

La lectura del capítulo 15 de los Hechos nos enseña como responde el Espíritu Santo a toda tentativa de poner a los creyentes bajo la ley como regla de vida. “Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés” (v. 5). La insinuación tenebrosa e inoportuna de esos legalismos de los tiempos primitivos no era otra cosa sino el silbido de la serpiente antigua. Pero, la poderosa energía del Espíritu Santo, la voz unánime de los doce apóstoles y de toda la Iglesia respondieron a ello como leemos en el versículo 7: “Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen” ¿Qué? ¿Las demandas y maldiciones de *la ley* de Moisés? ¡No, bendito sea su nombre!, no era este el mensaje que Dios quería hacer llegar a los oídos de pobres pecadores privados de toda fuerza, sino que “*oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen*”. He aquí lo que concordaba con el carácter y la voluntad de Dios. Los fariseos que se levantaron contra Bernabé y Saulo no eran enviados del Señor. Lejos de esto; ellos no anunciaban las buenas nuevas, ni publicaban la paz; sus “pies” no tenían nada de “hermoso” delante de Aquel que solo se complace en la misericordia.

“Ahora, pues”, continúa el apóstol, “¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?” (v. 10). Este lenguaje es grave y serio. Dios no quería que se pusiese un yugo “sobre la cerviz” de aquellos cuyos corazones habían sido liberados por el Evangelio de paz. Muy al contrario, deseaba exhortarlos a permanecer firmes en la libertad de Cristo para no estar “otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gálatas 5:1). Dios no quería enviar a quienes había recibido en su seno “al monte que se podía palpar” para aterrarlos con el “fuego”, “la oscuridad”, “las tinieblas” y “la tempestad” (Hebreos 12:18). ¿Cómo podríamos admitir jamás la idea de que Dios quisiera gobernar por la ley a los que ha recibido en gracia? Pedro dice: “Antes creemos que *por la gracia del Señor Jesús* seremos salvos, de igual modo que ellos” (Hechos 15:11). Los judíos que habían recibido la ley, y los gentiles que no la recibieron, todos debían en adelante *ser salvos* por la *gracia*. Y no solamente debían ser sal-

vos por “gracia” sino también estar “firmes” en la gracia, y crecer “en la gracia” (Romanos 5:1-2; 2 Pedro 3:18). Enseñar otra cosa es tentar a Dios. Esos fariseos derriban el fundamento de la fe del cristiano; y esto mismo hacen todos aquellos que procuran poner a los creyentes bajo la ley. No hay mal peor ni más abominable, a los ojos de Dios, que el legalismo. Escúchese el lenguaje enérgico y los acentos de justa indignación de que se sirve el Espíritu Santo respecto a estos doctores de la ley: “¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!” (Gálatas 5:12).

¿Han cambiado acaso los pensamientos del Espíritu Santo con relación a este punto? ¿No es todavía “tentar a Dios” poner el yugo de la ley sobre la cerviz de un pecador? ¿Es según su voluntad de gracia que la ley sea recomendada a los pecadores como si fuese la expresión del plan de Dios respecto a ellos? Respondemos a estas preguntas a la luz de Hechos 15 y de la epístola a los Gálatas. De no haber otros, estos dos pasajes de las Escrituras son suficientes para demostrar que la intención de Dios no ha sido jamás que los gentiles oyese la palabra de la ley. Si tal hubiese sido su plan, seguramente habría escogido a alguien para que se la anunciase. Pero no lo hizo. Cuando Jehová proclamó su “ley terrible”, no habló más que *en una sola* lengua; “lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley” (Romanos 3:19); pero cuando publicó la buena nueva de salvación por la sangre del Cordero, habló la lengua de “*todas las naciones bajo el cielo*”. Dios hablaba de tal manera que *cada uno, en su propia lengua*, pudiera oír el dulce relato de la gracia (Hechos 2:1-11).

El mensaje de la gracia

Cuando Dios, desde lo alto del Sinaí, proclama las duras demandas del pacto de las obras, se dirige exclusivamente a un solo pueblo. Su voz fue oída solamente dentro de los estrechos límites del pueblo judío. Pero cuando desde las llanuras de Belén “el ángel del Señor” anunció “buenas nuevas de gran gozo”, añadió las características palabras: “Que será para todo el pueblo” (Lucas 2:10). Y el Cristo resucitado, al enviar a sus mensajeros de salvación, les dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15; comp. Lucas 3:6). El caudaloso río de la gracia de Dios, abierto por la sangre del Cordero, debía desbordar, por la energía del Espíritu Santo, mucho más allá del estrecho recinto del pueblo de Israel, y derramarse en abundancia sobre un mundo manchado por el pecado. Es necesario que “toda criatura” oiga, en su propia lengua, el mensaje de paz, la palabra del Evangelio, la nueva de salvación por la sangre de la cruz. Y por fin, para dar a nuestros pobres corazones legalistas la prueba de que el Sinaí no era en ninguna manera el lugar donde los secretos de Dios fueron revelados, el Espíritu Santo dijo por boca de un profeta y por la de un apóstol: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del

que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación!” (Isaías 52:7; Romanos 10:15). En cambio, el mismo Espíritu dice de aquellos que querían ser doctores de la ley: “¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!” (Gálatas 5:12).

La ley y el Evangelio

Es evidente, pues, que la ley no es el fundamento de vida para el pecador, ni la regla de vida para el cristiano. Cristo es ambas cosas. Él es nuestra vida y la regla de ella. La ley solo puede maldecir y matar. Cristo es nuestra vida y nuestra justicia. Fue hecho maldición por nosotros, siendo colgado del madero. Jesús descendió al lugar donde yacía el pecador sumido en estado de muerte y condenación. Y habiéndonos librado por su muerte de todo aquello que era o podía ser contra nosotros, ha sido constituido, por su resurrección, en la fuente de vida y el fundamento de justicia para todos los que creen en su nombre. Poseyendo así la vida y la justicia en él, no somos llamados a andar como la ley ordena, sino a

Andar como él anduvo



(1 Juan 2:6).

Parece superfluo afirmar que matar, cometer adulterio y hurtar son actos directamente opuestos a la moral cristiana. Pero, si un cristiano regulara su vida según esos mandamientos o según el decálogo entero, ¿produciría esos preciosos y delicados frutos de que nos habla la epístola a los Efesios? Los diez mandamientos ¿podrían hacer que el ladrón no hurte más, sino que se vuelve un hombre laborioso y generoso? Evidentemente, no. La ley dice: “No hurtarás”. ¿Pero acaso añade la ley: «Vé, y da a aquel que está en necesidad: «Vé, y da de comer a tu enemigo, vístele y bendícele»? ¿Ordena la ley: «Ve, y regocija con tu benevolencia, por tus actos de bondad, el corazón de aquel que solo ha procurado dañarte»? ¡Desde luego que no! Y, sin embargo, si yo estuviese bajo la ley, como regla, sería maldito y muerto por ella. ¿Cómo puede ser esto siendo la santidad cristiana mucho más elevada que la de la ley? Porque yo soy débil, y la ley no me concede ninguna fuerza, ni me manifiesta ninguna misericordia. La ley *exige la fuerza* de aquel que no tiene ninguna, y le maldice si no puede mostrarla. El Evangelio *da la fuerza* al que no tiene, y le *bendice* en la manifestación de esta fuerza. La ley presenta la vida como *el fin* de la obediencia; el Evangelio da la vida como el único *fundamento* verdadero de obediencia.

Para no fatigar demasiado al lector a fuerza de argumentos, le pregunto: ¿En qué parte del Nuevo Testamento se presenta la ley como regla de vida? Evidentemente, el apóstol no tenía tal pensamiento cuando dijo: “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión,

sino una nueva creación. Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios” (Gálatas 6:15-16). ¿Cuál regla? ¿La ley? No, sino la nueva creación. En el capítulo 20 del Éxodo no se trata de una “nueva creación”. Al contrario, este capítulo se dirige al hombre tal como es, en su estado natural que pertenece a la vieja creación, y le pone a prueba para saber lo que verdaderamente está capaz de hacer. Por tanto, si la ley fuese la regla por la cual los creyentes deben andar, ¿de dónde viene que el apóstol pronuncie una bendición sobre los que andan según una regla totalmente diferente? ¿Por qué no dice: «A todos los que anden conforme a la regla de los diez mandamientos?» ¿No es evidente, según este pasaje, que la Iglesia de Dios tiene una regla más elevada conforme a la cual debe andar? Sin ninguna duda. Aunque los diez mandamientos forman parte del canon de los libros inspirados, nunca podrían ser la regla de vida para aquel que, por la gracia infinita, ha sido introducido en una nueva creación y ha recibido una nueva vida en Cristo.

La ley es perfecta

Tal vez se pregunte: «¿No es perfecta la ley? Y si la ley es perfecta, ¿qué más puede pedirse?» La ley es divinamente perfecta. Más aun, a causa de su misma perfección, la ley maldice y mata a los que no son hallados perfectos cuando intentan medirse con ella. “La ley es espiritual; mas yo soy carnal” (Romanos 7:14). Es imposible tener una opinión justa de la perfección y espiritualidad de la ley. Pero, al ponerse en contacto esta ley perfecta con la humanidad caída, al chocar esta ley espiritual con los “designios de la carne”, no puede producir más que “ira” y “enemistad” (Romanos 4:15; 8:7). ¿Por qué? ¿Por no ser perfecta ley? Al contrario; porque la ley es perfecta y el hombre pecador. Si el hombre fuese perfecto, cumpliría la ley en toda su perfección espiritual. Asimismo el apóstol nos dice a los verdaderos creyentes, a pesar de que llevamos todavía en nosotros una naturaleza corrompida: “Para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:4). “Porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley... el amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:8, 10; comp. Gálatas 5:14, 22-23). Si yo amo a una persona, no le hurtaré lo que le pertenece; al contrario, procuraré hacerle todo el bien que pueda. Todo esto es claro y fácil de comprender para un alma espiritual; pero confunde a los que quieren hacer de la ley el principio de vida para el pecador o la regla de vida para el creyente.

Los dos grandes mandamientos

Si consideramos la ley en sus dos grandes mandamientos, vemos que ordena al hombre amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente, y a su prójimo como a sí mismo. Tal es el resumen de la ley. Nada menos que eso pide la ley. ¿Y qué hijo caído de Adán pudo responder jamás a esta doble demanda de la ley? ¿Quién podría decir que ama a Dios y a su prójimo así? “Los designios de la carne (es decir, las intenciones que tenemos por naturaleza) son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). El hombre aborrece a Dios y sus preceptos. Dios se ha manifestado en la persona de Cristo, no en su gloriosa majestad, sino con todo el atractivo y la dulzura de una gracia y condescendencia perfectas. ¿Cuál fue el resultado de ello? El hombre aborrece a Dios. “Pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre” (Juan 15:24). Pero se dirá: «El hombre debía haber amado a Dios». Sin duda que sí; y si no le ama merece la muerte y la perdición eterna. ¿Pero puede la ley producir este amor en el corazón del hombre? ¿Es esta su meta? De ninguna manera, porque “la ley produce ira”, “porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”; “fue añadida a causa de las transgresiones” (Romanos 4:15; 3:20; Gálatas 3:19). La ley halla al hombre en un estado de enemistad contra Dios. Sin cambiar en nada este estado, porque no es este su objeto, le manda amar a Dios de todo su corazón y le maldice si no lo hace. No pertenecía al ámbito de la ley el cambiar o mejorar la naturaleza del hombre. Tampoco podía darle el poder para responder a sus justas demandas. La ley dice: “Los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos” (Levítico 18:5). Ordena al hombre que ame a Dios. Si bien no le revela lo que Dios es para el hombre todavía en su culpabilidad y en su ruina, le dice lo que él debe ser para Dios. ¡Qué terrible ministerio! No se demuestra ahí el poderoso atractivo del carácter de Dios que produce en el hombre un verdadero arrepentimiento, derritiendo su corazón de hielo y elevando su alma a un afecto sincero y a la adoración. No; la ley era un mandamiento perentorio para amar a Dios; pero, en lugar de crear este amor, la ley “produce” la “ira”, no porque Dios no deba ser amado, sino porque el hombre es un pecador.

A continuación leemos: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Levítico 19:18). ¿Ama el hombre natural a su prójimo como a sí mismo? ¿Es este el principio, la regla que prevalece en las cámaras de comercio, en la bolsa, en los bancos, en los mercados y ferias de este mundo? ¡Desgraciadamente no! El hombre no ama a su prójimo como a sí mismo. Debería hacerlo, y si fuera recto, lo haría. La condición en que el hombre se halla es totalmente mala, y a menos que no sea nacido “de nuevo” (Juan 3:3, 5) por la Palabra y por el Espíritu de Dios, no puede ver ni entrar “en el reino de Dios”. La ley no puede producir este nuevo nacimiento. Mata al “viejo hombre” pero no

crea ni puede crear al “nuevo hombre”. Sabemos que el Señor Jesús reunió a la vez, en su persona gloriosa, a Dios y a nuestro prójimo, por cuanto Él era, según la verdad fundamental de la doctrina cristiana, “Dios... manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). ¿Cómo ha sido tratado Jesús por el hombre? ¿Le ha amado de todo su corazón y como a sí mismo? Todo lo contrario. El hombre crucificó a Jesucristo entre dos malhechores después de preferir un ladrón y homicida a este Ser bendito que “anduvo haciendo bienes” (Hechos 10:38) por todas partes. Descendió de las moradas eternas de la luz y del amor, siendo él mismo la personificación de este amor y de esta luz. Su corazón estaba lleno de la más pura simpatía para con las necesidades de la pobre humanidad y su mano siempre dispuesta a enjugar las lágrimas del pecador, aliviando sus sufrimientos. Al contemplar así la cruz de Cristo vemos la demostración irrecusable de la impotencia del hombre para guardar la ley, porque tal poder no está en su naturaleza.

La adoración

Después de todo lo que acabamos de ver, hay un interés especial para el hombre espiritual en considerar la posición de Dios frente al pecador al final de este memorable capítulo. “Jehová dijo a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: ...Altar de tierra harás para mí, y sacrificarás sobre él tus holocaustos y tus ofrendas de paz, tus ovejas y tus vacas; en todo lugar donde yo hiciere que esté la memoria de mi nombre, vendré a ti y te bendeciré. Y si me hicieres altar de piedras, no las labres de cantería; porque si alzares herramienta sobre él, lo profanarás. No subirás por gradas a mi altar, para que tu desnudez no se descubra junto a él” (v. 22-26).

No vemos aquí que el hombre se halle en la posición de *uno que hace obras*, sino en la de *un adorador*; y esto aun al final de nuestro capítulo. Según se desprende de este hecho, es evidente que Dios no quiere que el pecador respire la atmósfera del Sinaí, ya que este no es el lugar adecuado para el encuentro entre Dios y el hombre. “En todo lugar donde yo hiciere que esté la memoria de *mi nombre*, vendré a ti y te bendeciré”. Y este lugar en el cual Jehová hace que esté la memoria de *su nombre*, donde él “viene” para bendecir a su pueblo de adoradores, ¡cuán distinto es del terrible monte que ardía!

Además, Dios quiere encontrar al pecador junto a un altar de piedras sin labrar y sin ninguna grada; es decir, en un lugar de culto cuya construcción no exige ningún arte humano, y al cual uno puede acercarse sin el menor esfuerzo. Las piedras labradas habrían manchado el altar y las gradas habrían descubierto la “desnudez” humana. ¡Qué tipo más admirable del centro de reunión donde Dios se encuentra ahora con el pecador, a saber, la persona y la obra de su Hijo Je-

sucristo, en quien hallan su entera satisfacción todas las demandas de la ley, de la justicia y de la conciencia! En todos los tiempos y en todos los lugares, el hombre ha estado dispuesto a alzar su “herramienta” para erigir el altar y acercarse a él subiendo las gradas de su propia fabricación. Pero el resultado de todas esas tentativas siempre ha sido la profanación, y la manifestación de la “desnudez”. “Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja” (Isaías 64:6). ¿Quién se atrevería a acercarse a Dios con un vestido manchado, o a presentarse en su desnudez para adorarle? ¿Puede haber algo más fuera de lugar que allegarse a Dios en un estado que implica forzosamente la “suciedad” o la “desnudez”? Pero es lo que ocurre cada vez que el pecador pretende abrirse un camino hacia Dios a través de sus propios esfuerzos. No solamente el esfuerzo resulta inútil, sino que lleva el sello de la suciedad y de la desnudez. Dios se ha acercado tanto al pecador, descendiendo hasta los mismos abismos de su ruina, que no hay ninguna necesidad de emplear la “herramienta” del legalismo, ni subir las gradas de la justicia propia. Hacerlo equivale a manifestar su suciedad y desnudez.

Así son los principios con los cuales termina el Espíritu Santo esta parte tan notable del libro inspirado. ¡Haga Dios que estos principios queden grabados en nuestros corazones y comprendamos mejor la diferencia esencial que existe entre la ley y la gracia!

Las ordenanzas o juicios

La condescendencia infinita de Dios para con el hombre

El estudio de esta porción es muy a propósito para llenar el corazón de admiración en presencia de la insondable sabiduría de Dios y su bondad infinita. Además, nos permite darnos cuenta de un reino gobernado por las leyes establecidas por Dios. Al mismo tiempo aprendemos a ver la maravillosa condescendencia de Aquel que, siendo el gran Dios del cielo y de la tierra, se rebajó hasta juzgar entre hombre y hombre acerca de la muerte de un buey (cap. 22:10), del préstamo de un vestido (cap. 22:26) o de la pérdida del diente de un esclavo (cap. 21:27). ¿Quién es semejante a Jehová nuestro Dios, que se humilló para mirar las cosas de los cielos y de la tierra? Él gobierna el universo y, sin embargo, se ocupa del vestido de una de sus criaturas. Dirige el vuelo del ángel y conoce la senda del gusano que se arrastra. Regula el movimiento de los innumerables astros que se mueven en el espacio y registra la caída de un pajarillo.

El carácter de los juicios presentados en el capítulo 21 encierra para nosotros un doble sentido. Estos juicios y ordenanzas nos dan un doble testimonio, nos traen un doble mensaje y presentan ante nuestros ojos un cuadro con dos imágenes distintas. Nos hablan de Dios y del hombre.

Primeramente, en cuanto a Dios, le vemos decretar leyes de una justicia perfecta, estricta e imparcial. “Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe” (v. 24-26). Tal era el carácter de las leyes, de los estatutos y de los juicios por medio de los cuales Dios gobernaba a su reino terrestre de Israel. Proveía a todo, defendía los intereses de cada uno y atendía cada demanda. No había parcialidad alguna, ni acepción de personas, ni distinción entre rico y pobre. La balanza donde eran pesados los derechos de cada uno estaba afinada con una exactitud divina, de manera que nadie podía quejarse con razón de la decisión. El manto inmaculado de la justicia no debía ser manchado por las inmundas manchas del cohecho, de la corrupción o de la parcialidad. El ojo y la mano de un Legislador divino se cuidaban de todo; y el Ejecutor divino trataba a todo culpable con un rigor inflexible. La espada de la justicia solo hería la cabeza del culpable, mientras que toda alma obediente era guardada en el pleno goce de todos sus derechos y privilegios.

Es imposible considerar estas leyes sin admirarse de la revelación indirecta que ellas contienen tocante a la horrible depravación de la naturaleza humana. El hecho de que Jehová haya tenido que promulgar leyes contra ciertos crímenes demuestra la capacidad humana para cometerlos. Si no existiesen ni la capacidad ni la tendencia, no habrían sido necesarias esas leyes. Hay un

gran número de personas que, al oír las groseras abominaciones prohibidas en estos capítulos, sienten la tentación de exclamar, como Hazeel: “¿Qué es tu siervo, este perro, para que haga tan grandes cosas?” (2 Reyes 8:13). Pero los que así hablan no han descendido todavía a los profundos abismos de su propio corazón. Porque si bien algunos de los pecados prohibidos aquí parecen colocar al hombre, en cuanto a sus costumbres e inclinaciones, por debajo del nivel de un perro, estos mismos estatutos prueban de un modo incontestable que aun el hombre de mejor cultura lleva en sí mismo el germen de las más tenebrosas y horribles abominaciones. ¿Para quién fueron dadas esas leyes? Para el ser humano. ¿Eran necesarias? Sin ninguna duda. Serían enteramente superfluas si el hombre fuese incapaz de cometer los pecados que la ley condena. Pero el hombre es capaz de todas esas cosas; y esto nos hace ver que ha caído lo más bajo posible, que su naturaleza está completamente corrompida y que “desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana” (Isaías 1:6; Romanos 3:9-18).

¿Cómo puede comparecer semejante ser sin temor ante la luz del trono de Dios? ¿Cómo puede permanecer en el Lugar Santísimo y estar en pie sobre el mar de cristal? ¿Cómo entrará por las puertas de perlas y caminará por las calles de oro de la Jerusalén celestial? (Apocalipsis 4:6; 21:21). La respuesta a estas preguntas revela a nuestros ojos las maravillas del amor que nos salva y el poder eterno de la sangre del Cordero. Por grande que sea la caída del hombre, el amor de Dios es aun mayor. Por más negro que sea su crimen, la sangre de Jesús puede borrarlo perfectamente. Por ancho que sea el abismo que separa al hombre de Dios, la cruz tendió un puente. Dios descendió hasta el pecador a fin de elevarle a un alto lugar de favor infinito, en unión eterna con su propio Hijo. Nosotros tenemos motivos para exclamar:

“ Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios
(1 Juan 3:1).

Solo el amor de Dios podía sondear la miseria del hombre, y solo la sangre de Cristo podía sobrepujar su culpabilidad. Pero ahora la profundidad misma de la ruina del hombre magnifica el amor que la ha sondeado, y la inmensidad del crimen proclama el poder de la sangre que puede borrarlo. El más vil pecador que cree en Cristo puede regocijarse en la seguridad de que Dios le ama y le declara que “*está todo limpio*” (Juan 13:10).

El siervo hebreo

Tal es la doble enseñanza que puede sacarse de estas leyes y ordenanzas cuando se las considera en conjunto, y cuanto más las examinemos en detalle, mejor apreciaremos su perfección y hermosura. Tomemos, por ejemplo, la primera de esas ordenanzas. “Si comprares siervo hebreo, seis años servirá; mas al séptimo saldrá libre, de balde. Si entró solo, solo saldrá; si tenía mujer, saldrá él y su mujer con él. Si su amo le hubiere dado mujer, y ella le diere hijos o hijas, la mujer y sus hijos serán de su amo, y él saldrá solo. Y si el siervo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna, y será su siervo para siempre” (cap. 21:2-6). El siervo era perfectamente libre en lo que le concernía personalmente. Había hecho todo lo que se exigía de él y podía irse adonde bien le pareciera con una libertad absoluta. Pero, por afecto a su amo, a su mujer y a sus hijos, se sometía voluntariamente a una servidumbre perpetua; y no solamente esto, sino que estaba dispuesto a llevar, en su cuerpo, la señal de esta servidumbre.

El verdadero Siervo

Se reconocerá fácilmente cómo todo esto se aplica al Señor Jesús. En él, vemos a Aquel que estaba en el seno del Padre antes que existiesen los mundos, siendo el objeto de sus delicias eternas. Vemos en él a Quien podría haber ocupado este lugar que le pertenecía por toda la eternidad, puesto que nada le obligaba a abandonarlo. Pero, tal era su amor para con el Padre, de cuyos designios y gloria se trataba, tal era su amor para con la Iglesia y para cada uno de sus miembros que descendió voluntariamente a la tierra, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo y las marcas de una servidumbre perpetua. Tenemos en los Salmos una probable alusión a estas marcas: “Has abierto mis oídos” (Salmo 40:6). Este salmo es la expresión de la devoción de Cristo a Dios.

“Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón(v. 7-8).

Él vino para hacer la voluntad de Dios, cualquiera que fuese. Jamás hizo su propia voluntad, ni en su recepción y salvación de pecadores, aunque ciertamente su corazón amante y todos sus afectos estaban en plena actividad en esta obra tan gloriosa. No obstante, él recibe y salva solo como servidor de los designios del Padre. “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la

voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (Juan 6:37-39; comp. Mateo 20:23).

La posición de siervo que toma el Señor Jesús se nos presenta aquí de la manera más interesante. En gracia perfecta, él se considera responsable de recibir a quienes están comprendidos en los consejos de Dios, y no solamente de recibirlos, sino de guardarlos a través de todas las pruebas y dificultades de su peregrinación aquí en la tierra, hasta el momento de la muerte, si esta les sobreviene, y de resucitarlos en el último día. ¡Cuán perfecta es la seguridad que posee aun el más débil miembro de la Iglesia de Dios! Es el objeto de los designios eternos de Dios, y el Señor Jesús es la garantía del cumplimiento de los mismos. Jesús ama al Padre, y la inmensidad de este amor es la medida de la seguridad de cada uno de los miembros de la familia redimida. La salvación del pecador que cree en el nombre del Hijo de Dios no es otra cosa que la expresión del amor de Cristo para con el Padre. Si tan solo uno de los que creen en el nombre de Cristo pudiera perderse por cualquier causa, ese hecho indicaría que el Señor Jesús ha sido incapaz de cumplir la voluntad de Dios. Sería una blasfemia positiva contra su santo nombre, al cual sea dado todo honor y majestad durante la eternidad de los siglos.

Así, tenemos en el siervo hebreo un tipo de Cristo en su consagración perfecta al Padre. Pero aún hay más que esto. “Yo amo... a mi mujer y a mis hijos”. “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5:25-27). Hay varios otros pasajes de las Escrituras que nos presentan a Cristo cual antitipo del siervo hebreo, tanto en su amor por la Iglesia como cuerpo, como por todos los creyentes individualmente. Hallamos una enseñanza especial sobre este asunto en Mateo 13, Juan 10 y 13 y en Hebreos 2.

El amor de Cristo... excede a todo conocimiento

El conocimiento del amor de Jesús no puede dejar de producir en nuestros corazones una completa consagración a Aquel que manifestó un amor tan puro, perfecto y desinteresado. La esposa y los hijos del siervo hebreo ¿cómo podían dejar de amar al que había renunciado voluntariamente a su libertad para permanecer con ellos? ¿Y qué es este amor humano, representado en el tipo, en comparación con el amor que resplandece en Cristo, el antitipo? “El amor de Cristo... excede a todo conocimiento” (Efesios 3:19). Le llevó a pensar en nosotros antes que el mundo

existiese, a visitarnos luego cuando llegó el cumplimiento del tiempo, a salir, por su propia voluntad, hasta el poste de la puerta –a sufrir por nosotros en la cruz– a fin de elevarnos hasta él, para hacernos compañeros suyos en su reino y en su gloria eterna.

Iría demasiado lejos si quisiera hacer una exposición completa de los demás estatutos y juicios contenidos en estos capítulos . Solo señalaré, antes de terminar, que es imposible leer estos pasajes sin que el corazón se llene de adoración ante esta profunda sabiduría y justicia perfecta, y también de una tierna consideración que impregna a todo. Dejan en el alma la profunda convicción de que Aquel que habla en estos capítulos es el “único Dios verdadero”, el “único y sabio Dios”, infinitamente misericordioso.

¡Permita Dios que todas nuestras meditaciones de su Palabra eterna lleven nuestras almas a la adoración de Aquel cuyos propósitos perfectos y gloriosos atributos brillan con todo su esplendor en esta Palabra, para gozo y edificación de su pueblo redimido!

El poder de la sangre

“Desde lejos”

Este capítulo comienza con una expresión que caracteriza a toda la economía mosaica. “Dijo Jehová a Moisés: Sube ante Jehová, tú, y Aarón, Nadab, y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y os inclinaréis *desde lejos*. Pero Moisés solo se acercará a Jehová; y *ellos no se acerquen, ni suba el pueblo con él*” (v. 1-2). En ningún lugar en las ordenanzas de la ley hallamos las preciosas palabras: *¡Venid, acercaos!* No. Tales palabras no podían oírse desde la cumbre del Sinaí, ni de en medio de las sombras de la ley. Solo podían ser pronunciadas desde el otro lado de la tumba vacía de Cristo, donde la sangre de la cruz abrió una perspectiva sin nubes para la mirada de la fe. Las palabras: “desde lejos” caracterizan la ley, así como la expresión “venid” caracteriza el Evangelio. Bajo la ley no se realizaba jamás la obra que podía dar a un pecador el derecho de acercarse. El hombre no obedeció como se había comprometido a hacerlo; “la sangre del becerro y la sangre del macho cabrío” (Levítico 16:18) no podían expiar el pecado ni dar la paz a su conciencia turbada. Por esto debía permanecer “lejos”. El hombre violó los votos que había hecho, y su pecado estaba sin lavar. ¿Cómo, pues, podía él acercarse? La sangre de diez mil becerros no podía borrar una sola mancha de su conciencia ni darle el sentimiento apacible de la proximidad de un Dios de gracia, justo y justificador.

Con todo, “el primer pacto” (Hebreos 9) está aquí consagrado con sangre. Moisés edificó un altar al pie del monte, con doce piedras, “según las doce tribus de Israel” (comp. Josué 4, 1 Reyes 18:31). “Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová. Y Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar... Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas” (v. 5-6, 8). Como nos lo enseña el escritor inspirado, si bien “la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados”, sí que santifica “para la purificación de la carne” (Hebreos 10:4; 9:13). Y como “sombra de los bienes venideros” (Hebreos 10:1) servía para mantener al pueblo en relación con Jehová.

La manifestación de Dios

“Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios,

y comieron y bebieron” (v. 9-11). Así se manifestaba el “Dios de Israel” en luz, pureza, majestad y santidad. Aquí no tenemos la revelación de los afectos paternos, ni los dulces acentos de la voz del Padre derramando la paz y la confianza en el corazón. No; el “embaldosado de zafiro” revelaba esta pureza y luz inaccesible que obligaba al pecador a permanecer “lejos”. Con todo eso, “vieron a Dios, y comieron y bebieron”. ¡Qué prueba palpable de la longanimidad y misericordia divina, como también del poder de la sangre!

El conjunto de esta escena, considerado como una simple imagen, se halla llena de muchas cosas que interesan el corazón vivamente. *Abajo* está el campamento y *arriba* el embaldosado de zafiro. Pero el altar al pie del monte nos habla de ese camino por el cual el pecador puede sustraerse a la corrupción de su naturaleza y elevarse hasta la presencia de Dios para celebrar la fiesta y adorar en una paz perfecta. La sangre que corría alrededor del altar era el único derecho para subsistir en presencia de esta gloria que “era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel” (v. 17).

“Y entró Moisés en medio de la nube, y subió al monte; y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches” (v. 18). Para Moisés esto significaba una posición en extremo alta y santa. Fue llamado aparte de la tierra y de las cosas de la tierra. Aislado de las influencias de la naturaleza, es encerrado con Dios, para oír de su boca los profundos misterios de la persona y obra de Cristo, tal como nos es representado en toda la estructura del tabernáculo, tan lleno de significado en todos sus accesorios, “figuras de las cosas celestiales” (Hebreos 9:23). Dios sabía bien cuál sería el fin del pacto con el hombre; pero mostró a Moisés, en tipos y sombras, sus propósitos de amor y sus consejos de gracia, manifestados en Cristo y hechos firmes por él.

Bendita sea para siempre la gracia que no nos ha dejado bajo un pacto de obras. Bendito sea Aquel que impuso silencio a los truenos de la ley y apagó las llamas del Sinaí “por la sangre del pacto eterno” (Hebreos 13:20), y que nos da una paz que ningún poder del mundo ni del infierno puede quebrantar.

“ Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén
(Apocalipsis 1:5-6).

El tabernáculo

El orden divino

Este capítulo es uno de los filones más ricos de la mina inagotable de los libros inspirados; cada golpe que damos deja al descubierto nuevas riquezas. Nosotros conocemos el único instrumento con el cual podemos trabajar con éxito en semejante mina, a saber, el ministerio especial del Espíritu Santo. La naturaleza humana nada puede hacer aquí. La razón es ciega. La imaginación, completamente inútil. La inteligencia más elevada, en lugar de estar en estado de interpretar los símbolos sagrados, se parece más bien a un ave nocturna ante el resplandor del sol, chocando contra los objetos que es incapaz de discernir. Es necesario dejar fuera nuestra razón e imaginación y, con corazón sobrio, mirada sencilla y pensamiento reverente, entrar en los santos atrios para contemplar de cerca todos esos detalles llenos de significado. Solo el Espíritu Santo puede guiarnos en el recinto sagrado de la casa de Jehová e interpretar a nuestras almas el verdadero sentido de todo lo que se presenta a nuestra vista. Querer explicar estas cosas con la ayuda de facultades no santificadas es más absurdo que intentar componer un reloj de bolsillo con las tenazas y el martillo de un herrero. “Las figuras de las cosas celestiales” (Hebreos 9:23) no pueden ser interpretadas por la inteligencia mejor cultivada; las cosas celestiales deben ser examinadas a la luz del cielo. El mundo no tiene ninguna claridad que pueda iluminar su hermosura. Aquel que produjo las figuras es el único capaz de explicar lo que significan, y Aquel que ha dado los símbolos es quien puede interpretarlos.

Al ojo humano puede parecerle que el Espíritu Santo no presenta la organización del tabernáculo de manera ordenada. Muy al contrario; el orden más perfecto, la precisión más absoluta y la exactitud más minuciosa reinan en todo. Los capítulos 25 a 30 forman una parte especial del libro del Éxodo. Esta parte se subdivide en dos secciones; la primera termina en el capítulo 27, versículo 19, la segunda al final del capítulo 30. La primera empieza con la descripción del arca del testimonio dentro del velo, y concluye con la del altar de bronce y del atrio donde el altar debía ser puesto. Así, hallamos en esta el trono judicial de Jehová sobre el cual estaba sentado el Señor de toda la tierra. Después somos conducidos al lugar donde Jehová se encontraba con el poder y en virtud de una expiación consumada. Luego, en la segunda parte, aprendemos cómo el hombre se acercaba a Dios, cuáles eran los privilegios, los honores y responsabilidades de los que, siendo sacerdotes, podían acercarse a la presencia divina para rendirle culto y gozar de su comunión.

El orden es perfecto, magnífico. No puede ser de otro modo, porque este es el orden divino. El arca y el altar de bronce forman, en cierto sentido, los dos extremos opuestos. El arca era el trono de Dios, establecido en “justicia y juicio” (Salmo 89:14); el altar de bronce era el lugar donde el pecador podía acercarse, allí donde la “misericordia y verdad” iban delante del rostro de Jehová. El hombre, por sí mismo, no tenía libertad de acercarse al arca de Jehová para hallar a Dios, porque “aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo” (Hebreos 9:8). Pero Dios sí podía venir al altar de bronce para encontrar al pecador. La “justicia y (el) juicio” no podían admitir al pecador en el lugar santo. En cambio, la “misericordia y verdad” podían hacer salir a Dios de allí, no envuelto de aquel resplandor y majestad con que solía revelarse entre los sostenes místicos de su trono, los “querubines de oro” (Éxodo 25:18), sino rodeado de este ministerio de gracia que nos es representado simbólicamente por los utensilios y la disposición del tabernáculo.

Todo esto es muy adecuado para recordarnos el camino que recorrió Aquel a quien estos tipos prefiguran, Aquel que es la sustancia de todas estas sombras. Cristo descendió desde el trono eterno de Dios en los cielos hasta las profundidades de la cruz del Calvario. Dejó las glorias del cielo por las vergüenzas de la cruz para introducir a su pueblo redimido, perdonado y recibido en gracia, delante del mismo trono que Él había abandonado por amor. El Señor Jesús, en su persona y su obra, llena todo el espacio entre el trono de Dios y el polvo de la muerte, y todo el espacio entre el polvo de la muerte y el trono de Dios (comp. Efesios 4:9-10). En Cristo, Dios ha descendido, en gracia perfecta, hasta el pecador. En Cristo, el pecador es conducido, en perfecta justicia, hasta Dios. Todo el camino, del arca al altar, muestra las huellas del amor, y todo el camino del altar al arca está rociado con la sangre de la expiación (véase Levítico 1:5; 3:2; 4:6-7, 16-18, 30, 34, etc.; 16:14-19; Hebreos 9:6-12). Al pasar el adorador por este maravilloso camino, ve el nombre de Jesús impreso sobre todo lo que se ofrece a su vista. ¡Ojalá este nombre glorioso venga a ser precioso a nuestros corazones!

Continuemos ahora el examen de estos capítulos por su orden. Es interesante observar que lo primero que Jehová muestra a Moisés es ese designio de misericordia según el cual quiere establecerse un santuario —o santa morada— en medio de su pueblo. Un santuario construido con materiales que se relacionan directamente con Cristo, su persona, su obra, y con los frutos preciosos de esta obra, tal como aparecen en la luz, el poder y las gracias diversas del Espíritu Santo. Además, estos materiales eran el fruto de la dulce fragancia de la gracia de Dios, las ofrendas voluntarias de corazones consagrados. Jehová, a quien “los cielos de los cielos” no pueden

contener (1 Reyes 8:27), consentía, en su gracia, habitar en una tienda construida por aquellos cuyo ardiente deseo era saludar su presencia en medio de ellos. Esta tienda o tabernáculo puede ser considerada de dos maneras: primero, como figura “de las cosas celestiales”, luego, como tipo del cuerpo de Cristo. Los diferentes materiales de que se componía se presentarán a nuestra consideración a medida que avancemos en nuestro estudio.

Vamos a considerar ahora los tres grandes asuntos que este capítulo pone ante nosotros, esto es: el arca, la mesa y el candelero.

El arca y su contenido

El arca del testimonio ocupa el primer lugar en las comunicaciones divinas hechas a Moisés. Su posición en el tabernáculo era también muy particular. Encerrada dentro del velo, en el Lugar Santísimo, constituía la base del trono de Jehová. Su mismo nombre indica al alma toda su importancia; un arca está destinada a conservar *intacto* lo que se encierra en ella. Fue en un arca donde Noé y su familia, juntamente con todas las especies de animales sobre la faz de la tierra, fueron transportados a salvo por encima de las olas y las ondas del juicio que cubrió la tierra. Fue también “un arca” —como vimos en el capítulo 2— la nave de la fe que preservó a un niño “hermoso” de las aguas de la muerte. Cuando se trata del “arca del pacto” (Números 10:33; Deuteronomio 31:9; Jeremías 3:16; Hebreos 9:4), debemos pensar que Dios destinaba esta arca a guardar intacto su pacto en medio de un pueblo sujeto al error. En esta arca fueron guardadas las segundas tablas de la ley. Las primeras habían sido rotas al pie del monte (Éxodo 32:19) para mostrar que el pacto del hombre estaba roto y que sus obras de ninguna manera podían constituir la base del trono del gobierno de Jehová. “Justicia y juicio son el cimiento de su trono”, ya sea bajo el punto de vista terrenal, ya bajo el celestial. El arca no podía contener las tablas rotas en su interior santificado. El hombre podía faltar al voto que había hecho de propia iniciativa; pero era necesario que la ley de Dios fuese conservada en toda su integridad y divina perfección. Si Dios establecía su trono en medio de su pueblo, debía hacerlo de una manera que fuese digna de sí. El principio y la medida de su juicio y de su gobierno debían ser perfectos.

“Harás unas varas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro. Y meterás las varas por los anillos a los lados del arca, para llevar el arca con ellas” (v. 13-14). El arca del pacto debía acompañar al pueblo en todos sus viajes; no se detuvo mientras Israel era como un ejército en campaña. Le acompañó de una parte a otra a través del desierto. Marchó delante del pueblo atravesando el Jordán. Fue el lugar de reunión para Israel en todas las guerras de Canaán. Era la garantía segura

del poder, por donde quiera que iban. Ningún poder del enemigo podía mantenerse delante de lo que era la expresión muy conocida de la presencia y el poder de Dios. El arca debía ser la compañera de viaje inseparable del pueblo de Israel en el desierto; las “varas” y los “anillos” eran la expresión exacta de su condición especial de peregrino.

El arca en el templo

Con todo, el arca no iba a ser siempre viajera. La aflicción de David (Salmo 132:1), así como las guerras de Israel, iban a tener fin. La oración siguiente todavía debía ascender a Dios, y recibir respuesta: “Levántate, oh Jehová, al lugar de *tu reposo*, tú y *el arca de tu poder*” (Salmo 132:8). Esta petición sublime tuvo un cumplimiento parcial en los tiempos gloriosos de Salomón, cuando “los sacerdotes metieron el arca del pacto de Jehová en su lugar, en el santuario de la casa, en el lugar santísimo, debajo de las alas de los querubines. Porque los querubines tenían extendidas las alas sobre el lugar del arca, y así cubrían los querubines el arca y sus varas por encima. Y *sacaron las varas*, de manera que sus extremos se dejaban ver desde el lugar santo, que está delante del lugar santísimo, pero no se dejaban ver desde más afuera; y así quedaron hasta hoy” (1 Reyes 8:6-8). La arena del desierto debía ser reemplazada por el piso de oro del templo (1 Reyes 6:30). La peregrinación del arca había llegado a su fin; no había “adversarios, ni mal que temer” (1 Reyes 5:4), por eso “sacaron las varas”.

No es esta la única diferencia entre el arca en el tabernáculo y el arca en el templo. El apóstol, hablando del arca en el desierto, la describe como “el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto” (Hebreos 9:4). Estos eran los objetos que el arca contenía durante sus viajes por el desierto. Encerraba la urna del maná, memorial de la fidelidad de Jehová en proveer a las necesidades de su pueblo redimido; luego la vara de Aarón, “por señal a los hijos rebeldes”, para hacer “cesar sus quejas” (comp. Éxodo 16:32-34 y Números 17:10). Pero llegó el momento de retirar “las varas”, cuando cesaron los viajes y las guerras, cuando fue terminada la casa “magnífica por excelencia” (1 Crónicas 22:5) y, en figura, cuando llegó a su apogeo el sol de la gloria de Israel, con el esplendor y la magnificencia del reinado de Salomón. Entonces desaparecieron los memoriales de las necesidades y de las faltas del desierto, y únicamente quedó en el arca lo que constituía el fundamento del trono del Dios de Israel y de toda la tierra. “*En el arca ninguna cosa había sino las dos tablas de piedra* que allí había puesto Moisés en Horeb” (1 Reyes 8:9).

Sin embargo, toda esta gloria pronto iba a ser oscurecida por las espesas nubes de la infidelidad del hombre y el desagrado de Dios. El pie devastador del incircunciso aún iba a atravesar las ruinas de esta magnífica morada. La desaparición de su esplendor y de su gloria todavía iba a provocar el desdén del extranjero (1 Reyes 9:8-9).

No es el momento de continuar este asunto con mayores detalles; me limitaré a hacer referencia a la última mención que la Palabra de Dios hace del “arca del pacto”. En aquel tiempo, la locura y el pecado del hombre no turbarán más el lugar de reposo del arca, y no será encerrada en un tabernáculo guarnecido de cortinas, ni en un templo hecho de manos. “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se prostraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el *arca de su pacto* se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo” (Apocalipsis 11:15-19).

El propiciatorio

Después del arca y su contenido viene el propiciatorio. “Y harás un propiciatorio de oro fino, cuya longitud será de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio. Harás también dos querubines de oro; labrados a martillo los harás en los dos extremos del propiciatorio... Y los querubines extenderán por encima las alas, cubriendo con sus alas el propiciatorio; sus rostros el uno enfrente del otro, mirando al propiciatorio los rostros de los querubines. Y pondrás el propiciatorio encima del arca, y en el arca pondrás el testimonio que yo te daré. Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel” (v. 17-22). Jehová declara su propósito misericordioso de descender de la montaña ardiente para tomar su lugar encima del propiciatorio. Podía venir a morar allí mientras las tablas del testimonio estaban intactas en el arca. Los símbolos de su poder, en creación y providencia, se elevaban a derecha e izquierda, como accesorio inseparable de este trono en el cual Jehová quería sentarse, trono de gracia fundado sobre la justicia divina, y sostenido por la justicia y el juicio. Allí brillaba la gloria del Dios de Israel. De allí emanaban sus mandamientos suavizados y endulzados por el manantial de mi-

sericordia de donde salían, y por el intermediario que los transmitía, como los rayos del sol de mediodía al pasar a través de una nube, de cuya influencia grata y vivificadora podemos gozar sin vernos deslumbrados por su resplandor. “Sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3) cuando los recibimos del trono de la gracia, porque nos llegan unidos a la gracia que da oídos para oír y capacidad para obedecer.

El único lugar de encuentro

Al contemplar el arca y el propiciatorio como un todo, podemos ver en ellos una admirable figura de Cristo, en su persona y en su obra. Habiendo magnificado la ley por su vida, y habiéndola hecho honorable, Cristo vino a ser, por su muerte, una propiciación o un propiciatorio para todos los que creen (Romanos 3:25). La misericordia de Dios solo podía reposar sobre un fundamento de justicia perfecta.

“ Para que... la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro (Romanos 5:21).

El único lugar donde Dios y el hombre pueden encontrarse personalmente es donde la gracia y la justicia se encuentran y armonizan perfectamente. Nada puede convenir a Dios sino una justicia perfecta y nada puede convenir al pecador sino una gracia perfecta. Y solo es en la cruz donde “la misericordia y la verdad se encontraron” y donde “la justicia y la paz se besaron” (Salmo 85:10). Así es cómo el pecador halla la paz de su alma; se da cuenta de que la justicia de Dios y su propia justificación reposan sobre el mismo fundamento, es decir, la obra consumada por Cristo. Cuando el hombre –bajo la influencia poderosa de *la verdad de Dios*– toma el lugar que le corresponde como pecador, Dios puede –en el ejercicio de *su gracia*– tomar el suyo como Salvador. Entonces queda solucionada toda cuestión; porque habiendo dado satisfacción la cruz a todas las demandas de la justicia divina, pueden correr libremente los ríos de la gracia. Cuando un Dios justo y un pecador perdido se encuentran sobre el propiciatorio rociado con sangre, todo queda arreglado para siempre, solucionado de una manera que glorifica perfectamente a Dios y salva eternamente al pecador. Es preciso que Dios sea verdadero, aunque todo hombre es demostrado mentiroso. Y cuando el hombre se da cuenta de lo bajo de su condición moral delante de Dios y está dispuesto a aceptar el lugar que le asigna la verdad de Dios, entonces aprende que Dios se ha revelado como Justificador justo. Esto debe dar una paz estable a su turbada conciencia. También debe impartirle la capacidad para tener comunión con Dios y para prestar oído a sus santos preceptos en la inteligencia de esta relación a la cual nos ha introducido la gracia divina.

“El lugar santísimo” presenta ante nuestra vista una escena admirable. ¡El arca, el propiciatorio, los querubines, la gloria! ¡Qué espectáculo para el sumo sacerdote de Israel, cuando entraba, una vez al año, adentro del velo! Que el Señor abra nuestros ojos y nuestros entendimientos para que comprendamos mejor el verdadero sentido de estas figuras preciosas.

La mesa del pan de la proposición

A continuación, Moisés recibe instrucciones referentes a la mesa del pan de la proposición, o pan de la presentación. Sobre esta mesa estaba dispuesto el alimento de los sacerdotes de Dios. Durante siete días se presentaban delante de Jehová los doce panes de “flor de harina” con “incienso puro”. Después de esto, ya reemplazados por otros panes, eran para los sacerdotes, los cuales los comían en el lugar santo (Levítico 24:5-9). Huelga decir que estos doce panes representan “a Jesucristo hombre”. La “flor de harina” con que estaban amasados es la imagen de la humanidad perfecta del Salvador, mientras que el “incienso puro” es figura de la consagración completa a Dios de esta humanidad. Si Dios tiene a sus sacerdotes que le sirven en el lugar santo, tendrá ciertamente una mesa para ellos, y una mesa bien dispuesta. Cristo es la mesa y Cristo es el pan sobre la mesa. La mesa pura y los doce panes representan a Cristo estando continuamente delante de Dios, en toda la excelencia de su pura humanidad, y dado como alimento a la familia sacerdotal. Los “siete días” son el emblema de la perfección del gozo que Dios tiene de Cristo, y los “doce panes” expresan la administración de este gozo en el hombre y por el hombre. Y me aventuro a sugerir que tenemos aquí también la relación de Cristo con las doce tribus de Israel, y a los doce apóstoles del Cordero.

El candelero

El “candelero de oro puro” viene a continuación (v. 31-40), porque los sacerdotes de Dios tienen necesidad *de luz* lo mismo que de *alimento*; en Cristo tienen uno y otro. “Harás además un candelero de *oro puro; labrado a martillo*” (v. 31). Las “siete lamparillas” que alumbraban a un lado y otro del candelero expresan la perfección de la luz y de la energía del Espíritu Santo, fundadas sobre la eficacia de la obra de Cristo, y unidas con ella. La obra del Espíritu Santo no puede separarse jamás de la obra de Cristo. Esto es lo que expone, de dos maneras distintas, la magnífica imagen del candelero de oro puro. Las siete lamparillas unidas a la caña de oro labrado nos muestran la obra cumplida por Cristo como el único fundamento donde reposa la manifestación del Espíritu en la Iglesia. El Espíritu Santo no fue dado hasta que Jesús fue glorificado (comp. Juan 7:39 con Hechos 19:2-6). En el capítulo 3 del Apocalipsis, Cristo es presentado como “el que

tiene los siete espíritus de Dios” (v. 1). Cuando el Señor Jesús fue exaltado a la diestra del trono de Dios, derramó el Espíritu Santo sobre su Iglesia, a fin de que esta pudiese brillar —conforme a la perfección de su posición— en el lugar santo, la esfera de su acción y de su culto.

Vemos también que una de las funciones particulares de Aarón consistía en mantener las lámparas encendidas teniendo cuidado de ellas. “Habló Jehová a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel que te traigan para el alumbrado aceite puro de olivas machacadas, para hacer arder las lámparas continuamente. Fuera del velo del testimonio, en el tabernáculo de reunión, las dispondrá Aarón desde la tarde hasta la mañana delante de Jehová; es estatuto perpetuo por vuestras generaciones. Sobre el candelero limpio pondrá siempre en orden las lámparas delante de Jehová” (Levítico 24:1-4). Así es cómo la obra del Espíritu Santo en la Iglesia está unida a la obra de Cristo en la tierra y a su obra en el cielo. Estaban allí las “siete lamparillas”, pero la actividad y vigilancia del sacerdote eran necesarias para mantenerlas arregladas y encendidas. El sacerdote debía usar continuamente las “despabiladeras y sus platillos” (v. 38) destinados a recoger lo que caía de las lámparas, a fin de quitar todo aquello que obstruyera los canales del “aceite puro de olivas”. Esas despabiladeras y sus platillos eran igualmente de “oro puro”, porque todas esas cosas eran el fruto inmediato de la operación divina. Si la Iglesia es luz, lo es únicamente por la energía del Espíritu. Esta energía está fundada en Cristo, quien, en virtud del consejo eterno de Dios, vino a ser en su sacrificio y en su sacerdocio el manantial y el poder de todas las cosas para su Iglesia. Todo es de Dios. Sea que miremos adentro del velo misterioso y contemplemos el arca con su cubierta y sus dos querubines, sea que dirijamos nuestra atención a lo que está fuera del velo, sobre la mesa pura y el candelero puro con sus vasos y sus respectivos utensilios, todo nos habla de Dios, revelado bien en relación con el Hijo, bien con el Espíritu Santo.

El llamamiento divino le coloca a usted en el centro de todas estas preciosas realidades. Su lugar no solo está entre “las figuras de las cosas celestiales”, sino en medio de “las cosas celestiales mismas”. Tiene plena “libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo” (Hebreos 9:23; 10:19). Es un sacerdote para Dios. “El pan de la proposición” le pertenece. Su lugar está en la “mesa pura” para comer el pan sacerdotal a la luz del Espíritu Santo. Nada puede despojarle de este divino privilegio; es su privilegio para siempre. Cuídese de todo lo que le impidiera *disfrutar* de estas cosas. Guárdese de todo impío arranque de cólera, de toda codicia, de todo sentimiento, de toda imaginación que no sean puros. Mantenga la naturaleza por tierra;

mantenga al mundo fuera de su corazón; mantenga al diablo lejos. Que el Espíritu Santo llene enteramente su alma de Cristo; entonces será santo en la práctica y siempre dichoso; llevará fruto, el Padre será glorificado, y el gozo de usted será “cumplido” (Juan 15:11).

Estructura del tabernáculo

Los materiales

Tenemos aquí la descripción de las cortinas y los velos del tabernáculo, en los cuales la mirada espiritual discierne las sombras de los diversos rasgos del carácter de Cristo. “Harás el tabernáculo de diez cortinas de lino torcido, azul, púrpura y carmesí; y lo harás con querubines de obra primorosa” (v. 1). Estos son los diferentes aspectos de “Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). El lino torcido representa la pureza perfecta de su vida y de su carácter, mientras que el azul, púrpura y carmesí nos lo muestran como el “Señor de *los cielos*”, quien debe *reinar* según los consejos divinos, pero solamente después de haber *sufrido*. Tenemos, pues, en él un hombre sin mancha, un hombre celestial, un hombre regio, un hombre afligido. Los diferentes materiales mencionados aquí no debían servir únicamente para “las cortinas” del tabernáculo, sino también para el “velo” (v. 31), para la “cortina” a “la puerta del tabernáculo” (v. 36), para la “cortina” a “la puerta del atrio” (cap. 27:16), para “las vestiduras del ministerio” y “las vestiduras sagradas para Aarón” (cap. 39:1). En otras palabras, estaba Cristo en todas partes, Cristo en todo y solo Cristo.

El lino torcido

El “lino torcido”, figura de la humanidad pura y sin mácula de Cristo, abre a la inteligencia espiritual un manantial precioso y abundante de meditación. La verdad tocante a la humanidad de Cristo debe ser recibida con toda la exactitud de la enseñanza de las Escrituras. Esta es una verdad fundamental. Si no es aceptada, defendida y confesada tal cual Dios la ha revelado en su Santa Palabra, el edificio entero que debe reposar sobre ella se corromperá indefectiblemente. Si estamos en el error tocante a un punto tan capital, no podemos estar en la verdad respecto a ningún otro. No hay cosa más deplorable que la flojedad que parece predominar en los pensamientos y expresiones de algunos sobre una doctrina de tal importancia. Con mayor respeto por la Palabra de Dios se la conocería seguramente mejor, y se evitarían esas declaraciones erróneas e irreflexivas que contristan al Espíritu Santo de Dios, cuyo oficio consiste en rendir testimonio al Señor Jesús.

Cuando el ángel anunció a María la buena nueva del nacimiento del Salvador, ella le preguntó: “¿Cómo será esto? pues no conozco varón” (Lucas 1:34). Su débil inteligencia era incapaz de comprender, y mucho menos de profundizar, el prodigioso misterio de “Dios... manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). Pero escuchemos con atención cuál fue la respuesta del ángel, no dirigiéndose a un espíritu escéptico, sino a un corazón piadoso aunque ignorante. “El Espíritu Santo

vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). María se imaginaba sin duda que este nacimiento debía tener lugar según los principios ordinarios de la naturaleza; pero el ángel además de corregir su equivocación, anunció una de las mayores verdades de la revelación. Le declaró que el poder divino iba a formar un *hombre verdadero*, “el segundo hombre... (venido) del cielo” (1 Corintios 15:47), un hombre cuya naturaleza sería divinamente pura, y enteramente incapaz de recibir o de comunicar la más pequeña mancha. Este Ser santo fue formado a “*semejanza* de carne de pecado”, sin pecado en la carne (Romanos 8:3). Fue hecho partícipe de carne y sangre de una manera real y verdadera, sin un átomo o una sombra del mal que manchaba la creación entre la cual venía.

Esta es una verdad fundamental a la cual jamás nos someteremos con demasiada fidelidad y firmeza. La encarnación del Hijo, su entrada misteriosa en una carne pura y sin mancha, formada por la virtud del Altísimo en el seno de la virgen, es el fundamento del gran “misterio de la piedad” (1 Timoteo 3:16), cuya culminación es el Dios-hombre glorificado en el cielo, el Jefe, el Representante y el Modelo de la Iglesia redimida de Dios. La pureza esencial de su humanidad respondía perfectamente a las demandas de Dios. La realidad de esta humanidad respondía a las necesidades del hombre. Él era un hombre; porque nadie más que un hombre habría ido al encuentro de la ruina del hombre. Pero era un hombre que podía dar satisfacción a todas las exigencias del trono de Dios. Él era un hombre verdadero, puro y sin mancha, en quien Dios hallaba su delicia perfecta, y sobre quien el hombre podría apoyarse sin reserva alguna.

Huelga recordar que todo esto, si se separase de la muerte y de la resurrección, carecería de fruto para nosotros. Teníamos necesidad no únicamente de un Cristo encarnado, sino de un Cristo crucificado y resucitado. Ciertamente, era preciso que él fuese hecho carne para ser crucificado; pero por su muerte y resurrección, su encarnación viene a ser eficaz para nosotros. Es un error fatal creer que en su encarnación Cristo se unió a la humanidad pecaminosa. Esto era imposible. Él mismo nos enseña la verdad respecto a esto.

“ De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muriere, lleva mucho fruto
(Juan 12:24).

No podía haber ninguna unión entre una carne de pecado y este Santo Ser nacido de María, entre lo puro y lo impuro, lo mortal y lo inmortal. La muerte consumada es la única base de la unidad entre Cristo y sus miembros elegidos. “Porque si fuimos plantados juntamente con él en la se-

mejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:5-6). “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos” (Colosenses 2:11-12). En estos textos hallamos una exposición detallada de la importante verdad que nos ocupa. Siendo muertos y resucitados es la única manera en que Cristo y los suyos pueden venir a formar esa unidad (comp. también Efesios 1:20 a 2:9). Era necesario que el verdadero grano de trigo cayese en la tierra y muriese, antes que la espiga llena pudiese formarse y ser recogida en el granero celestial.

Pero mientras que esta verdad es claramente revelada en las Escrituras, está igualmente claro que la encarnación formaba, por decirlo así, el primer fundamento del glorioso edificio; y las cortinas de “lino torcido”, como ya se mencionó, nos presentan, en figura, la pureza moral de “Jesucristo hombre”. Hemos visto de qué manera fue concebido y nació (Lucas 1:26-38), y si le seguimos a lo largo del curso de su vida en la tierra, vemos en él, siempre y en todas partes, esta misma pureza irreprochable. Pasó cuarenta días en el desierto siendo tentado por el diablo, pero nada, en su pura naturaleza, respondió a las viles sugerencias del tentador. Cristo podía tocar al leproso sin ser contaminado. Podía tocar el ataúd de un difunto sin contraer el hedor de la muerte. Podía pasar “sin pecado” por en medio de la corrupción. Era perfectamente único en el origen, estado y carácter de su humanidad. Solo él pudo decir: “No permitirás que tu santo vea corrupción” (Salmo 16:10). Esto estaba en relación con su humanidad que, en tanto que perfectamente santa y perfectamente pura, podía llevar el pecado. Llevó “él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24); no al madero, como algunos quisieran enseñarnos, sino “sobre el madero”. Fue en la cruz donde Cristo llevó nuestros pecados, y allí solamente. Porque al “que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

El azul

El “azul” es el color del cielo e indica el carácter celestial de Cristo. Fue realmente hombre, entrando en todas las circunstancias de una humanidad verdadera y real “sin pecado” (Hebreos 4:15); sin embargo, era el Señor venido “del cielo” (1 Corintios 15:47). Si bien fue “hombre verdadero”, anduvo siempre consciente de su alta dignidad. Como extranjero celestial jamás olvidó

un instante de donde había venido, donde estaba, y adonde iba. La fuente de todo su gozo estaba arriba. La tierra no podía hacerle más rico ni más pobre. Él hizo la experiencia de que este mundo era una “tierra seca y árida donde no hay aguas” (Salmo 63:1). Por consiguiente, su alma no podía tener refrigerio sino arriba, alimentándose de lo celestial.

“ Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo
(Juan 3:13).

La púrpura

La “púrpura”, signo de la realeza, nos hace ver al que nació siendo “Rey de los judíos”, al que se presentó como tal a la nación judía y fue rechazado por ella (comp. Juan 19:2), al que hizo una buena confesión delante de Poncio Pilato, confesando que era rey, cuando a vista humana no había en él ninguna traza de realeza. “Tú dices que yo soy rey” (Juan 18:37).

“ Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo
(Marcos 14:62; comp. Daniel 7:13).

Por fin, la inscripción sobre la cruz “en hebreo, en griego y en latín” –las lenguas de la religión, de la ciencia y del gobierno– declaraba que él era “Jesús Nazareno, Rey de los Judíos” (Juan 19:19-21). La tierra le denegó sus derechos, desgraciadamente para ella; pero no aconteció lo mismo en el cielo. Allí los derechos de Cristo fueron plenamente reconocidos. Fue acogido como vencedor en las moradas eternas de la luz, y se sentó sobre el trono de la majestad, en medio de las aclamaciones de los ejércitos celestiales, “hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies”. “¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás. Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; admitid amonestación, jueces de la tierra. Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor. Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira. *Bienaventurados todos los que en él confían*” (Salmo 2).

El carmesí

El “carmesí” tiene relación con Cristo derramando su sangre.

“ Cristo ha padecido por nosotros en la carne
(1 Pedro 4:1).

Sin la muerte, todo hubiera sido inútil. Bien podemos admirar el azul y la púrpura; pero sin el carmesí, habría estado ausente el carácter más importante del tabernáculo. Por medio de la muerte, Cristo destruyó al que tenía el imperio de la muerte. Al poner ante nosotros una figura de Cristo, el Espíritu Santo no podía omitir este lado de su carácter, el cual constituye el fundamento de su unión con el cuerpo que es la Iglesia, de su derecho al trono de David, y de su señorío sobre toda la creación. En fin, por medio de esas materias llenas de significado, el Espíritu Santo nos presenta al Señor Jesús como *hombre* puro y sin tacha, *hombre* rey, y como *hombre* afligido, quien, *por la muerte*, conseguiría sus derechos sobre todo cuanto le pertenecía, según los consejos divinos.

La primera cubierta

Las cortinas del tabernáculo no son solamente la expresión de las diferentes perfecciones del carácter de Cristo. Ponen también en evidencia la unidad y firmeza de este carácter. Cada rasgo es perfecto y tiene su lugar; uno no usurpa al otro ni menoscaba su hermosura. Todo era armonía ante la mirada de Dios. Ello se manifestó tanto en el modelo que había sido mostrado a Moisés en el monte (Éxodo 25:40; Hebreos 8:5; Hechos 7:44), como en la reproducción exhibida en la tierra. “Todas las cortinas tendrán una misma medida. Cinco cortinas estarán unidas una con la otra, y las otras cinco cortinas unidas una con la otra” (v. 2-3). Tales eran la justa medida y el acuerdo que reinaban en todas las sendas de Cristo, cual hombre perfecto andando por la tierra, en cualquier situación o relación que le consideremos. Cuando él obra según uno de esos caracteres, nunca vemos que haya desacuerdo con la divina perfección de ningún otro. En todo tiempo, en todo lugar y en toda circunstancia fue el hombre perfecto. En todos sus actos, nada salía de esa hermosa y perfecta medida que le era propia. “Todas las cortinas tendrán una misma medida” (v. 2).

Unir dos veces cinco cortinas simboliza quizás los dos aspectos del carácter de Cristo, esto es su manera de actuar para con Dios y para con el hombre. En la ley también encontramos estos dos aspectos: lo que conviene en cuanto a Dios y lo concerniente al hombre. En Cristo todo es perfecto. Si miramos Su interior, observamos:

Tu ley está en medio de mi corazón



(Salmo 40:8).

Si contemplamos Su carácter externo, su conducta, vemos que los dos elementos están completa e inseparablemente unidos por la gracia celestial y la fuerza de Dios que moran en él.

La cubierta de pelo de cabra

La primera cubierta estaba tapada por otra “de pelo de cabra” (v. 7-14). Su belleza estaba escondida para los de fuera por aquella que hablaba de rudeza y severidad. Esta última no era visible desde el interior. Los que tenían el privilegio de entrar en el lugar santo solo veían el azul, la púrpura, el carmesí y el lino torcido, imagen de las diversas virtudes y perfecciones que, estrechamente unidas entre sí, formaban ese tabernáculo divino donde Dios moraba dentro del velo. A través de ese velo, figura de la carne de Cristo, los rayos de la naturaleza divina brillaban tan suavemente que el pecador podía contemplarlos sin ser abatido ni cegado por su glorioso esplendor.

Cuando el Señor Jesús atravesó este mundo, ¡cuán pocos le conocieron realmente, cuán pocos ungieron sus ojos con el colirio celeste para penetrar en el misterio profundo de Su carácter y apreciarlo! ¡Cuán pocos vieron el azul, la púrpura, el carmesí y el lino torcido! Solo cuando alguien era conducido a su presencia por la fe, permitía Jesús que se manifestase el fulgor de lo que él era, y que su gloria atravesara la nube. Para el ojo natural, más bien parecería que había en la persona de Jesús cierta severidad y reserva –representadas en el tabernáculo por las “cortinas de pelo de cabra”– que eran el resultado de su separación total y de su alejamiento, no de los pecadores personalmente, sino de los pensamientos y máximas humanos. Nada tenía en común con el hombre como tal, y no estaba al alcance de la mera naturaleza el comprenderle y gozar de él. “Ninguno puede venir a mí”, dice él, “si el Padre que me envió no le trajere”; y cuando uno de los que fueron traídos confesó su nombre, él le declaró: “No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (comp. Juan 6:44, Mateo 16:17). Él era “como raíz de tierra seca” sin “parecer... ni hermosura” (Isaías 53:2) que atrajera la mirada o satisficiera el corazón del hombre. La oleada de la popularidad no podía pasar sobre aquel que, mientras atravesaba rápidamente la escena de este mundo vano, se vestía, en figura, “de pelo de cabra”. Jesús no fue popular. La multitud pudo seguirle un momento porque, para ella, Su ministerio estaba ligado a los panes y los peces que tan admirablemente respondían a sus necesidades; pero estaba igualmente dispuesta a gritar “¡Fuera, fuera, crucifícale!” (Juan 19:15) que “¡Hosanna al Hijo de David!” (Mateo

21:9). ¡Que los cristianos, los siervos de Cristo y todos los predicadores del Evangelio se acuerden de ello! ¡Que todos nosotros, y cada uno en particular, nunca olvidemos *la cubierta de “pelo de cabra”*!

La cubierta de pieles de carneros teñidas de rojo

Si las cortinas de pelo de cabra representaban la rigurosa separación entre Cristo y el mundo, las “pieles de carneros *teñidas de rojo*” (v. 14) representan su abnegación y completa consagración a Dios, en cuya senda perseveró hasta la misma *muerte*. Él fue el siervo perfecto que jamás dejó de trabajar en la viña de Dios. Su vida no tuvo más que un fin, y a su cumplimiento dedicó toda su carrera, desde el pesebre hasta la cruz, sin desviarse un ápice. Este único fin era glorificar al Padre y acabar la obra que le había encomendado. “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:49). Ese fue el lenguaje de su infancia, y el cumplimiento de estos “negocios” constituyó la meta exclusiva de su vida. Su comida era hacer la voluntad del que le había enviado y acabar su obra (Juan 4:34). Las “pieles de carneros teñidas de rojo” representan un lado de su carácter, así como la cubierta “de pelo de cabra” representa otro. Su perfecta consagración a Dios le separaba de las costumbres de los hombres.

La cubierta de pieles de tejones

Las “pieles de tejones” (v. 14) quizás nos muestran la santa vigilancia con que el Señor Jesús se ponía en guardia contra todo lo que era hostil al propósito que llenaba su alma entera. Él asumió su posición al lado de Dios, y la mantuvo con tal tenacidad que ninguna influencia de hombres o de demonios pudo jamás dominarla. La cubierta de pieles de tejones estaba “encima”, mostrándonos que el rasgo más marcado en el carácter de “Jesucristo hombre” era la invencible decisión de ser un testigo para Dios en la tierra. Él fue el verdadero Nabot, dispuesto a entregar su vida antes que renunciar a la verdad de Dios o abandonar aquello para lo cual había tomado su lugar en este mundo.

La cabra, el carnero y el tejón deben ser considerados como representando ciertos rasgos naturales, así como ciertas cualidades morales. Deben tenerse en cuenta ambos aspectos en la aplicación de estas figuras al carácter de Jesús. El ojo humano solo podía discernir los rasgos naturales; permanecían ocultas a su mirada la gracia, la hermosura y la dignidad moral que se escondían detrás de la apariencia exterior del humilde y despreciado Jesús de Nazaret. Cuando los tesoros de la sabiduría divina estaban en sus labios, la gente preguntaba: “¿No es este el carpintero?” (Marcos 6:3). “¿Cómo sabe este letras, sin haber estudiado?” (Juan 7:15). Cuando declaraba que

él era el Hijo de Dios y afirmaba su divinidad eterna, se le respondía: “Aún no tienes cincuenta años”, o más bien, tomaban “piedras para arrojárseles” (Juan 8:57, 59). En fin, la confesión de los fariseos era verdadera respecto a los hombres en general: “Ese, no sabemos de dónde sea” (Juan 9:29).

Los límites de esta obra no permiten seguir aquí el desarrollo de esos preciosos rasgos del carácter del Señor Jesús que nos muestran los relatos de los evangelios. Lo que ha sido dicho es suficiente para descubrir un manantial de meditación espiritual, y para darse cuenta de los preciosos tesoros que están encerrados en la imagen de las cubiertas del tabernáculo. El misterio de la persona de Cristo, sus motivos secretos de acción y sus perfecciones inherentes, su apariencia exterior desprovista de todo aquello que los hombres admiran, lo que era en sí mismo, lo que era para Dios y lo que era para los hombres; quién era él según el juicio de la fe, y quién era según el juicio natural, todo esto estaba presentado a la vez bajo la figura de las “cortinas de lino torcido, azul, púrpura y carmesí”, de “pelo de cabra” y por las cubiertas de pieles.

Las tablas y sus basas de plata

Las tablas para el tabernáculo (v. 15) eran hechas de la misma madera que el arca del testimonio. Además, estaban sostenidas por basas de plata (la cual procedía del “rescate”); sus corchetes y sus capiteles eran igualmente de plata (comp. atentamente el cap. 30:11-16 con 38:25-28). El armazón del pabellón del tabernáculo descansaba por completo sobre aquellas basas de plata que, al igual que los corchetes y los capiteles en la parte superior, hablaban de redención. Las basas estaban enterradas en la arena, los corchetes y capiteles estaban encima. Cualquiera que sea la profundidad o la altura que alcancemos, se destacará esta verdad eterna y gloriosa ante nosotros: “Dios... *halló redención*” (Job 33:24). Bendito sea Dios, hemos sido

“ Rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación
(1 Pedro 1:18).

Los velos que cerraban las entradas

El tabernáculo estaba dividido en tres partes distintas: el lugar santísimo, el lugar santo y el atrio. Los velos que cerraban la entrada a cada una de estas partes estaban hechos de los mismos materiales que la primera cubierta del pabellón, o sea, de “azul, púrpura, carmesí, y lino torcido” (v. 31, 36; 27:16). Cristo es la única puerta de entrada a las diversas esferas de la gloria

que han de ser manifestadas todavía, ya sea en la tierra, en el cielo, o en los cielos de los cielos. “Toda familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:15) será puesta bajo la autoridad suprema de Cristo, así como también “toda familia” será introducida en la felicidad y gloria eterna en virtud de la expiación que Cristo ha cumplido. Esto es ya bastante claro y no exige ningún esfuerzo de imaginación para ser comprendido. Tal es la verdad, y cuando conocemos la verdad, resulta fácil comprender aquello que la representa. Si nuestros corazones están llenos de Cristo, no corremos el riesgo de extraviarnos un tanto lejos en nuestras interpretaciones del tabernáculo y sus accesorios. La ciencia y la crítica no nos serán de ninguna utilidad en este estudio, sino un corazón lleno de amor para Jesús, y una conciencia en paz por la sangre de su cruz.

¡Que el Espíritu de Dios nos haga aptos para estudiar estas cosas con mayor interés e inteligencia! ¡Quiera él abrir nuestros ojos para que contemplemos las maravillas de su ley!

El altar de bronce y el atrio

El altar de oro del perfume no mencionado

Antes de entrar en los detalles que conciernen al altar de bronce y al atrio, quisiera llamar la atención sobre el orden seguido por el Espíritu Santo en esta parte del libro del Éxodo. Ya hicimos notar que el pasaje comprendido entre el capítulo 25 y el versículo 19 del capítulo 27 forma una división distinta. Esta nos da la descripción del arca y el propiciatorio, de la mesa y el candelero, de las cortinas y el velo y, por último, del altar de bronce y el atrio donde este altar estaba colocado. Al volver al capítulo 35:15, 37:25 y 40:26, se ve que en cada uno de estos pasajes se hace mención del altar de oro del perfume entre el candelero y el altar de bronce. En cambio, cuando Jehová da las instrucciones a Moisés, el altar de bronce es introducido inmediatamente después del candelero y las cortinas del tabernáculo. En esta diferencia debe haber alguna razón divina que vale la pena buscar.

Cuando Jehová da las instrucciones sobre los enseres del “lugar santo”, ¿por qué omite el altar de los perfumes para pasar inmediatamente al altar de bronce que estaba a la entrada del tabernáculo? Creo que aquí está el pensamiento divino a este respecto. Primero, Dios describe la manera en que él mismo se manifestará al hombre; a continuación, enseña de qué manera el hombre debe acercarse a él. Él tomó asiento en el trono como “Señor de toda la tierra” (Josué 3:11); los rayos de su gloria estaban velados por el velo, tipo de la carne de Cristo (Hebreos 10:20). Pero fuera del velo estaba la manifestación de él mismo, en relación con el hombre: en la pura mesa, y por la luz y el poder del Espíritu Santo: en el candelero. Luego, viene el carácter de Cristo, como hombre descendido a la tierra, representado en las cortinas y cubiertas del tabernáculo. Finalmente tenemos el altar de bronce, magna exhibición del lugar donde se encuentran un Dios santo y un hombre pecador. Llegamos así al extremo del atrio, desde donde, con Aarón y sus hijos, volvemos al lugar santo. Ese era el sitio acostumbrado de los sacerdotes, junto al altar de oro del perfume. Tal orden es de una notable hermosura, y merece nuestra cuidadosa atención. No se hace mención del altar de oro antes que haya un sacerdote para quemar el incienso sobre el mismo; porque Jehová mostró a Moisés la imagen de las cosas que están en los cielos según el orden en que deben ser entendidas por la fe. Sin embargo, cuando Moisés da órdenes a la congregación (cap. 35), cuando da cuenta de los trabajos de “Bezaleel y Aholiab” (cap. 37 y 38), y cuando levanta el tabernáculo (cap. 40), sigue simplemente el orden en que los enseres estaban realmente colocados.

El altar de bronce

Pasemos ahora al altar de bronce. Allí el pecador se acercaba a Dios por el poder y en virtud de la sangre de la expiación. Estaba colocado “delante de la entrada del tabernáculo” (cap. 40:6), y sobre el mismo se derramaba toda la sangre de los sacrificios. Estaba construido de “madera de acacia” y cubierto “de bronce”, o sea, de la misma madera que el altar de oro del perfume, pero con metal diferente. La razón es evidente. El altar de bronce era el lugar donde Dios trataba con el pecado para juzgarlo. El altar de oro era el lugar donde ascendía hasta el trono de Dios el perfume agradable de la excelencia de Cristo. La “madera de acacia”, figura de la humanidad de Cristo, debía hallarse tanto en uno como en otro. Pero en el altar de bronce, Cristo se halla bajo el fuego de la justicia divina, mientras que en el altar de oro, satisface los tiernos afectos divinos. En el primer altar, el fuego de la justicia divina fue apagado; en el último está encendido el fuego del culto sacerdotal. El alma se regocija al hallar a Cristo tanto en uno como en otro, aunque el altar de bronce es el único que responde a las necesidades de una conciencia culpable. Un pobre pecador, sin fuerza, y convencido de pecado necesita el primero. La conciencia no puede gozar de una paz sólida y estable hasta que el ojo de la fe repose sobre Cristo como el antitipo del altar de bronce. Es necesario que yo vea mi pecado reducido a cenizas por el fuego de este altar, antes de que pueda experimentar la paz de conciencia en la presencia de Dios. En cuanto yo sepa, por la fe en el testimonio de Dios, que él mismo ha juzgado mi pecado en la persona de Cristo, sobre el altar de bronce, que ha dado satisfacción a todas las justas demandas de su gloria, que ha quitado mi pecado para siempre, entonces, y solo entonces, puedo gozar de una paz divina y eterna.

El oro y el bronce

Haré aquí una observación sobre el significado del oro y del bronce en los utensilios del tabernáculo. El oro es el símbolo de la justicia divina, o de la naturaleza divina en “Jesucristo hombre”. El bronce es el símbolo de la justicia, que exige el juicio del pecado, tal como en el altar de bronce, o el juicio de la impureza, tal como en la fuente de bronce (cap. 30:18). Esto explica que *dentro* de la tienda del tabernáculo todo fuese de oro; el arca, el propiciatorio, la mesa, el candelero, el altar del perfume. Todas estas cosas eran los símbolos de la naturaleza divina, de la excelencia personal inherente al Señor Jesús. Por otro lado, *fuera* de la tienda del tabernáculo todo era de bronce; el altar y sus utensilios (v. 19), la fuente y su base. Es preciso que las demandas de la justicia respecto al pecado y a la impureza estén divinamente satisfechas antes de que se pueda gozar, de manera alguna, de los preciosos misterios de la persona de Cristo tales como nos son

revelados en el interior del tabernáculo de Dios. Solo viendo toda mi impureza y pecado perfectamente juzgado y lavado, puedo, como sacerdote, acercarme al lugar santo, adorar y gozar de la plena manifestación de la hermosura y de la perfección del Dios Hombre, Jesucristo.

Uno sacará mucho provecho prosiguiendo la aplicación en los detalles de este pensamiento, no solo en el estudio del tabernáculo y del templo, sino también en otros diversos pasajes de la Palabra. Así, por ejemplo, en el capítulo 1 de Apocalipsis, Cristo aparece “ceñido por el pecho con un *cinto de oro*... y sus pies semejantes al *bronce* bruñido, refulgente como en un horno” (v. 13, 15). El “cinto de oro” es el símbolo de su justicia intrínseca; los “pies semejantes al bronce bruñido” son la expresión del juicio inflexible sobre el mal. Dios no puede tolerar el mal, es preciso que él lo aplaste bajo sus pies.

Tal es el Cristo con quien tenemos que ver. Juzga el pecado, pero salva al pecador. La fe ve al pecado reducido a cenizas en el altar de bronce; ve toda impureza lavada en la fuente de bronce; y, por fin, se goza en Cristo, tal como es manifestado en el secreto de la presencia divina por la luz y el poder del Espíritu Santo. La fe lo encuentra en el altar de oro, en todo el valor de Su intercesión. Se alimenta de Cristo en la mesa de oro. Lo reconoce en el arca y en el propiciatorio como Aquel que responde a todas las demandas de la justicia divina, al mismo tiempo que satisface todas las necesidades del hombre. Le contempla en el velo con todas sus figuras místicas. Lee su nombre precioso por doquier. ¡Oh, que nuestros corazones estén mejor dispuestos a apreciar y alabar a un Cristo tan incomparable y glorioso!

Nada hay de tan vital importancia como un claro conocimiento de la doctrina expresada por el altar de bronce. Debido a la falta de una clara visión respecto a este punto, muchas almas pasan su vida sumidas en la tristeza. La cuestión de su culpabilidad no ha sido nunca clara y positivamente arreglada en el altar de bronce. Nunca han llegado a ver, por la fe, que Dios ha resuelto en la cruz toda la cuestión de sus pecados. Buscan la paz para su conciencia turbada en la regeneración, en los frutos del Espíritu, en sus disposiciones, sus sentimientos y sus experiencias. Todas estas cosas son muy excelentes y preciosas por ellas mismas, pero no son en manera alguna el fundamento de la paz. Lo que llena el alma de una paz perfecta es el conocimiento de lo que Dios ha hecho en el altar de bronce. Las cenizas sobre el altar me dan la feliz noticia de que *todo está cumplido*. Los pecados del creyente han sido todos borrados por la mano del amor redentor.

“ Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él
(2 Corintios 5:21).

Todo pecado debe ser juzgado; pero los pecados del creyente han sido ya juzgados en la cruz. Por tanto, está perfectamente justificado. La suposición de que todavía pueda haber algo que esté en contra del creyente más débil es una negación de la obra entera de la cruz. *Todos* sus pecados y *todas* sus iniquidades han sido quitados por Dios mismo; por lo tanto, han sido perfectamente quitados. Desaparecieron con la sangre derramada del Cordero de Dios.

Seamos, pues, diligentes para que nuestro corazón quede perfectamente establecido en la paz que Jesús ha hecho “mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20).

Las vestiduras de los sacerdotes

Los capítulos 28 y 29 nos dan a conocer el sacerdocio en todo su valor y eficacia. Merecen un profundo interés. La misma palabra “sacerdocio” despierta en el corazón unos sentimientos de viva gratitud hacia aquella gracia que no solamente ha dado un medio por el cual podemos allegarnos a la presencia de Dios, sino que también ha provisto lo necesario para que pudiéramos mantenernos allí de una manera acorde al carácter y a las demandas de tan alta y santa posición. El capítulo 28 trata de las vestiduras y el 29 de los sacrificios. Las primeras están en más inmediata relación con las necesidades del pueblo, los últimos con los derechos de Dios. Las vestiduras son y representan las diversas funciones y atributos del sacerdocio.

El sacerdocio de Aarón

El sacerdocio de Aarón era el don de Dios a un pueblo que por naturaleza propia estaba lejos de él, por cuanto tenía necesidad de alguien que estuviera continuamente en la presencia de Dios en lugar de él. El capítulo 7 de la epístola a los Hebreos nos enseña que este sacerdocio estaba unido a la ley, y que fue establecido “conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia” (v. 16); que los que lo ejercían “llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar” (v. 23), y que estaban sujetos a las debilidades humanas (v. 28). Este sacerdocio no podía en manera alguna hacer nada perfecto, de modo que debemos dar gracias a Dios de que tal orden de sacerdocio fue instituido “sin juramento” (v. 21). El juramento de Dios no podía unirse sino con lo que debía durar eternamente, a saber, con el sacerdocio perfecto, inmortal e intransmisible de nuestro grande y glorioso Melquisedec (Hebreos 5:5-6), quien comunica a su sacrificio y a su sacerdocio todo el valor y toda la gloriosa dignidad de su incomparable persona. El solo pensamiento de que tenemos tal sacrificio y tal sacerdote suscita en el corazón sentimientos de viva gratitud hacia nuestro Dios.

El efod y las piedras preciosas

El “efod” era el vestido sacerdotal por excelencia. Estando inseparablemente unido a las dos hombreras y al pectoral, nos enseña que *la fuerza* de los hombros del sacerdote y *el afecto* de su corazón estaban enteramente consagrados a los intereses espirituales de aquellos a quienes representaba. Estas cosas, tipificadas en Aarón, son realizadas en Cristo. Su fuerza omnipotente y su amor infinito nos pertenecen eterna e indiscutiblemente. El hombro que sostiene el universo

asimismo sostiene al miembro más débil y oscuro de la Iglesia redimida a precio de sangre. El corazón de Jesús está lleno de un afecto invariable de un amor infatigable y eterno para el miembro menos considerado de la Asamblea.

Los nombres de las doce tribus, grabados sobre piedras preciosas, eran llevados a la vez sobre los hombros y el corazón del sumo sacerdote (v. 9-12; 15-29). La excelencia particular de una piedra preciosa se manifiesta en que cuanto más intensa es la luz que recibe, tanto más esplendente es su brillo. La luz no puede disminuir jamás el fulgor de una piedra preciosa; muy al contrario, aumenta y perfecciona su lustre. Las doce tribus, tanto una como otra, la mayor como la menor, eran llevadas continuamente ante Jehová sobre el corazón y los hombros de Aarón. Todas y cada una de ellas en particular eran mantenidas, en la presencia de Dios, en este resplandor perfecto y hermosura inalterable que eran propios de la posición en la cual las había colocado la perfecta gracia de Dios. El pueblo era representado ante Dios por el sumo sacerdote. Fuesen cuales fuesen sus flaquezas, errores o fatigas, su nombre resplandecía sobre el “pectoral” con invariable fulgor. Jehová les había dado este lugar, ¿quién podía arrancarlos de allí? Jehová los había puesto así, ¿quién podía ponerlos de otra manera? ¿Quién podía penetrar en el lugar santo para arrebatarse sobre el corazón de Aarón el nombre de una sola de las tribus de Israel? ¿Quién podía empañar el brillo prodigado a esos nombres allí, en el lugar donde Dios los había colocado? Estaban fuera del alcance de todo enemigo; más allá de toda influencia del mal.

¡Cuán alentador y consolador es para los hijos de Dios, probados, tentados, acometidos y humillados, recordar que el mismo Dios los ve sobre el corazón de Jesús! Ante los ojos de Dios, ellos brillan continuamente con el resplandor de Cristo, revestidos de hermosura divina. El mundo no puede verlos así; pero Dios sí, y en esto consiste toda la diferencia. Los hombres, al considerar a los hijos de Dios, no ven más que sus imperfecciones y defectos. Son incapaces de discernir otra cosa, y por ello su juicio resulta siempre falso, siempre parcial. No pueden ver las joyas centelleantes que llevan los nombres de los redimidos de Dios, grabados por la mano del inmutable amor. Por cierto, los cristianos deberían tener cuidado en no dar ninguna ocasión al mundo para hablar mal de ellos. Deberían perseverar “haciendo bien” para hacer “callar la ignorancia de los hombres insensatos” (Romanos 2:7; 1 Pedro 2:15). Si por el poder del Espíritu Santo comprendieran con qué hermosura brillan sin cesar ante los ojos de Dios, eso los llevaría de cierto a un camino de santidad práctica, de pureza moral, y su luz resplandecería delante de los hombres.

Cuanto más claramente comprendamos por la fe todo lo que somos en Cristo, tanto más profunda, real y práctica será la obra interior en nosotros, más completa la manifestación de su efecto moral en nuestra vida y nuestro carácter.

Pero, gracias a Dios, nuestro juicio no está en manos de los hombres, sino en Dios mismo. En su misericordia él nos enseña a nuestro gran Sacerdote llevando nuestro juicio sobre su corazón delante de Jehová continuamente (v. 30). Esta seguridad da una paz profunda y sólida, una paz que nada puede quebrantar. Puede ser que tengamos que confesar nuestras faltas y defectos, y dolernos de ellos. Nuestra vista puede estar tan oscurecida por las lágrimas de un verdadero arrepentimiento que no esté en estado de ver el resplandor de las piedras preciosas, donde están grabados nuestros nombres. Sin embargo, allí están. Dios los ve y esto es suficiente. Él es glorificado por su resplandor, un resplandor que no proviene de nosotros mismos, sino del esplendor con que Dios mismo nos ha revestido. Nosotros no éramos sino impureza, tinieblas y disformidad. Dios nos ha dado la luz, la pureza y la hermosura. ¡A él sea la alabanza y la gloria por los siglos de los siglos!

El cinto

El “cinto” es el conocido símbolo del servicio. Cristo es el Siervo perfecto, el Siervo de los designios y del afecto de Dios, de las profundas y variadas necesidades de su pueblo. Cristo se ceñió a sí mismo para su obra con una decisión y abnegación tal, que nada podía desanimarle. Cuando la fe ve al Hijo de Dios así ceñido, considera que ninguna dificultad es demasiado grande para Él. En el tipo que nos ocupa, todas las virtudes y todas las glorias de Cristo, tanto en su naturaleza divina como en la humana, caben en su carácter de siervo. “Y su cinto de obra primorosa que estará sobre él, será de la misma obra, parte del mismo; de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido” (v. 8). Esto debe satisfacer todas las necesidades del alma y los más ardientes deseos del corazón. No vemos a Cristo solo como la víctima inmolada en el altar de bronce, sino también como el ceñido sumo Sacerdote sobre la casa de Dios. Bien puede el apóstol decir: “*Acerquémonos... mantengamos... considerémonos unos a otros*” (Hebreos 10:19-24).

El pectoral del juicio, Urim y Tumim

“Y pondrás en el pectoral del juicio Urim y Tumim (luces y perfecciones), para que estén sobre el corazón de Aarón cuando entre delante de Jehová; y llevará siempre Aarón el juicio de los hijos de Israel sobre su corazón delante de Jehová” (v. 30). Por diferentes pasajes de la Escritura sabemos que el “Urim” estaba relacionado con las comunicaciones divinas referentes a las diversas

cuestiones que se presentaban en los detalles de la historia de Israel. Así, por ejemplo, en el nombramiento de Josué se nos dice: “Él se pondrá delante del sacerdote Eleazar, y le consultará *por el juicio del Urim delante de Jehová*” (Números 27:21). “A Leví dijo: Tu Tumim y tu Urim sean para tu varón piadoso... ellos enseñarán tus juicios a Jacob, y tu ley a Israel” (Deuteronomio 33:8-10). “Y consultó Saúl a Jehová; pero Jehová no le respondió ni por sueños, *ni por Urim*, ni por profetas” (1 Samuel 28:6). “Y el gobernador les dijo que no comiesen de las cosas más santas, *hasta que hubiese sacerdote para consultar con Urim y Tumim*” (Esdras 2:63). Así nos enteramos de que el sumo sacerdote no solo llevaba el juicio de la congregación delante de Jehová, sino que también comunicaba el juicio de Jehová a la congregación. ¡Preciosas y solemnes funciones! De igual manera sucede, con una perfección divina, en el caso de nuestro “gran sumo sacerdote que traspasó los cielos” (Hebreos 4:14). Él lleva continuamente el juicio de su pueblo sobre su corazón y, por el Espíritu Santo, nos comunica el consejo de Dios respecto a los menores detalles de nuestra vida diaria. No tenemos, por tanto, necesidad de sueños ni de visiones. Con tal que andemos según el Espíritu, disfrutaremos de toda la seguridad que puede dar el perfecto “Urim” puesto sobre el corazón de nuestro gran sumo Sacerdote.

El manto del efod

“Harás el manto del efod todo de azul... en sus orlas harás granadas de azul, púrpura y carmesí alrededor, y entre ellas campanillas de oro alrededor. Una campanilla de oro y una granada, otra campanilla de oro y otra granada, en toda la orla del manto alrededor. Y estará sobre Aarón cuando ministre; y se oirá su sonido cuando él entre en el santuario delante de Jehová y cuando salga, para que no muera” (v. 31-35). El manto de azul del efod es emblema del carácter enteramente celestial de nuestro gran sumo Sacerdote. Él penetró en los cielos y está más allá del alcance de toda vista humana; pero, por el poder del Espíritu Santo hay un testimonio divino de que él está vivo en la presencia de Dios; y no solamente un testimonio, sino también fruto. “Una campanilla de oro y una granada, otra campanilla de oro y otra granada”. ¡Qué orden más hermoso! El fiel testimonio de la gran verdad de que Jesús está siempre vivo para interceder por nosotros estará inseparablemente unido a un servicio fructífero. ¡Que Dios nos conceda tener un entendimiento más profundo de estos preciosos y santos misterios!

La lámina de oro

“Harás además una lámina de oro fino, y grabarás en ella como grabadura de sello, santidad a Jehová. Y la pondrás con un cordón de azul, y estará sobre la mitra, por la parte delantera de la mitra estará. Y estará sobre la frente de Aarón, y llevará Aarón las faltas cometidas en todas las cosas santas, que los hijos de Israel hubieren consagrado en todas sus santas ofrendas; y sobre *su frente* estará continuamente, para que *obtingan* gracia delante de Jehová” (v. 36-38). He aquí una verdad importante para el alma. La lámina de oro sobre la frente de Aarón era el tipo de la santidad esencial del Señor Jesús. “Y sobre *su frente* estará *continuamente*, para que *obtingan* gracia delante de Jehová”. ¡Qué reposo para el corazón en medio de las fluctuaciones de nuestra propia experiencia! Nuestro gran sumo Sacerdote está “continuamente” delante de Dios para interceder por nosotros. Somos representados por él, y en él hechos aceptos. Su santidad nos pertenece. Cuanto más profundamente conozcamos nuestra indignidad y debilidad personal, cuanto más experimentemos esta verdad humillante de que en nosotros no mora el bien, con tanto más fervor bendeciremos al Dios de toda gracia por esta verdad consoladora: “Y sobre *su frente* estará continuamente, para que *obtingan* gracia delante de Jehová”.

Si aconteciera que alguien se hallase frecuentemente tentado y cansado con dudas y temores, con altibajos en su estado espiritual, con tendencia continua a mirar dentro de sí mismo, a su pobre corazón frío, inconstante y rebelde, no tiene más que apoyarse de todo su corazón en la preciosa verdad de que ese gran sumo Sacerdote le representa delante del trono de Dios. Que fije su mirada en la lámina de oro, y lea en la inscripción la medida de su aceptación eterna ante Dios. ¡Que el Espíritu Santo le haga disfrutar la dulzura y el poder de esta divina y celestial doctrina!

Las vestiduras de los hijos de Aarón

“Y para los hijos de Aarón harás túnicas; también les harás cintos, y les harás tiaras para honra y hermosura... Y les harás calzoncillos de lino para cubrir su desnudez... Y estarán sobre Aarón y sobre sus hijos cuando entren en el tabernáculo de reunión, o cuando se acerquen al altar para servir en el santuario, para que no lleven pecado y mueran” (v. 40-43). Aquí, Aarón y sus hijos representan en figura a Cristo y la Iglesia, en el poder de una sola justicia divina y eterna. Las vestiduras sacerdotales de Aarón son la expresión de las cualidades intrínsecas, esenciales, personales y eternas de Cristo; mientras que las “túnicas” y las “tiaras” de los hijos de Aarón representan las gracias de que está revestida la Iglesia en virtud de su asociación con el Jefe soberano de la familia sacerdotal.

Todo lo que acaba de pasar ante nuestros ojos nos muestra con qué misericordioso cuidado Jehová proveía a las necesidades de su pueblo, permitiendo que los suyos viesen al que se preparaba para intervenir en favor de ellos y representarlos delante de él, revestido de todas las vestiduras que respondían directamente a la condición del pueblo. Dios la conocía bien; por lo tanto, nada se había olvidado de lo que el corazón necesitara o deseara. El pueblo de Israel podía considerar a Aarón de arriba abajo, y ver que todo estaba completo. Desde la tiara santa que cubría su frente hasta las campanillas y granadas que bordeaban su manto, todas las cosas eran como debían ser, porque todo era conforme al modelo mostrado en el monte. Todo correspondía a la estimación que Jehová hacía de las necesidades de su pueblo, y a Sus propias exigencias.

Hilos de oro entretejidos

Todavía hay un punto relacionado con las vestiduras de Aarón que requiere especial atención. Es la manera en que se introduce el oro en la confección de estos vestidos. Este asunto se halla desarrollado en el capítulo 39, pero la interpretación puede estar aquí en su lugar.

“ Y batieron láminas de oro, y cortaron hilos para tejerlos entre el azul, la púrpura, el carmesí y el lino, con labor primorosa (39:3).

Ya se hizo notar que “el azul, la púrpura, el carmesí y el lino fino” representan los diversos caracteres de la humanidad de Cristo, mientras que el oro habla de su naturaleza divina. Los hilos de oro eran tan exquisitamente entretejidos en los otros materiales que quedaban inseparablemente unidos con estos últimos, aunque perfectamente distinguibles. La aplicación de esta admirable imagen al carácter del Señor Jesús está llena de interés. En diferentes escenas presentadas por los relatos de los evangelios es fácil discernir a la vez el carácter distintivo y la misteriosa unión de la humanidad y de la deidad.

Por ejemplo, consideremos a Cristo en el mar de Galilea “durmiendo sobre un cabezal” (Marcos 4:38). ¡Preciosa manifestación de su humanidad! Pero, un momento después aparece con toda la grandeza y majestad de la divinidad. Como gobernador supremo del universo, calma el viento e impone silencio al mar. No se nota aquí ningún esfuerzo, ni precipitación, ni preparación previa. El reposo en la humanidad no es más natural que la actividad en la naturaleza divina. Cristo está tan completamente en su elemento en una como en otra. Veámosle también cuando los cobradores de las dracmas interpelan a Pedro. Como Dios fuerte, soberano, poseedor del “mundo y su plenitud”, pone su mano sobre los tesoros del océano, y dice: “Todo lo que hay debajo del cielo es mío” (Salmo 50:12; 24:1; Job 41:11). Después de declarar que es “suyo también el mar, pues él

lo hizo” (Salmo 95:5), cambia de lenguaje; manifestando su perfecta humanidad se asocia a su pobre servidor con estas afectuosas palabras: “Tómalo, y dáselo *por mí y por ti*” (Mateo 17:27). ¡Cuánta gracia se manifiesta en estas palabras, relacionadas aquí con un milagro tan expresivo de la deidad de Aquel que se asociaba, en su infinita condescendencia, a un pobre y débil gusano de la tierra!

De nuevo le vemos, ahora ante la tumba de Lázaro (Juan 11). Jesús se conmueve, llora; sus gemidos y lágrimas brotan de las profundidades de una humanidad perfecta, de ese corazón perfectamente humano que sentía, como ningún otro corazón, lo que es hallarse en medio de una escena donde el pecado ha producido tan terribles frutos. Pero luego, como la “Resurrección y la Vida”, como Aquel que tiene en su mano todopoderosa “las llaves de la muerte y del Hades” (Apocalipsis 1:18), grita: “¡Lázaro, ven fuera!” A la voz de Jesús, la muerte y el sepulcro abren sus puertas y dejan salir a su cautivo.

Nuestra mente fácilmente será conducida a otras escenas de los evangelios que ilustran esta unión de los hilos de oro con “el azul, la púrpura, el carmesí y el lino fino retorcido”, es decir, la unión de la deidad con la humanidad en la misteriosa Persona del Hijo de Dios. Nada nuevo hay en este pensamiento, frecuentemente señalado por los que estudiaron con algún cuidado los escritos del Antiguo Testamento. Sin embargo, siempre es provechoso para nuestras almas considerar al Señor Jesús como Aquel que es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. El Espíritu Santo ha unido juntamente la deidad y la humanidad “con labor primorosa”, y las presenta al espíritu renovado del creyente para que las admire y disfrute de ellas.

Consagración de los sacerdotes

El lavamiento con agua

Ya se hizo notar que Aarón y sus hijos representan a Cristo y a la Iglesia; pero aquí vemos que Dios da el primer lugar a Aarón: “Y llevarás a Aarón y a sus hijos a la puerta del tabernáculo de reunión, y los lavarás con agua” (v. 4). El lavamiento con agua hizo que Aarón viniera a ser, típicamente, lo que Cristo es intrínsecamente: santo. La Iglesia es santa en virtud de su unión con Cristo en una vida de resurrección. Cristo es la definición perfecta de lo que ella es delante de Dios. El acto ceremonial de lavar con agua expresa la acción de la Palabra de Dios (véase Efesios 5:26). El Señor dice:

“ Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad (Juan 17:19).

Él se apartó a sí mismo para Dios en perfecta obediencia. Siendo hombre, fue conducido en todas las cosas por la palabra de Dios, por el Espíritu eterno, a fin de que todos los que le pertenecen fuesen enteramente santificados por el poder moral de la verdad.

La unción

“Luego tomarás el aceite de la unción, y lo derramarás sobre su cabeza, y *le* ungirás” (v. 7). Aquí se trata del Espíritu Santo; pero es preciso observar que Aarón fue ungido *antes que la sangre fuese derramada*, porque nos es presentado como el tipo de Cristo, quien en virtud de lo que era en su propia persona, fue ungido por el Espíritu Santo mucho antes de que fuese cumplida la obra de la cruz. Por otra parte, los hijos de Aarón no fueron ungidos hasta después de ser esparcida la sangre. “Y matarás el carnero, y tomarás de su sangre y la pondrás sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el lóbulo de la oreja de sus hijos, sobre el dedo pulgar de las manos derechas de ellos, y sobre el dedo pulgar de los pies derechos de ellos, y rociarás la sangre sobre el altar alrededor. Y con la sangre que estará sobre el altar, y *el aceite de la unción*, rociarás sobre Aarón, sobre sus vestiduras, sobre sus hijos, y sobre las vestiduras de estos; y él será santificado, y sus vestiduras, y sus hijos, y las vestiduras de sus hijos con él” (v. 20-21). En lo que concierne a la Iglesia, la sangre de la cruz es el fundamento de toda bendición. La Iglesia no podía recibir la unción del Espíritu Santo antes que su Jefe resucitado hubiese ascendido al cielo y depositado sobre el trono de la Majestad el testimonio del sacrificio que él había cumplido. “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y

habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hechos 2:32-33; comp. Juan 7:39, Hechos 19:1-6). Desde los días de Abel hasta ahora, almas han sido regeneradas por el Espíritu Santo, experimentando su influencia, almas en las cuales obró y a las cuales calificó para el servicio. Pero la Iglesia no podía ser ungida con el Espíritu Santo antes de que su Señor hubiese entrado victorioso en el cielo y hubiese recibido para ella la promesa del Padre. Esta doctrina está enseñada de la manera más directa y absoluta en todo el Nuevo Testamento. Estaba prefigurada ya, con toda su integridad, en el tipo que meditamos, pues Aarón fue ungido antes de la aspersión de la sangre, mientras que sus hijos no lo fueron ni podían serlo sino después (v. 7, 21).

La preeminencia de Cristo

Pero el orden de la unción seguido aquí nos enseña otra cosa más que lo concerniente a la obra del Espíritu y a la posición de la Iglesia. Se nos presenta también la preeminencia del Hijo. “Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría *más que* a tus compañeros” (Salmo 45:7; Hebreos 1:9). Es preciso que los hijos de Dios mantengan siempre esta verdad en sus convicciones y experiencias. La gracia de Dios ciertamente ha sido manifestada en el maravilloso hecho de que pecadores culpables y dignos del infierno son llamados los “*compañeros*” del Hijo de Dios; pero no olvidemos nunca el vocablo “*más*”. Por íntima que sea la unión —y lo es tanto como los consejos eternos de la gracia podían hacerla—, sin embargo es necesario que Cristo “en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1:18). No podría ser de otra manera. Cristo es Cabeza sobre todas las cosas, Cabeza de la Iglesia, Cabeza de la creación, Cabeza de los ángeles, Señor del universo. No hay ni un solo astro que se mueve en el espacio, que no le pertenezca y cuyos movimientos no dirija; ni un solo gusanillo que se arrastra sobre la tierra, que no esté bajo su ojo siempre atento. Él es “Dios sobre todas las cosas” (Romanos 9:5); “el primogénito de entre los muertos” y “de toda criatura” (Colosenses 1:15, 18; Apocalipsis 1:5); “el principio de la creación de Dios” (Apocalipsis 3:14). “Toda familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:15) debe colocarse debajo de él. Esta verdad es confesada con gratitud por toda alma espiritual. Más aun, la sola enunciación de estas cosas estremece todo corazón cristiano. Todos los que son conducidos por el Espíritu se regocijarán con cada nueva manifestación de las glorias personales del Hijo. No podrán tolerar ni por un momento cosa alguna que atente contra esas glorias. ¡Que la Iglesia sea elevada a las más altas esferas de la gloria. Su gozo será postrarse a los pies de Aquel que se humilló para elevarla y unirla a sí mismo, en virtud del sacri-

ficio cumplido por él. Habiendo respondido plenamente a todas las demandas de la justicia de Dios, puede satisfacer todos los afectos divinos y unir su Iglesia a sí mismo de manera inseparable en su gloria eterna de hombre resucitado, siendo él justo objeto del amor del Padre.

“ Por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos
(Hebreos 2:11).

El culto, la comunión y la adoración

El altar de bronce y el altar de oro

Instituido el sacerdocio, como hemos visto en los dos capítulos precedentes, pasamos ahora a lo referente al culto y la comunión sacerdotal. El orden de estas enseñanzas es notable e instructivo; además corresponde exactamente al orden que existe en la experiencia del creyente. En el altar de bronce, el creyente ve sus pecados reducidos a cenizas. Luego, reconoce cómo Cristo —personalmente puro y sin mácula hasta el punto de ser ungido sin sangre— nos ha unido con él, en su vida, en su justicia y en su favor ante Dios. Finalmente, el creyente ve en el altar de oro el valor de Cristo, como la substancia de que se alimentan los afectos divinos.

Y así es siempre. Es necesario que haya un altar de bronce y un sacerdote antes de que pueda haber un altar de oro con incienso. Muchos hijos de Dios no han pasado nunca más allá del altar de bronce; jamás han experimentado el poder y la realidad del verdadero culto sacerdotal. No se regocijan en el perfecto sentimiento del perdón ni en el divino entendimiento de la justicia; no han llegado todavía al altar de oro. Esperan llegar allí cuando mueran, en tanto que es su privilegio estar allí *ahora*. La obra de la cruz ha quitado todo obstáculo que pudiera cerrarles el camino para ofrecer a Dios un culto libre y *inteligente*. La posición actual de todos los verdaderos creyentes es estar cerca del altar de oro del perfume.

La presencia ante este altar ofrece, en figura, una posición de gran bendición. Allí se goza de la realidad y eficacia de la intercesión de Cristo. Hemos acabado con el Yo y con todo lo que a él se refiere, siempre que esperábamos algún bien de ello. Somos llamados a ocuparnos solamente de lo que Cristo es ante Dios. Ya no encontramos en el Yo sino suciedad; toda manifestación del Yo nos mancha; el Yo ha sido condenado y puesto a un lado por el juicio de Dios. No queda ni podría quedar de él un solo átomo en el incienso puro o en el fuego puro sobre el altar de oro puro. “La sangre de Jesús” nos ha dado acceso al santuario, santuario del servicio y del culto sacerdotal, en el cual no hay sombra de pecado. Allí vemos la mesa pura, el candelero puro y el altar puro; pero no hay nada que recuerde al Yo y su miseria. Si fuese posible que el Yo se presentara de alguna manera a nuestra vista, solo serviría para impedir nuestro culto, agriar nuestro alimento de sacerdotes y oscurecer nuestra luz. El santuario de Dios no es un lugar para nuestra naturaleza. Esta ha sido consumida y reducida a cenizas con todo lo que se relaciona con ella. Ahora nuestras almas son llamadas a gozar del buen olor de Cristo que asciende como un perfume agrada-

ble delante de Dios. En esto se complace Dios. Todo lo que presenta a Cristo en la excelencia de su persona es bueno y agradable a Dios. La más débil manifestación de Cristo, en la vida o en el culto de un santo, es un perfume de buen olor en el cual Dios se complace.

Con demasiada frecuencia, para vergüenza nuestra, debemos ocuparnos de nuestras faltas y debilidades. Si alguna vez permitimos que salga a la superficie el pecado que mora en nosotros, entonces tenemos que ver con Dios sobre ese asunto, porque Dios no puede tolerar el mal. Él puede perdonarlo y purificarnos, puede restaurar nuestras almas por el ministerio de nuestro grande y misericordioso sumo Sacerdote, pero no puede asociarse a ningún pensamiento culpable. Un pensamiento ligero, una idea loca, no menos que la concupiscencia o un pensamiento impuro, bastan para turbar nuestra comunión e interrumpir del todo nuestro culto. Cuando semejante pensamiento se levanta en nosotros, es necesario que sea confesado y juzgado antes de que podamos disfrutar de nuevo de los goces santos del santuario. Un corazón en el cual obre la concupiscencia no goza de aquello que ocupa el alma en el santuario. Cuando nos hallamos en nuestra verdadera condición de sacerdotes, nuestra naturaleza es como si no existiera. Entonces podemos alimentarnos de Cristo; podemos probar la dicha divina de ser libertados de nosotros mismos y enteramente absortos por Cristo.

Todo esto solo puede ser producido por el poder del Espíritu. Es inútil procurar excitar los sentimientos naturales de devoción por los diferentes medios puestos al servicio de los sistemas y religiones de los hombres; es necesario que haya fuego puro así como incienso puro. Los esfuerzos que se hacen para rendir culto a Dios por medio de las facultades no santificadas de nuestra naturaleza entran en la categoría de “fuego extraño” (comp. Levítico 10:1 con cap. 16:12). Dios es el objeto del culto, Cristo es el fundamento y la substancia, el Espíritu Santo es su poder.

Hablando con propiedad, así como el altar de bronce nos presenta a Cristo en el valor de su sacrificio, así en el altar de oro tenemos a Cristo en el valor de su intercesión. Este doble hecho nos hará comprender mejor por qué se introduce el sacerdocio (en los capítulos 28 y 29) entre los dos altares. Naturalmente hay una relación íntima entre esos dos altares, puesto que la intercesión de Cristo está fundada sobre su sacrificio. “Y sobre sus cuernos hará Aarón expiación una vez en el año con la sangre del sacrificio por el pecado para expiación; una vez en el año hará expiación sobre él por vuestras generaciones; será muy santo a Jehová” (v. 10). Todo reposa sobre el fundamento inmovible de la *sangre esparcida*. “Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Fue, pues, necesario que las figuras

de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:22-24).

El medio siclo del rescate

En los versículos 11 al 16 se trata del dinero de las propiciaciones para la congregación. Todo israelita debía pagar “medio siclo”. “Ni el rico aumentará, ni el pobre disminuirá del medio siclo, cuando dieren la ofrenda a Jehová para hacer expiación (o propiciación) por vuestras personas” (v. 15). Todos son puestos al mismo nivel con respecto a la propiciación. Puede haber una diferencia inmensa en la medida de conocimiento, experiencia, capacidad, progreso, celo, de abnegación, pero el fundamento de la propiciación es el mismo para todos. El gran apóstol de los gentiles y el más débil cordero del rebaño de Cristo están al mismo nivel en lo que se refiere a la propiciación. Verdad sencilla y bendita al mismo tiempo. Puede que no todos sean iguales en devoción y que no abunden en frutos de la misma manera; no obstante, el fundamento sólido y eterno del reposo del creyente es “la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:19), y no la abnegación ni la abundancia de frutos. Cuanto más entremos en la verdad y el poder de estas cosas, tanto más fruto llevaremos.

En el último capítulo del Levítico hallamos otra clase de evaluación. Cuando alguno hacía “especial voto a Jehová” (v. 1), Moisés apreciaba al individuo según su edad. En otras palabras, cuando alguno se aventuraba a evidenciar su capacidad, Moisés, como representante de los *derechos* de Dios, lo estimaba “según el siclo del santuario” (v. 3). Pero si era más pobre que la estimación de Moisés, debía comparecer “ante el sacerdote” (v. 8), representante de la *gracia* de Dios. Este debía estimarle y ponerle tasa “conforme a la posibilidad del que hizo el voto”.

Bendito sea Dios, sabemos que todas sus justas demandas han sido satisfechas, y que todos nuestros votos han sido cumplidos por Cristo. Él era a la vez el representante de los derechos de Dios y el que reveló su gracia, quien cumplió la obra de la expiación sobre la cruz, y que ahora está a la diestra de Dios. En el conocimiento de todas estas cosas se halla un dulce reposo para el corazón y para la conciencia. La expiación es la primera cosa que comprendemos y nunca debemos perderla de vista. Por extenso que sea el campo de nuestra inteligencia, por ricas que sean nuestras experiencias, por elevado que sea el nivel de nuestra piedad, siempre deberemos volver a la sencilla, divina e inalterable doctrina de *la sangre*. Así ha sido siempre en la historia del pueblo de Dios. Así es, y así será siempre. Los siervos de Cristo mejor dotados y los de mayor

experiencia han vuelto siempre con gozo a «esta única fuente de delicias» de la que bebieron sus espíritus sedientos cuando llegaron a conocer al Señor. El cántico eterno de la Iglesia en la gloria será:

“ Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre
(Apocalipsis 1:5).

Los atrios del cielo resonarán para siempre con el eco de la gloriosa doctrina de la sangre de la propiciación.

La fuente de bronce

En los versículos 17 al 21 tenemos “la fuente de bronce y su base”, o sea el lebrillo de la purificación y su base (v. 28; 38:8; 40:11). En esta fuente los sacerdotes se lavaban las manos y los pies para mantener así la pureza esencial al ejercicio de las funciones sacerdotales. Esto no significaba en manera alguna una nueva aplicación de la sangre, sino simplemente un acto por el cual eran conservados en un estado apropiado para el servicio sacerdotal y el culto. “Cuando entren en el tabernáculo de reunión, se lavarán con agua, para que no mueran; y cuando se acerquen al altar para ministrar, para quemar la ofrenda encendida para Jehová, se lavarán las manos y los pies, para que no mueran” (v. 20-21).

No puede haber verdadera comunión con Dios si no se mantiene con cuidado la santidad personal. “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad” (1 Juan 1:6). Esta santidad personal en nuestras vidas solo puede proceder de la acción de la Palabra de Dios en nuestras obras y en nuestros caminos. “Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las sendas de los violentos” (Salmo 17:4). Nuestras faltas continuas en nuestro servicio como sacerdotes provienen en gran manera de que descuidemos el uso conveniente de la “fuente de bronce”. Si nuestros caminos no están sometidos a la acción purificadora de la Palabra de Dios, si perseveramos en la prosecución o en la práctica de lo que –según nuestra propia conciencia– no está de acuerdo con esta Palabra, ciertamente nuestro carácter como sacerdotes carecerá de poder. La perseverancia deliberada en mal y el verdadero culto sacerdotal son completamente incompatibles.

“ Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad
(Juan 17:17).

Si hay en nosotros alguna impureza, no podemos gozar de la presencia de Dios: “Todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo” (Efesios 5:13). Pero cuando mediante la gracia sabemos purificar nuestros caminos teniendo cuidado en ello, según nos indica la Palabra de Dios, estamos moralmente en estado de gozar de la presencia divina.

En seguida comprobaremos qué ancho campo de verdad práctica se abre aquí ante nosotros, y en qué gran medida nos es presentada en el Nuevo Testamento la doctrina de la “fuente de bronce”. ¡Ojalá los que tienen el privilegio de entrar en los atrios del santuario con vestidos sacerdotales y de acercarse al altar de Dios para ejercer el sacerdocio, mantengan sus manos y sus pies limpios mediante el uso de la verdadera “fuente de bronce”!

Puede ser interesante observar que la “fuente... y su base” fue hecha “de los espejos de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión” (cap. 38:8). Este hecho es muy significativo. Siempre estamos inclinados a hacer como el “hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era” (Santiago 1:23-24). El espejo de nuestra naturaleza jamás puede darnos una opinión clara y permanente de nuestra verdadera condición. “Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, este será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:25). El hombre que recurre constantemente a la Palabra de Dios dejando que hable a su corazón y a su conciencia, será mantenido en las actividades santas de la vida divina.

Un gran sumo Sacerdote

La eficacia del sacrificio sacerdotal de Cristo se une íntimamente a la acción penetrante y purificadora de la Palabra de Dios. “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”. Y el apóstol inspirado añade inmediatamente: “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras

debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acercuémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:12-16).

Cuanto más vivamente sintamos la espada de la Palabra de Dios, mejor apreciaremos el ministerio de misericordia y gracia de nuestro sumo Sacerdote. Estas dos cosas van juntas. Son las compañeras inseparables del sendero del cristiano. El gran sumo Sacerdote simpatiza con las debilidades que la Palabra descubre y expone. Él es un Sacerdote tan fiel como misericordioso. De modo que solo puedo acercarme al altar en la medida en que hago uso de la fuente de bronce. El culto siempre debe ser ofrecido con el poder de la santidad. Es preciso que perdamos de vista la naturaleza tal como es reflejada en un espejo, ocupándonos enteramente de Cristo, tal como es presentado por la Palabra. Solo así “las manos y los pies” (Lucas 24:40), las obras y los caminos serán limpios según la purificación del santuario.

La santa unción

En los versículos 22 al 33 se trata de la “santa unción” con la cual eran ungidos los sacerdotes y el tabernáculo con todos sus utensilios. Esta unción es el tipo de las variadas gracias del Espíritu Santo, las cuales se hallaban en Cristo en su divina plenitud. “Mirra, áloe y casia exhalan todos tus vestidos; desde palacios de marfil te recrean” (Salmo 45:8). Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret (Hechos 10:38). Todas las gracias del Espíritu Santo, en su olor perfecto, se concentraron en Cristo, y solo de él pueden emanar. En cuanto a su humanidad, fue concebido del Espíritu Santo y, antes de entrar en su ministerio público, fue ungido con el Espíritu Santo. Finalmente, cuando se sentó en los cielos, derramó sobre su Asamblea, que es su cuerpo, los dones preciosos del Espíritu Santo, en testimonio de la redención cumplida (véase Mateo 1:20; 3:16-17; Lucas 4:18-19; Hechos 2:33; 10:44-45; Efesios 4:8-13).

Asociados con este Cristo glorificado y bendito eternamente, los creyentes son hechos partícipes de los dones y las gracias del Espíritu Santo. Además, únicamente por medio de una vida de comunión habitual con Cristo pueden gozar de todos estos dones. Entonces, llegan a esparcir su buen olor en torno suyo. El hombre no regenerado desconoce estas cosas. “Sobre carne de hombre no será derramado” (v. 32). Las gracias del Espíritu Santo nunca pueden unirse con la carne del hombre, porque el Espíritu Santo no puede reconocer la naturaleza caída. Ninguno de los frutos del Espíritu ha sido jamás producido sobre el suelo estéril de esta naturaleza. “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7). Solo el nuevo hombre, este hombre que forma parte de “la nue-

va creación” (2 Corintios 5:17, N.T. interlineal griego-español), puede conocer algo de los frutos del Espíritu. Es del todo inútil procurar imitar estos frutos y sus virtudes. Ni los más hermosos frutos que el terreno de la naturaleza produzca, ni los rasgos más amables que muestre, podrán en manera alguna ser reconocidos como dignos de valor en el santuario de Dios. “Sobre carne de hombre no será derramado, ni haréis otro semejante, conforme a su composición; santo es, y por santo lo tendréis vosotros. Cualquiera que compusiere ungüento semejante, y que pusiere de él sobre extraño, será cortado de entre su pueblo” (v. 32-33). Dios no quiere la falsificación de la obra del Espíritu; todo debe ser del Espíritu, entera y realmente del Espíritu. Además, aquello que pertenece al Espíritu no debe ser atribuido al hombre. “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

En uno de los cánticos graduales hay una alusión muy hermosa a esta “santa unción”:

“ ¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras (Salmo 133:1-2).

Ojalá podamos experimentar el poder de esta unción, conocer lo que es tener la “unción del Santo” (1 Juan 2:20) y ser sellado “con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13).

El perfume bien mezclado, puro y santo

Por fin, el último párrafo de este capítulo tan rico en enseñanzas nos presenta el incienso como un “perfume según el arte del perfumador, bien mezclado, puro y santo” (v. 35). Este incienso precioso y sin igual representa las perfecciones ilimitadas e ilimitables de Cristo. Dios no había prescrito cantidad especial para cada uno de los ingredientes que entraban en la composición del perfume; porque las virtudes de Cristo, las bellezas y perfecciones concentradas en su adorable persona, son ilimitables. Solo la mente de Dios puede medir las perfecciones infinitas de Aquel en quien habita la plenitud de la Divinidad; y durante todo el curso de la eternidad, estas gloriosas perfecciones continuarán manifestándose a la vista de los santos y de los ángeles prosternados. De tiempo en tiempo, a medida que nuevos rayos de luz emanen de este sol central de gloria divina, los atrios celestes arriba y los vastos campos de la creación abajo resonarán con potentes aleluyas, glorificando al que era, que es y que será el objeto supremo de alabanza de toda inteligencia creada.

Dios, pues, no había fijado cantidad determinada para los ingredientes del incienso; leemos:

De todo en igual peso (v. 34).



Cada aspecto de excelencia moral halló en Jesús su verdadero lugar y su justa proporción. Ninguna cantidad reemplazaba otra, ni disminuía su valor; todo era “bien mezclado, puro y santo” (v. 35), esparciendo un perfume tan oloroso que solo Dios podía apreciarlo.

“Y molerás parte de él en *polvo fino*, y lo pondrás delante del testimonio en el tabernáculo de reunión, donde yo me mostraré a ti. Os será cosa santísima” (v. 36). Hay un significado profundo y extraordinario en la expresión: “polvo fino”. Nos enseña que cada pequeño movimiento en la vida de Cristo, cada una de las menores circunstancias, cada acción, cada palabra, cada mirada, cada rasgo, esparce un perfume producido en proporción igual: un “igual peso” de todas las gracias divinas que constituyen su carácter. Cuanto más molido estaba el perfume, tanto mejor se manifestaba su preciosa y exquisita composición.

“Como este incienso que harás, no os haréis otro según su composición; te será cosa sagrada para Jehová. Cualquiera que hiciere otro como este para olerlo, será cortado de entre su pueblo” (v. 37-38). Este perfume fragante estaba destinado a Jehová exclusivamente; su lugar estaba “delante del testimonio”. Hay algo en Jesús que solo Dios puede apreciar. Todo corazón creyente puede, es verdad, acercarse a su incomparable Persona, quedando satisfechos así sus más ardientes y profundos deseos. Sin embargo, más allá de todo lo que los redimidos de Dios son y sean capaces de comprender, de todo lo que los ángeles puedan contemplar acerca de las glorias insondables del hombre Jesucristo, habrá aún algo en él que solo Dios puede sondear, y de lo cual solo él puede gozar (comp. Mateo 11:27). Ninguna mirada humana o angélica podrá jamás discernir todo lo que encerraba este santo perfume molido en “polvo fino”. Solo halla en el cielo lugar conveniente para exhalar su divina excelencia.

Resumen

En nuestro rápido bosquejo hemos llegado así al fin de una división marcada en el libro que estudiamos. Hemos empezado por “el arca del pacto” hasta llegar al “altar de bronce”, para volver luego del “altar de bronce” a la “santa unción”. ¡Sublime camino, con tal que sea recorrido a la luz infalible de la lámpara del Espíritu Santo, en vez de bajo el resplandor falso e incierto de la imaginación humana! ¡Qué camino, si es recorrido no a través de las sombras de una dispensa-

ción ya pasada, sino en medio de las glorias personales y de las perfecciones del Hijo que se representan en ellas! Los que lo han recorrido así, descubrirán que sus afectos han sido atraídos hacia Cristo más que antes; poseerán un conocimiento más elevado de su gloria, Su belleza, Su excelencia, y de Su capacidad para sanar una conciencia herida y dar satisfacción a un corazón sediento. Sus ojos quedarán más cerrados a todas las atracciones de la tierra, sus oídos cerrados a todas las pretensiones y promesas del mundo. Estarán dispuestos a pronunciar un amén más ferviente a las palabras del apóstol, cuando dice: *“El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatematizado²¹⁾. El Señor viene”* (1 Corintios 16: 22).

El servicio

Bezaleel y Aholiab

Este corto capítulo se abre con el relato del llamamiento divino de Bezaleel y Aholiab, divinamente capacitados para ejecutar la obra del tabernáculo del testimonio. “Habló Jehová a Moisés, diciendo: Mira, yo *he llamado* por nombre a Bezaleel hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá; y *lo he llenado* del Espíritu de Dios, en sabiduría y en inteligencia, en ciencia y en todo arte... Y he aquí que yo *he puesto con él* a Aholiab hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan; y *he puesto sabiduría* en el ánimo de todo sabio de corazón, para que hagan todo lo que te *he mandado*” (v. 1-6). Ya sea para la obra del tabernáculo “hecho de mano” (Hebreos 9:24), o para la “obra del ministerio” ahora (Efesios 4:12), es necesario que aquellos empleados en ella sean divinamente escogidos, divinamente llamados, divinamente capacitados, divinamente establecidos; todo debe ser hecho según el mandamiento de Dios. No estaba en poder del hombre escoger, llamar, capacitar o establecer a los obreros para hacer la obra del tabernáculo, y lo mismo ocurre para la obra del servicio o ministerio. Todo esto debe venir enteramente de Dios. Se puede correr por el propio impulso o ser enviado por colegas. Pero, recordemos que todos los que así corren sin ser enviados de Dios quedarán, un día u otro, cubiertos de vergüenza y confusión. Tal es la sencilla y saludable enseñanza que nos es sugerida por estas palabras: “Yo he llamado”, “he llenado”, “he puesto”, “he mandado”. Las palabras de Juan Bautista: “No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo” (Juan 3:27), siempre serán verdaderas. El hombre, pues, nada tiene de qué vanagloriarse, ni por qué estar nunca celoso de sus compañeros.

Se puede sacar una lección útil comparando este capítulo con el 4 del Génesis. “Tubal-caín, artífice de toda obra de bronce y de hierro” (v. 22). Los descendientes de Caín estaban dotados de una inteligencia profana para hacer de una tierra maldita y llena de sufrimientos un lugar agradable, lejos de la presencia de Dios. Bezaleel y Aholiab, al contrario, fueron dotados de inteligencia divina para embellecer un santuario que debía ser santificado y bendecido por la presencia y la gloria del Dios de Israel.

Quisiera pedirle a usted que dirigiera esta solemne pregunta a su conciencia: ¿Consagro la inteligencia o energía que poseo a los intereses de la Iglesia, que es la morada de Dios, o al embellecimiento de un mundo impío, sin Cristo? No diga en su corazón: «Yo no he sido divinamente llamado ni divinamente capacitado para la obra del ministerio». Acuérdesse de que si bien no todo Israel eran Bezaleeles y Aholiabs, todos podían servir los intereses del santuario. Había una puerta abierta para todos, y ahora también; cada uno tiene un lugar que ocupar, un ministerio

que llenar, una responsabilidad que cumplir. Usted y yo trabajamos en este momento o bien para los intereses de la casa de Dios, del cuerpo de Cristo, de la Iglesia, o bien para favorecer los planes impíos de un mundo aún manchado con la sangre de Cristo y con la sangre de todos los santos mártires. Meditemos profundamente estas cosas ante el gran escudriñador de los corazones en cuya presencia nos hallamos, y a quien nadie puede engañar, porque todos somos conocidos de él.

El sábado y el día del Señor

Este capítulo concluye (v. 12-18) con una alusión a la institución del sábado. En el capítulo 16 se hizo mención del sábado en relación con el maná. Después fue clara y expresamente ordenado en el capítulo 20, cuando el pueblo fue formalmente puesto bajo la ley. Lo hallamos de nuevo aquí en relación con el establecimiento del tabernáculo. Todas las veces que el pueblo de Israel es presentado en alguna posición especial, o que es reconocido como pueblo colocado bajo una responsabilidad especial, hallamos mencionado el día de reposo.

Consideremos atentamente tanto el día como la manera en que el día de reposo debía ser observado, y con qué fin fue instituido en Israel. “Así que guardaréis el día de reposo, porque santo es a vosotros; *el que lo profanare, de cierto morirá*; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, aquella persona *será cortada* de en medio de su pueblo. Seis días se trabajará, mas *el día séptimo* es día de reposo consagrado a Jehová; cualquiera que trabaje en el día de reposo, *ciertamente morirá*” (v. 14-15). He aquí establecido de la manera más explícita y absoluta “el día séptimo” y ningún otro, prohibiéndose, bajo pena de muerte, toda clase de obra en este día. Es imposible eludir el sentido claro y simple de estas palabras. Recordemos también que no hay una sola línea de la Escritura que apoye la idea, demasiado extendida, de que el día de reposo (sábado) ha sido cambiado, o de que Dios ha quitado en la más pequeña medida los rigurosos principios concernientes a la observancia de este día.

Indaguemos ahora si de verdad los que profesan ser cristianos guardan el sábado de Dios en el día y de la manera en que él lo ha mandado. Sería una pérdida de tiempo demostrar que no lo guardan así. ¿Y cuáles son las consecuencias de una sola infracción del sábado? Ser “*cortado*”, ¡*condenado a muerte!*

Pero se dirá que no estamos “bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14). ¡Bendito sea Dios, quien nos da esta dulce seguridad! Si estuviésemos bajo la ley, no habría una sola alma en toda la cristiandad sobre la cual no hubiese caído, desde largo tiempo, el juicio divino en cuanto al

mandamiento del día de reposo. Pero si estamos bajo la gracia, ¿cuál es el día que nos pertenece? Desde luego, “el primer día de la semana”, “el día del Señor”. Este es el día de la Iglesia, el día de la resurrección de Jesús. Habiendo pasado el sábado en el sepulcro, resucitó triunfando de todos los poderes de las tinieblas, conduciendo así a su pueblo fuera de la vieja creación y de todo lo que a ella se refiere, e introduciéndolo en la nueva creación, de la cual el primer día de la semana es la justa expresión.

La diferencia que hay entre estos dos días merece una seria atención. Examinémosla con oración y a la luz de las Escrituras. Un simple nombre puede tener un gran significado. En el caso que nos ocupa la distinción entre el sábado y el domingo o día del Señor implica mucho más de lo que muchos cristianos creen. Es evidente que “el día del Señor” tiene un lugar particular en la Palabra de Dios. Ningún otro día es designado con este glorioso nombre de “día del Señor”. Ya sé que ciertas personas niegan que en Apocalipsis 1:10, se haga alusión al primer día de la semana; por mi parte, estoy completamente convencido de que la crítica sana y la sana interpretación garantizan, hasta exigen la aplicación de este pasaje, no al día de la venida de Cristo en gloria, sino al día de su resurrección de entre los muertos.

Es preciso notar que el día del Señor nunca es llamado “sábado” o “día de reposo”. Uno debe guardarse de estos dos extremos. En primer lugar deberá evitar el legalismo que con tanta frecuencia se halla asociado al “día de reposo”; en segundo lugar, deberá testificar contra toda tentativa de deshonorar el día del Señor, o de rebajarlo al nivel de un día ordinario. El creyente es liberado totalmente de la observancia de “los días, los meses, los tiempos y los años” (Gálatas 4:10); su unión con un Cristo resucitado lo ha libertado completamente de todas estas prácticas supersticiosas (Colosenses 2:16-20). Sin embargo, por verdadero que sea todo esto –y felizmente lo es– vemos que “el primer día de la semana” ocupa un lugar especial en el Nuevo Testamento. ¡Que el cristiano le dé ese lugar! Es un dulce y feliz privilegio, no un penoso yugo.

El espacio no me permite entrar más en detalles en este asunto tan interesante. Solamente señalaré, respecto a uno o dos puntos particulares, el contraste que existe entre “el sábado” o “día de reposo”, y “el día del Señor”:

1. El día de reposo era el *séptimo día* de la semana; el día del Señor es el *primero*.
2. El día de reposo era *una piedra de toque* de la condición de Israel; el día del Señor es *la prueba* de la aceptación de la Iglesia sin condición alguna.
3. El día de reposo pertenecía a la vieja creación; el día del Señor pertenece a la nueva.
4. El día de reposo era un día de reposo *corporal* para el judío; el día del Señor es un día

de reposo *espiritual* para el cristiano.

5. Si el judío trabajaba en el día de reposo, debía ser condenado a muerte; si el cristiano no trabaja en el día del Señor —es decir, si no trabaja en provecho de las almas y para la extensión de la gloria de Cristo y de la verdad— prueba con ello que no posee mucha vida. De hecho, el cristiano consagrado a Dios que posea algún don está generalmente más fatigado al fin del día del Señor que al terminar cualquier otro día de la semana; porque ¿cómo podría él descansar mientras que las almas perecen a su alrededor?
6. Al judío le era *ordenado* por la ley quedar en su tienda durante el día de reposo, el cristiano es *conducido* fuera por el espíritu del *Evangelio*, ya sea para asistir a la asamblea cristiana o para anunciar el Evangelio a los pecadores que perecen.

¡El Señor nos conceda confiar con más simplicidad *en* el nombre del Señor Jesús, y trabajar con más actividad *por* este nombre! Deberíamos confiar con el espíritu de un niño y trabajar con la energía de un hombre.

Apostasía

Se abre ahora ante nosotros una escena muy diferente de la que hasta aquí nos ha ocupado. Ha pasado delante de nuestros ojos la “figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5): Cristo en su Persona gloriosa, en sus oficios de misericordia y en su obra perfecta, tal como nos es representado en el tabernáculo y en sus utensilios. En espíritu hemos estado sobre el monte oyendo las mismas palabras de Dios, las dulces declaraciones de sus pensamientos, los afectos de su corazón y los consejos divinos, de los cuales Jesús es

“ El Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último
(Apocalipsis 22:13).

Haznos dioses

Ahora somos llamados a descender otra vez a la tierra, para contemplar el triste estado de ruina a la cual el hombre reduce todo lo que le es confiado. “Viendo el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron entonces a Aarón, y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido” (v. 1). ¡Qué degradación se manifiesta aquí! “¡Haznos dioses!” Abandonaban a Jehová para ponerse bajo la tutela de dioses hechos de manos de hombres. Alrededor del monte se habían juntado nieblas espesas y nubes oscuras. Los israelitas estaban cansados de esperar al ausente y de apoyarse sobre un brazo invisible pero real. Se imaginaban que un dios formado con “buril” valía más que Jehová. Preferían un becerro al cual pudieran ver que un Dios invisible aunque presente en todas partes; mejor una falsificación visible que una realidad invisible.

Desgraciadamente, siempre ha sucedido lo mismo en la historia del hombre. El corazón humano desea alguna cosa que pueda ver, algo que responda a sus sentidos y los satisfaga. Solo la fe puede sostenerse “como viendo al Invisible” (Hebreos 11:27). Así, en todos los tiempos los hombres han tenido tendencia a levantar imitaciones de las realidades divinas y a apoyarse sobre ellas. Así es como vemos multiplicarse ante nuestra mirada las falsificaciones de una corrompida religión. Las cosas que por la autoridad de la Palabra de Dios sabemos que son realidades divinas y celestiales, la Iglesia profesante las ha transformado en imitaciones humanas y terrenales. Habiéndose cansado de apoyarse sobre un brazo invisible, de confiar en un sacrificio invisible, de recurrir a un sacerdote invisible, de esperar la dirección de una cabeza invisible, se puso a “ha-

cer” estas cosas. De siglo en siglo, estuvo activamente ocupada, cincel en mano, formando y grabando una cosa tras otra. Por eso hallamos ahora tan poca similitud entre mucho de lo que vemos a nuestro alrededor y lo que leemos en la Palabra de Dios, como entre “un becerro de fundición” y “el Dios de Israel”.

“¡Haznos dioses!” ¡Qué pensamiento! ¡Aarón llamado a hacer dioses, y el pueblo dispuesto a poner su confianza en ellos! Miremos dentro y alrededor de nosotros, y veamos si no descubrimos algo semejante. Con relación a la historia de Israel leemos que todas

“ Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos
(1 Corintios 10:11).

Procuremos, pues, aprovechar la enseñanza. Acordémonos de que, si bien no nos hacemos precisamente “un becerro” de oro para postrarnos delante de él, el pecado de Israel representa algo en lo cual estamos en peligro de caer. Cada vez que en nuestro corazón cesamos de apoyarnos exclusivamente en Dios mismo, ya sea en lo concerniente a la salvación o a las necesidades de nuestra vida diaria, decimos en el fondo: “Levántate, haznos dioses”. Huelga decir que en ninguna manera somos nosotros mejores que Aarón o los hijos de Israel. Si ellos honraron a un becerro en lugar de Jehová, nosotros estamos en peligro de obrar según el mismo principio y de manifestar el mismo espíritu. Nuestra única salvaguardia es estar siempre en la presencia de Dios. Moisés sabía que el becerro de oro no era Jehová y por esta causa no lo reconoció. Pero cuando nos apartamos de la presencia divina, nos resulta imposible prever los groseros errores en que podamos caer y todo el mal al cual podamos ser arrastrados.

Las realidades de la fe

Los cristianos somos llamados a vivir por fe. Nada podemos ver por la vista física. Jesús ascendió arriba, y Dios nos manda que esperemos pacientemente su manifestación. La Palabra de Dios, aplicada al corazón por la energía del Espíritu, es el fundamento de la confianza en todas las cosas temporales y espirituales, presentes y futuras. Dios nos habla del sacrificio cumplido por Cristo; nosotros lo creemos por la gracia, ponemos nuestras almas bajo la eficacia de este sacrificio y sabemos que jamás seremos confundidos. Nos habla del gran sumo Sacerdote que traspasó los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, cuya intercesión es todopoderosa. Mediante la gracia lo creemos y nos reposamos con entera confianza sobre su poder, pues sabemos que seremos enteramente

salvos. Nos habla de la Cabeza a quien estamos unidos en la potestad de una vida de resurrección, de quien ninguna influencia de ángeles, hombres o demonios jamás podrá separarnos; por la gracia lo creemos y nos unimos a este Jefe bendito con una fe simple, sabiendo que no pereceremos jamás. Nos habla de la aparición gloriosa del Hijo, viniendo de los cielos; por la gracia lo creemos, procuramos experimentar el poder de esta “esperanza bienaventurada” (Tito 2:13), y sabemos que no sufriremos ningún desengaño. Nos habla de

“ Una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios (1 Pedro 1:4-5),

herencia que recibiremos a su tiempo; por la gracia creemos y sabemos que no seremos avergonzados. Nos dice que nuestros cabellos están todos contados y que nada nos faltará; por la gracia lo creemos y gozamos de una dulce tranquilidad de corazón. Y así es, o por lo menos, así quisiera nuestro Dios que fuese. Pero el enemigo siempre está activo, buscando hacernos rechazar estas realidades divinas, y tomar el “cincel” de la incredulidad para que nos hagamos “dioses”. Velemos contra él, oremos para ser guardados de él; testifiquemos contra él; protestemos contra él; obremos contra él. Así es cómo será confundido, cómo Dios será glorificado y nosotros seremos abundantemente bendecidos.

El becerro de fundición

En cuanto a Israel, vemos en este capítulo que su rechazo de Dios fue de lo más completo. “Y Aarón les dijo: Apartad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos... y los trajeron a Aarón; y él los tomó de las manos de ellos, y le dio forma con buril, e hizo de ello un becerro de fundición. Entonces dijeron: Israel, *estos son tus dioses*, que te sacaron de la tierra de Egipto. Y viendo esto Aarón, edificó un altar delante del becerro; y pregonó Aarón, y dijo: *Mañana será fiesta para Jehová*” (v. 2-5). Esto era desechar a Dios del todo, sustituyéndolo por un becerro. Que pudiesen proclamar que un becerro los había hecho subir de la tierra de Egipto se debía, evidentemente, a que habían perdido toda conciencia de la presencia y del carácter del verdadero Dios. ¡Cuán “pronto se han apartado del camino” para caer en un error tan grosero y espantoso! (v. 8) ¡Y Aarón, el hermano y compañero de Moisés en su cargo, fue quien los condujo a este extravío y pudo decir delante de un becerro: “Mañana será fiesta para Jehová”! ¡Qué triste! ¡Qué humillante! ¡Dios destituido por un ídolo! ¡Un objeto formado “con buril” por la mano y según la imaginación del hombre, puesto en lugar del “Señor de toda la tierra”! (Josué 3:13).

La cólera de Jehová y la intercesión de Moisés

Todo esto implicaba, por parte de Israel, una renuncia completa a su relación con Jehová. El pueblo había abandonado a Dios y, en consecuencia, Dios obra colocándose en el mismo terreno del pueblo. “Entonces Jehová dijo a Moisés: Anda, desciende, porque *tu pueblo* que sacaste de tierra de Egipto se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que yo les mandé... Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande” (v. 7-10). Había, pues, una puerta abierta para Moisés, pero esta manifiesta en esta circunstancia una virtud poco corriente, y una notable analogía de espíritu con aquel Profeta que Dios iba a suscitar en el futuro (Deuteronomio 18:15, 18). Moisés rehúsa ser o aceptar cosa alguna que implique la exclusión del pueblo. Aboga ante Dios sobre el fundamento de Su propia gloria, y vuelve a poner al pueblo sobre Él con estas admirables palabras: “Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre” (v. 11-13). He aquí un poderoso abogado. La gloria de Dios, la justificación de su santo nombre, el cumplimiento de su juramento; tales son las razones sobre las cuales Moisés se apoya para suplicar a Jehová que se vuelva del ardor de su ira. No podía hallar nada en Israel sobre lo cual fundar su intercesión, pero lo halló todo en Dios mismo.

Las tablas de la ley rotas

Jehová había dicho a Moisés: “*Tu pueblo* que sacaste”; pero Moisés responde a Jehová: “*Tu pueblo*, que *tú* sacaste”. Los israelitas, a pesar de todo, eran el pueblo de Jehová. La gloria, el nombre y el juramento de Dios estaban íntimamente ligados con el destino del pueblo. Desde el momento en que Jehová se unió a un pueblo, quedó empeñada su gloria; sobre este sólido fundamento la fe mirará siempre a Él. Moisés se olvida totalmente a sí mismo. Toda su alma está ocupada en la gloria y en el pueblo de Jehová. ¡Dichoso servidor! ¡Cuán pocos hay como él! Y sin embargo, en medio de esta escena, ¡cuán lejos está de hallarse a la altura de nuestro bendito Maestro! ¡La diferencia entre ellos es infinita! Moisés descendió del monte: “Y aconteció que cuando él llegó al campamento, y vio el becerro y las danzas, ardió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus ma-

nos” (v. 19). El pacto estaba roto y los testimonios de este pacto hechos pedazos. Después, tras haber ejecutado juicio en su justa indignación, “dijo Moisés al pueblo: Vosotros habéis cometido un gran pecado, pero yo subiré ahora a Jehová; *quizá* le aplacaré acerca de vuestro pecado” (v. 30).

Cristo, nuestro Mediador

¡Cuán diferente es esto de lo que vemos en Cristo! Él descendió del seno del Padre no con las tablas de la ley en sus manos, sino con la ley en su corazón. No descendió para enterarse de la condición del pueblo, sino con un conocimiento perfecto de su condición. Además, en lugar de destruir los testimonios del pacto y ejecutar juicio, magnificó y honró la ley, llevó en la cruz, sobre su propia persona adorable, el juicio de su pueblo. Después, habiéndolo cumplido todo, volvió a subir al cielo, no con un “*quizá* le aplacaré acerca de vuestro pecado”, sino para depositar sobre el trono de la Majestad en las alturas los testimonios imperecederos de una expiación ya cumplida. Esto marca una diferencia inmensa y verdaderamente gloriosa. ¡Bendito sea Dios! No tenemos necesidad de seguir ansiosamente a nuestro Mediador con la mirada para saber si cumplirá la redención por nosotros y si apaciguará la justicia ofendida. No; él lo ha cumplido todo. Su presencia en los cielos declara que toda la obra está terminada. Pudo ponerse en pie en los confines de este mundo, listo para su partida. Aunque todavía tuviera que atravesar la escena más sombría, pudo decir, con la calma del vencedor consciente de su victoria:

“ Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese
(Juan 17:4).

¡Bendito Salvador! Sí, nosotros podemos adorarte, y triunfar con el honor y la gloria con que te ha revestido la justicia eterna. Te pertenece el lugar más elevado en los cielos, y tus santos solo esperan el tiempo en que “se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10-11). ¡Ojalá llegue pronto este tiempo glorioso!

Dios y el gobierno moral

Al final de este capítulo, Jehová proclama sus derechos en el gobierno moral con estas palabras: “Al que pecare contra mí, a este raeré yo de mi libro. Vé, pues, ahora, lleva a este pueblo a donde te he dicho; he aquí mi ángel irá delante de ti; pero en el día del castigo, yo castigaré en ellos su pecado” (v. 33-34). He aquí Dios *en gobierno*, no en el *Evangelio*. Aquí Dios habla de raer al *pecador* mientras que en el Evangelio se le ve rayendo el *pecado*. ¡Cuán grande es la diferencia!

El pueblo ha de ser conducido, por mediación de Moisés, por la mano de un ángel. Este estado de cosas era muy diferente del que había existido durante el viaje entre Egipto y el Sinaí. Israel había perdido todo derecho fundado sobre la ley, de manera que solo le quedaba a Dios recurrir a su soberanía y decir: “Tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente” (cap. 33:19).

Mediación y restauración

El tabernáculo de reunión

Jehová rehúsa acompañar a Israel al país prometido. “Yo no subiré en medio de ti, porque eres pueblo de dura cerviz, no sea que te consuma en el camino” (v. 3). Al principio de este libro, Jehová había podido decir: “He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias” (cap. 3:7). Ahora debe decir: “Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz” (cap. 32:9). Un pueblo afligido es objeto de la gracia; en cambio, es necesario que un pueblo de dura cerviz sea humillado. El clamor de Israel oprimido había obtenido por respuesta la manifestación de la gracia; pero el cántico del Israel idólatra debe hallar una voz de severa reprobación.

“Vosotros sois pueblo de dura cerviz; en un momento subiré en medio de ti, y te consumiré. Quítate, pues, ahora tus atavíos, para que yo sepa lo que te he de hacer” (v. 5). Solo cuando nos hallamos despojados de todos los atavíos de nuestra naturaleza, Dios puede intervenir en favor nuestro. Un pecador desnudo puede ser revestido; pero un pecador cubierto de atavíos debe ser desnudado. Es necesario que seamos despojados de todo lo que pertenece al Yo, antes que seamos revestidos de lo que pertenece a Dios.

“Entonces los hijos de Israel se despojaron de sus atavíos desde el monte Horeb” (v. 6). Allí estaban, al pie de aquella memorable montaña; sus fiestas y sus cánticos habían sido cambiados en amargas lamentaciones; estaban despojados de sus atavíos y las tablas de la ley habían sido reducidas a pedazos. Tal era su condición, y Moisés inmediatamente se dispuso a obrar en consecuencia. Ya no podía reconocer al pueblo como un solo cuerpo. La congregación se había manchado enteramente, levantando en lugar de Dios un ídolo de su propia fabricación, un becerro en lugar de Jehová. “Y Moisés tomó el tabernáculo, y lo levantó lejos, *fuera del campamento*, y lo llamó el Tabernáculo de Reunión” (v. 7). El campamento ya no era reconocido como el lugar de la presencia de Dios. Dios ya no estaba allí, ni podía estar por más tiempo, porque había sido depuesto por una invención humana. En consecuencia, quedó establecido un nuevo centro de comunión.



Y cualquiera que buscaba a Jehová, salía al tabernáculo de reunión que estaba fuera del campamento(v. 7).

Esto encierra una preciosa verdad que prontamente comprenderá el hombre espiritual. El lugar que Cristo ocupa ahora está “fuera del campamento” (Hebreos 13:13). Es necesaria una gran sujeción a la Palabra de Dios para discernir con precisión lo que el “campamento” realmente es. Es preciso tener mucha energía espiritual para salir de él y, más aún, —estando uno “fuera”— para obrar en favor de los que quedan dentro, con el poder de la santidad y de la gracia combinadas. La santidad nos separa de la inmundicia que está en el campamento, la gracia nos capacita para obrar en favor de los que están dentro de él. “Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero. Y él volvía al campamento; pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del tabernáculo” (v. 11). Moisés manifiesta mayor energía espiritual que Josué. Es mucho más fácil tomar una posición de separación que obrar como conviene para con los que están en el campamento.

Jehová dijo: Mi presencia irá...

“Y dijo Moisés a Jehová: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos” (v. 12). Moisés suplica que la presencia de Dios le acompañe, como prueba de que ha hallado *gracia* en sus ojos. Si solo fuera cuestión de *justicia*, Jehová no podría sino consumir al pueblo, *porque “es un pueblo de dura cerviz”*. Pero desde el momento que Él habla de gracia, en relación con el mediador, el mismo hecho de tratarse de un pueblo de dura cerviz viene a ser motivo para pedir la presencia de Jehová. “Si ahora, Señor, he hallado gracia en tus ojos, vaya ahora el Señor en medio de nosotros; porque es un pueblo de dura cerviz; y perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y tómanos por tu heredad” (cap. 34:9). Esto es de una belleza admirable. “Un pueblo de dura cerviz” necesitaba la gracia ilimitada y la inagotable paciencia de Dios. Solo Él era capaz de soportarlo.

Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso (v. 14).

“

¡Qué porción tan preciosa! ¡Qué esperanza tan bendita! ¡La presencia de Dios con nosotros durante toda la travesía del desierto, y al fin, el reposo eterno! ¡La gracia que responde a nuestras necesidades presentes, y la gloria como nuestra porción venidera! Sí, nuestros corazones pueden exclamar: ¡Nos basta, amado Señor!

El monte horeb y el evangelio

Ahora Dios da las segundas tablas, no para ser quebradas como las primeras, sino para ser guardadas en el arca encima de la cual Jehová debía tomar lugar como Señor de toda la tierra en el gobierno moral. “Y Moisés alisó dos tablas de piedra como las primeras; y se levantó de mañana y subió al monte Sinaí, como le mandó Jehová, y llevó en su mano las dos tablas de piedra. Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (v. 4-7). Recordemos que Dios se muestra aquí en su gobierno moral del mundo, no tal como se manifiesta en la cruz, ni como aparece en la faz de Jesucristo, ni como es proclamado en el Evangelio de su gracia. El Evangelio nos describe a Dios con las siguientes palabras: “Y todo esto proviene de Dios, *quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo*; y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo *reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta* a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros *la palabra de la reconciliación*” (2 Corintios 5:18-19). “No tener por inocente al malvado” y “no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” nos presentan dos pensamientos de Dios diametralmente opuestos. Visitar la iniquidad y perdonarla no es, desde luego, la misma cosa. La primera es Dios obrando en su gobierno; la segunda es Dios obrando según el Evangelio. En 2 Corintios 3, el apóstol pone en oposición el “ministerio” del Éxodo 34 con “el ministerio” del Evangelio. Es de provecho estudiar ese capítulo con cuidado. Allí se destaca que aquel que considere el carácter de Dios, revelado a Moisés en el monte Horeb, como si fuese un despliegue del Evangelio, tiene una comprensión equivocada y deficiente de lo que es el Evangelio. No es posible descubrir los profundos secretos del corazón del Padre ni en la creación, ni en el gobierno moral. ¿Habría hallado lugar el hijo pródigo en los brazos de Aquel que se reveló en el monte Sinaí? No, seguramente. Pero Dios se ha revelado a sí mismo en la faz de Jesucristo. Él nos ha manifestado, con una divina armonía, todos sus atributos por medio de su obra en la cruz. Allí,

La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron
“
(Salmo 85:10).

El pecado ha sido perfectamente quitado, y el pecador que cree queda perfectamente justificado *“por la sangre de la cruz”* (Colosenses 1:20).

Cuando vemos a Dios revelado así, no podemos menos que inclinarnos y, como Moisés, bajar “la cabeza hacia el suelo” y adorar (v. 8). ¡Esta es la actitud que conviene a un pecador perdonado y aceptado en la presencia de Dios!

La construcción del tabernáculo

El desprendimiento voluntario

Estos capítulos contienen una recapitulación de las diversas partes del tabernáculo y de sus utensilios. Por haber expuesto ya lo que creo que es el significado de las partes más notables del conjunto, considero inútil añadir algo más. Sin embargo, hay dos cosas en esta porción del libro de las cuales podemos sacar instrucciones muy útiles; en primer lugar, *la voluntaria devoción*, luego, *la obediencia implícita* del pueblo con respecto a la obra del tabernáculo del testimonio.

En cuanto a su voluntaria devoción, está escrito: “Y salió toda la congregación de los hijos de Israel de delante de Moisés. Y vino *todo varón a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, con ofrenda a Jehová* para la obra del tabernáculo de reunión y para toda su obra, y para las sagradas vestiduras. Vinieron así hombres como mujeres, *todos los voluntarios de corazón*, y trajeron cadenas y zarcillos, anillos y brazaletes y toda clase de joyas de oro; y todos presentaban ofrenda de oro a Jehová. Todo hombre que tenía azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabras, pieles de carneros teñidas de rojo, o pieles de tejones, lo traía. Todo el que ofrecía ofrenda de plata o de bronce traía a Jehová la ofrenda; y todo el que tenía madera de acacia la traía para toda la obra del servicio. Además todas las mujeres sabias de corazón hilaban con sus manos, y traían lo que habían hilado: azul, púrpura, carmesí o lino fino. Y todas las mujeres *cuyo corazón las impulsó* en sabiduría hilaron pelo de cabra. Los príncipes trajeron piedras de ónice, y las piedras de los engastes para el efod y el pectoral, y las especias aromáticas, y el aceite para el alumbrado, y para el aceite de la unción, y para el incienso aromático. De los hijos de Israel, así hombres como mujeres, *todos los que tuvieron corazón voluntario* para traer para toda la obra, que Jehová había mandado por medio de Moisés que hiciesen, trajeron ofrenda voluntaria a Jehová” (cap. 35:20-29). Y más adelante leemos: “Vinieron todos los maestros que hacían toda la obra del santuario, cada uno de la obra que hacía, y hablaron a Moisés, diciendo: El pueblo trae *mucho más de lo que se necesita* para la obra que Jehová ha mandado que se haga. Entonces Moisés mandó pregonar por el campamento, diciendo: Ningún hombre ni mujer haga más para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más; pues tenían material abundante para hacer toda la obra, y sobraba” (cap. 36:4-7).

¡Qué cuadro más cautivador de devoción para la obra del santuario! No se precisó de ningún esfuerzo ni ningún llamamiento, ni de impresionantes argumentos para constreñir al pueblo a dar. No; sino que a cada uno “*su corazón lo estimuló*” (cap. 35:21). “Los príncipes”, los “hombres” y

“las mujeres”, todos sentían que era para ellos un gran privilegio el poder dar a Jehová, no con corazón estrecho o mano egoísta, sino regiamente, de tal manera que tuvieron material *abundante y sobraba*.

La obediencia implícita

Luego, en cuanto a la *obediencia implícita* del pueblo, está escrito: “*En conformidad a todas las cosas que Jehová había mandado a Moisés*, así hicieron los hijos de Israel toda la obra. Y vio Moisés toda la obra, y he aquí que *la habían hecho como Jehová había mandado*; y los bendijo” (cap. 39:42-43). Jehová había dado las instrucciones más minuciosas relativas a toda la obra del tabernáculo. Cada estaca, cada base, cada cordón, cada anillo estaba exactamente determinado. Nada tenían que ver los recursos del hombre, su razón, o su sentido común. Jehová no dio un bosquejo a grandes trazos para que el hombre lo completase, ni dejó ningún margen para que el hombre introdujese sus propias reglas. De ninguna manera. “Mira y hazlos *conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte*” (Éxodo 25:40; 26:30; Hebreos 8:5). Este mandato no dejaba ninguna cabida a las invenciones humanas. Si se le hubiera permitido al hombre hacer tan solo una estaca, a juicio de Dios, esa estaca habría estado seguramente fuera de lugar. En el capítulo 32 vemos lo que produce el buril del hombre; gracias a Dios, tal herramienta no tiene ningún lugar en el tabernáculo. En esta ocasión los israelitas hicieron exactamente lo que les había sido dicho; nada más ni nada menos. ¡He aquí una buena lección para la Iglesia profesante! Hay varias cosas en la historia de los israelitas que deberíamos de veras procurar evitar: sus murmuraciones de impaciencia, sus votos legalistas y su idolatría; pero sí deberíamos imitarlos en dos cosas. ¡Que nuestro desprendimiento sea más de corazón y nuestra obediencia más implícita! Podemos afirmar con toda seguridad que si *todo* no hubiese sido hecho “*conforme al modelo... mostrado en el monte*”, no podríamos leer al final del libro que “una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba” (cap. 40:34-35). El tabernáculo estaba hecho conforme al modelo divino en todos sus aspectos; por consiguiente, podía ser lleno de la gloria divina.

Hay aquí muy preciosas instrucciones. Con demasiada frecuencia somos llevados a considerar la Palabra de Dios como insuficiente para los pequeños detalles que se refieren al culto y al servicio de Dios. Esto es un gran error, error que constituye una fuente abundante de faltas y extravíos en la Iglesia profesante. La Palabra de Dios para todo es suficiente, ya sea en lo concerniente a la salvación personal, a la conducta individual, o al orden y al gobierno de la congregación. “To-

da la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea *perfecto, enteramente preparado para toda buena obra*” (2 Timoteo 3:16-17). Si la Palabra de Dios hace al hombre “enteramente preparado para toda buena obra”, resulta necesariamente que todo lo que sea incompatible con esta Palabra no puede ser una obra buena (comp. Efesios 2:10). Además, acordémonos de que la gloria divina no puede unirse sino a lo que sea completamente conforme al modelo divino.

Conclusión

Acabamos de recorrer juntos las páginas de este libro precioso, y tengo la confianza viva de que hemos cosechado algún fruto de nuestro estudio. Confío que a medida que avanzábamos recogimos algunos pensamientos reconfortantes acerca de Jesús y de su sacrificio. Es verdad que nuestros pensamientos más elevados no pueden ser sino débiles, y que lo más profundo que nosotros percibimos es muy superficial en comparación con los pensamientos de Dios y su revelación. Es bueno acordarnos de que, por la gracia, estamos en el camino que nos conduce a aquella gloria donde “conoceremos” como fuimos “conocidos”, y donde nuestros corazones se ensancharán a la vista de Aquel que es el principio y el fin de todos los caminos de Dios, en la creación, en la providencia o en la redención. A él, pues, le encomiendo a usted muy afectuosamente en cuerpo, alma y espíritu. Mi deseo es que conozca la inmensa dicha de tener su parte con Cristo, y que sea guardado en la paciente esperanza de su venida. Amén.

C. H. Mackintosh